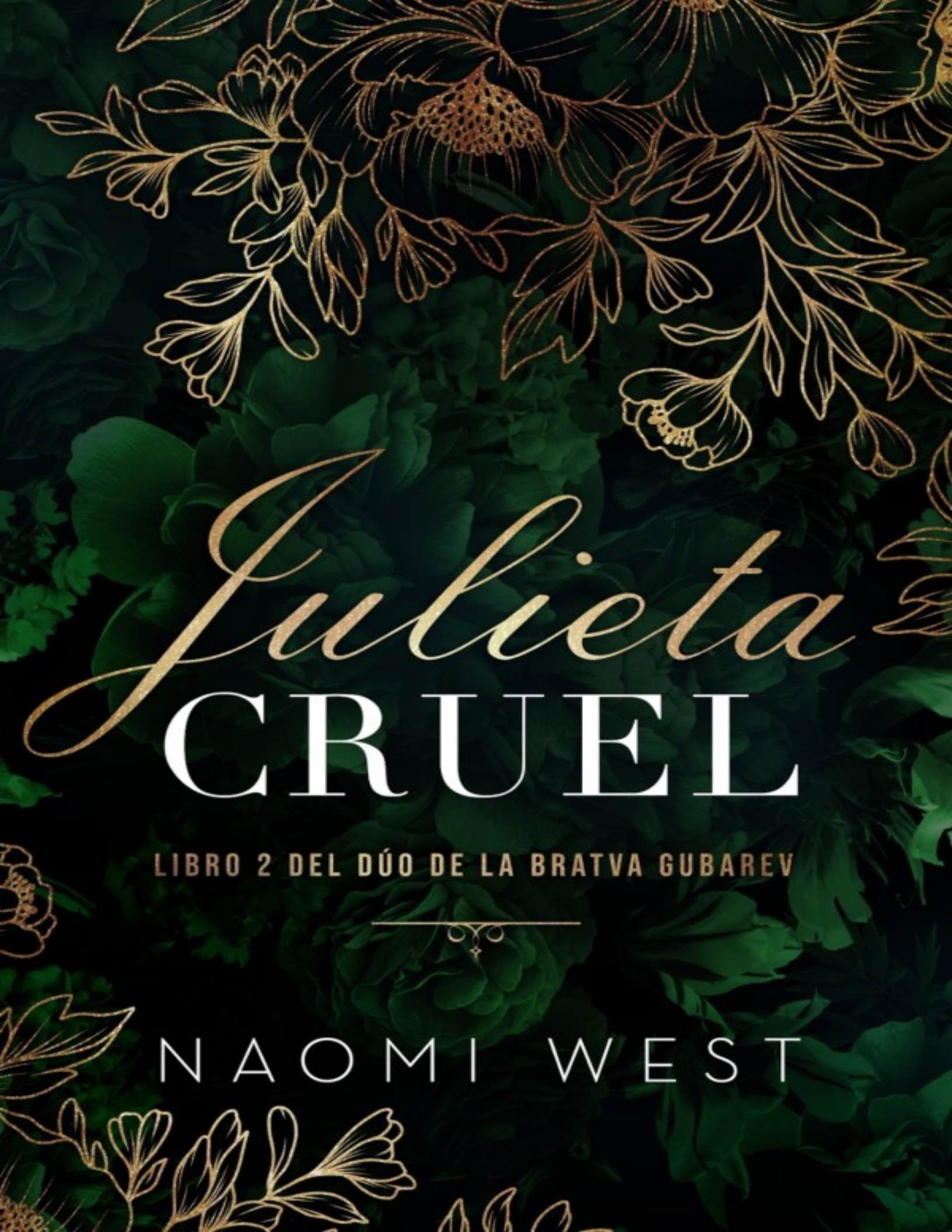

Julieta
CRUEL
LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA GUBAREV
NAOMI WEST

JULIETA CRUEL

LA BRATVA GUBAREV

LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Julieta Cruel

1. Sima
2. Sima
3. Petyr
4. Sima
5. Sima
6. Sima
7. Petyr
8. Petyr
9. Sima
10. Sima
11. Petyr
12. Sima
13. Sima
14. Petyr
15. Petyr
16. Sima
17. Petyr
18. Sima
19. Petyr
20. Sima
21. Sima
22. Petyr
23. Sima
24. Petyr
25. Petyr
26. Sima
27. Petyr
28. Sima

29. Petyr
30. Sima
31. Petyr
32. Sima
33. Sima
34. Petyr
35. Sima
36. Sima
37. Petyr
38. Sima
39. Petyr
40. Sima
41. Petyr
42. Sima
43. Petyr
44. Petyr
45. Sima
46. Petyr
47. Petyr
48. Sima
49. Sima
50. Petyr
51. Sima
52. Sima
53. Sima
54. Petyr
55. Sima
56. Sima
57. Petyr
58. Petyr
59. Sima
60. Sima
61. Petyr
62. Sima
63. Petyr

64. Sima

Epílogo: Sima

Copyright © 2026 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Krayev

Tentación Tóxica

Salvación Tóxica

La Bratva Pavlov

Daño Ardiente

Penitencia Ardiente

La Bratva Adamov

Rey Marcado

Reina Marcada

La Bratva Chekhov

Resplandor Pecaminoso

Novia pecaminosa

La Bratva Kulikov

Pecados del Crepúsculo

Lágrimas del Crepúsculo

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

JULIETA CRUEL

Escapé.

Él me encontró.

Y no me va a dejar ir otra vez.

Estar embarazada de ocho meses significa que no estoy corriendo mucho estos días.

Gracias a Dios. Ya he corrido suficiente para toda la vida.

Tengo un nuevo nombre, una nueva vida y una pequeña cabaña junto al mar donde nadie sabe quién soy.

Incluso he empezado a permitirme creer que estoy a salvo.

Luego llego a casa y encuentro a Petyr Gubarev en mi sala de estar.

Está furioso, es peligroso y exige que regrese con él.

¿¡Regresar!? ¿¡Con él!? ¿¡Está loco!?

¿El mismo hombre que admitió que me estuvo mintiendo desde el principio?

¿Que sabía quién era desde el principio?

¿Que se casó conmigo para usarme en contra de mi familia?

Eh, eso será un "no" de mi parte, amigo.

Pero Petyr no pregunta.

Y el problema es que mi "no" no es tan contundente como debería.

Porque no importa cuantas veces me haya usado para sus planes y su placer…

…una parte de mí siempre quiso más.

Así que aquí voy de nuevo, otra vez por la madriguera del conejo de Bratva.

Pero esta vez, entro con los ojos bien abiertos.

Veamos cuál de nosotros se rompe primero.

JULIETA CRUEL es el Libro 2 del dueto de la Bratva Gubarev. La historia comienza en el Libro 1, ROMEO CRUEL.

1

SIMA

Es tarde cuando por fin salgo. Juro que mis pies están planeando matarme mientras duermo, y sinceramente, no puedo culparlos.

Han sido doce horas cargando cajas que parecen el doble de pesadas gracias a la bola de boliche atada a mi estómago. Doce horas corriendo detrás de novias que creen que usar el tono de crema equivocado es un crimen contra la humanidad.

Es decir, un día laboral típico.

Ser asistente de una organizadora de bodas me parecía glamuroso al principio. Spoiler: no lo es.

Pero empezar desde cero rara vez lo es.

Para cuando estoy caminando como un pato por la calle, siento la espalda como si hubiera perdido una batalla con un bate de béisbol. ¿Por qué pensé que podría lograrlo? Estoy embarazada de ocho meses, por el amor de Dios. Tonta, tonta Sima.

Mi cuerpo me ruega que pare. Cada paso es un doloroso recordatorio de que no soy la misma persona que era hace un año.

Soy más lenta y pesada. Estoy al límite en todo el sentido de la palabra.

Sigo el camino de losas hacia mi cabaña junto al agua, y por un instante, parece una postal. La luz del porche brilla suave y cálidamente. Es el tipo de luz que dice: *Bienvenida a casa, quítate los zapatos y desplómate como una estrella moribunda.*

Me duele el pecho de anhelo al pensarlo. Casi me permito creer que podré pasar la noche relajándome a pesar del día infernal que acabo de tener.

Entonces, comienza el pánico.

Un mes. Eso es todo. Me queda un mísero mes para que nazca esta pequeñita y mi vida dé un vuelco. Entonces, podré disfrutar de todas las alegrías de la maternidad: noches sin dormir, pañales interminables, pezones irritados, todo.

Y, por supuesto, un pequeño ser humano que dependerá de mí para literalmente todo.

Y aquí estoy, todavía trabajando hasta altas horas de la noche, arrastrando sillas por los salones de baile y fingiendo que tengo todo resuelto.

Qué chiste. Apenas me tengo *a mi misma* resuelta.

Mis pasos se ralentizan al ver el porche. Se me hace un nudo en la garganta. ¿Cómo demonios voy a hacer esto? ¿Estas horas? ¿Este trabajo? Apenas puedo seguir el ritmo, y eso sin un recién nacido a mi lado.

Trago saliva con fuerza, reprimo el pánico y apoyo la mano en mi vientre. La bebé se mueve y me da una patada firme en la palma.

La emoción me ahoga antes de poder detenerla. Me escuecen los ojos. El agotamiento y el amor me golpean a la vez, de forma confusa y abrumadora.

—Ya lo solucionaremos —susurro—. Sobre todo porque no tenemos opción.

He conseguido empezar de cero. De nuevo. Esta vez, precisamente en los Cayos de Florida. Admito que no lo planeé con una gran estrategia. Solo seguí corriendo hacia el sur hasta que llegué al océano y no pude seguir más. Fin del camino… literalmente.

Adiós, Sammi Banks.

Descansa en paz, Sima Danilo.

Damas y caballeros, saluden a… Felicity Bennet.

Esa soy yo ahora. Felicity… felicidad en latín. Es una broma morbosa de mí para mí. En realidad, ya no creo en la felicidad. La dejé atrás como a Papá Noel y al Hada de los Dientes.

¿Pero comodidad? Quizás aún sea posible. Si alguna vez logro dejar de sudar, claro.

El aire es diferente aquí. Pesado por la sal, pegajoso en la piel. Las palmeras bordean las calles y las gallinas deambulan como si fueran dueñas del lugar.

A diferencia de Nueva York, donde Sima Danilo es literalmente perseguida por la mafia, aquí nadie me mira dos veces. Me integro a la perfección. Solo otra persona que intenta rehacer su vida. La pequeña Felicity en su pequeña cabaña.

Y, aunque el trabajo no es tan estable como quisiera, por ahora me alcanza para llegar a fin de mes. Además, si tengo que tomarme un tiempo libre cuando nazca la bebé, aún tengo mi colchón: el dinero que le quité a Petyr cuando hui.

Eso fue hace meses, pero sigue ahí, intacto. Mi dinero para emergencias.

Me digo que lo estoy guardando para una emergencia. Que estoy siendo responsable, inteligente, cuidadosa. Una buena futura madre.

Pero, para ser sincera, la razón por la que sigue ahí es pura *culpa*. Cada vez que pienso en usarlo, me da un vuelco el pecho.

Porque es *suyo*. Tomarlo se siente como un hilo que me ata a él, y he estado intentando con todas mis fuerzas cortar cada uno de esos.

Aun así, la culpa no paga las cuentas. Desde luego, no mantiene a un bebé en pañales. Así que lo guardo como un fondo del que echaré mano si hace falta.

Pero todavía no.

Los escalones del porche crujen bajo mi peso al subirlos. Tengo una mano fija en la barandilla, porque el equilibrio no es mi fuerte últimamente. Me detengo en la puerta y me quedo mirando la familiar pintura desconchada, con la llave ya fría en la mano. Por un segundo, me entran ganas de llorar solo por el alivio de estar en casa.

Esta noche, el plan es simple: quitarme los zapatos, quitarme la ropa sudada, tal vez un tazón de cereal si puedo llegar tan lejos sin desplomarme.

Pero entonces mi cerebro hace lo que siempre hace cuando está demasiado tranquilo: me arrastra de nuevo hacia él.

Petyr.

Pensar en el padre de mi hija, incluso después de todos estos meses, todavía me hace doler el pecho. Odio que sea así. Extrañarlo tanto, todavía.

O quizás simplemente extraño la versión de él que creía real. El hombre que podía ser amable cuando quería. Que me hacía reír cuando yo no quería y me hizo creer, por un instante, que no solo huía *de* mi pasado, sino que corría *hacia* algo mejor.

A veces, tarde en la noche, cuando solo estamos yo y el sonido del océano, me pregunto si corrí demasiado rápido. Si tal vez, solo tal vez, podríamos haberlo superarlo. Si nos hubiéramos sentado a

hablar como dos personas en lugar de lanzarnos amenazas, tal vez las cosas habrían sido diferentes.

Entonces, recuerdo la frialdad en su voz.

Dijo que se llevaría a mi bebé. Dijo que me devolvería a mi familia como basura, tan pronto como tuviera lo que quería.

El recuerdo todavía me revuelve el estómago. No puedo olvidar eso —o peor aún, perdonarlo.

No podía arriesgarme. No con la vida de mi hija en juego. Un error, un momento de confianza perdida, y todo podría haber terminado antes de empezar.

Así que corrí. Y, aunque me duela el pecho al pensar en él, aunque todavía sueño con la sensación de acurrucarme junto a él y casi creer que éramos reales, sé que tomé la única decisión posible.

Salvé a mi bebé.

Y probablemente me salvé a mí también.

Cuando llego a mi puerta, me detengo en seco. *Qué raro.*

La manija está ligeramente girada. La puerta está apoyada contra el marco, pero no está cerrada. Por un segundo, mi cerebro no lo procesa.

Entonces, mi corazón late con fuerza en mi pecho y mi estómago se hunde hasta mis zapatos. El aire se siente más pesado. Mal.

Abierta.

La puerta está abierta.

Me quedo paralizada en el porche. Una mano flota a centímetros del pomo. La otra me presiona instintivamente el vientre.

Mis ojos se dirigen a las ventanas y buscan señales de movimiento. Una sombra. Una cortina que se balancea. Cualquier cosa.

Nada se mueve. La luz del porche zumba sobre mí, demasiado fuerte, demasiado constante, como si se burlara del silencio que reina en todo lo demás.

Me obligo a respirar, larga y lentamente, aunque el pulso me martillea en los oídos. —Está bien —me susurro—. Está bien. Estamos bien.

Pero mi mano todavía no toca el pomo.

Niego con la cabeza. Estoy exagerando. Eso es todo. El Cerebro de Embarazo existe, y probablemente olvidé cerrarla al salir esta mañana. La gente olvida cosas todo el tiempo.

Aun así, mis dedos rozan el pomo con cuidado, como si fuera a quemarme. Metal frío contra mi piel húmeda. Mi corazón no se detiene, por mucho que me diga lo mismo: Él no está aquí. No puede estar aquí. Solo soy yo.

Solo nosotras.

Con una respiración profunda, empujo la puerta y entro.

Las bisagras crujen suavemente. El aire se siente denso, cautivo, como si la cabaña estuviera conteniendo la respiración. Todavía no enciendo la luz. No me atrevo. Me quedo ahí parada, esperando a que mis ojos se adapten.

Y entonces, lo siento. Esa consciencia que me recorre la piel. Un cosquilleo en la nuca.

Él está aquí.

No sé cómo lo sé, pero lo sé. Puedo sentirlo como se siente una tormenta antes de que estalle. Mi mirada recorre la sala, con los rincones borrosos en la sombra. Todo parece normal. Intacto.

Pero cuando miro de nuevo, cuando realmente miro… lo veo.

Una silueta enorme en la esquina, más grande que las sombras que la rodean.

Se me cierra la garganta. Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro, y ya estoy dando un paso atrás hacia la puerta. Pero no tengo oportunidad de seguir adelante.

Una voz corta la oscuridad, profunda y certera. Solo una frase.

—No lo hagas.

2

SIMA

Él me encontró.

El miedo me atenaza el estómago. No puedo moverme, no puedo pensar, apenas puedo respirar.

Sin embargo, el hombre frente a mí no parece tener el mismo problema. Se acerca lentamente, y el leve clic del interruptor de la lámpara me da un vuelco el corazón.

La habitación se llena de luz. Entrecierro los ojos ante el resplandor, pero aún no logro distinguir mucho.

Al principio, solo son contornos. Su silueta ancha, las sombras densas. Luego, a medida que mis ojos se adaptan, los detalles emergen. Uno a uno. Lentos y despiadados.

La línea de sus hombros, ancha e inflexible. El ángulo marcado de su mandíbula. Esos ojos color whisky que conocía tan bien.

Es él. Realmente él. No es un sueño, ni mi paranoia poniéndome nerviosa.

Petyr Gubarev. Sentado en mi sala como si fuera el dueño del lugar y de todo lo que hay en él.

Incluyéndome.

Se me encoge el estómago. Se me aprieta el pecho hasta que me resulta imposible respirar.

Se levanta y da un paso adelante. Debería encogerme, pero estoy clavada en el suelo. Mi mente corre y mi cuerpo permanece inmóvil. Dejándolo acercarse, quién sabe por qué.

Sigue siendo tan grande e increíblemente hermoso como lo recuerdo. Cada centímetro de él es imponente y sólido.

Pero esa pequeña sonrisa burlona que conocía tan bien ya no está. En su lugar hay algo furioso.

Mi talón retrocede un centímetro. Mi mano tiembla a mi costado. ¿Podría llegar si corriera hacia la puerta?

No. La verdad golpea fuerte. *Así no.*

El embarazo está demasiado avanzado para algo así. Si intentara correr, no levantaría ni un dedo del pie del porche antes de que él me tuviera en sus brazos.

Y si él tuviera que perseguirme… si yo le hiciera trabajar para ello… no sé qué haría cuando me atrapara.

Así que me quedo arraigada donde estoy, con todos los músculos tensos, y espero que estalle la tormenta.

Señala con la barbilla hacia el sofá. —Siéntate.

Me tiemblan las rodillas, pero me obligo a cruzar la habitación. Lentamente, me siento en el sofá frente a él. El cojín se hunde bajo mi peso. Entrelazo las manos en mi regazo para evitar que tiemblen, pero mantengo la mirada fija en él. No le daré la satisfacción de apartar la mirada.

—Te concedo esto —empieza, demasiado tranquilo para mi gusto—. Estoy impresionado. Te escondiste bien. Mejor de lo que pensé.

Se hunde en su asiento y se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Quizás nunca te hubiera encontrado, pero deberías esforzarte más en no dejar cabos sueltos —su boca se curva en algo que no es una sonrisa—. Aunque nunca volverás a tener la oportunidad de hacer esto.

Se me acelera el pulso. —¿Qué quieres decir con "cabos sueltos"?

—La mujer que te dio tu nueva identificación. Ángel, ¿verdad? —pronuncia su nombre como si no fuera nada—. No fue difícil localizarla. Gente como ella nunca lo es.

Me estremezco. —¿Qué le hiciste?

—Obviamente, está viva —dice entre dientes—. No me dedico a lastimar mujeres.

Por un segundo, mis pulmones vuelven a funcionar. Luego, el miedo se transforma en furia. —Tienes razón —le espeto—. No le golpeas a las mujeres. Solo las encierras y las amenaza con robarles a sus bebés.

Petyr frunce el ceño al instante. Todo su rostro se llena de ira.

Espero que explote. Quizás golpee una pared, considerando su historial con el yeso.

Pero no lo hace. Su mandíbula tiembla un poco, luego se recuesta con la voz apagada. —Ya está acabada —dice—. Jubilada. Se lo pensará dos veces antes de volver a atender tus llamadas o abrirte la puerta.

El alivio y la culpa se retuercen en mis entrañas. Ángel está viva, pero solo porque Petyr decidió que podía estarlo. Y ahora ha perdido su sustento por mi culpa. Porque la arrastré a mi lío.

Trago saliva con fuerza. Mi mirada se dirige a mis manos. No hay sangre en ellas, no físicamente, pero bien podría haberla. La

vergüenza me atenaza profundamente.

—Te llevaré a casa, —dice.

¿Qué? Me invade un miedo gélido. *A casa*. ¿Qué es "a casa" ahora? ¿Se refiere a la mansión? ¿De vuelta a esa jaula espeluznante? ¿Bajo su control?

Mi mano presiona mi estómago sin que yo lo piense.

Se llevará a mi bebé. Ya lo dijo antes. Ahora que me tiene, nada le impide hacerlo.

El pensamiento me oprime el pecho, pero no puedo apartarlo. Ahora mismo, es lo único en lo que puedo pensar.

—Es una niña —digo con la voz entrecortada, desesperada—. No es… no es adecuada para heredar una Bratva.

Por primera vez desde que encendió la lámpara, algo más que furia gélida cruza el rostro de Petyr. Su expresión se vuelve indescifrable, pero la capto: una chispa de emoción en sus ojos fríos y duros antes de que la reprima de nuevo.

Cuando habla, su tono es duro. —Entonces, tendremos que intentarlo de nuevo, hasta que cumplas con tu parte del trato.

Me quedo boquiabierta. —¿De qué demonios estás hablando?

—Prometiste darme un heredero. Aún no lo has hecho. Hasta entonces, estás ligada a mí —su mirada no flaquea—. No me digas que lo olvidaste.

Esas palabras me devuelven a todo lo que creía haber enterrado.

Por supuesto que lo recuerdo.

¿Cómo podría olvidarlo?

La primera noche en la mansión de Petyr, entregué mi cuerpo. Pensé que era la única manera de asegurarme un futuro. Seguir casada

con él y darle un heredero para que él pudiera cumplir con lo estipulado en el testamento de su padre.

A cambio, me dejaría ir cuando todo terminara. Una mujer adinerada con un hijo, capaz de empezar de nuevo. Por fin libre de las sombras de la familia de la que huí años atrás.

Por un tiempo, le creí. Pensé que tal vez, por una vez, podría dejar de mirar por encima del hombro. Que no tendría que esperar con miedo a que la mano de mi padre me arrastrara de vuelta.

Pensé que Petyr podría ser mi salida.

Entonces, llegó la noche en que admitió la verdad. Siempre supo quién era yo: la hija de los enemigos de su familia, los Danilo, quienes ordenaron el asesinato que mató a su padre y dejó a su hermano en coma.

Así fue como descubrí que todo entre nosotros se había construido sobre mentiras.

Me dijo que nunca tuvo la intención de cumplir nuestro trato. Que, desde el principio, siempre planeó quitarme al bebé y luego devolverme a la familia de la que había intentando escapar desangrándome. Una vez que dejé de serle útil, me convertí en moneda de cambio.

Él nunca me iba a dejar ir.

Y él nunca iba a retenerme.

Aprieto las manos en mi regazo hasta que mis uñas me muerden las palmas. Quizás fui tan tonta como para creerme sus mentiras una vez. Como para enamorarme de *él.*

Pero me condenarán si cometo el mismo error dos veces.

3

PETYR

Es incluso más hermosa de lo que recordaba.

Sus curvas se han suavizado con el avance del embarazo. Dejo que mi mirada recorra su cabello castaño, mucho más largo ahora que cuando se fue. Lo ha recogido en un moño despeinado, pero algunos mechones están sueltos y enmarcan su rostro.

Sus ojos se clavan en mí. Grandes. Asustados. Esos ojos de cierva se veían muy diferentes cuando estaba debajo de mí. No tenía miedo cuando me suplicaba que la tocara.

Pero la dulzura de volver a verla no dura mucho. Se convierte en algo más pesado.

Pasé meses persiguiendo sombras, susurros, rumores, mentiras. Cada vez que creía estar cerca, estaba equivocado.

Por un tiempo, pensé que la había perdido para siempre. Me sentía vacío. No saber dónde estaba, si es que siquiera seguía viva, era peor que cualquier tortura.

Ahora está aquí, justo frente a mí. Viva. Respirando. Cargando con lo que es mío.

Y, en lugar de alivio, lo único que siento es furia.

Estoy furioso con ella por huir. Y también estoy furioso conmigo mismo por haberlo permitido. Todas las noches que pasé despierto pensando en ella, temiendo lo peor, ahora vuelven para atormentarme.

Pensé que estaba muerta. Pero simplemente vivía su nueva vida lejos de mí.

El anhelo sigue ahí. Un traicionero recordatorio de que, por mucho que luche, ella tiene clavada sus garras en mí.

Pero no dejaré que ese anhelo me debilite otra vez. No puedo.

Me dejó. Decidió huir. E incluso ahora que la encontré, sigue creyendo que puede luchar contra mí. Que puede decidir cómo termina esto.

Esta vez no, zorrita. Nunca.

—Teníamos un trato —Mi voz suena dura al recordarle lo que me debe—. Me prometiste un heredero.

Sus ojos brillan, penetrantes incluso a pesar del miedo. —Y tú prometiste cumplir ese trato —Mantiene la barbilla en alto—. Pero nunca fue tu intención, ¿verdad?

Mantengo la cara seria como me entrenaron. Por fuera, soy de piedra. Por dentro, todo arde.

La verdad es que nunca quise que llegara a esto. Hubo un tiempo, antes del hospital y de la traición que nos separó, en que me estaba enamorando de ella. En contra de mi buen juicio y de todo lo que sabía sobre su familia, me permití desearla. Creí que podíamos construir algo.

Entonces, un asesino vino a buscar a Dimitri mientras todavía estaba en coma.

Estaba seguro de que ella había tenido algo que ver. ¿Quién más podría haber pasado los detalles? Alguien les había pasado la información a quienes querían destruirnos, y ella era la única que tenía sentido.

Me sentí como un tonto. Me dejé engañar mientras mi familia sufría, y Dimitri casi pagó el precio. Eso pensé.

Pero me equivoqué. Ahora lo sé. Pero en ese entonces, solo veía traición en las explicaciones de Sima.

Quería arreglarlo. Pedirle perdón. Repasé las palabras una y otra vez, intentando admitir que había dudado de ella cuando no debía.

Me dije que nos sentaríamos, hablaríamos y encontraríamos una salida. Casi me convencí de que aún podíamos lograrlo.

Pero no me dio la oportunidad. Se fue antes de que pudiera abrir la boca. Se esfumó con mi hija y me dejó sin nada. Ni siquiera una nota.

Ese tipo de desaparición cuesta más que un desamor. Un esposo sin su esposa parece débil, y un *pakhan* que no puede controlar su propia casa parece no poder controlar nada.

Se suponía que estaría consolidado tras mi ataque contra los Danilo. Cuando maté a Anatoli, su muerte debería haber asegurado mi trono.

Entonces, Sima lo desbarató todo. En lugar de inclinarse ante mí, mis *vory* decidieron esperar a ver si realmente tenía la fuerza para liderar. Pero la política, el juicio y los rumores… nada dolía tanto como pensar en lo que ella podría estar a punto de meterse.

Tengo enemigos por todas partes. Hombres que la usarían como palanca. Bastardos que la tomarían solo para hacerme daño.

Y ella también tiene enemigos. La sombra de su familia se extiende por toda la tierra. Si la hubieran encontrado antes que yo, la habría perdido para siempre.

Mi rostro permanece inmóvil; mi tono, cortante. —Regresaremos.

Ella niega con la cabeza. —No puedo irme así como así. Necesito empacar algunas cosas. Ropa. Cosas de bebé. No puedes esperar que me vaya sin nada.

—Ya está hecho.

Frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Tus cosas ya están empacadas y cargadas en el avión —Sus hombros se tensan, pero no le doy ninguna explicación—. Todo lo que necesitas está ahí. Solo nos faltas tú.

Su boca se aprieta en una fina línea. Una mirada obstinada le deforma el rostro, una que conozco demasiado bien. No le gusta que nadie la controle. Nunca lo ha hecho.

Mala suerte. Eso es lo que le voy a dar ahora.

—¿Crees que puedes moverme por tu tablero de ajedrez como si fuera uno de tus soldaditos de juguete? —Respira hondo y entrecierra los ojos—. ¿Y que yo, qué? ¿Me callo y obedezco?

—Sí —respondo rotundamente—. Eso es exactamente lo que espero.

Vuelve a negar con la cabeza. —Esto no funciona así, Petyr. No soy una de tus posesiones. Nunca lo fui.

—No puedes decirme cómo funciona —gruño—. No cuando tu juicio es tan errático.

—¿*Mi* juicio es errático?

—Sí —gruño—. Pensaste que huir sería inteligente. No lo fue. Fue estúpido e imprudente y jodidamente peligroso.

—Puedo cuidarme sola.

—Claro que no puedes —Me inclino hacia delante—. Desapareces, dejas un rastro, y soy yo quien te encuentra. ¿Crees que nadie más

lo habría hecho? ¿Que te habrían dejado escapar? Qué suerte que fui yo quien tocó a tu puerta.

—Claro —dice secamente—. Soy la mujer más afortunada del planeta.

—Con trato o sin trato, te vienes a casa conmigo —Aprieta los labios, pero no le doy espacio para discutir—. Te guste o no.

No me importa lo que ella quiera. No se trata de ella. Se trata del trato que hizo, su lugar en mi casa.

Sólo me estoy asegurando de que lo que es mío siga siendo mío.

—Levántate. Nos vamos. Ahora

Durante un largo instante, no se mueve. Luego se levanta, rígida, con el rostro encogido. Cada línea de su cuerpo está tensa por la amargura. La visión me retuerce algo dentro, pero lo aplasto. No me importa. No puedo.

Me digo que no importa hacerla infeliz, solo necesito que vuelva a donde pertenece. Eso es todo.

Pero, cuando ella camina a mi lado, todavía me siento como un monstruo.

4

SIMA

Salgo por la puerta con Petyr pisándome los talones.

Siento que voy directo a la horca. El aire afuera es cálido y pegajoso, pero no impide que el frío me recorra la espalda.

Sé exactamente lo que me espera si vuelvo a caer bajo su control, y no es libertad.

Es una prisión.

Y estoy segura de que no es el tipo de vida que quiero para mi bebé.

Ya puedo imaginarlo: las paredes de la mansión cerrándose, el peso de su mirada siguiéndome de una habitación a otra, Anya y Kira fulminándome con la mirada en el segundo en que entre en sus campos de visión, recordándome cada segundo que no pertenezco allí, pero aún no tengo permitido hacer un hogar en ningún otro sitio.

Ese es el tipo de lugar en el que Petyr querría que mi bebé creciera. El aire oscuro y opresivo que la haría respirar.

El mismo aire en el que yo crecí asfixiándome.

Con el corazón en la garganta, vuelvo mi atención a Petyr. Su mirada es fría, dura. Solo me había mirado con esta ira una vez, y eso fue suficiente para toda la vida.

Seis meses separados no lo ablandaron. Al contrario, se lo ve más duro, más agudo.

Pienso en lo que eso significaría irme con él. Hará que otra persona críe a la bebé, una empleada doméstica a la que no le importará como persona.

Pienso en pañales que no compré, apilados ordenadamente en cajones que no elegí, biberones alineados en mostradores que jamás tocaré. Un mural infantil pintado por otra persona.

Petyr decidirá cuándo puedo alimentar a mi bebé, si puedo descansar o respirar aire fresco. Estaré sentada en silencio mientras sus hombres vigilan la puerta. A cada segundo, me picará la piel con la necesidad de irme.

Eso no es maternidad. Es cadena perpetua.

Necesito huir.

Es lo único en lo que puedo pensar.

Ya lo hice dos veces. Si consigo la oportunidad que necesito, seguro que puedo volver a hacerlo. Incluso así. Después de todo, estar embarazada y sin dinero es mejor que estar prisionera.

Y definitivamente es mejor que ver a mi hija crecer como yo.

Pero ahora mismo, no hay ninguna abertura a la vista. Petyr me sigue de cerca, tan cerca que su calor corporal emana incluso a través de la humedad de Florida. Me guía por los escalones del porche hacia la noche.

Estacionado junto a la acera hay un todoterreno negro. El motor ya está en marcha, las luces delanteras brillan en la oscuridad. Mi jaula sobre ruedas, a punto de cerrarse.

Mis ojos están fijos en la camioneta cuando un movimiento hacia un lado me hace estremecer.

—Jefe.

Alguien sale de entre las sombras. Me lleva más tiempo del que quisiera darme cuenta de quién es: Luka. Mi antiguo guardaespaldas. ¿Cuánto tiempo llevaba allí parado?

Verlo me produce una punzada de inquietud, pero también algo parecido a un alivio. Ver por fin una cara amiga en medio de todo esto es una pequeña bendición.

Le ofrezco una sonrisa contenida, pero no me la devuelve. En cambio, me lanza una mirada que me revuelve el estómago, una mirada tan penetrante que me deja inmóvil.

Luego aparta la mirada, con la mandíbula apretada, como si no soportara mirarme.

La culpa me atraviesa. Recuerdo la última vez que lo vi, golpeando la puerta del armario tras la que lo había atrapado. La cerré con un cinturón para poder escapar. Me dije a mí misma que no tenía opción, que era la única manera.

Y así fue. Corrí por mi vida, por la de mi bebé.

Pero aún odio que haya sido él. Luka siempre ha sido bueno conmigo. Y me aproveché de eso para escapar.

No me arrepiento de haberme ido. Pero sí de lo que le hice.

Mi mirada se detiene en él demasiado tiempo. Capto la cicatriz sobre su ceja, nueva y de aspecto en carne viva, y el ángulo torcido de su nariz, que antes no estaba allí.

Se me seca la garganta. ¿Petyr le hizo eso? ¿Fue su castigo por no haberme mantenido encerrada?

El pensamiento me revuelve el estómago hasta hacerme sentir mal.

El agarre de Petyr se aprieta, sacándome de mis pensamientos. Mi cuerpo tiembla levemente, pero me obligo a mantenerme erguida y avanzar. Demostrar miedo no me ayudará ahora.

Aunque no estoy segura de qué lo hará.

Al llegar a la camioneta, Petyr me abre la puerta trasera. No hay nada de gentileza en el gesto. Ni rastro de cortesía. Es una orden sin palabras: *Sube. No me pruebes.*

Mis manos se cierran en puños a mis costados, pero no discuto.

A regañadientes, me deslizo dentro. Los asientos de cuero están fríos contra mi piel. La puerta se cierra tras de mí con un golpe sordo.

Justo así, la vida que construí para mí aquí, el trabajo tranquilo, la casa pequeña, la frágil libertad, desaparece.

Adiós, Felicity. Fue agradable mientras duró.

~

El avión huele a cuero y pulidor, como recién lavado. Todo es elegante y caro.

El contraste con mi pequeña cabaña destartalada me pone nerviosa. Es un recordatorio involuntario pero cruel de todo lo que estoy perdiendo y por lo que lo estoy cambiando. Una vida honesta por una casa de muñecas.

Me pongo nerviosa mientras me siento. Petyr me sigue, en silencio. Incluso cuando no habla, su presencia llena la cabina.

Sus hombres entran en fila tras nosotros y se acomodan en los asientos de la cabina. Nadie me dirige la palabra y, cuando los miro, sus ojos o bien me ignoran como si no existiera o bien se entrecierran con abierta hostilidad.

Aparto la mirada rápidamente, con un nudo en la garganta.

No sé si es porque huí de él o por mi familia. Quizás sean ambas. Sea como sea, está claro: no soy bienvenida aquí.

Los motores rugen al encenderse. Me agarro al reposabrazos y miro la noche por la pequeña ventana. Las luces de la pista se difuminan al empezar a movernos, y siento un nudo en el pecho.

Estoy de regreso a una vida en la que soy despreciada.

Sólo rezo para poder encontrar una salida de nuevo.

5

SIMA

La mansión se alza ante mí.

No eché de menos la tienda de muebles embrujada de Petyr. Todas las luces brillan, pero el aire sigue siendo opresivo, como si la propia casa quisiera aplastarme hasta obligarme a obedecer.

Las puertas de hierro forjado se cierran de golpe tras la camioneta. *Ahí van mis chances de escaparme.* No pude escalar esa monstruosidad cuando estaba activa y no estaba embarazada. ¿Hacerlo así? Necesitaría un milagro y medio y una escalera para alguien con un pasajero a bordo.

Pero ningún milagro me sacará de esto. Si quiero ser libre de nuevo, tendré que obrar mi propia magia.

Nos detenemos frente a la mansión. Petyr no me suelta el brazo en ningún momento. Su mano es firme, como si pensara que si me suelta, aunque sea un segundo, me largaré.

Para ser justos, tiene razón.

Los pasillos se extienden a nuestro alrededor. Madera oscura, alfombras rojo sangre, luces tenues que hacen que todo el lugar

parezca una cripta.

No puedo evitar el escalofrío que me recorre la piel. Esta casa siempre se ha sentido menos como un hogar y más como un mausoleo. Y ahora, aquí estoy, lista para acostarme en la tumba que cavé para mí misma.

Mientras subimos las escaleras crujientes, me preparo para girar hacia la habitación de Petyr. La habitación que una vez compartimos, el lugar al que se suponía que pertenecía.

Pero no me lleva hasta allí. En cambio, me lleva por un pasillo diferente, uno por el que nunca había pasado, y empuja la puerta de una habitación de invitados.

Es típico del resto de la casa: antigüedades pesadas que parecen de museo, no de un dormitorio. Paredes oscuras, cortinas oscuras, alfombras oscuras. Cada rincón parece absorber la luz.

Bonita tumba, quiero preguntar. *¿Viene en rosa?*

Mantengo mi boca ocurrente cerrada y miro hacia adentro.

La cama es enorme, de madera tallada, con un edredón de aspecto rígido. Un armario enorme se alza en la esquina, y las cortinas son tan gruesas que impiden ver la luna. El aire es viciado, como si nadie hubiera pisado allí en años. "Opresivo" ni siquiera se acerca a describirlo.

Me quedo congelada en la puerta, sin saber qué sentir.

El alivio es lo primero. *Al menos aún no me arrastra de vuelta a su cama.*

La idea de tener que acostarme entre las sábanas para él me pone los pelos de punta. Borraría cualquier buen recuerdo, y no estoy lista para eso.

Pero el alivio dura poco, y es reemplazado por un peso vacío en el pecho. Porque, si no es su cama, ¿qué significa esto? ¿Que ahora

estoy demasiado contaminada para él?

Mierda. ¿Debería prepararme para una concepción con jeringa para pavo?

Petyr me da un codazo, no muy suave. Pienso que no quiero más moretones, así que respiro hondo y entro.

Si no estaba claro antes que este lugar nunca ha tenido un ocupante, el plástico del edredón me dice todo lo que necesito saber.

Observo el espacio y dejo escapar las palabras sin poder contenerme. —Qué acogedor. ¿Los murciélagos duermen en el techo o tienen su propio ataúd privado?

La mirada de Petyr se clava en mí, penetrante. —Cuida tus palabras.

—Solo digo. Probablemente agradecería la compañía —Me encojo de hombros—. A menos que creas que podría entrenarlos para que me ayuden a escapar. Ya sabes, como las ratas de Cenicienta.

Las fosas nasales de Petyr se dilatan. Puedo ver el esfuerzo que le cuesta no estallar.

Pero no puedo evitarlo. Cuando estoy nerviosa, bromeo. Y cuando estoy enojada, mis chistes lo reflejan. Puede que haya vivido una mentira durante doce años, pero callarme nunca ha sido mi fuerte.

—Es una habitación —dice Petyr con voz entrecortada—. Cuatro paredes, una cama. Ya te las arreglarás. Es donde te quedarás hasta que nazca la bebé.

Debí haber oído mal. ¿Quedarme *aquí*? No solo en la casa, ¿sino encerrada en *esta habitación*?

Pero no. Lo escuché bien.

—No hablas en serio —le espeto—. ¿Se supone que debo pudrirme en esta cueva de tres por tres metros hasta dar a luz? Es una locura. Así no se puede vivir, y mucho menos para un bebé.

La boca de Petyr se contrae en una sonrisa burlona. —Considerando que acabo de pasar seis meses buscándote, diría que aquí es justo donde deberías estar. Está claro que no se puede confiar en ti.

Me había preparado para algo así, pero oírlo decirlo en voz alta me deja sin aire.

Mis dedos se tensan a los costados. Mis uñas se clavan en mis palmas hasta que me escuecen. Es lo único que puedo hacer para no temblar.

Recuerdo al antiguo Petyr. El que me provocaba, el que no sonreía con crueldad, sino con cariño. El que me apartaba el cabello de la cara y me besaba suavemente en la oscuridad. El Petyr que me hacía sentir *vista*.

No sé si ese Petyr existió alguna vez. Pero esta versión de él… este tirano frío y sin emociones… no lo reconozco.

Petyr entra en mi espacio, tan cerca que tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Su cuerpo irradia amenaza. Tiene los hombros erguidos y la mandíbula apretada.

—Para que quede claro, me importa un bledo si no te gusta —gruñe —. Esto es lo que obtendrás. Tenías privilegios y los desperdiciaste. Ahora harás lo que te digo o te arrepentirás.

Mi garganta se mueve mientras trago saliva con fuerza. No discuto más. ¿Qué sentido tendría? Este es el nuevo Petyr. O tal vez siempre fue así y yo estaba demasiado enamorada, demasiado estúpida para verlo.

Aparto la mirada y vuelvo a contemplar el espacio.

Se me eriza la piel. Siento como si las paredes se achicaran cada vez que tomo aire. Juro que, si me quedo aquí mucho tiempo, se cerrarán por completo y me aplastarán. Nos aplastarán a mí y a la bebé hasta convertirnos en figuras en 2D.

Ya lo odio. No soporto la idea de estar atrapada aquí ni una hora, y mucho menos las semanas que faltan para dar a luz.

—Petyr —mi voz se vuelve suplicante—. Vamos. ¿De verdad es necesario?

—Acabaste con tu guardaespaldas con un cinturón. Yo diría que sí.

—¿De verdad crees que me arriesgaría a escaparme ahora? —Busco en su mirada un atisbo de humanidad, de calidez. Algo a lo que pueda aferrarme—. ¿Que me arriesgaría a poner a la bebé en peligro?

Lo peor es que ni siquiera estoy segura de estar mintiendo. Si me mostrara alguna señal de afecto, podría caer en la trampa. Quizás podamos arreglar lo que está roto después de todo, ¿no? ¿Verdad?

Pero Petyr no lo hace. Solo me mira de nuevo con esa mueca cruel y dice—: No se sabe de lo que eres capaz.

¿Es esto lo que realmente piensa de mí?

Al parecer, sí, porque Petyr empieza a girarse hacia la puerta. La conversación ha terminado. Ya ha dicho todo lo que tenía que decir.

—¡Espera!

Lentamente, se gira.

—¿Te la llevarás? —grazno—. ¿A mi bebé?

Es la pregunta que me ha estado rondando desde que nos reencontramos. No estaba segura de tener el valor de preguntarla. Pero ¿qué más tengo que perder?

Cada línea de su rostro se congela como piedra, borrando incluso el rastro de esa sonrisa cruel. —Eso depende de lo dispuesta que estés a darme un heredero varón.

Me abrazo el estómago sin pensarlo. No puedo proteger a mis futuros hijos de él simplemente abrazándome, pero el instinto me

domina. Quienquiera que sea este nuevo Petyr, es un hombre cruel que trata a las personas como cosas. También trataría a sus hijos como objetos.

Me pregunto si alguna vez pensó en esta bebé como suya. Como su hija.

Pero esa es una pregunta estúpida. Para hombres como él, los hijos son arcilla para moldear, y las mujeres, propiedad para intercambiar. Esposas, hijas, incluso bebés: todos somos peones.

Y que Dios ayude al niño que él elegirá para ser el próximo rey.

Las lágrimas me arden en la parte posterior de los ojos, pero las contengo. No lloraré delante de él. Me duele la garganta por el esfuerzo de contenerla, pero me resisto.

Ahora mismo, ninguno de esos otros bebés es real todavía. Y, si me salgo con la mía, nunca lo serán. Solo existe mi hija, y por ella, destrozaré el mundo.

Incluso si eso significa huir de su padre.

Petyr se da vuelta para irse. Observo su espalda alejarse con un sabor a desesperación en la boca. Hubo un tiempo en que me hizo sentir segura. Pensé que podría ser mi escape de la vida de la que huía.

Ahora lo veo claro: es sólo otro guardia de prisión, igual que mi padre.

Y el futuro que pensé que podía saborear era solo otra jaula.

6

SIMA

La puerta se cierra tras él. Un segundo después, oigo el ruido de una cerradura.

El sonido destruye cualquier vestigio de esperanza. Esta es la prueba de que habla en serio. Pero por si acaso, corro hacia la puerta, agarro el picaporte y giro con fuerza.

Nada.

No se mueve. Lo agito, pero no cambia nada. El metal resuena como si se riera de mí por intentarlo.

Se me seca la garganta. Me doy la vuelta y observo la habitación. ¿Qué sigue? ¿Qué es vulnerable? Mis ojos se posan en las ventanas. Me acerco rápidamente, tiro de las cortinas y empujo los cristales.

No se mueve. Ni siquiera una grieta.

Me apoyo con fuerza, con las palmas de las manos extendidas y el hombro pegado al marco, pero está bien sellado. Los cristales no ceden ni un poco.

Un sonido tenso y de pánico escapa de mi garganta.

Estoy atrapada. Realmente, verdaderamente atrapada.

Siento un vuelco cuando me alejo de la ventana. Cierro los ojos y trato de no ponerme histérica.

Las horas transcurren lentas y pesadas. La habitación permanece en silencio, demasiado, hasta que por fin el movimiento de llaves rompe el silencio.

La cerradura gira y la puerta se abre. Me incorporo de golpe, con el corazón acelerado, casi esperando que sea Petyr que recuperó el sentido.

Pero no lo es. Es Anya.

Entra con una bandeja en las manos. Un tazón, un plato, un vaso de agua. El olor a estofado recalentado me invade incluso antes de ver la comida.

No me saluda ni da muestras de haberme visto. Se dirige directamente al tocador y deja la bandeja con un ruido sordo.

Casi me alegra verla. Cualquier rostro humano es mejor que mirar estas paredes. Pero Anya nunca ha sido cálida conmigo. Ni antes, ni ahora.

Al principio, fue la ama de llaves del padre de Petyr. No se ablandó con él, y desde luego que nunca se ablandó conmigo.

Recuerdo cómo me miraba, como si fuera una mancha en la alfombra que no podía quitar. Nunca pensó que tuviera que estar aquí. ¿Y después de seis meses fuera? Esa mirada no ha cambiado.

Me humedezco los labios y me muevo en el borde de la cama. —¿Dónde está Petyr? ¿Volverá esta noche?

Anya se endereza y se gira hacia mí. Entorna los ojos. —El joven amo está ocupado —dice—. Demasiado ocupado para perder el tiempo aquí.

Lo intento de nuevo, más suave. —Solo necesito…

Me interrumpe con otra mirada, más fría que la primera. —Come. Descansa. No esperes más que eso.

Claro. Quizás también podría orinar en las macetas como una buena mascota.

Me trago el nudo en la garganta. No tiene sentido convertir a la mujer que me prepara la comida en una enemiga aún mayor.

Sin siquiera mirarme, se dirige a la puerta. Las llaves tintinean en su mano. Sale, cierra la puerta y el cerrojo vuelve a hacer clic y me deja encerrada.

El silencio regresa, más pesado que antes.

Me hundo en el borde de la cama. Mi mente se desvía, sin que nadie la llame, hacia mi madre. La veo tal como era, reducida a un cascarón bajo las manos pesadas y las palabras aún más duras de mi padre. Sus interminables críticas. El desfile de amantes, cada una un recordatorio de que ella nunca había sido suficiente y nunca lo sería.

Recuerdo la mirada vacía en sus ojos. Se movía por la casa como un fantasma, existiendo pero sin vivir. Juré que nunca terminaría como ella.

También juré que nunca me casaría. No después de ver lo que el matrimonio le había hecho a Mamá, ni de descubrir lo que significaba en nuestro mundo.

Mi padre, al igual que Petyr, veía a las esposas e hijas como instrumentos de intercambio. El día que vendió a Lara a uno de sus socios, su expresión se me quedó grabada en la memoria. Ya estaba muerta por dentro antes de caminar hacia el altar. Me dije a mí misma que nunca permitiría que eso me pasara.

Así que corrí. A los doce años, empaqué lo poco que tenía y me fui.

De alguna manera, sobreviví. Me forjé una vida. Me construí muros y juré que nunca dejaría que un hombre me poseyera como Papá

poseyó a Mamá.

Y sin embargo, aquí estoy. Casada. Encerrada en una habitación como una niña castigada. Casada con el tipo de hombre del que he estado huyendo todo este tiempo.

Peor aún, hubo un tiempo en que me permití creer que podía ser diferente. Que Petyr podía ser diferente. Que podíamos ser felices juntos.

Estúpida.

Estúpida.

Estúpida.

El destino de Mamá, el de Lara. Eso es exactamente lo que me espera si me quedo. Poco a poco perderé mi identidad, me debilitaré bajo la presión de la casa de Petyr y desapareceré.

Pero no puedo permitirme eso. No dejaré a mi hija sola para que se enfrente a este mundo. Me niego a abandonarla mientras dejo que mi mente se aleje cada vez más de mi cuerpo.

Nunca le haré eso. No cuando me dolió tanto cuando Mamá me lo hizo a mí.

—Está bien, cariño —Me siento en el borde de la cama, abrazo mi vientre y susurro una promesa—. Te juro que te cuidaré.

Pase lo que pase.

7

PETYR

Estoy sentado en mi escritorio en mi oficina en casa con una pila de informes atrasados frente a mí. Pero apenas veo las palabras. Ahora mismo, el trabajo me importa un bledo.

En mi ausencia (mi búsqueda tan concentrada de Sima) los papeles se han acumulado en mi escritorio. Antes, Lev se habría encargado de eso. Pero Lev ya no es una opción. Se está pudriendo en el fondo del Hudson, y su legado se pudre con él.

Aún no lo he reemplazado. Mikhael me ha estado cubriendo como segundo al mando interino, e Iván sigue ayudando en todo lo que puede, pero ninguno de los dos es apto para este tipo de trabajo.

Así que solo me queda una opción: afrontarlo. Me dé la gana o no.

Justo cuando estoy pensando eso, mi bolígrafo se rompe entre mis dedos.

—*Blyat′* —maldigo en voz baja. La tinta se extiende sobre los papeles y, frustrado, tiro el bolígrafo roto a un lado.

Debería concentrarme. *Necesito* concentrarme en esto. Pero es inútil. Solo puedo pensar en ella. No puedo sacármela de la cabeza.

Cada vez que recuerdo que está viva, siento un gran alivio. Está en mi casa, a salvo bajo mi techo. Bajo llave. Ahora la tengo, y no se irá a ningún lado.

Pero la furia la sigue de cerca. Porque la razón por la que tuve que encerrarla es porque ya se me escapó una vez. Se arriesgó a sí misma y a la niña que lleva dentro, todo por su estúpido orgullo.

Me duele la mandíbula de tanto apretarla. Echo los hombros hacia atrás y me obligo a coger otro documento y releer líneas que seguro ya he leído mil veces.

Pero nada se me queda grabado. Solo veo su rostro pálido, las lágrimas pegadas a sus pestañas cuando la dejé en su nuevo alojamiento.

No me rogó. Nunca me dio eso. Solo me respondió con mis propias palabras como si yo fuera el que estaba equivocado.

Pero ¿qué esperaba exactamente? ¿Que la dejara andar libre después de demostrarme que no se puede confiar en ella? ¿Dejarla escapar otra vez por pura bondad?

Sí, joder, claro que no.

Enfadado, cierro el informe de golpe y lo dejo a un lado. Mi oficina se siente demasiado pequeña y sin oxígeno.

Me levanto y camino hacia la ventana. El campo se extiende abajo. Normalmente me resulta relajante. Hoy, solo me pone los pelos de punta de impaciencia.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde el cristal. Observo mis ojos hundidos, mis ojeras y mi barba descuidada. En algún momento, dejé de parecer el *pakhan* arreglado que solía ser.

En cambio, comencé a parecer un hombre que perdió todo el control.

Me aparto de la ventana y me paso la mano por la cara. Me importa un bledo si le gusta su nuevo hogar o no: ella se quedará. Aquí, en mi casa, donde pertenece.

La imagen de ella sola en la calle todavía me persigue. Si alguien más la hubiera alcanzado, si se hubieran atrevido…

Agarro el borde del escritorio hasta que mis nudillos se ponen blancos.

No puedo evitar preguntarme cuánto de esto es culpa mía. Si hubiera confiado en Sima, quizá las cosas no habrían llegado a este punto. Seguiríamos juntos, igual que antes, sin todos estos nuevos secretos entre nosotros.

Debí haberle creído cuando me advirtió sobre Anatoli. Sobre la traición de Lev. Todo lo que me dijo entonces resultó ser cierto. Si no fuera por ella, *yo* me estaría pudriendo en el fondo del Hudson ahora mismo, no ese asqueroso traidor.

En cambio, la acusé de ayudar a su familia a intentar asesinar a mi hermano mientras estaba en coma, solo e indefenso. Era lo único que tenía sentido en ese momento, pero ahora sé que no fue así. Me apresuré a juzgar y me costó todo. Peor aún, nunca le di a Sima la oportunidad de explicarse adecuadamente.

Pero, independientemente de mis errores, no tenía derecho a huir de mí. Es mi maldita esposa. *Mía.* Ese solo hecho debería haberla anclado a mí. Hizo votos. Me juró lealtad.

Luego, corrió.

Así que ahora no puede quejarse si no le gusta cómo la trato. Se hizo la cama ella sola. Hora de acostarse, carajo.

No importa cuánto quiera estar en esa cama con ella.

Un suave golpe en la puerta me saca de mis pensamientos.

—Adelante.

Por un segundo, contra toda lógica, espero que Sima aparezca. Aunque la encerré precisamente para que no se escapara, la esperanza me acompaña mientras la puerta se abre lentamente.

Pero no es Sima quien entra. Claro que no.

Es Kira. Mi cuñada. —Espero no molestarte.

—No —Aprieto la mandíbula, pero intento ocultarle mi decepción irracional—. Para nada.

—Esperaba que pudiéramos hablar.

Preferiría cortarme el brazo antes que tener cualquier tipo de conversación ahora mismo, pero tampoco se lo digo. —Por supuesto.

Cierra la puerta suavemente tras ella y se queda allí un momento. Hay una silla vacía justo enfrente de mi escritorio si la quiere, pero, como no se la ofrezco, no la toma.

—He oído que ha vuelto —Su tono es ligero, incluso juguetón, pero sus ojos no le hacen justicia—. ¿De verdad crees que es seguro tener bajo este techo a una mujer que te traicionó? ¿Sobre todo ahora, con su familia dispuesta a clavarte un puñal por la espalda?

—Si no te conociera, diría que me estás cuestionando.

—Claro que no —se apresura a decir—. Solo me aseguro de que lo hayas pensado bien. Llevas meses en guerra con los Danilo. Ahora, ella vuelve a vivir en esta casa como si nada. ¿No ves el riesgo?

Reprimo mi irritación. Kira ha estado a mi lado todos los días desde que Sima se fue. Cargó con el peso que yo debería haber llevado. No se merece mi temperamento.

—No necesito que me cuestionen —le digo, suave pero firme—. Sé lo que hago.

—Espero que sea cierto —dice con cuidado—. Porque todos empezarán a preguntarte lo mismo. Se preguntarán si has perdido la ventaja.

—Que se pregunten todo lo que quieran —Me encojo de hombros—. Yo dirijo esta casa y esta Bratva. No ellos. No tú.

Entorna los ojos. Luego, exhala por la nariz y asiente. —Por supuesto. Solo quería opinar. Al fin y al cabo, tienes un punto ciego cuando se trata de ella.

Aprieto los puños. La mención de cualquier punto ciego con respecto a Sima me dificulta apaciguar mi furia. Incluso por la esposa de mi hermano.

—Has sido buena conmigo, Kira. No lo olvido —digo—. Pero no es tu decisión.

—Lo entiendo —Se encoge de hombros, pero noto que todavía le molesta. Aunque no me importa demasiado. Si a Kira le molesta que Sima esté aquí, que se las arregle—. Tú vigilas a tu mujer y yo a mi marido. Que haya orden por todas partes.

Me alegra el cambio de tema. —¿Cómo está Dimitri?

—Progresando —La boca de Kira se suaviza—. Aunque los médicos dicen que será un largo camino. Tiene que aprender todo de nuevo. A caminar, a hablar. Incluso alimentarse solo será un reto —sus ojos se nublan de decepción—. Está mal, pero al menos ahora está despierto.

Es la única buena noticia que ha salido de todo esto. Mientras estaba ocupado siguiendo a Sima por todo el país, ocurrió un milagro: mi hermano despertó del coma. Los médicos no creían que lo hiciera nunca, pero a Dimitri siempre le encantó demostrar que la gente se equivocaba.

Asiento con la cabeza, apretando la mandíbula. —Debería ir a verlo.

—Deberías —coincide Kira—. Sigue preguntando por ti.

Lo sé, lo pienso, pero no lo digo. Porque la verdad es que no soporto ir a verlo. Mi hermano, un hombre que una vez silenció las

habitaciones con una mirada, reducido a comer con una pajita. Odio verlo destrozado. Por eso no lo visito tanto como debería.

—Lo haré —concedo—. Mañana.

Kira asiente. —Bien. Le alegrará oír eso —Baja la mirada un segundo —. Me alegro de que haya sobrevivido, claro. Sin duda. Pero… ¿Alguna vez te preguntas si esta es la vida que él habría querido?

—¿Qué estás diciendo?

—Nada —dice rápidamente—. Solo que es duro verlo así. El hombre más fuerte que conocimos, luchando con lo básico.

Un escalofrío me recorre la nuca. Por un instante, casi parece que piensa que habría sido mejor que Dimitri no despertara.

Pero no puede haber querido decir eso. Ella le ha dedicado más tiempo que nadie. Nadie sufrió más que ella que haya terminado en ese hospital.

—Ya ha superado todas las adversidades —le recuerdo—. Todos creían que no volvería a abrir los ojos, pero lo hizo. Superará estos desafíos también.

Kira me observa con expresión indescifrable. —¿De verdad crees que se recuperará?

—Es mi hermano. Se recuperará. Quizás no mañana, quizás no el mes que viene, pero lo hará.

Sus hombros se relajan un poco. —Entonces, yo también lo creo. Si dices que lo hará, lo hará.

La sonrisa tensa persiste, pero el asentimiento de Kira parece bastante seguro. Desaparece por la puerta.

Un sabor amargo me llena la boca. No sé de dónde viene: las palabras de Kira, su sonrisa poco convincente…

O el hecho de que no era Sima quien llamaba a mi puerta.

8

PETYR

Salgo de la casa y cierro de un golpe la puerta principal detrás de mí.

Hay media docena de muros entre Sima y yo, pero no es suficiente. Necesito más kilómetros, más distancia, porque, si me quedo, voy a atravesar cada uno de esos muros para llegar a ella.

Y eso no puede suceder.

El aire nocturno me enfría la piel. Empujo la verja y continúo por el oscuro camino de grava. Paso demasiado rápido, demasiado fuerte, pero no aminoro la marcha. Si me detengo, daré la vuelta, ¿y entonces qué?

Entrarás a su habitación. Mi lado frío y racional ya sabe cómo terminará esto. *Besarás sus bonitos labios y olvidarás que alguna vez estuviste enojado con ella. Dejarás que te tome el pelo otra vez.*

Ni en un millón de putos años.

Pero incluso después de haber caminado cinco o seis kilómetros por el bosque, mi mente sigue divagando sobre los temas en los que juré no pensar. Así que, cuando regreso a la mansión, no entro. Saco

un juego de llaves del garaje, me subo al volante de uno de mis coches y salgo disparado de la propiedad.

No me permito pensar adónde voy. Conduzco. Kilómetro tras kilómetro de asfalto, hasta que las luces de la ciudad se difuminan y las carreteras se extienden hacia el lado más oscuro de Nueva York.

Cuando por fin llego al almacén, dos de mis hombres vigilan la puerta. Se apartan y me saludan con un gesto brusco. —Jefe.

Asiento y luego empujo las pesadas puertas para abrirlas. Crujen, viejas y sin aceitar, una advertencia para quien esté dentro de que su descanso está a punto de ser interrumpido.

Enciendo las luces y veo a quién le voy a empeorar la noche.

En el centro de la habitación, dos Danilo *mudaki* están atados a sillas. Con la cabeza gacha, los rostros ensangrentados, irreconocibles, apenas con vida en sus ojos mientras parpadean ante el resplandor del neón.

Uno de mis hombres de guardia, Oleg, habla. —Estaban husmeando por los muelles —explica—. Pensamos que querrías que los trajeran.

Pensaron bien.

Miro las caras ensangrentadas de los prisioneros. Los atraparon intentando apoderarse del territorio de Gubarev, precisamente ahora. Una estupidez, si me preguntas.

Claro, no me preguntaron. Por eso son ellos los que están atados a las sillas y yo soy el que está a punto de darles una paliza.

Me crujo los nudillos y doy vueltas alrededor de las sillas. La ropa de los prisioneros parece identificarlos como basura, esquineros, repartidores, mensajeros de poca monta. Nada que los Danilo vayan a extrañar mucho.

Pero así se desarrolla esta guerra ahora. Cada bando dispara siempre que puede, y luego el otro se desquita con creces. Una

sangría lenta y sin fin.

Me tapo la boca con la mano y pienso. Ya he eliminado a muchos jugadores clave de Danilo. Pero yo también he perdido hombres. Hombres buenos, necesarios. Soldados dignos.

Peor aún, la policía ha empezado a darse cuenta. No pueden ignorar este derrame de sangre en las calles para siempre, ni siquiera con el dinero que les doy para mirar hacia otro lado. Se está volviendo demasiado grande. Demasiado ruido para quedarse en el hampa.

Necesito que esta guerra termine, y pronto.

Perdonarles la vida a estos dos sería una opción. Un gesto de buena voluntad. Les indicaría a los Danilo que he superado las pequeñas riñas.

Pero no tengo buena voluntad para gente como ellos. Ni ahora ni nunca.

Y esta noche en particular, estoy realmente cabreado.

Chasqueo los dedos. Oleg acerca una mesa. En ella guardamos todo lo necesario: alicates, un soplete, cuchillos, un martillo. Herramientas sencillas. Fiables. Con la cantidad justa de óxido para asustar a nuestros cautivos y obligarlos a obedecer.

Me agacho frente al primer hombre. Tiene el labio partido y un ojo hinchado y cerrado. Cuando extiendo la mano y le agarro la barbilla, se estremece tanto que casi tira la silla.

—¿Quieres que sea fácil? —le ofrezco—. Dime lo que quiero saber y no tocaré esto —Señalo el arsenal sobre la mesa—. Es un trato único. Lo tomas o lo dejas.

Por un segundo, creo que lo aceptará. La decepción empieza a extenderse por mi cuerpo. He sido demasiado generoso otra vez. Ahora quizá no consiga la liberación que vine a buscar.

Pero entonces el idiota escupe sangre en mi zapato y en mi cara se dibuja una sonrisa.

Una puta mala respuesta.

Extiendo la mano. Oleg me pone las pinzas en la palma de la mano. No hace falta decir nada.

Bien. No estoy de humor para hablar esta noche.

Pero este tipo sí lo estará, y pronto.

Agarro la mano del bastardo antes de que pueda apartarla bruscamente y luego aprieto la herramienta alrededor de su dedo meñique.

Crac.

El crujido resuena en el silencio, seguido de su grito.

El otro prisionero se tensa en su asiento. Veo un atisbo de miedo en sus ojos, pero lo reprime rápidamente. Sean o no de bajo nivel, estos dos son lo suficientemente rencorosos como para hacerme trabajar duro.

Por mí está bien.

—Esa es una —digo—. Tienes nueve oportunidades más para hablar. —Las pinzas flotan sobre su dedo anular.

Cuando no hay respuestas, me tomo mi tiempo. Dos dedos, luego tres. Los gritos del hombre se convierten en sollozos. —P-Por favor —suplica en un ruso mal hablado—. ¡Me matará si hablo!

—Seré peor si no lo haces —*Crac.* Quedan cinco—. ¿Te apetece decirme quién te hizo mearte en los pantalones? Porque tengo el presentimiento de que no soy solo yo. Y Anatoli estiró la pata, así que seguro que no es él —Cierro las pinzas alrededor del siguiente, pero no lo rompo todavía—. Lo sé. Yo metí a ese *mudak* en su tumba.

Él niega con la cabeza, frenético. Tomo otro de sus dedos.

Qué puta satisfacción. Toda la frustración que me ha estado pudriendo desde que encerré a Sima encuentra una salida. Una en la que puedo confiar para que no vuelva y me muerda el trasero.

Al menos en esta habitación, puedo ser el monstruo que ella ya cree que soy.

Me acerco al prisionero. —¿Quién dirige tu Bratva ahora? ¿Quién da las órdenes?

Él niega con la cabeza, testarudo.

—Vale —Le meto las pinzas en la boca—. Hagámoslo a tu manera.

Luego, giro.

Se le suelta un diente. La sangre le empieza a correr por la barbilla. Sus arcadas llenan el aire, seguidas de un grito ahogado mientras sigo extrayendo más dientes.

—Habla —le ordeno—. O te pasarás el resto de tu miserable vida comiendo con una pajita.

Finalmente, después de tres dientes más, pronuncia un nombre con dificultad. —¡F-Feliks!

Ah. Eso es lo que sospechaba. Feliks es el hermano menor de Anatoli. El hijo del medio de Nikolai, si mal no recuerdo.

—¿Es él quien interviene entonces? ¿Mientras su padre bebe y folla en su ratonera?

—S-sí —gime. Arrastra las palabras un poco, por falta de la mitad de las muelas, pero tan claro como para estar seguro.

Feliks Danilo. El segundo hijo, y además un advenedizo imprudente. Probablemente quiera demostrar su valía ahora que su opresivo hermano mayor finalmente ha muerto. Debió sentirse como la puta mañana de Navidad cuando recibió la llamada.

Suelto las tenazas y dejo que mi prisionero escupa más sangre. Esta vez, tiene cuidado de hacerlo en el suelo, lejos de mis zapatos. —¿Ves? No fue tan difícil.

Me vuelvo hacia el segundo hombre. Me mira con los ojos abiertos. Aterrorizado.

Bien.

Agarro su silla y la acerco tanto que sus rodillas chocan con las mías. —¿Y el viejo? —pregunto—. ¿Qué hace mientras su segundo hijo se hace el jefe? Tanto licor y Viagra no le harán bien al hígado.

Silencio. No es la forma más inteligente de abordar esto, pero, si aún no ha aprendido, no me corresponde a mí juzgarlo. Incluso le ofreceré una clase de refuerzo.

Tomo el martillo y lo bajo rápidamente sobre su rótula.

El *crac* resuena por el almacén. Su grito resuena más fuerte.

Me inclino. —Inténtalo de nuevo.

Balbucea a pesar del dolor. —El *pakhan*… viene. Viene para acá.

—¿Nikolai? —presiono—. ¿Está aquí? ¿En Nueva York?

—Quiere… acabar con ustedes él mismo —jadea—. Acabar con todos ustedes. Toda la basura Gubarev.

El mismísimo anciano, el jefe de la Bratva Danilo, dejando su cómodo asiento entre prostitutas para venir aquí, a mi ciudad. Su ego debe de estar por las nubes si cree que puede derrotarme.

Me enderezo y le devuelvo el martillo a Oleg. —Bien —sonrío con suficiencia—. Eso es justo lo que quería oír.

Los prisioneros gimen, destrozados y sangrientos. Pero me importa un bledo. Llevo siete meses eliminando a los Danilo como ratas en un vertedero, y no son la excepción. He impedido que estos imbéciles planten una sola bandera en mi territorio.

¿Y ahora el viejo cree que puede entrar y aniquilarnos? Está loco, pero eso me beneficia.

Porque, tan pronto como esté lo suficientemente cerca para alcanzarlo, puedo sacar el problema de raíz.

Solo tengo que agarrarle el cuello al viejo cabrón de Danilo. Y esta guerra estará prácticamente ganada.

Me paro junto a los prisioneros. Diablos, incluso hasta sonrío. La parte de mí que necesitaba liberarse por fin lo ha conseguido, y se siente increíble.

Pero, justo después de esa felicidad, regresan los pensamientos que me han atormentado toda la noche.

Porque matar a Nikolai afectará a Sima. Me pregunto qué pensará cuando finalmente le meta una bala en la cabeza a su lejano padre. Ni siquiera le he contado lo de Anatoli. No tiene ni idea de que ya maté a su hermano.

Tendré que decírselo, tarde o temprano. Esa conversación se avecina, y ya sé que va a destrozar lo poco que aún nos une. Me odiará más de lo que ya me odia.

Me imagino su cara cuando se entere. Gritará que soy un monstruo, que desearía no haberme conocido nunca.

Somos dos. Mi vida sería mucho más fácil si nunca la hubiera conocido.

Pero no importa. Ya la conozco. Sé cómo es la vida con ella y cómo es sin ella. Soportaré los gritos, los insultos. Dejaré que me escupa en la cara si eso es lo que necesita para superarlo. Nada puede ser peor que lo que ya le he hecho.

Y lo que ya me ha hecho ella a mí.

Los prisioneros gimen en sus sillas. Les hago una señal a mis hombres sin mirarlos. —Terminen con esto.

Dos disparos resuenan en el almacén. Los cuerpos de Danilo se desploman hacia adelante en las sillas, sin vida.

Me limpio las manos con un trapo y lo tiro a un lado. —Tíralos afuera de la casa de Feliks —ordeno—. Asegúrate de que vea lo que pasa cuando sus ratas se meten en mis calles.

Ambos hombres asienten. Arrastran los cadáveres por el suelo de cemento. Aparecen manchas oscuras, pero no me preocupa. Se desvanecerán, como todos los demás.

Salgo con la mente ya puesta en el siguiente movimiento.

Feliks. Nikolai. Esta guerra está llegando a su fin, y terminará en mis términos. Me aseguraré. Y después, le contaré la verdad a Sima.

Incluso aunque me odie.

9

SIMA

Se necesitan exactamente tres días antes de que esté lista para comenzar a escalar las paredes.

Ya he medido la distancia entre la cómoda y el alféizar de la ventana para ver si se puede. A menos que me convirtiera en saltadora de altura olímpica de la noche a la mañana, cosa que no hice, no se puede. E incluso si lo fuera, que, repito, no lo soy, creo que la cómoda se derrumbaría por el peso del embarazo.

Mientras tanto, mi ansiedad nunca se calla. Y cuando digo nunca, quiero decir *nunca*. Dormir es un rumor cruel ahora que no tengo una salida para quemar mi energía.

Normalmente, los perros al menos tienen un patio trasero. Supongo que eso me pone en un lugar más bajo que las mascotas de casa.

La soledad es casi tan mala como la ansiedad. Cuando la criada me trae la comida, casi me alegro de verla.

Bueno, casi.

Anya tiene entre sesenta e infinito, y no me ha cogido cariño durante mi ausencia. Lleva el silencio crítico a la categoría de arte.

Es la Picasso del silencio crítico. Frunce los labios si pido demasiado, gruñe si se siente generosa. Su ceño fruncido es omnipresente.

He intentado por todos los medios romper la fachada de reina de hielo. Rogué. Regateé. Nada la quiebra. La mujer es una bóveda de piedra con un ligero olor a lejía y repollo.

—¡Buenos días, Anya! —saludo cuando entra con el desayuno—. ¿O es por la tarde? Es difícil saberlo cuando tu carcelero no cree en los relojes.

Ella deja la bandeja sin hacer comentarios.

—Dime, ¿sigue aquí el señor Rochester? —pregunto—. ¿O se fue corriendo al ático para no oír gritar a su Bertha?

Mis referencias literarias caen en oídos sordos, pero ya estoy acostumbrada a una audiencia sin audiencia.

—Vamos. Una palabra. Parpadea dos veces si está muerto, una si sigue dando tumbos y dando miedo.

Anya me mira fijamente hasta que suspiro.

—No eres nada divertida —murmuro, dándole un codazo al grumo de avena que me ha dejado—. Espero que al menos escupas en esto.

Nada. Absolutamente nada.

Dios, es difícil ser la persona más divertida del planeta Gubarev.

Espera a que termine de fingir que como. Una vez que termino, camina hacia la puerta, con la bandeja en una mano, y desaparece.

Esa es la rutina. Comida que entra, comida que sale. Sin conversación, sin novedades. ¿Y Petyr? Empiezo a preguntarme si no lo imaginé.

No lo he visto desde la primera noche, cuando me metió aquí a empujones y cerró la puerta con llave. Cada vez que le pido a Anya

que lo llame, se me queda mirando hasta que me doy por vencida.

Mi teléfono también desapareció. Me lo confiscaron antes de que pudiera escribirle a nadie. Supongo que ese era el objetivo. Ya ni siquiera puedo ver TikTok hasta que mi cerebro se vuelve papilla.

Intenté convencer a Anya de que me lo devolviera a escondidas el primer día. No hubo suerte. Habría tenido más suerte pidiendo una cucharadita de cianuro con el desayuno.

Pero cedió ante algo. Solo una cosa.

—¿A quién tiene que matar una chica para conseguir un libro aquí? —pregunté.

Para mi sorpresa y asombro, regresó esa misma tarde con un fajo tan seco que casi me ahogo con el polvo. Historias de rutas marítimas. Libros de contabilidad comercial. Incluso había unas memorias de un burócrata soviético fallecido hacía mucho tiempo que se creía tan importante como para escribir sobre su vida traficando con Stalin.

La broma es para ella: lo revisé todo en medio día. Ahora sé mucho más de lo que jamás imaginé sobre la *perestroika* y la *glásnost*.

Cuando Anya vino a recoger las bandejas más tarde, lo intenté de nuevo. —La próxima vez, ¿quizás algo con diálogos? Un romance estaría bien. Incluso aceptaré una novela corta. No soy exigente.

La respuesta de Anya: un solo gruñido.

—Lo tomaré como un *sí*.

No regresó con un romance, sino con una biografía en dos volúmenes de un zar que pasó la mayor parte de su reinado enfermo en cama. Casi la arrojo contra la pared, pero decidí que podría necesitarla más tarde para reventarle la cabeza a un guardia.

Así que, con solo mala literatura y peor compañía, me paso las horas tramando. Escapar, obviamente. Apuesto a que Petyr se arrepentirá

de no darse el lujo de comprar en Barnes & Noble cuando esté en el olvido con su estúpido libro del zar enfermo.

¿Cree que puede encerrarme durante el embarazo como si estuviéramos en una novela victoriana? Por favor. Si algún día salgo de esta habitación, aprenderá lo peligrosa que me vuelve el aburrimiento.

Mientras tanto, Anya tendrá la alegría de mi brillante compañía, lo quiera o no.

La observo día tras día. Su constancia es notable. Siempre a la misma hora, con el mismo ceño fruncido. No se detiene, nunca comete un desliz.

Apuesto a que podría lograrlo.

Ahí es cuando me viene la idea. ¿Desesperada? Claro. Pero lo estoy, y no puedo quedarme aquí esperando un milagro en su rutina. Conociéndola, será su funeral, dentro de unos cien años.

Así que bien podría hacerlo esta noche.

Cuando viene a recoger mi bandeja de la cena, pongo en marcha el plan. —Espera —le digo.

Luego, apilo mi ropa sucia encima de los platos. Calcetines, camisón, incluso la manta que he estado sudando.

—Hazme un favor y lava esto, ¿quieres? El olor me está empezando a atormentar.

Anya me mira con los labios fruncidos como siempre. No discute, y por una vez lo agradezco.

Avanzo a paso de tortuga y empiezo a apilar los libros sobre la ropa sucia. —Y estos también. Ya terminé. Considérame experta en la fascinante historia de las rutas marítimas del Báltico.

Para cuando logra equilibrar todo en sus brazos, parece una torre humana. La bandeja se tambalea, la manta se desliza. Veo el

obelisco del libro amenazar con derrumbarse dos veces.

Apenas logra cruzar la puerta y cerrarla tras ella sin dejar caer toda la carga. Cuando se va, me quedo paralizada esperando el familiar ruido de la cerradura. El sonido que normalmente me encierra de nuevo en mi jaula.

Pero no viene.

No. *Viene.*

Sus pasos crujen por el pasillo, lentos y constantes, y luego se desvanecen. No me doy tiempo para pensar. Si pienso, perderé el valor.

Y eso es lo único que no puedo permitirme perder.

Abro la puerta de un empujón y salgo al pasillo. Mis pies descalzos hacen un ruido de ninja sobre la madera, pero mi pulso late tan fuerte que estoy segura de que podría delatarme.

Me pego a la pared y avanzo por el pasillo. La urgencia de mirar atrás me atormenta, pero me obligo a resistirla. No hay tiempo para sentimentalismos mientras huyo de la Mansión Bly.

En el tercer escalón, la escalera cruje debajo de mí.

Me congelo, cuento hasta diez y luego continúo.

A cada segundo, espero un grito. Una mano que venga a arrastrarme de vuelta al olvido.

Pero no pasa nada, así que sigo.

En el fondo, la cocina huele a ajo. Es extraño para una casa de potenciales vampiros, pero no puedo darme el lujo de obsesionarme con esa rica mina de oro cómica. Tendré tiempo de sobra para contar chistes cuando esté al otro lado del mundo.

La lamparilla sobre la estufa proyecta una tenue luz. Paso junto a ella. Mis palmas resbalan contra la pared mientras intento

estabilizarme.

El camino de entrada se extiende más adelante. La puerta del garaje está a solo unos pasos. En la pared, el tablero de llaves.

Tengo la garganta seca mientras observo las filas. Autos de lujo, autos deportivos… completamente inútiles. Necesito algo sencillo.

Finalmente, mis ojos se posan en un mando negro que parece de una camioneta. Lo agarro. Me tiembla la mano. Aprieto hasta que las llaves se me clavan en la piel.

El tintineo suena demasiado fuerte. Contengo la respiración y me preparo para oír pasos.

Silencio.

Me dirijo hacia la puerta del garaje.

Solo un empujón más y estaré afuera. Libre. Siento las piernas débiles, pero las obligo a moverse.

Afuera, la ligera brisa fresca me hace sonreír de oreja a oreja. *Aquí es,* me doy cuenta con emoción. *Lo voy a lograr.*

Entonces, un movimiento en el rabillo del ojo me deja congelada en mi sitio.

Una figura está de pie en la puerta. Hombros anchos, complexión alta. Por un instante, casi parece Petyr.

Pero no lo es.

Es Luka.

—Sima —Bloquea el paso con los brazos cruzados.

Por supuesto. Mi única oportunidad, y resulta que el Sr. Antiácido estaba ahí parado.

Luka sale a la luz. Su rostro está tenso, más frío que nunca. Me sorprende su aspecto decepcionado.

Porque eso no es normal, ¿verdad?

Enojado tendría sentido. Triste, incluso. Pero ¿*decepcionado*?

Acorta la distancia que nos separa en dos zancadas y me arrebata las llaves de la mano. —Tomaré estas.

No lucho. Mi garganta se mueve alrededor de un trago. Solíamos ser amigos cuando le asignaron cuidarme, pero ya no hay amistad en él.

—Sígueme arriba, por favor —Su tono es formal, pero definitivo.

Dudo. —Luka, espera. No tienes que hacer esto —Mi voz se quiebra, más desesperada de lo que quiero que suene—. Solo date la vuelta. Finge que no me has visto. Nadie tiene por qué enterarse.

Me doy cuenta de que estoy rogando, pero no estoy tan segura de que me importe.

Niega con la cabeza una vez. —No puedo hacer eso. Sabes que no puedo.

De repente, la culpa me invade. —Lo siento —susurro—. Por lo de antes. Cuando huí y te encerré en ese armario. No debí haberlo hecho. Era una emergencia. Necesitaba irme entonces, y necesito irme ahora. Por favor, ¿podrías solo perdonarme y…?

Me interrumpe con un brusco movimiento de cabeza. —No. No tienes derecho a disculparte —Aprieta los puños a los costados—. Petyr podría haberme matado por lo que hiciste. Huiste mientras estabas bajo mi protección. ¿Lo entiendes?

La vergüenza me revuelve el estómago. Tiene razón, y ambos lo sabemos.

—Luka —susurro—, lo siento mucho. De verdad…

—Dije que no te disculparas —me interrumpe Luka—. Ahora que sé quién eres, tiene sentido —Su gruñido se vuelve bajo, amargo—. Eres una Danilo. No se puede confiar. Debe de ser cosa de familia.

—No puedes decir eso —objeto—. No sabes que…

—Sí, puedo —Sus ojos se clavan en los míos, con dureza—. Los Danilo mataron a toda mi familia, así que no me digas lo que puedo o no puedo decir. Sí lo sé. No volveré a cometer el error de confiar en ti.

Pensé que me sentía culpable, pero oír eso lo empeora aún más. Me hace sentir como una criminal. Como si hubiera apretado el gatillo con mis propias manos.

Mi familia mató a la suya. Suena muy mal. *Los Danilo. Mi sangre.*

De repente, veo a Luka sacar su teléfono. Sus pulgares se despliegan rápidamente por la pantalla.

—¿A quién le estás escribiendo? —pregunto, aterrorizada.

—A Petyr, por supuesto.

—No —digo de golpe—. Por favor. No tienes que…

—Sí, tengo que —Luka no me mira. Tiene la mandíbula apretada y la mirada fija en la pantalla.

Unos momentos después, se oyen pasos pesados por el pasillo.

Aparece Petyr, ancho y furioso. Su presencia llena el espacio. Su mirada se posa en mí, luego en Luka, y luego de nuevo en mí.

—Salió de su habitación —explica Luka rotundamente.

La mano de Petyr me agarra con fuerza del brazo antes de que pueda hablar. Su agarre es férreo, su ritmo brutal mientras me arrastra de vuelta por el pasillo.

Me tambaleo para seguirle el ritmo. —Petyr, yo…

—Silencio —No aminora la marcha, ni siquiera me mira. Sus dedos se clavan en mi brazo hasta arriba, hasta que volvemos a la puerta cerrada.

Me empuja dentro y me sigue, luego cierra la puerta detrás de él.

Y me doy cuenta, de repente, de lo mucho que la acabo de cagar.

10

SIMA

Dentro, Petyr finalmente suelta mi brazo.

Froto el lugar donde han estado sus dedos. —¿Qué demonios, Petyr?

—Dime cómo saliste.

La furia en su voz debería asustarme, pero yo también estoy enfadada. De hecho, cabreada. Me niego a estremecerme. Después de todo lo que ha hecho, debería ser él quien me diera explicaciones, no al revés.

—¿Por qué debería decírtelo? —Me cruzo de brazos—. Me encerraste como a una prisionera. Tengo todo el derecho a intentar salir.

—Me lo dirás porque te lo pregunto.

—Inténtalo de nuevo —Sostengo su mirada y no retrocedo.

Él tampoco lo hace. Simplemente planta sus pies obstinadamente entre mí y la puerta cerrada.

—Sabes, en las cárceles alemanas ni siquiera te añaden tiempo a la condena por intentos de fuga —resoplo—. Entienden que es humano

buscar la libertad. Quizás deberías aprender de ellos y tratar a tus cautivos como personas.

—Qué…

—Lo aprendí en una de las fascinantes lecturas que me regaló tu ama de llaves —le informo—. Gracias por eso, por cierto. Es un texto realmente cautivador.

Observo cómo se contraen sus mandíbulas, y me obligo a recordar que no debería encontrarlo atractivo ahora mismo. Es mi carcelero, y los carceleros no tienen nada de atractivo. Ni siquiera cuando parecen esculpidos por el mismísimo Miguel Ángel.

Se acerca. Su sombra me engulle. —Me *responderás* —los dedos se flexionan con impaciencia a sus costados—. O te juro que los libros aburridos serán el menor de tus problemas.

Por un momento, considero decirle la verdad: que Anya no cerró la puerta con llave al salir. Si tiene a alguien a quien culpar, no se desquitará conmigo. Nunca me ha pegado, pero este nuevo Petyr es un misterio. No es que crea que lo haría, incluso ahora, pero podría hacer otras cosas.

Como quitarme a mi hija.

Inconscientemente, me llevo la mano al vientre. Cierto. No se trata solo de mí. De hecho, prácticamente no se trata de mí en absoluto.

Petyr podría haberme matado por lo que hiciste. Huiste mientras estabas bajo mi protección. ¿Lo entiendes?

De repente, las palabras de Luka me golpean.

Así es. Se arriesgó a morir por mi culpa. Huí bajo su vigilancia, y Petyr prácticamente le cambió la cara. Ese también era el *mejor* escenario posible. Si Petyr hubiera querido castigar a alguien, o dar un buen ejemplo, Luka estaría muerto ahora mismo.

Por mi culpa.

Si Petyr cree que Anya se equivocó, ella asumirá la culpa. Correrá el mismo riesgo que Luka.

Llámame loca, pero no puedo hacerle eso. Ni siquiera con su mirada maliciosa y su avena insípida por la mañana.

Puede que sea una bruja, pero no merece morir.

—La cerradura no cerraba —miento—. Manipulé la manija y se abrió. Te diría que compres WD-40, pero seguro que usas la grasa hervida de tus enemigos.

La mirada de Petyr se vuelve sospechosa. Busca lagunas en mi historia, pero no las encontrará. No seré responsable de la muerte de nadie.

Mantengo la barbilla alta, con una expresión serena. Me sudan las palmas de las manos, pero no aparto la vista. No le daré la más mínima razón para dudar de lo que digo.

Después de todo, acabo de joderme. Si cambia la cerradura por una electrónica, no volveré a ver el sol.

Debe pensar lo mismo que yo, porque asiente. —No volverá a pasar —dice con tono tajante—. Me aseguraré.

Genial. Más amenazas. Anya me debe un montón de KFC después de esto.

Petyr se pasa una mano por el pelo. Capto la exasperación en sus ojos. Me doy cuenta de que está harto. Harto del juego del gato y el ratón que él mismo empezó entre nosotros.

Bueno, yo también.

Así que aprovecho el momento. —¿Qué quieres de mí, Petyr?

Por una fracción de segundo, parece que podría obtener una respuesta honesta.

Pero entonces el rostro de Petyr se endurece. —No sé de qué estás hablando.

Ahí es cuando finalmente se me acaba la paciencia. —¡Sí lo sabes! —levanto los brazos—. Así que te lo vuelvo a preguntar: ¿qué demonios quieres que haga? ¿Aceptar pasar el resto de mi vida mirando tu horrible papel pintado mientras estoy embarazada o me obligan a embarazarme de nuevo? ¿Todo para que puedas tener un útero a mano para gestar a tu heredero?

Todo el cuerpo de Petyr se tensa. Si no le gusta que le restrieguen la verdad en la cara, lo disimula bien, porque su rostro no delata nada. —No se puede confiar en ti. Acabas de demostrarlo.

—¡Me *encerraste*! —Me doy cuenta de que estoy gritando, pero a estas alturas me importa un bledo—. ¿De verdad crees que eso es normal? ¿Secuestrar a tu propia esposa? ¿Obligarla a dar a luz a tus herederos una y otra vez? ¿Y se supone que yo deba, qué, simplemente seguirte la corriente?

Estoy desesperada por que recupere la cordura. Toda esa desesperación está en mi voz, y sé que Petyr la oye. Solo no la asimila.

Porque sabe, en el fondo, que tengo razón.

—Dices que no se puede confiar *en mí* —Avanzo un paso, intentando obligarlo a mirarme a los ojos—. Pero eres tú en quien no confío, Petyr. Me diste cuatro paredes y una puerta cerrada y me dijiste que con eso tendría que bastar, pero no funciona así. Soy un ser humano. No soy una propiedad. Y si así es como me vas a tratar ahora que me has encontrado… —Me ahogo en las lágrimas, pero sigo—. Entonces me alegro de haber huido. De hecho, debí haber corrido más rápido.

Su rostro se vuelve sombrío de repente. —Aquí tienes todo lo que necesitas —dice entre dientes, con los puños apretados—. Si te falta algo, díselo a Anya y yo…

Suelto una risa ronca. —Esto no es un hotel, Petyr. No me registré para un tratamiento de spa. De hecho, ni siquiera me registré. ¿Y de verdad crees que puedes darte palmaditas en la espalda y decirte que me estás dando todo lo que necesito solo porque me alimentas tres veces al día?

—Es más de lo que cualquier otra persona en tu posición obtendría.

—Es lo que obtendría una mascota —replico—. Y no soy tu puta mascota. Soy tu *esposa*. Porque, debo añadir, tú me obligaste.

—No pareció importarte la última vez que estuvimos juntos.

Me sonrojo. Pero, si cree que voy a dejar que me eche en cara los buenos momentos que compartimos para avergonzarme, le espera otra cosa.

—No me avergüenzo de lo que hice —le digo con calma—. Pero sí me avergüenzo de esto en lo que te convertiste.

Eso lo calla.

La verdad es que ni siquiera sé si lo que digo tiene sentido. Toda esta situación es tan retrógrada que no puedo confiar en mi propia mente para resolverla.

Es más, todavía no sé si Petyr realmente cambió. O si siempre fue así y simplemente no me di cuenta.

—Quiero *vivir* —Estoy medio riendo, medio llorando, pero si Petyr piensa que estoy loca, bien. Eso también es culpa suya—. Quiero aire, luz, gente. Quiero ser una persona, no una mascota —Bajo la voz en un susurro—. Quiero ser *libre*.

Algo cruza el rostro de Petyr. Una emoción fugaz que no puedo identificar.

—Huiste una vez —Su voz se endurece—. Arriesgaste todo. No dejaré que lo vuelvas a hacer.

—Arriesgué todo porque me dijiste que no éramos nada —Estoy agotada, sin una pizca de fuerza de voluntad—. Me trataste como a un peón. ¿Qué otra cosa se suponía que debía hacer? —Mis ojos se tornan suplicantes—. Dime eso, Petyr. Porque a estas alturas, simplemente no sé qué querías de mí.

Él se acerca más. Así, casi nos estamos tocando. —Se suponía que debías *quedarte* —gruñe—. Se suponía que debías confiar en mí.

—Sí confié en ti —susurro—. Confié en ti cuando me dijiste que me habías estado usando. Por eso hui. Pero si por "confiar" te refieres a "obedecer", entonces sí, enójate todo lo que quieras. Porque eso fue lo único que no hice, y claramente fue lo único que siempre quisiste de mí.

Los ojos de Petyr se llenan de algo. No tengo ni idea de qué es. Solo sé que, por un instante, vuelve a ser él mismo. Como solía ser antes.

Y entonces, esa chispa también se apaga.

—Si estás aburrida, le pediré a Anya que traiga más libros.

Dejo caer los brazos. La incredulidad me invade. Pero más fuerte que eso es la decepción por haberme permitido creer en él de nuevo, aunque solo fuera por un segundo. —¿Libros? ¿Esa es tu respuesta?

—Dijiste que los míos eran aburridos. Te compraré nuevos.

—Me siento sola, Petyr —Sueno patética, pero, carajo, es la verdad. No tengo fuerzas para mentir—. Hablo más con las paredes que con la gente. Más que *contigo.*

Las fosas nasales de Petyr se dilatan. —Entonces le diré a Anya que hable contigo —dice—. Le daré temas si es necesario.

—¿Siquiera te oyes ahora mismo? —Se me escapa una pequeña risa débil y quebradiza. Pero no es alegre, ni de lejos—. ¿Crees que eso lo resolverá? ¿Conversaciones forzadas con el guardián de la cripta?

—Es mejor a que te adentres en el peligro.

Suena tan frío. ¿Siempre ha sonado así de frío? No lo recuerdo.

—No es mejor —murmuro—. No es nada. Me das sobras y finges que alcanza. Pero ya no soy la niña tonta que conociste. No moveré la cola por lo mínimo —Levanto la mirada—. Así que solo dime qué hace falta para que me dejes salir de aquí, y lo haré.

Él se queda en silencio y me mira fijamente.

Sé lo que está pensando. Lo sé porque yo también.

Sin decir nada más, mis manos se dirigen a los botones de mi blusa. Empiezo a desabrocharlos uno a uno. Me tiemblan los dedos, pero me obligo a seguir el movimiento.

De repente, una mano se posa sobre la mía.

—Para. Eso no es lo que quiero.

Mentiroso. Puedo leer en su cara lo mucho que todavía me desea. Pero supongo que no tiene sentido si ya estoy embarazada, ¿no?

—Claro —murmuro—. No deberías malgastar buen semen en una prisionera embarazada.

—Eso no es…

—¡Entonces dime! —Se me llenan los ojos de lágrimas—. Por favor. Me estoy volviendo loca. Solo dime qué quieres de mí.

Petyr no dice nada. Su mano sobre la mía es el único contacto suave que hemos tenido desde que nos reencontramos.

—Estarás aquí hasta que sepa que no me traicionarás.

—Eso significa para siempre.

—No.

—Sí.

Ya lo veo en mi cabeza: yo, envejeciendo entre estas cuatro paredes. Dando a luz a un bebé tras otro hasta que ya no pueda más. Bebés que no podré ver, que no podré criar. Solo escucharlos a través de las paredes y dejar que me vuelva loca poco a poco.

Pero si alguien entre nosotros dos ha perdido la cabeza, es Petyr. Porque ni siquiera lo ve. No se da cuenta de las implicaciones de lo que dice, dominado por la ira.

No sé cómo romper ese hechizo. Antes, cuando aún le importaba, quizá lo hubiera logrado. ¿Pero ahora? ¿Cuando me considera su enemiga?

¿Queda algo de mí que él pueda amar?

Bum.

Es tan suave que casi no lo noto. Un cambio en mi interior. Cálido, familiar.

La bebé patea.

Ni siquiera sé por qué hago lo que hago. Es intuición, pura y simple. El instinto se impone.

Sin pensarlo, agarro la mano de Petyr y la presiono sobre mi vientre.

11

PETYR

Sólo dime qué hace falta para que me dejes salir de aquí y lo haré.

Por un segundo, casi pensé que lo decía en serio.

Pero solo me estaba manipulando otra vez.

Necesito tatuarme esta mierda en el interior de mis malditos párpados: *Sima Danilo no es de fiar.* Lo aprendí a las malas, y que me condenen si lo olvido.

Entonces, lo siento: un golpe suave y apagado contra mi palma.

Me quedo quieto. Mis ojos se abren de par en par, solos. Olvido cómo respirar. Cómo moverme.

Cuando levanto la vista, la mirada de Sima se cruza con la mía. Sus ojos tan abiertos como los míos, vidriosos y oscuros por la emoción, su labio inferior atrapado entre los dientes.

Es tan jodidamente hermosa. Incluso ahora, no puedo dejar de mirarla. Es tan hermosa como el día que la conocí. Incluso más ahora que está embarazada de mí. Absolutamente impresionante. Lo suficiente como para casi hacerme olvidar que no debería caer bajo su hechizo.

Pero no es su hechizo el que me tiene bajo control ahora.

—¿Eso es…?

Sima asiente levemente. No tengo que terminar la frase. Entiende lo que pregunto.

Abro la boca y la cierro de nuevo. No puedo decir nada. Solo la miro fijamente, y luego bajo donde descansa mi mano. El peso de este momento me oprime más que cualquier cosa que haya cargado en meses.

Nos quedamos congelados, unidos por el pequeño y seguro golpe entre nosotros.

Mi hija. No… *nuestra* hija.

Todavía estoy enojado. Todavía siento el calor de nuestra pelea en la piel. Pero ahora, algo más ocupa el espacio.

Miro a Sima. Su mano sigue en el dorso de la mía. Me aprieta contra su vientre, decidida a hacerme sentirla. Sus ojos buscan los míos, penetrantes pero inseguros, como si intentara ver si la aparto o admito lo que ambos acabamos de sentir.

Debería liberarme. Debería devolverle sus palabras.

Es una mentirosa. Se escapó. Incluso ahora, me sigue poniendo a prueba a cada paso. No se merece este momento conmigo.

Pero no me muevo. Mi mano se queda donde ella la puso, pesada y torpe, mientras la leve patada me roza de nuevo.

El sonido de mi propia respiración llena la habitación. Inhalo lentamente, lo exhalo, pero el ritmo es irregular. Puedo luchar con ella, pero no puedo con esto.

—¿Lo sientes? —pregunta en voz baja—. Es nuestra niña.

Mi garganta se esfuerza por contener una respuesta que nunca llega. Asiento una vez, bruscamente, porque no puedo confiar en

que mi voz no me traicione.

Pienso en los hombres que he matado, en la sangre que he derramado esta noche. Durante los últimos tres días, he mantenido a Sima en esta habitación como prisionera. Si cree que soy un monstruo, no está tan equivocada.

Pero nada de eso importa en este instante. Lo que importa es el golpe en la palma de mi mano. Prueba de vida. De legado. Todas mis decisiones, incluso las malas, me trajeron aquí.

Nuestra bebe.

Quiero apartarme, pero no puedo. Todavía no. Mis dedos se flexionan contra ella sin querer, como si aferrarme al momento lo hiciera más duradero.

Su mirada no flaquea. La mía tampoco. El silencio se extiende entre nosotros, denso con todo lo que hemos dicho y todo lo que no.

Finalmente, la miro a los ojos de nuevo y me doy cuenta de lo cerca que estamos. Si inclinara la cabeza un poquito, mi boca encontraría la suya.

Recuerdo el sabor de sus labios, el calor de su piel bajo mis manos. Noches en las que la poseí sin cuestionarla, sin temor a que se me escapara.

Un ligero temblor recorre mi mano mientras la mantengo quieta sobre su vientre. Todo mi ser desea dejarla deslizar más arriba. Sobre sus costillas, hasta su blusa medio desabrochada.

Quiero terminar el trabajo. Desnudarla, recordarle que es mía. Que me *pertenece.*

La anhelo. Joder, la *deseo*. Quiero oírla jadear por mí, gimiendo mi nombre para que toda la casa lo oiga.

Mi cuerpo reacciona a esos pensamientos antes de que pueda detenerlos. En segundos, estoy duro como una piedra. Me duelen las

manos por querer sujetarla, mostrarle exactamente lo que me está haciendo.

Por un instante, casi lo logro.

Ella sabe lo que pienso, porque *ella* lo está pensando. Lo leo en su cara, tan claro como el agua: ella también me desea.

Pero si me permito tenerla, si dejo que ella me tenga, estoy perdido.

Así que me detengo. Me arrastro hacia atrás antes de poder hacer algo de lo que sé que me arrepentiré.

Mi mano se aparta de su vientre. La piel de mi palma se siente fría en cuanto la dejo.

Retrocedo. Aprieto los puños. No puedo rendirme. No ahora. No cuando ya se me escapó una vez.

El recuerdo de esa pérdida aún está fresco. Intenté enterrarlo, pero nunca se fue. Apenas lo sobreviví. No volvería a sobrevivirlo.

Pero el hambre no cesa. Me golpea con fuerza, firme y despiadada. La deseo, y siempre la desearé.

Pero no tomaré lo que no puedo confiar. No le daré otra arma para que la use en mi contra.

Así que me doy la vuelta, salgo por la puerta y la cierro con llave detrás de mí.

12

SIMA

Un fuerte golpe en la puerta me despierta.

La luz de la mañana se cuela por las cortinas y me clava los ojos. Me duele la espalda por el colchón rígido y tengo el cuello encogido por dormir medio sentada contra el cabecero.

¿Por qué? Porque no me fío ni un pelo de esta casa de los horrores. Así que duermo con un ojo abierto. Literalmente.

Aunque no estoy segura de qué esperaba ver anoche. ¿Un asesino con hacha? ¿El fantasma de un huérfano victoriano?

O Petyr.

Niego con la cabeza. Claro que Petyr no vino. Incluso después de haberle abierto mi corazón, otra vez, no quiere saber nada de mí.

Ayer, sintió a nuestra hija. Pensé que eso podría haberle importado. Que podría haber cambiado algo.

Pero me equivoqué. Con Petyr, siempre me equivoco.

Así que aquí estoy. Misma prisión, nuevo día.

—Vamos a entrar —anuncia Luka desde la puerta. Su voz es monótona, cansada. Desde aquí casi puedo oler los antiácidos en su aliento.

—¿Quiénes son? —pregunto, pero la puerta ya se está abriendo.

Dos guardias de seguridad de Petyr entran en fila con una gran caja horizontal. Probablemente no sea una guillotina, pero una chica nunca puede estar segura.

—Cuidado con eso —reprende Luka.

Así que es frágil. No puede ser de Petyr, entonces. Ese hombre no conoce la fragilidad desde que usaba pañales.

Ya estoy empezando a preguntarme si es un espejo embrujado para empeorar mis noches, pero entonces los chicos desempacan la caja.

—¿Un… televisor? —Miro desde el borde de la cama.

Parpadeo, pero la imagen no desaparece. No es un sueño febril, entonces.

Los chicos de Petyr lo instalan en la cómoda. Es lo suficientemente pequeño como para caber, aunque una pantalla de plasma enorme no habría mejorado mucho las cosas.

La tripulación de Luka lo monta con el ceño fruncido, como si me estuvieran honrando con la séptima maravilla del mundo y no creyeran que la merezco.

La broma es para ellos. Yo tampoco creo merecer esto. Lo que merezco es aire fresco y respuestas reales.

Algo tarde, me doy cuenta de que Luka también carga algo. —Toma —dice, y lo deja en la mesita de noche.

Considero ignorarlo y girarme para seguir con mi sueño reparador. Pero la curiosidad me vence. —¿Qué es esto?

Luka simplemente mueve la cabeza hacia la caja, como diciendo: *Míralo tú mismo.*

Lo recojo y lo elevo hacia la luz.

—¿Un lector electrónico?

Luka se aclara la garganta. —Petyr dijo que necesitarías algo que hacer.

Arqueo una ceja. —Una tele y un Kindle. Vaya. De repente, comprará cable. Quizá hasta wifi, si me porto bien.

Mi chiste cae como un ladrillo. *Público difícil.*

Le doy vueltas a la caja. Ahora que la miro, el empaque se explica por sí solo.

Definitivamente es más considerado que la tele. Al menos con esto, puedo leer algo que no es más seco que la avena de Anya.

Pero aún no es Petyr. Aún no es una conversación real.

Y sí que no es libertad.

A pesar de eso, abro la caja y la saco. Siempre he querido uno de estos, pero nunca me permití pensarlo. Todo mi dinero fue para el fondo de mi negocio.

Que luego se convirtió en mi fondo de escape. Que gasté para alejarme de Petyr.

La gratitud que sentía se marchita al recordarlo. Petyr me lo quitó todo. ¿Ahora cree que puede sobornarme con aparatos electrónicos?

No, no. No va a pasar.

Dejo caer el lector electrónico sobre las sábanas. Satisfecho de haber cumplido con su tarea, Luka se aparta rápidamente. Pone la mayor distancia posible entre nosotros, y mentiría si dijera que no me hace sentir fatal.

Sus palabras de anoche resuenan en mi cabeza. Sobre lo que mi familia le hizo a la suya.

Descarté el apellido Danilo hace mucho. El año pasado, estaba convencida de que nunca volvería a surgir. De que por fin había construido una vida lejos de todo eso.

Pero la cagué. Me dejé llevar por la fe en Petyr. Ahora, mi nombre ha vuelto para atormentarme.

Miro alrededor. Los tripulantes gruñen mientras instalan el televisor. Ni una palabra, ni una mirada en mi dirección.

Luka se agacha para revisar los cables. Probablemente quiere asegurarse de que no me electrocute accidentalmente. O por diversión.

Los hombres se ponen de pie. La Navidad ya pasó. Sin teléfono, sin ordenador, nada que pueda usar para comunicarme con el mundo exterior. Solo lo mínimo indispensable para no arañar el papel pintado hasta perder la cabeza.

La tripulación de Luka se va sin decir palabra. Intento no sentir nada, pero no puedo. Las miradas asesinas que me lanzan me hacen sentir como un criminal. Como si *yo* hubiera hecho algo malo.

Lo cual es una locura. ¡Me secuestraron, por Dios! ¡Me tienen confinada en una habitación estando embarazada porque un mafioso cree que soy de su propiedad! Y aun así, soy yo la que tiene la conciencia culpable.

Tener moral está extremadamente sobrevalorado.

Cuando la puerta se cierra tras la espalda de Luka, le doy la vuelta al lector electrónico y recorro el menú. Al menos, la selección no está mal. Me pregunto si Petyr designó a alguien para que aprobara los libros o si lo hizo él mismo, como buen censor del gobierno.

Pero no. Las últimas novelas de Ali Hazelwood están todas aquí, además de algunos otros nombres destacados de la sección

romántica. Petyr jamás me dejaría probar nada más picante que curry de blancos. Se pondría celoso de los intereses amorosos en 2D de la página y echaría esta cosa a un fuego digital.

Sin embargo, no puedo quitarme la molesta sensación que me dejaron las miradas desagradables de Luka y sus secuaces. Es como un dolor causado por un diente ausente: no puedo evitar meter la lengua en él.

No solo me detestan porque soy problema de Petyr. Me odian por quién soy. Por la sangre que corre por mis venas.

Me froto los brazos, me pica la piel. ¿Cómo se supone que voy a vivir así? ¿Atrapada en una casa donde todos en la nómina me ven como la enemiga?

Ya no se trata solo de aburrimiento. Se trata de sobrevivir en un lugar donde no me quieren. Donde todo lo que hago se juzga en relación con una familia con la que ya rompí lazos. Soy culpable antes de abrir la boca. Luka lo dejó claro cuando me miró a los ojos y me dijo que no confiaría en mí porque soy una Danilo.

Aunque supongo que tiene mejores razones que la mayoría.

¿Cómo puedes saberlo? Mi mente se llena de nuevos y horribles escenarios. *Quizás todos en esta casa perdieron a alguien por culpa de tu familia. Quizás* por eso *te odian.*

Aprieto el lector electrónico con más fuerza y lo dejo antes de romper la pantalla. Los pecados de mi familia no deberían ser míos por asociación, pero aquí estamos. ¿Cómo demonios voy a construir una vida aquí si me tratan como al enemigo? ¿Cómo demonios espera Petyr que lo haga?

Un golpe seco sacude la puerta. En respuesta, mi estómago ruge como el perro mejor entrenado de Pavlov.

Hora de desayunar.

Dejo el lector electrónico a un lado. —Pasa —digo, aunque Anya no espera una invitación. Ni la necesita. Otro recordatorio de que aquí todos tienen más poder que yo.

Justo a tiempo, Anya entra con la bandeja en las manos. Pero su rostro se ve más sombrío que de costumbre, y con solo una mirada sé que está aún menos contenta de verme hoy.

No baja la bandeja, sino que la golpea contra la mesa. El té salpica el borde de la taza. Su mirada se clava en la mía, dura e inquebrantable. Ya me siento más pequeña bajo su mirada.

—Estás enfadada —observo—. Buenos días a ti también.

—¿Crees que no sé lo que hiciste? —La voz de Anya es baja pero cortante—. Me distrajiste. Hiciste que olvidara la cerradura.

—Tranquila —le digo—. No le dije a Petyr que lo olvidaste. Le dije que la cerradura estaba rota.

Esperaba algo de alivio, pero la mirada de Anya se intensifica. —¿Se supone que debo agradecerte?

—¿Qué? No —Niego con la cabeza rápidamente—. Claro que no. Solo… no quería que te preocuparas de que Petyr te culpara —Las palabras salen precipitadas—. Puedes confiar en mí, Anya. No te delataría.

—¿Esa es tu manera de generar confianza? ¿Mentirle a tu esposo? ¿Convertirme en cómplice contra mi voluntad? —Suelta una risa amarga—. No tienes ni idea de lo que es la confianza, *sobachka.* Y yo, por mi parte, jamás podría confiar en ti.

Nunca la había oído hablar más que eso. El pequeño apodo ruso, "cachorra", me llena de ira y vergüenza, junto con todo lo que me acaba de decir.

—Mentí para protegerte —Intento mantener la calma. Mi voz sale más débil de lo que quisiera—. No sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente —espeta Anya—. Igual que sé que el joven amo cometió un error al traerte de vuelta.

—En eso estamos de acuerdo —respondo con amargura.

—No, no lo estamos.

Se acerca. Es delgada, pero irradia oscuridad. Por primera vez, me pregunto cómo entró Anya al servicio de la familia Gubarev. Si ella también tiene un pasado sangriento del que necesitaba escapar.

—Si él hubiera sido inteligente —susurra—, te arrancaría a su hijo del vientre y te enterraría en el jardín.

Mierda. *¿De verdad me dijo eso?*

Quiero responderle bruscamente. Gritarle, tirarle la bandeja a la cabeza, cualquier cosa antes que solo quedarme aquí sentada y aceptarlo.

Pero no sale nada. Ni siquiera un suspiro.

La imagen que acaba de pintar me viene a la cabeza, vívida y brutal. Me revuelve el estómago. Con solo mirar el desayuno que trajo, me siento mareada. Nunca pensé que me envenenaría, pero ahora ya no lo sé.

Me siento como si no supiera nada.

Pero lo que me horroriza aún más es la razón por la que dijo esas cosas. No solo fueron crueles. Fueron específicas.

Porque, claramente, eso es lo que Petyr realmente podría hacer.

Sé que es capaz. Sé que ha hecho cosas peores. Quizás ya le hizo eso a alguien antes que a mí.

Anya parece leerlo en mi cara. Su boca se tuerce en una sonrisa burlona. —No olvides quién es tu marido. Es un *pakhan.* La Bratva no duda en hacer lo que debe hacerse. Deberías saberlo mejor que la mayoría.

Y lo hago. Que Dios me ayude, lo hago.

Se me cierra la garganta. —Gracias —grazno—. Es todo.

Anya no se mueve de inmediato. Probablemente esté disfrutando de mi palidez.

Luego, se da la vuelta y cierra la puerta de golpe.

Escucho cómo el cerrojo se desliza hacia su sitio. Una vez, luego dos. Lo revisa de nuevo antes de irse, solo para asegurarse.

Espero a que sus pasos se desvanezcan en el pasillo. Entonces, hundo la cara entre las manos y rompo a llorar.

13

SIMA

Anya no regresa en lo que resta del día. No puedo decir que me entristezca. Ahora mismo, cuanto menos la vea, mejor. Dicen que las hormonas del embarazo son impredecibles, y nunca lo había sentido más que ahora. Le daría un puñetazo en medio de los ojos si me dice una cosa más.

Cuando llega la hora del almuerzo, lo trae Luka.

Mi bandeja del desayuno sigue intacta. No hace ningún comentario. Solo la recoge sin decir palabra, deja la nueva y se va sin mirarme.

La cerradura hace clic y vuelvo a estar sola.

Durante el resto de la tarde, leo. Al menos lo intento. Las palabras se me confunden al cabo de un rato. No importa qué libro coja, no puedo concentrarme.

Me levanto y me estiro. Nunca pensé que diría esto, pero por fin entiendo lo que quería decir Jane Austen cuando decía que sus personajes estaban "dando una vuelta por la habitación". Ser mujer en aquel entonces no debía ser tan diferente a ser mujer en esta casa.

Pero con el tiempo, me duelen los tobillos. Supongo que eso es lo que pasa cuando no tienes oportunidad de estirar las piernas en días: pierdes masa muscular.

Me pregunto si me vendarán los pies. Eso reduciría mis posibilidades de correr a cero.

Ignoro la tele más por despecho que por otra cosa, dejando el control remoto en su funda de plástico sellada para que quede claro como el agua que no lo he tocado. Quizá sea mezquina, pero como la madurez no ha funcionado, ya no me lo pueden exigir.

En un momento dado, me tumbo en la cama y miro al techo, contando las grietas del yeso solo para evitar que mi mente se descontrole. Cualquier cosa para que las horas transcurran hasta la siguiente llamada a la puerta.

—Lo siento —le susurro a mi bebé—. Siento no ser una mejor madre. No haber podido correr lo suficientemente rápido para salvarte.

Cuando por fin llega la cena, no es Anya quien la trae. Curiosamente, tampoco es Luka.

Es Kira.

Balancea las caderas. Mantiene la barbilla en alto, como si apenas notara mi presencia. Lo cual es extraño, considerando que esta es *mi* habitación.

Pero quizá no sea nada raro. Solo un desprecio común y corriente. Como cualquier otra persona en esta casa, no tiene motivos para que le caiga bien, pero al menos fue lo suficientemente honesta como para admitirlo *antes* de que me descubrieran como Danilo.

Es la primera vez que la veo desde que me arrastraron de vuelta. ¿Por qué ahora? ¿Qué quiere de mí? No nos separamos precisamente en los mejores términos, así que, la verdad, podría

haber prescindido de la visita social. Que me trajera la cena no estaba en mi cartón de bingo.

¿Está aquí para burlarse? Sería propio de ella. Señalarme, reírse, tal vez lanzarme un par de insultos en ruso ahora que sabe que lo hablo con fluidez y que sus insultos no caerán en saco roto. A Anya sí que pareció gustarle la idea.

Pensar en Anya me pone de repente en guardia. No sé qué quiere Kira de mí, pero sí sé una cosa: *no confío en ella, joder.*

Si Anya quiere usarme como fertilizante para sus rosales, quién sabe lo que Kira tiene reservado para mí.

Deja la bandeja con cuidado sobre el escritorio. Luego, tras lo que parece una eternidad de ser ignorada, por fin se digna a mirarme.

Esperaba un saludo mordaz y ácido, pero no es eso lo que me ofrece. En cambio, se cruza de brazos y pregunta—: ¿Cómo pudiste tratar a Petyr así?

Parpadeo, sorprendida. —¿Disculpa?

—No te hagas la tonta —sisea—. Huiste. Lo dejaste cuando te necesitaba. ¿Tienes idea de lo que eso le hizo? ¿Lo que pudo haberle hecho a su reputación como *pakhan*?

—¿Así que esto se trata de que perjudiqué su *carrera*? —Mis ojos se abren de par en par con incredulidad—. ¿En serio, Kira? Punto para la hermandad.

—No eres mi hermana —Su mirada es puro veneno—. Eres una puta. Un útero con sobreprecio y de bajo rendimiento que creyó que podía tener piernas y saltar por donde quisiera.

Auch. La deshumanización me golpea fuerte. Primero Anya, ahora ella. Todos aquí parecen decididos a reducirme a una incubadora humana para los futuros herederos de Petyr.

Y ya estoy jodidamente harta.

—Quizás solo tomé una página de tu libro —espeto—. "Bajo rendimiento" suena bien, ¿verdad, Kira? ¿O es que escondes un millón de herederos congelados en tu bolso?

Es un golpe bajo. Me arrepiento de las palabras en cuanto salen de mi boca, pero no me retracto.

—¿*Mi* libro? —La cara de Kira se tensa—. Deberías estudiar más. Porque si hay algo que no soy, es egoísta, y eso parece ser tu problema.

Quiero reírme en su cara, pero he perdido el humor. Después de sacrificarlo todo por Petyr, ¿tiene el valor de decirme eso?

Pero claro, supongo que no tiene ni idea de lo que he sacrificado. Dudo que Petyr anduviera publicitando su papel en nuestra separación. Su familia, desde luego, no parece tener ni idea.

—No tienes ni idea de lo que pasó —Intento tranquilizarme—. No sabes toda la historia.

—No necesito —declara Kira—. Ni quiero. Vi con mis propios ojos lo destrozado que estaba Petyr cuando te fuiste. Eso es todo lo que me importa.

—Apuesto a que te contó todo acerca de por qué me fui entonces.

—A diferencia de ti, yo sé cuál es mi lugar. No me meto en la vida de los demás.

Me invaden celos ardientes e irracionales, pero los reprimo. Petyr y yo hemos terminado. Ya no hay nada de qué estar celosa. *Entonces, ¿por qué me duele tanto pensar en Kira consolándolo cuando yo no estaba?*

Me lo quito de encima y doy un paso adelante. —Pareces tener muchísimas ganas de fisgonear en la mía.

—Solo porque no dejas de ser una molestia —replica—. Petyr estaba tan obsesionado con encontrarte que apenas visitó a su hermano

desde que despertó del coma. Han pasado meses, y él todavía…

—¿Dimitri se despertó?

Kira parpadea, sorprendida por mi interrupción. —Sí. Lo hizo.

Por primera vez desde que entró, dejo ir toda mi ira.

El hermano de Petyr está despierto. Está vivo.

Por un instante, la alegría me invade. Una sonrisa, una *verdadera* sonrisa, casi se abre paso. —¿Cuándo?

—Unas semanas después de tu huida —Su tono es cauteloso. No entiende por qué insisto.

—¿Cómo está?

Mi repentina amabilidad debe inquietar a Kira, porque no deja de mirarme como si fuera un extraterrestre. —Bien —responde vagamente—. Está progresando.

No puedo evitar sonreír. —Gracias por decírmelo. Me alegro mucho por él. Y por los dos. Sé lo difícil que ha sido la situación de Dimitri para ti y Petyr, y…

—No te atrevas.

Las palabras de Kira congelan mi sonrisa. —¿Qué?

—Dije que ni te atrevas, carajo —Se acerca un paso más. Su lenguaje corporal es agresivo ahora. No pasivo-agresivo, como sus comentarios de antes. Está lista para darme una paliza—. Ni te *atrevas* a hablar de mi esposo.

—Solo estaba…

—No entiendes nada sobre ser esposa —Su cara está blanca de rabia—. ¿Ahora vas a fingir que tienes idea de por lo que pasé?

—Yo jamás…

—Sí, claro —Se cruza de brazos y me mira fijo—. Te diré lo que nunca debiste haber hecho: no debiste haber pronunciado tus votos si no estabas dispuesta a cumplirlos.

Me sube el calor a la cara. La vergüenza y la ira se enredan en mi pecho.

Quiero defenderme. Me obligaron a hacer esos votos. Y, sin embargo, a pesar de eso, nunca planeé alejarme. No cuando realmente me enamoré de Petyr.

Pero se me cierra la garganta. Porque diga lo que diga, Kira no me creerá. Nadie aquí me creerá.

Excepto quizás una persona.

—¿Está Petyr en casa? —susurro.

Kira me lanza otra mirada sospechosa. —¿Por qué?

—¿Puedes decirle que necesito verlo?

—No.

—¿Qué? —La confusión se mezcla con el dolor—. ¿Por qué no?

—Porque se equivocan contigo —dice Kira—. No te ayudaré a hacer nada que pueda hacerle daño.

—No planeo hacerle daño. Solo…

—¿Como no planeabas hacerle daño al huir? —Me interrumpe con frialdad—. Sí, claro.

Las palabras flotan pesadamente en el aire. Intento pensar en algo, cualquier cosa, que pueda hacer que Kira cambie de opinión.

Pero no tengo nada.

Ella cierra la puerta de golpe. La cerradura vuelve a su sitio.

Otra vez estoy sola.

14

PETYR

Entro por las puertas del Club Ruso Blanco con una cara oscura y un humor aún más oscuro.

El sonido me impacta primero. El golpeteo del bajo en el suelo, el murmullo de las voces y el tintineo de las copas.

Familiar.

Demasiado familiar.

Una anfitriona está de pie junto al podio. Levanta la cabeza tan pronto como me ve. —Buenas noches, Sr. Gubarev. Me alegra mucho volver a verlo.

No contesto.

Se acerca con una sonrisa a pesar de eso. A estas alturas, el personal aquí sabe que no deben ponerme a prueba cuando estoy así. —Por aquí, por favor.

Meto las manos en los bolsillos y la sigo entre la multitud. Es bajita, menuda, de curvas generosas, el tipo de mujer que me habría dejado boquiabierto si esto hubiera ocurrido hace un año.

Pero no es hace un año. Ni siquiera puedo pensar en mirar a otra mujer ahora. No después de Sima.

A medida que avanzamos por la zona del bar, el aire se vuelve más denso con el perfume y el intenso sabor del alcohol. Las luces de neón se deslizan sobre la piel desnuda. La pista de baile es un caos de cuerpos calientes con ropa ligera y cara. Lo mismo de siempre.

Tal como lo diseñamos.

Una vez, este club fue nuestro. Mío y de Dimitri. De Lev también, en cierto modo, ya que él se encargaba del día a día más que cualquiera de nosotros. Lo construimos a partir de una estructura industrial vacía y lo convertimos en el lugar más exclusivo de Manhattan.

Pronto, todas las grandes ciudades del país querían su propio Ruso Blanco. Nuestra primera aventura empresarial en solitario y nuestro mayor éxito.

Pasamos incontables noches aquí, en nuestra mesa, perfeccionando la fórmula. Cerrábamos tratos en la trastienda de este lugar más que en nuestras propias oficinas. La música estaba tan alta que nos resonaba los huesos, pero en aquel entonces nos importaba un bledo. Éramos jóvenes, imprudentes.

Solíamos volver a casa del brazo de una mujer diferente cada noche. Antes de que Dimitri se casara, éramos los solteros más codiciados de Nueva York, y no había una sola chica que no hubiera cambiado a su madre por un anillo de diamantes de cualquiera de nosotros.

Nuestra mesa ahora está reservada permanentemente, pero hace mucho tiempo que nadie la ocupa.

No me gusta llamarlo sentimiento. No es nada de eso. Prefiero pensar en esa mesa como una propiedad que no siempre necesito, pero que quiero tener lista en un abrir y cerrar de ojos.

El hecho de que lo haya estado guardando para que todos pudiéramos brindar por la recuperación total de Dimitri no es algo en lo que me guste pensar.

Aprieto la mandíbula. Lev se volvió un traidor y lo maté por ello. Dimitri yace medio muerto en una cama de hospital, con un tubo metido en la garganta. La última vez que lo vi con vida, era impetuoso, desafiante. Un joven *pakhan* en la cima de su carrera.

Pero ese hombre ya no existe. Lo que queda de mi hermano es solo un cascarón, y lo que queda de mi mejor amigo se pudre en el fondo del Hudson.

Esas noches con Dimitri y Lev se acabaron. Ahora, dirijo el lugar solo. Sin socios.

Nunca pensé que extrañaría esos días. La nostalgia no es un sentimiento que me guste recordar. Un *pakhan* solo puede permitirse dos cosas: ira y satisfacción.

Hasta hace poco, *estaba* satisfecho. Cuando Sima era mía, apenas me importaba salir, y mucho menos visitar mi coto habitual de caza de mujeres. No necesitaba nada de eso. Al final, solo quería volver a casa con ella.

Cuando salía, era para mostrarle el mundo y dárselo todo en bandeja de plata. Me gustaba verla bien cuidada. Me encantaba darle más de lo que ella misma sabía pedir. Creía que no se lo merecía, pero yo sabía que no era cierto. Se merecía el mundo entero.

O eso pensé, joder.

Pero ella no era la chica que yo creía. Esa parte de nuestras vidas ahora me parece una broma.

Ella huyó de mí. Y anoche, intentó huir otra vez.

Debí haberlo visto venir. No, *sí* lo vi venir. Todas mis precauciones fueron precisamente para evitar que escapara.

Pero aún así encontró una manera.

No quiero pensar en qué habría pasado si Luka no hubiera estado allí. La idea de que se escabullera en la noche, con mi hija dentro, me llena de rabia nuevamente. Me dije que no podía confiar en ella, y me dio la razón.

Arrastrarla de vuelta era la única opción. Me miraba como si fuera un monstruo. No se da cuenta de que sigo velando por sus intereses, de que hago esto por ella y por mí. Por nuestra hija. Si se va, quién sabe quién la encontrará.

Mientras cruzamos el último tramo del club, las palabras de Sima se repiten en mi cabeza.

No soy tu mascota. Soy tu esposa.

Incluso ahora, oigo la desesperación en su voz, pero no puedo dejar que me debilite. Ella eligió su bando, y no fue el mío.

Pero cuando se desabrochó la blusa, casi me rendí. Una parte de mí quería dejar ir mi ira, romper la distancia entre nosotros y hacerla mía otra vez.

Pero me detuve. Si la tocaba, volvería a ser el tonto. Y ese no es un papel que pueda permitirme interpretar dos veces.

Lo único auténtico que me mostró anoche es nuestra bebé. Sentí su patadita. Sólida, real. Mi hija. Mientras duró, no fui el despiadado *pakhan* de la Bratva Gubarev, ni el esposo despechado con una esposa fugitiva.

Yo era simplemente un hombre que sentía a su hija moverse por primera vez.

Debí haberme apartado. En cambio, me quedé ahí. Dejé que Sima me manipulara con la única arma que no puedo neutralizar. Me miró como si quisiera que admitiera la verdad: que estamos unidos de una manera que ninguno de los dos puede escapar.

Así que me fui. Cerré la puerta con llave y puse la mayor distancia posible entre nosotros.

Era la única manera. Si cedía a sus exigencias y la dejaba vagar libremente, habría desaparecido de nuevo.

Pase lo que pase con nosotros, esa niña es mía. Y por mucho que Sima se resista, nadie la arrebatará, ni a la bebé, de mi casa.

Me obligo a reaccionar. Esta noche no se trata de darle vueltas a la situación. Se trata de forjar alianzas.

No confío fácilmente. Después de Sima, confío aún menos. Pero no soy tonto. En este trabajo, nadie sobrevive mucho tiempo sin la ayuda adecuada.

Sin Lev y Dimitri, estoy expuesto. Necesito consolidar lo que es mío.

Y el hombre con el que me encontraré esta noche podría ayudarme a lograrlo.

La anfitriona me guía hasta la cortina de terciopelo del fondo, donde mi mesa privada se encuentra en un espacio privado. La aparta con mano experta. —Su invitado lo espera, señor.

Le hago un breve gesto con la cabeza y paso junto a ella hacia el espacio privado.

El ruido se corta. Aquí, la madera pulida brilla. Botellas raras se alinean en los estantes. Miro al hombre sentado a mi mesa. Él me devuelve la mirada.

—Petyr Gubarev —No se pone de pie. Tiene las piernas abiertas y una postura imponente, como si estuviera acostumbrado a tener el control de cada habitación en la que entra.

—Misha Lykov. Espero no haberte hecho esperar.

—No mucho —Su voz es tranquila mientras me hace un gesto para que me siente, como si él fuera el dueño de este lugar y no yo.

Me recuesto en mi silla y no rompo el contacto visual.

La descripción que me dio Iván fue perfecta. Alto, delgado, de líneas firmes. Su cabello le roza los hombros, despeinado de esa manera que las jóvenes encuentran sexy y las madres ansían atacar con tijeras. Tiene los ojos verdes tan pálidos que me pregunto por un segundo si usa lentes de contacto.

La anfitriona interrumpe nuestra competencia de miradas. —¿Les ofrezco algo de beber, caballeros?

—Macallan 25 —dice Misha sin mirarla—. Solo.

—Genial. ¿Y lo de siempre para usted, Sr. Gubarev?

—No —Observo a Misha un momento—. Trae una botella de Macallan para los dos.

—Enseguida, señor —Sonríe y se marcha con una reverencia.

Misha la sigue con la mirada. Puedo ver a mi antiguo yo en él, observando mujeres, planeando su conquista para la noche. Dicen que a mi futuro socio nunca lo ven del brazo de la misma mujer dos veces, y lo creo.

Su reputación lo precede también en otros campos. Su pasado, por ejemplo. Dicen que sirvió en las fuerzas especiales en Rusia, y de ahí obtuvo sus conexiones con el tráfico de armas. Los rumores corren en torno a él, cada vez más oscuros.

Eso me viene de maravilla. No necesito un santo. Necesito a alguien despiadado y confiable. Si la mitad de las historias son ciertas, Misha Lykov es ambas cosas.

—He oído hablar mucho de ti —le digo—. Pero la mayoría sonaba a mentiras. Es difícil saber qué es cierto.

Inclina la cabeza con una leve sonrisa. —Lo mismo digo. Dicen que destrozas a tus enemigos con las manos desnudas.

—¿Lo hacen?

Su mirada se vuelve un poco más fría. —También dicen que tu esposa te abandonó.

Aprieto el puño bajo la mesa. Me está poniendo a prueba. Lo entiendo. Si pierdo la cabeza por un comentario tan tibio, sabrá que no puedo con él.

Y, sin embargo, la mención de Sima es suficiente para hacer que pierda el control.

—La gente dice muchas cosas —respondo apretando los dientes.

—Eso es lo que hacen.

Llega nuestra botella. La anfitriona nos sirve con delicadeza una copa a cada uno. Su mirada no deja de fijarse en el rostro de Misha.

—Gracias, *milaya* —Él ronronea hacia ella.

Ella se sonroja de un bonito tono rosa.

Cuando ya no puede escucharnos, me vuelvo hacia Misha. —¿Les doy la habitación?

—Para nada —Toma un trago de su Macallan—. La noche es joven.

—Mi personal también —Aunque esa anfitriona probablemente tiene la edad de Sima—. Supongo que la Sra. Lykov no es celosa.

—La Sra. Lykov no es nada —replica—. Porque no existe. Yo viajo solo.

—Qué listo —Tomo un trago también—. Entonces, no te persiguen rumores feos de matrimonio.

Nos quedamos así un momento. Él me observa; yo lo observo. Ambos estamos aquí para descubrir de qué está hecho el otro. Cada palabra que intercambiamos, por inocente que parezca, es una prueba.

Finalmente, Misha se recuesta. —Creo que tienes una idea para mí.

—No te andas con rodeos.

—Odio perder el tiempo.

—Bien. Yo también —Me enderezo un poco—. Ya has visto lo que puedo vender en esta ciudad. Drogas, tecnología. Mercancía del mercado negro.

—Lo he oído.

—Entonces, sabes que puedo soportar más.

—¿Cuánto más?

—Lo que necesites —digo—. Si te unes a mí, tus armas entrarán en la ciudad sin que nadie se dé cuenta.

—Suena demasiado bueno para ser verdad —Arquea una ceja, escéptico—. ¿Dónde está el truco?

—Exclusividad. Me envías tus envíos a mí y solo a mí. Yo los distribuyo a través de mi red y me aseguro de que lleguen a sus compradores.

—¿Qué pasa con tu exclusividad?

—Si alguien más intenta traer ganado a Nueva York, desaparecerá —digo—. Solo tus armas logran pasar.

Se recuesta, pensativo. Sus dedos empiezan a tamborilear sobre su vaso. —¿Cuánto tomarás?

—Veinte por ciento. A cambio, obtienes almacenamiento seguro, contrabando y distribución limpia. Sin fugas ni presión policial.

Arquea una ceja. —Qué buen corte.

—Te da tranquilidad. No encontrarás nada mejor.

Misha me observa durante un buen rato. No puedo ser la primera persona en ofrecerle un trato por sus armas. Seguro que tiene otras

ofertas sobre la mesa. Pero soy el único que puede cumplir promesas, y él lo sabe.

—Digamos que me involucro —responde al fin—. Digamos que confío en ti. Hay un problema.

—¿Qué sería?

—Estás en guerra —No se anda con rodeos—. Los Danilo quieren tu cabeza. Son una gran familia.

—Sin Anatoli no son nadie.

—Eso dices tú, pero se dice otra cosa en la calle —Su mirada se endurece—. No entro en edificios en llamas a menos que yo mismo encienda la cerilla. Y tú, Gubarev, estás en llamas.

No parpadeo. —Las guerras terminan.

—Sí, lo hacen. Pero no me encontrarán en el bando perdedor —Se toma el resto de su bebida de un trago—. He oído que el mismísimo Nikolai Danilo está en Nueva York. Dicen que vino a encargarse de ti personalmente.

—Parece que le das mucha importancia a los rumores.

—No los descarto —Se encoge de hombros—. Y tú tampoco deberías. Si su *pakhan* está aquí, tus calles están en peligro. Aliarme contigo me convierte en un objetivo. Necesito saber si eres un hombre a punto de caer o el que seguirá en pie cuando se disipe el humo.

Dejo mi vaso con fuerza. —Si Nikolai cree que puede pisar mis calles, se arrepentirá.

—Te creo —su mirada es serena—. La cosa es que creo que él también te cree. Lo que me hace preguntarme qué es lo que desea con tanta desesperación como para arriesgarse a provocar tu ira.

Aprieto la mandíbula. —Algo que me pertenece.

—Tu esposa —adivina.

—Es mía —Las palabras se arrancan de mi garganta—. Nunca me la quitarán. No mientras yo viva.

Él levanta una ceja, pero lo único que dice es—: ¿Qué piensa ella de eso?

—No importa —Aprieto los dedos alrededor del vaso—. Me dio una hija. Eso la hace mía.

Finalmente, Misha suelta una carcajada. —Eres implacable, Gubarev. Me gusta. ¿De verdad crees que puedes ganar esta guerra?

—No lo creo… lo *sé* —Mi voz se vuelve acerada—. He reducido sus filas, destripado su liderazgo y colgado a su príncipe de las vigas. Si Nikolai realmente vino, entonces ha caído en una trampa que aún no ve. Eso es lo que sé.

El silencio se extiende, denso por la tensión. No me gusta que Misha vuelva a mencionar a Sima. Pero el *pakhan* que llevo dentro sabe que, en su lugar, yo estaría haciendo exactamente las mismas preguntas.

Necesito esta alianza. Me convertirá en el jugador más poderoso del tablero. Tan fuerte que los Danilo parecerán hormigas.

Misha se pasa la mano por la mandíbula sin afeitar. Luego asiente. —Exclusividad, entonces. El veinte por ciento para ti. Almacenamiento y contrabando bajo tu techo. Si tu guerra no me quema, ganamos mucho dinero juntos.

—Bien —Relleno los dos vasos y levanto el mío—. Por el negocio.

Él levanta el suyo. —Por las alianzas que no me hagan perder el tiempo.

Nos damos la mano y el trato está hecho.

15

PETYR

El motor zumba debajo de mí mientras atravieso las calles.

Estoy inquieto. Acabo de cerrar un trato por miles de millones, y aun así, las palabras de Misha no se me van de la cabeza.

Dijo que Nikolai Danilo ya está aquí. El anciano en persona.

Si vino, vino por su hija. Por la niña que lleva dentro. Para arrastrarlas de vuelta a su redil y escupirme en la cara mientras lo hace.

Como si jodidamente fuera a dejarlo.

Agarro el volante con más fuerza hasta que el cuero cruje. Me imagino a Nikolai extendiendo la mano hacia ella y se me encoge el pecho. Solo pensarlo me dan ganas de destrozar la columna de dirección.

Si Nikolai quiere ponerme a prueba, que lo haga. Le mostraré con qué clase de hombre se casó su hija.

Ella es mía, lo quiera o no. Me dio una hija. Ese vínculo no se rompe, por nadie. Y mucho menos por su familia de mierda.

Bajo las ventanillas. El aire frío de la noche se cuela, pero no me despeja la cabeza.

Todavía puedo verla presionando mi mano sobre su vientre, obligándome a sentir las patadas de nuestra bebé. Ese momento quedó grabado en mí. Demostró que lo que ella lleva es mío, y ella también.

Para cuando cruzo las puertas y apago el motor, siento la mandíbula apretada. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Nikolai Danilo acercándose a Sima. Imagino su mano cerrándose alrededor de su muñeca, su voz reclamando derechos que no tiene. La trató fatal, pero la exigiría de vuelta sin pensarlo dos veces.

Igual que tú.

—Cállate —Acallo mi conciencia—. Todo lo que hice, lo hice por ella.

Salgo y me dirijo directamente a las escaleras. Crujen bajo mis pies. Esta casa está bien cuidada, pero los cimientos son viejos. No se puede borrar la historia ni barrer los fantasmas que habitan en las paredes.

Nunca estuvo destinado a ser mío. Ese recordatorio a veces me sorprende. Esta era la casa de Dimitri. Su trono, su futuro con Kira. Cuando tomé el trono, fue por necesidad, no por diseño. Esta mansión simplemente era parte del trato.

Me digo que lo gané con sangre, pero aún lo siento prestado. Un lugar que ocupo, no uno desde el que se suponía que debía gobernar.

¿Pero cuánto tiempo lo ocupo? Dimitri está despierto. Algún día, podría estar completo de nuevo. Lo suficientemente fuerte como para estar donde yo estoy.

Lo he deseado más veces de las que puedo contar.

Pero si se recupera completamente… ¿qué pasa entonces?

Durante meses, me he negado a pensar en ello. La guerra no me da el lujo de imaginar un futuro donde se lo devuelva todo. Y, sin embargo, la pregunta persiste, aguda e inoportuna.

¿Me exigiría que le devuelva su trono?

¿Me agradecería o me trataría como a un usurpador?

Si sirviera para poner fin a la guerra, ¿devolvería a Sima a su familia?

Descarto todo. Esta noche no. Tengo la mente demasiado enredada para esto. Ahora mismo, no necesito acumular más hipótesis. Necesito claridad.

Sobre todo, necesito verla.

Subo los últimos escalones y me detengo en el rellano. El pasillo se extiende largo y ancho, con puertas cerradas y densas sombras en los bordes.

Mis pies me llevan hacia la puerta de Sima.

La cerradura es sólida, la llave fría en la palma de mi mano. Me quedo allí un momento y escucho. El silencio es denso.

Está ahí, tan cerca que puedo tocarla, pero siempre a una distancia que no puedo cruzar. Incluso cuando lo hago.

Respiro hondo y con calma. La ira por los comentarios de Misha aún me late, pero lo que pesa más es otra cosa. La misma inquietud con la que volví a casa.

Nikolai. Los Danilo. Cualquier plan que hayan tramado para recuperar a Sima.

Sobre mi puto cadáver.

Introduzco la llave en la cerradura y la giro. El cerrojo se desliza hacia atrás con un clic sordo.

Mi mano se queda en el pomo un segundo. Dos.

Luego lo giro.

La puerta cede con un leve crujido. Entro, forzando la vista bajo el tenue resplandor anaranjado de la chimenea al otro lado de la habitación. El aire es más cálido aquí, cargado de madera quemada y con el tenue aroma de su perfume.

Espero verla en la cama. Cruzo el suelo lentamente, con la mirada fija en las sábanas.

Pero, cuando llego allí, las sábanas están planas.

Me recorre el pánico. Mi mano se dirige al marco de la cama. Mi mente da vueltas. Giro la cabeza, pero ella no está en ninguna parte.

Ella se ha ido.

Me late el pecho. Siento la garganta seca y la presión en la cabeza aumenta hasta que apenas puedo pensar. La furia y el miedo se mezclan.

Lo sabía, carajo. No estaba aquí para cuidarla, y ahora está huyendo otra vez. Me dije que esto pasaría. Y ahora, he demostrado que tenía razón.

Estoy a punto de gritarle a los guardias cuando…

—¿Perdiste algo?

Giro mi cabeza hacia el sonido…

…y allí está.

Sima.

Está acurrucada en la silla junto al fuego, con las rodillas encogidas. Su lector electrónico brilla tenuemente en sus manos.

El alivio que me invade es violento. Lo cubro rápidamente y me obligo a recuperar una expresión neutra. No dejaré que me vea conmocionado.

La observo. Lleva el pelo recogido, pero algunos mechones se le han soltado alrededor del rostro. La luz del fuego los ilumina. Su piel se ve pálida a la luz, y tiene ojeras. Parece cansada, agotada, pero aún hermosa.

Sus labios se separan mientras me mira y siento un tirón en mi pecho.

Lo aplasto. —Vine a ver si necesitabas algo.

Levanta la vista, lenta e indiferente. —¿Desde cuándo el guardián empezó a hacer sus propias rondas nocturnas?

—No soy tu guardián.

—Cierto —Su boca se tuerce levemente—. Solo el hombre con las llaves.

Le sostengo la mirada y lucho contra el impulso de gritar. —Te envié aparatos electrónicos. Pensé que los agradecerías.

—Sí, lo hago —admite—. Gracias por el Kindle. Aunque me gustaría cambiar la tele por unas zapatillas para correr.

Arqueo una ceja. —¿Zapatillas para correr?

—Incluso los presos tienen tiempo en el patio. Ejercicio, sol, una oportunidad de no volverse locos —Pasa otra página, sin apartar la vista de mí—. ¿O es el cardio un riesgo demasiado grande para la seguridad?

—Una vez más: yo no soy un guardián y tú no eres una prisionera.

—Claro —se burla—. Díselo a las cerraduras.

La chimenea crepita. Suaviza un silencio que no sé cómo llenar.

Una parte de mí quiere decirle que está equivocada, que no la tengo prisionera. La otra parte sabe que es exactamente lo que estoy haciendo.

Tengo que hacerlo, me recuerdo. Si ella tuviera la oportunidad, volvería a correr.

Y no puedo permitir que eso suceda.

Sima se remueve en su silla. El primer botón de su pijama se ha desabrochado y, al moverse, la tela cae justo lo suficiente para revelar la suave curva de su pecho.

El calor me invade. Aprieto los puños y me obligo a respirar por la nariz. Me tiembla la mano a un lado. Debería irme de esta habitación. Es mejor salir que decir algo de lo que me arrepienta. O peor aún, hacer.

Pero antes de que pueda girarme, su voz rompe el silencio. —Oí lo de tu hermano.

Me congelo.

Lentamente, la miro. Sigue acurrucada en la silla, con el lector electrónico flácido sobre su regazo. Sus ojos buscan los míos.

—Kira me dijo que despertó. Del coma —Respira lentamente—. Solo… me alegro. Sé lo mucho que significa para ti.

La habitación se siente más pequeña de repente. Me agarro al respaldo de la silla más cercana para tranquilizarme. Tiene razón. Dimitri es más importante que cualquier otra cosa para mí. Siempre lo ha sido.

—Sí —digo finalmente con voz ronca—. Está despierto.

Ella simplemente asiente y vuelve a mirar su regazo.

Respiro lentamente. —Te debo una disculpa.

Levanta la cabeza y me mira, insegura.

—No te creí cuando juraste que no tenías nada que ver con el atentado contra mi hermano —murmuro—. Te acusé sin pruebas y te traté como a una traidora. Fue un error.

Sus ojos se abren de par en par, como si esperara la trampa. Al no decir nada más, se endereza un poco.

Me preparo para un golpe. Para que ella transforme este momento en algo agudo.

Quizás no lo haga. Quizás prefiera suplicar y negociar.

Pero no lo hace. En cambio, me hace una pregunta.

—¿Lo mataste?

—¿Qué? —Por un segundo, creo que se refiere a mi hermano. Pero eso no tendría sentido. Acabamos de confirmar que está vivo, y ella dijo que se alegraba—. ¿De quién hablas?

—¿Mataste a mi hermano? ¿Mataste a Anatoli?

16

SIMA

Para ser sincera, no espero que responda. Petyr es el campeón mundial en ignorar lo que no quiere oír. Actuar como si mis palabras no significaran nada no sería nada nuevo en el manual de Gubarev.

Eso no es justo. Se disculpó.

Me siento culpable. Aprieto mi Kindle con más fuerza. Admito que no me esperaba eso. Que admitiera haberme hecho daño. Petyr Gubarev nunca se equivoca. Siempre tiene razón, y si no, son todos los demás los que están equivocados.

Me pregunto qué habría pasado si me hubiera dicho esas palabras antes. Antes de irme. Cuando aún podíamos arreglar esto.

Quizás las cosas serían diferentes ahora.

Pero no lo son.

No, no lo son.

Y todavía estoy esperando una respuesta a mi pregunta.

Finalmente, la voz de Petyr llega, baja y firme. —Lo hice —Ya no suena a disculpa, ni lo más mínimo—. Ambos sabemos que se lo

merecía.

No sé por qué me duele. En el fondo, ya lo sabía.

Cierro los ojos y respiro profundamente, pero no me resulta fácil, luego lo suelto lentamente.

Las cosas no podían haber terminado de otra manera. El propio Anatoli me contó lo que planeaba. Dijo que usaría la traición de Lev para emboscar a Petyr y luego acabar con él. Le advertí a Petyr, pero no sabía si se había tomado en serio mis palabras.

Cuando me encontró más tarde, fuerte y vivo, supe lo que eso significaba. Mi hermano tenía que estar muerto.

No me arrepiento de que Petyr haya sobrevivido. Ni mucho menos.

Pero aún así desearía que hubiera habido otra manera.

—Lo sé —digo al fin, casi en un susurro—. Tienes razón.

Mi hermano eligió la vida que vivió. Era cruel. Peligroso. Para él, solo iba a terminar de una manera.

Mi pecho se oprime con algo que al principio no puedo nombrar.

No es ira. Tampoco sorpresa. Se siente más cercano al dolor, pero un dolor pegajoso que no tiene adónde ir. No por el hermano que conocí, sino por la posibilidad de lo que podría haber sido si hubiera elegido otra cosa.

Recuerdo la primera vez que me di cuenta de que le gustaba herir cosas solo para verlas llorar. Su voz sonaba como una mueca de desprecio cuando me dijo: *Las mariposas apenas sienten cuando les arrancas las alas; ¿a ti qué te importa?* Y me miró como si yo fuera la idiota, la carga, como si prefiriera verme casada como una niña antes que compartir el mismo techo con otra inútil.

Nunca me dejó olvidar que él tenía poder y yo no. Él era el orgullo de nuestro padre y yo era desechable.

Una parte de mí quería odiarlo. Casi todos los días lo hacía. Cuando intimidaba a Maksim, cuando era cruel con Lara y conmigo, lo despreciaba.

Pero la sangre sigue siendo sangre.

Eso es lo que me duele ahora. Aun sabiendo lo cruel que se volvió, seguía deseando que fuera otra persona. En el fondo, nunca dejé de desear que fuera el tipo de hermano que tanto necesitaba.

—Ojalá las cosas hubieran sido diferentes para él —admito—. Ojalá hubiera podido ser otra persona. Alguien mejor. Pero no lo fue. Ni siquiera lo intentó.

—¿Eran cercanos? —pregunta Petyr—. ¿Tú y tu hermano?

—No —Niego con la cabeza—. Nunca. Anatoli y yo apenas podíamos intercambiar dos palabras sin pelearnos. Me destrozaba antes de que siquiera abriera la boca. Se aseguró de que supiera cuál era mi lugar en la familia. Aun así…

Trago saliva con fuerza.

—Aun así, desearías que fuera diferente —dice Petyr.

Asiento débilmente. —Sí. No puedo evitarlo. Si hubiera tenido un ápice de bondad… Si Papá le hubiera enseñado algo… Tal vez las cosas no habrían terminado como terminaron.

Levanto la vista hacia Petyr. Su rostro está ensombrecido por la luz del fuego, ilegible. Me observa un buen rato y luego pregunta—: ¿Y qué hay de tus otros hermanos? Tienes otros dos hermanos y una hermana. ¿Eran cercanos?

—Más o menos —susurro—. Maksim es el que más se acerca a mí en edad, pero probablemente era Lara con quien más me acercaba. Mi hermana.

Ladea la cabeza y entrecierra un poco los ojos. —¿Siguen siendo cercanas?

No sé qué cree que voy a decir. ¿Acaso cree que le estoy pasando notas sobre secretos de Gubarev a través de palomas mensajeras, o quién sabe qué?

Niego con la cabeza. —No. A Lara la casaron con un socio de mi padre cuando tenía dieciocho años. Se fue y nunca la volví a ver.

El fuego crepita, un crujido agudo que llena el silencio.

Los recuerdos me invaden sin que pueda detenerlos. Lara cepillándome el pelo cuando era pequeña, tarareando canciones en voz baja. Metiéndome dulces en el bolsillo a escondidas cuando nadie me veía. Escabulléndose en mi habitación por la noche para susurrarme historias cuando los gritos de Padre abajo me mantenían despierta.

Era la gentileza personificada en una casa que no tenía nada de ella, suave y amable de una manera que me hizo creer que el mundo fuera de nuestras paredes podría contener algo mejor.

El día que se fue lo tengo grabado a fuego. La vi salir por la puerta principal con un vestido pálido, su piel aún más pálida. Su rostro estaba tranquilo, pero sus ojos no.

Quise correr hacia ella, tomarle la mano, rogarle que no se fuera. Pero no pude. Solo tenía doce años. Me quedé quieta mientras la puerta del coche se cerraba y se la llevaba.

Y eso fue todo. Desapareció en la vida de otra persona, y la mía quedó aún más vacía por ello.

La voz de Petyr interrumpe mis pensamientos. —¿La extrañas?

Se me hace un nudo en la garganta al asentir. —Todos los días.

Extraño cómo intentaba protegerme. Me hacía reír cuando todo lo demás me pesaba. Fue una bendición mayor de lo que imaginamos.

—Lo siento —dice Petyr. Por una vez, suena sincero—. No debe ser fácil.

Parpadeo con fuerza ante el fuego. —A veces me pregunto si está a salvo. Si es feliz. O si su vida resultó ser… —*Igual que la mía,* estoy a punto de decir, pero me detengo y digo en cambio—: …menos de lo que merecía.

Si Petyr entiende lo que pienso, no lo demuestra. —¿Cuánto tiempo hace que se fue?

—Hace casi trece años —Se me cierra la garganta—. Odio no haber podido despedirme como es debido. Simplemente se fue, y el mundo se la tragó entera.

Eso es lo que les pasa a las mujeres en el mundo Bratva. Nuestros hermanos luchan en guerras, nuestros padres hacen tratos, y nosotras somos las que tenemos que vivir con las consecuencias.

Sé que si las cosas siguen igual, a mí también me pasará.

Y un día le pasará a mi hija.

Petyr se acerca. Levanta la mano para acariciar mi rostro. Su palma es áspera y cálida contra mi mejilla.

Se me corta la respiración. Me levanta la barbilla hasta que mis ojos se encuentran con los suyos, como si buscara algo muy profundo en mí. Verdades, mentiras, cualquier cosa que pueda usar.

—Petyr…

Entonces su boca está sobre la mía.

Debería alejarme. Dios, sé que debería. Todo entre nosotros ya está arruinado, enredado en amenazas, traiciones y el desastre que nos hemos causado. Un paso más por este camino solo traerá más dolor.

Me digo todo eso, pero no dejo de besarlo, y la verdad es que nunca me planteo dejar de hacerlo.

Porque ha pasado tanto tiempo. Demasiado tiempo.

El primer roce de sus labios basta para deshacerme. Un calor chisporrotea en mi estómago. Se extiende rápido y me roba cualquier resto de razón.

Me aferro a él sin pensar. Mis manos se aferran a la tela de su camisa, acercándolo más a mí en lugar de apartarlo.

—Espera —consigo decir entrecortadamente—. No podemos…

Su mano se desliza hasta mi nuca. Me silencia con otro beso feroz.

No lucho. Me hundo.

Lo saboreo. Familiar. Abrumador. Cada nervio dentro de mí grita que lo necesito, que lo he necesitado desde la noche que me fui.

Mi cuerpo recuerda lo que mi mente quiere olvidar. Su boca, su aroma, su peso sólido apretándome contra sí. Me inunda, cruda y absorbente.

Aún así, la culpa se abre paso bajo la prisa.

Esto está mal. Me encerró en esta habitación. Juró que me quitaría a mi hija si lo desafiaba. Él es la razón por la que me siento atrapada. Y aun así no puedo dejar de besarlo. Sigo ansiando la única caricia en la que me he sentido lo suficientemente segura como para ahogarme.

La contradicción es terrible, pero no es suficiente para hacerme dejarlo ir.

Sus dientes atrapan mi labio, mis uñas raspan su pecho.

Lo deseo. Odio desearlo. Y no puedo parar.

Entonces, de repente, se retira.

El espacio entre nosotros se abre de golpe. Mis labios se separan, mi cuerpo sigue inclinado hacia adelante, hambriento de lo que ya se ha ido.

—Petyr… —Respiro por segunda vez, sin estar segura siquiera de lo que quiero decir.

No responde. Se da la vuelta, se dirige a la puerta y me deja allí sentada, ardiendo de deseo y vergüenza a la vez.

Cuando se va, me llevo dedos temblorosos a la boca. Mi pecho se agita, mi corazón late con fuerza, y cada pensamiento se enreda en un nudo de ira, anhelo y desesperación.

Me odio por querer más.

17

PETYR

La mañana golpea fuerte.

Como ayer, estoy sentado en mi oficina de la mansión con la bandeja de entrada llena y una montaña de informes. Como ayer, no puedo retener nada. Leo una línea, la vuelvo a leer, y las palabras se me escapan.

La boca de Sima me estorba. El calor. La tentación. Me dije que no volvería a hacerlo.

Pero lo hice. Anoche, si no hubiera salido hecho una furia, no me habría conformado con besar. Me habría arruinado.

Y a ella.

Empujo la laptop más atrás en el escritorio y me froto el puente de la nariz. El café está frío en mi codo. De todos modos, le doy un trago y odio el sabor.

Las pantallas en la pared muestran imágenes de las puertas, el camino de entrada y el patio lateral. Los guardias cambian de turno. Un coche pasa la valla sur y sigue su camino.

Todo parece normal. Nada se siente así.

Me prometí a mí mismo que la trataría como debía haberlo hecho desde el principio: como un medio para un fin.

Ella me da un heredero. Yo me aseguro de que el niño esté a salvo. Luego, ella se va de mi casa y de mi vida. Limpio. Simple.

Anoche demostré que soy un maldito mentiroso.

Abro los horarios de envío. La primera entrega de Misha está marcada en el calendario. Escribo la misma nota dos veces antes de admitir que no estoy concentrado. Mi mente no deja de volver a ella, sentada en esa silla junto al fuego.

No debí haberla besado.

Me lo repito, más despacio esta vez. *No. Debí. Haberla. Besado.* Joder, lo sé mejor. Corre cuando le doy un centímetro. Me mira a los ojos y me dice que soy un monstruo. Luego me aprieta la mano contra su estómago y olvido lo que es el aire.

Me levanto y me acerco a la ventana. La escarcha cubre el cristal. El césped permanece en silencio. Un cuervo se posa en la valla y se aleja volando. Presiono la palma de la mano contra el cristal frío hasta que el dolor de la piel supera al del pecho.

Es más de lo mismo toda la mañana. Intento trabajar y fracaso, intento respirar y fracaso, intento despejar mi cabeza de todo lo que no importa y fracaso estrepitosamente.

En un momento dado, llaman a mi puerta. Kira asoma la cabeza. Cuando le hago un gesto para que entre, entra sigilosamente. Deja su bolso en la silla cerca de la pared, pálida por el frío del exterior.

—Has vuelto temprano —le digo.

—Había poco tráfico —Se desabrocha el abrigo y lo deja sobre la silla—. Vengo del centro de rehabilitación.

Se me revuelve el estómago. —¿Cómo está?

Duda. Solo eso me dice más de lo que quiero oír.

—Igual. Quizás un poco más fuerte en las piernas. Pero va lento, Petyr. Más lento de lo que esperaban los médicos.

Asiento con la mandíbula apretada. La culpa me quema la piel. Debería haber estado allí yo también. Pero verlo así, débil, confundido, fuera de sí mismo, me destroza.

—No has ido —dice en voz baja—. Sigue preguntando por ti.

Presiono las palmas de las manos sobre el escritorio. —Lo sé.

Sus ojos se posan en la carpeta que aparté y luego vuelven a mí. —¿Cómo está Sima?

—Está bien —digo, sorprendido por el giro abrupto de la conversación.

—¿El embarazo va bien?

—Está sana. Igual que nuestra hija.

Kira frunce el ceño. Me observa un buen rato. —Te dijo que es niña.

—Sí. ¿Por qué?

Entrecierra los ojos. —¿Y le crees? ¿Así sin más? ¿Cómo sabes que no te miente? ¿Que no espera que la dejes ir si no crees que pueda darte un heredero?

Aprieto la mandíbula. —Ella no…

Me callo. Sé que no es cierto. Si mentir le diera la oportunidad de escapar de mí, ella lo haría sin dudarlo.

—Sí que lo haría —insiste Kira al ver mi cara—. Ya sabes que lo haría. No te hagas el tonto conmigo.

—Sé cuándo me mienten. Y no miente.

Kira no parece muy convencida. —Estás apostando todo por una mujer que tiene motivos de sobra para engañarte. No es tu estilo, Petyr.

—Me aseguraré —gruño en respuesta a mis propias dudas.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero lo averiguaré. No le creeré al pie de la letra. Yo mismo sabré la verdad.

Kira me observa un instante más y luego asiente lentamente. —Bien. Deberías. No puedes permitirte que te engañen otra vez.

Recoge su abrigo y me deja solo en la oficina, pero su voz resuena mucho después de que se ha ido.

Me quedo ahí sentado, mirando la silla vacía, y admito lo que no quería decir en voz alta: Tiene razón. Mi linaje es demasiado importante como para creerle a Sima. No puedo permitirme equivocarme.

Me aseguraré de que no sea así.

18

SIMA

La bandeja del desayuno está en la mesa junto a la ventana. Huevos, tostadas, fruta, té. Intento comer, pero el tenedor me pesa. Se me revuelve el estómago con cada bocado que me obligo a tragar.

No es la comida. Es el recuerdo.

El beso.

Me dije a mí misma que nunca más dejaría que me tocara así. Pero en el instante en que sus labios rozaron los míos, toda esa determinación se desmoronó.

Sé que fue un error. Un grave error. Dejar que me arrastrara de nuevo a ese fuego solo me hundió aún más en el lío del que juré haber escapado.

Y, sin embargo, no puedo negar lo que me hizo. Resulta que la Sima que una vez quiso a Petyr nunca dejó de quererlo.

Aparto el tenedor y me abrazo. La luz de la mañana se refleja en los bordes de las cortinas, suave y dorada, pero no me calienta. Tiemblo de todos modos.

Porque lo recuerdo como era. El hombre que podía ser amable cuando quería. El esposo que me hizo pensar, por un instante imprudente, que podríamos tener un futuro.

Ese Petyr ahora está sepultado bajo capas de ira y hielo. Es frío, calculador. Cruel cuando más duele.

Pero a veces, lo vuelvo a ver, en destellos. Lo justo para darme esperanza, y luego la desvanece por completo.

Toco la esquina de la tostada y la desmenuzo entre los dedos. Me duele el pecho. El silencio me oprime. Ojalá pudiera hablar con Lara, decirle cuánto la he cagado, cuánto necesito que alguien me recuerde quién soy. Quiero ver el rostro de mi hermana en lugar del recuerdo de los ojos de Petyr a la luz del fuego.

Aparto la bandeja. La comida se ha enfriado, pero no es por eso que no puedo comer. Es él. Siempre él. No importa cuánto corra ni cuánto intente apartarlo, lo tengo bajo la piel.

Y anoche demostró que siempre lo tendré.

Mis pensamientos se interrumpen al oír el traqueteo de la cerradura. Segundos después, la puerta se abre de golpe tan rápido que la bandeja tiembla sobre la mesa.

Me sobresalto. Mis manos vuelan a mi regazo mientras Petyr entra sin llamar.

—Petyr, ¿qué demonios…?

—Te he pedido cita con el médico —son las primeras palabras que salen de su boca. No esperaba un "hola", ni un "¿cómo estás?", ni siquiera un "perdón por salir corriendo anoche", pero seguro que un *poco* de educación no le vendría mal—. Mañana por la mañana. Te acompañaré.

Me siento más erguida. La confusión me invade la cabeza. Tan cerca de la fecha de parto, que no me opongo a la idea. Pero…

—¿Por qué de repente estás tan interesado en ir conmigo?

—Porque no confío en ti.

Se me revuelve el estómago. —¿Disculpa?

—Me dijiste que era niña —Da un paso más cerca—. Pero no puedo saberlo. Por lo que sé, podría ser niño. Mi heredero.

—¿Crees que mentiría sobre eso?

—Creo que harías lo que fuera por liberarte —Aprieta la mandíbula —, así que voy a averiguarlo yo mismo. Quiero que el médico lo confirme conmigo en la habitación.

La ira me invade. Se me encoge el pecho y mis pensamientos se agolpan.

Me dan ganas de jodidamente gritarle. ¿Se da cuenta siquiera de lo insultante que es esto? No. Claro que no. Cree que puede tratarme como quiera. Lo ha dejado clarísimo. ¿Por qué no debería llamarme mentirosa también por esto?

Eso es lo que él es.

Fui demasiado estúpida para verlo.

—No te fías de ni una palabra que sale de mi boca, ¿verdad? —susurro—. Ni una.

El rostro de Petyr está inexpresivo. Frío. Ni rastro de remordimiento. —No cuando el futuro de mi Bratva está en juego.

Empujo mi silla hacia atrás. Las patas rozan con fuerza contra el suelo. —¿Te oyes siquiera? Me estás tratando como a una criminal. Como si estuviera aquí planeando mentiras solo para engañarte.

Su mirada no se suaviza. —Ya has corrido antes. Has mentido. ¿Por qué debería creer que esto es diferente?

—Porque esta también es mi hija —Levanto la barbilla y lo miro a los ojos—. Porque yo no la usaría así.

Por primera vez, titubea. Baja la mirada hacia donde mi mano descansa sobre mi vientre. —Lo sabré mañana —dice tras una exhalación larga y lenta—. Prepárate.

Ya casi está en la puerta cuando me encuentro hablando de nuevo. —¿De qué serviría?

Petyr se detiene. Su mano se queda en el pomo, pero no lo gira. Tampoco se gira para mirarme.

—En unas semanas —continúo—, la verdad será evidente. Lo verás tú mismo. ¿Por qué crees que me molestaría en mentir? ¿De qué me serviría?

Me mira de frente otra vez, con los ojos entrecerrados. —Porque intentas manipularme. Esperas que, si creo que no puedes darme lo que quiero, te deje ir.

Parpadeo, atónita. —¿Es siquiera una opción?

—No.

—No lo pensé —Cruzo los brazos—. Entonces, ¿por qué mentiría?

—Porque es lo que haces.

Me levanto de la silla, con las rodillas temblorosas, pero la voz firme. —Lo mismo digo.

Sus ojos se entrecierran aún más. Sus labios se abren como si quisiera decir algo más, pero luego los aprieta de nuevo. Se queda allí, con los hombros tensos y cada línea de su cuerpo rígida.

Cambio mi peso y me froto el vientre con una mano. La bebé se mueve, un recordatorio de lo que realmente significa todo esto.

—¿Crees que no sé quién eres, Petyr? —Avanzo, furiosa—. Me has mentido desde el principio. Sobre lo que querías. Sobre lo que yo era

para ti —me arde la garganta, pero aun así me esfuerzo por pronunciar las palabras—. No actúes como si fueras el único con derecho a dudar.

—Entonces, admites que me has engañado.

Niego con la cabeza. —Admito que te he *sobrevivido*. Hay una diferencia.

Cambia de postura, endereza los hombros de nuevo, y sé que la conversación ha terminado. Esta vez, sin embargo, cuando la puerta se cierra de golpe a sus espaldas, me alegro de verlo irse.

19

PETYR

Conduzco a Sima del brazo al estudio privado de la Dra. Maryam Agar.

Sima ve el nombre en la placa y resopla. —Claro. Una mujer. Dios no permita que me ponga a retozar con un hombre tras bambalinas. Quizá acabe con un embarazo doble.

—No empieces.

—Demasiado tarde. Me arrastraste hasta aquí como si no pudiera poner un pie delante del otro. ¿Quieres que te agradezca el privilegio de ver a un médico para tu tranquilidad? ¿Te aplaudo mientras miras? —Finge jadear y se cubre la cara con una mano—. ¡Ya sé! Haremos una fiesta. Un lindo baby shower.

—Sima…

—El médico pondrá los resultados en el pastel. Entonces podremos invitar a todos los que sobrevivieron de la boda —Aplaude con impaciencia—. Ah, y a Bella Hadid.

Aprieto mi agarre en su brazo hasta que ella se libera y se sienta con fuerza en la silla frente a mí.

—Muy caballeroso —murmura.

—Silencio —Miro a mi alrededor en la sala de espera para comprobar si alguien nos está mirando. Pero los demás pacientes de la Dra. Agar parecen absortos en sus propios asuntos. Nadie presta atención a la pareja que discute en la esquina.

Mi mirada recorre a las otras parejas. Se ven felices. Radiantes. Intercambiando abrazos y besos como si fuera el día más afortunado de sus vidas.

Cuando vuelvo a mirar a Sima, me doy cuenta de que ella también me está mirando. —¿De verdad crees que te mentiría sobre esto? —susurra, sin rastro de sarcasmo.

Mi mandíbula funciona, pero no sale nada.

—Claro que sí —continúa—. Ese es tu truco favorito. Lo que yo diga, tú lo tergiversas.

—Ya has mentido antes —Aunque me estoy cansando de oírme decir eso. Cada vez que le lanzo esa acusación a Sima, siento que estoy repitiendo frases en lugar de decir algo en lo que creo.

Cruza los brazos con fuerza sobre el pecho. —Mentí porque no me dejaste otra opción. ¿Crees que quería vivir así? Quería sobrevivir.

Entrecierro los ojos. —Así que quizá estés sobreviviendo ahora.

—¿Y qué me aportaría mentir sobre el bebé? ¿Conseguiría unas semanas? ¿Te haría cambiar de opinión sobre dejarme ir? Ya dijiste que eso no es una opción.

—No lo es.

—Claro. Entonces deja de fingir que estoy jugando contigo. Tú eres quien está jugando. Con *mi* vida —Sacude la cabeza, con los ojos encendidos—. Si no confías en mí, al menos admite que no confías en ti mismo.

Me remuevo en el asiento en lugar de responderle. Ese nudo de inquietud en mi pecho no se ha aflojado desde anoche. Sigo repasando sus palabras en mi cabeza.

Me has mentido desde el principio. Sobre lo que querías. Sobre lo que yo era para ti. No actúes como si fueras el único con derecho a dudar.

Me preguntó por qué mentiría cuando la verdad pronto saldría a la luz. Lo ignoré anoche, pero sigue resonando en mi mente mientras estoy sentado en la sala de espera.

Cuando llega la hora de nuestra cita, mi mente es un mar de dudas.

Tiene razón. Joder, tiene razón.

Sí, mintió sobre quién era. Se hizo pasar por otra persona al entrar a mi casa.

Pero yo también mentí. La miré a los ojos y fingí no saber que era una Danilo.

Y lo sabía. Lo supe desde el principio. Y le dejé creer lo contrario solo porque me convenía. Pensé que podía usarla, dominarla y convertirla en lo que necesitaba.

No es de extrañar que aprovechara la primera oportunidad que tuvo para huir.

Aprieto los puños sobre el regazo. El cuero de mis guantes cruje. Me digo que no importa, que el pasado ya pasó.

Pero la verdad es que *sí* importa. Me corroe. Encendí una hoguera de furia pensando que me traicionó, y la metí en ella cada vez que pude. Y todo este tiempo, he estado entre mis propias mentiras ardientes.

—¿Sra. Gubarev?

Sima se levanta lentamente cuando la enfermera la llama por su nombre, con una mano sobre su vientre.

Yo también me levanto. Ella no me mira, pero la sigo de todos modos.

Dentro de la sala de exámenes, el aire huele a desinfectante y jabón barato. Me quedo de pie junto a la pared, con los brazos cruzados, la mirada fija en cada movimiento.

—Buenos días —saluda la doctora, poniéndose unos guantes—. Soy la Dra. Agar. Veamos cómo está el pequeño, ¿vale?

Sima se sube a la mesa con la ayuda de la enfermera. Se recuesta, con la mirada fija en el techo. Tiene la mandíbula apretada. Puedo percibir la tensión en sus hombros incluso antes de que la doctora empiece.

—No tardará mucho —le asegura la Dra. Agar—. Primero, gel frío. Lo siento.

Sima se estremece al sentir el contacto con su piel. Doy un paso adelante sin poder contenerme y luego retrocedo.

La varita se desliza sobre su vientre. La máquina zumba, y luego el sonido llena la habitación.

Un ritmo constante. Rápido. Fuerte.

—El ritmo cardíaco se ve excelente —observa la doctora—. Es regular y estable.

Me quedo sin aliento. No puedo moverme. En el monitor, la figura aparece parpadeando.

Mi hija.

—Ahí está el bebé —continúa la doctora. Ajusta el ángulo de la sonda—. El crecimiento va según lo previsto. Todo parece saludable.

Me aferro al borde del mostrador. Mis dedos se clavan en la superficie. El aire se siente demasiado enrarecido. No puedo apartar la vista de la pantalla.

Sin pensarlo, mi mano alcanza la de Sima.

Sima se pone rígida al principio. Dios sabe que tiene todo el derecho. Le mentí, la encerré, y luego la obligué a venir a esta cita solo para demostrarme que decía la verdad.

Pero entonces…

…lentamente…

…ella entrelaza sus dedos con los míos.

La miro. Tiene los ojos vidriosos, rodeados de lágrimas contenidas. Parece agotada, enojada, pero debajo de todo eso hay algo que no puedo ignorar: amor por la vida que lleva dentro.

Es lo único en lo que siempre estaremos de acuerdo.

La doctora se aclara la garganta. —¿Quiere saber el sexo?

—Sí —respondo antes de que Sima pueda hacerlo.

Los labios de Sima se curvan hacia abajo. Quizás esperaba que hubiera cambiado de opinión. Que confiara en ella.

Pero necesito saberlo por mí mismo.

La doctora ajusta la sonda de nuevo y señala la pantalla. —Ahí. ¿Lo ves? Es tu hija.

Exhalo con fuerza. *Mi hija.* No más dudas.

La mirada de Sima se posa en mí. Sus labios se separan, temblorosos, pero no habla. Las lágrimas en sus ojos brillan con más intensidad.

Sea lo que sea que haya entre nosotros… odio, mentiras, control… esta niña es nuestra. Y ella ya la ama. Lo veo en su rostro.

Siento el peso de lo que he hecho presionándome. Encerrarla en habitaciones, dudar de cada palabra. La traté como una amenaza cuando carga lo único que importa de mí.

Aprieto su mano con más fuerza. Por una vez, no se aparta.

La doctora sigue narrando con voz tranquila. —La placenta se ve bien. La posición es ideal. Ambas están en excelente forma, Mamá.

La pantalla sigue mostrando el latido del corazón de mi hija. Me doy cuenta de que, por primera vez en meses, no pienso en guerras ni mentiras.

Solo soy un hombre mirando a su hija, preguntándose cómo diablos logró convertir a la mujer que la lleva en su vientre en una prisionera.

20

SIMA

El viaje de regreso del hospital es silencioso. Mantengo la cara vuelta hacia la ventana y observo cómo las calles pasan borrosas, aunque mi mente sigue en esa habitación.

Por un instante, bañada por la luz de la ecografía, me sentí como en los viejos tiempos. Cuando él se preocupaba por mí y yo creía que estaría con nosotras en cada paso del camino.

Pero eso era un cuento de hadas. El sueño de una niña tonta. Esto es la vida real, y la calidez de Petyr no duró ni un instante fuera de las cuatro paredes de la sala de examen.

Tampoco puedo olvidar por qué terminé allí. Me arrastró para demostrarme que era una mentirosa. De alguna manera, él se convenció de que yo llevaba en secreto a su heredero, solo dos segundos después de besarme.

Elige un maldito carril.

Un segundo le importa, y al siguiente, no. Esa confusión duele más que cualquier otra cosa. Porque si supiera que ya no le importa, quizá podría olvidarlo. Olvidarlo para siempre.

Pero sí le importa. Al menos nuestra hija, aunque no yo.

Y no puedo simplemente ignorarlo.

Cuando llegamos a casa, no estoy más cerca de encontrar una respuesta que en el coche. No lo dijo exactamente, pero creo que la distancia es justo lo que recetó la doctora, así que ya estoy caminando de vuelta a mi celda cuando su voz me detiene en seco. —Te mudas de nuevo a mi habitación.

Giro la cabeza. —¿Qué?

—Ya me oíste —No se ralentiza—. Empaca. Dormirás en mi habitación a partir de ahora.

¿Qué dices ahora?

Petyr y yo no hemos compartido cama desde, bueno, desde que todo se vino abajo entre nosotros. ¿Y ahora quiere que vuelva a su habitación? ¿Permanentemente?

¿Pero por qué?

No puede ser para embarazarme. Puede que haya bromeado al respecto, pero en realidad no puedo quedar embarazada dos veces. Seguramente incluso un hombre tan varonil como él tiene al menos una comprensión rudimentaria de los límites de la biología femenina.

Quizás solo quiera vigilarte mejor. Asegurarse de que no te escapes con la mercancía.

Claro. Ya cree que soy capaz de mentir sobre el sexo de nuestra bebé solo para sacarle ventaja estratégica. ¿Quién sabe qué más le estará dando su paranoia? Lo próximo que sé es que tendrá una guillotina en el jardín.

—¿Tengo voz y voto en esto?

—No —el tono de Petyr se endurece—. No está en debate.

—Claro que no —murmuro—. No es que sea un ser humano con derechos ni nada.

No dice nada. Simplemente me sigue por el pasillo, abre la puerta de mi habitación y empieza a sacar cosas de los cajones.

Genial. Quizás mañana saque un garrote y me arrastre del pelo a una cueva.

Mi ropa, mis artículos de aseo, todo lo que he reunido aquí durante las últimas semanas acaba de vuelta en mi maleta. Sus manos se mueven rápidamente, como si quisiera terminarlo antes de que pueda seguir discutiendo.

Me siento en el borde de la cama y lo observo. —Claro. Adelante. Después de todo, soy biológicamente incapaz de mover mi cepillo por el pasillo sin tu gran, fuerte y masculina ayuda.

Me pregunto qué cree que haré si me deja encargarme de esto yo sola. ¿Meter un frasco de veneno en un compartimento secreto? ¿Lanzar una bomba de humo a mis pies y desaparecer como una ninja?

Lo que sea que sospeche o no, no me lo cuenta. Simplemente sigue tirando mis cosas al agujero abierto de la maleta en el suelo.

Cuando tengo todas mis cosas empacadas, levanta la maleta con una mano y señala con la cabeza hacia la puerta. —Camina.

Lo hago. Porque soy prisionera y, al parecer, no tengo voz ni voto en lo que me pasa. Ni siquiera en lo que respecta a dónde quiero dormir.

Su habitación es tan grande y oscura como la recuerdo. Me encoge el corazón. Solíamos pasar tantas tardes felices aquí. Nos explorábamos el cuerpo hasta bien entrada la noche y nos quedábamos dormidos acurrucados el uno junto al otro.

Ahora, no podríamos estar más lejos.

Dudo en el umbral. —¿Por qué me quieres aquí?

—Porque es tu lugar.

—No según tú —replico—. Tú mismo lo dijiste, ¿recuerdas? Se suponía que solo me quedaría el tiempo suficiente para darte un heredero. Después, me devolverás a mi padre.

El rostro de Petyr se tensa, pero solo deja mi bolso cerca de la cómoda y luego me abre los cajones como si nada hubiera cambiado. —Desempaca —dice.

—Claro. ¿Quieres que también salte? ¿Que ladre cuando lo ordenes?

—Cállate —gruñe—. Y haz lo que te digo.

Me pica la mano por querer saludarlo como militar en tono de burla, pero la mantengo pegada a mi costado.

Desempacar mis pocas pertenencias es más fácil de lo que pensé. Los cajones de su cómoda siguen vacíos. El espacio que una vez llené me espera, intacto.

Cuando abro el armario, veo toda la ropa que no tomé cuando corrí, todavía colgada allí, planchada y ordenada como si no hubiera pasado el tiempo.

Paso la mano por la tela. —Te quedaste con todo esto —susurro a mi pesar.

Se queda en la puerta, con los brazos cruzados. —Claro que lo hice. ¿Pensabas que los tiraría?

—Podrías haberlo hecho —Paso los dedos por el dobladillo de un vestido de cóctel. No quería comprarlo, pero Petyr me convenció, con métodos poco convencionales. El recuerdo sigue grabado en mi mente y en mi cuerpo—. Más espacio para ti.

—Siempre ibas a volver. No habría tenido sentido ocupar el espacio.

Por un segundo, su fe me deja atónita. Entonces, me doy cuenta de que no dijo que iba a *regresar*. Iba a *volver*. Porque me iba a arrastrar, sin importar lo que quisiera.

—Claro. Qué romántico.

Sus ojos no se apartan de mi espalda mientras deshago las maletas. Cada vez que me muevo, la mirada de Petyr me abruma, haciéndome sentir cosas que no quiero sentir.

Trago saliva. De repente, siento la boca seca. Me sudan las palmas de las manos y me cuesta respirar.

Me obligo a seguir adelante. Un cajón, luego otro. Toda mi ropa queda doblada y guardada.

Siento que estoy borrando a la Sima que vivió aquí antes que yo. La que aún albergaba la esperanza de que, de alguna manera, su amor perdido se convirtiera en el gran amor de su vida.

Pero también se siente como un regreso. Inevitable. Como dijo Petyr.

No sé qué pensamiento me inquieta más.

Llevo mis últimas cosas al baño. El mostrador es amplio y vacío, solo su maquinilla de afeitar y su colonia marcan el espacio.

Dejo mis artículos de aseo, uno por uno, los ordeno como si pertenecieran a este lugar. Mi cepillo de dientes junto al suyo. Mi loción junto a su loción para después del afeitado. Parece demasiado deliberado, demasiado íntimo, pero lo hago de todos modos.

—Voy a ducharme. Necesito estar sola un rato.

Cuando no se opone, cierro la puerta.

Las perillas de la ducha chirrían al girarlas. El agua sale a borbotones y el vapor llena la habitación.

Pruebo el chorro con la palma de la mano y espero a que se enfríe un poco. Mi mano se queda ahí más tiempo del necesario. El ruido

del agua llena el silencio en el que no quiero sentarme.

Empiezo a desvestirme, con los dedos en el primer botón de mi blusa, cuando suena un golpe en la puerta.

Me congelo. El agua sigue corriendo.

Otro golpe, más fuerte esta vez. Trago saliva, el corazón se acelera.

Abro la puerta unos centímetros. Petyr está ahí, con una mano apoyada en el marco. Su mirada está fija en mí, firme, inflexible.

—¿Qué pasa? —pregunto. Mi voz sale baja, no cortante, sino cautelosa.

—Te deseo —dice.

¿Qué?

Las palabras hacen que el aire se mueva entre nosotros. Petyr nunca fue de andarse con rodeos, pero admito que no esperaba que sus siguientes palabras sin rodeos fueran estas.

Te deseo.

Te. Deseo.

Me sube el calor a la cara. Siento un nudo en la garganta. ¿Petyr y yo, teniendo sexo? ¿Ahora?

Sería una locura. Una locura total.

Es la idea más estúpida, imprudente y peligrosa que se me ocurre.

Hay demasiados asuntos sin resolver entre nosotros. El hecho de que no confía en mí. Lo distante que ha estado desde que me arrastró de vuelta a su círculo. La confusión que me invade cada vez que su humor oscila de un extremo a otro.

No puedo ignorar cómo me trató. *No puedo*.

Pero tampoco puedo negar lo que siento.

Yo también lo deseo. Lo he deseado por más tiempo del que puedo admitir.

—Es una mala idea —murmuro, aunque mi mano permanece en la puerta en lugar de cerrarla. La vacilación en mi voz me delata.

Lo miro, la línea de sus hombros. Sus ojos están oscuros de deseo, y odio lo rápido que mi cuerpo reacciona a eso.

Debería ser inteligente al respecto. Racionalmente, lo sé. Pero la idea de dar un paso atrás y terminar este momento me duele el pecho.

Dejo escapar un suspiro lento y luego abro más la puerta.

Entra y la cierra tras de sí sin hacer ruido.

Tengo que decirle que pare. Esto solo empeorará todo, y ambos lo sabemos.

Pero no lo hago.

Él toma mi cara entre sus manos y yo todavía no lo digo.

Los segundos pasan con sus ojos fijos en mí, su calor en mis mejillas, y no puedo decir ni una maldita cosa.

Y cuando sus labios rozan los míos, lo sé: *nunca iba a decirle que no.*

21

SIMA

Esta es una muy mala idea

Sus manos están en mi cintura, luego en mi espalda. Pronto, estoy pegada a él hasta que no queda espacio. Siento el peso de su pecho presionándome, la firmeza de su respiración se vuelve inestable con la mía.

Nos tambaleamos hacia la encimera del lavabo, sin dejar de besarnos. Como si ambos hubiéramos estado hambrientos de ello todo este tiempo.

Quizás sí lo estuvimos.

Él tira de mi blusa y desabrocha los botones uno por uno hasta que la tela se desliza de mis hombros.

Debería detenerlo, decir algo, pero no me salen las palabras. Me arde la piel bajo su tacto. Cada movimiento que hace es cuidadoso pero firme, como si reclamara lo que ya sabe que es suyo.

Cuando su mano se desliza sobre mi vientre, me tenso.

Me sube el calor a la cara. Le agarro la muñeca. —No mires —le susurro.

Frunce el ceño. —¿Por qué no?

—Estoy tan gorda —susurro—. Tengo la piel estirada. Tengo marcas por todas partes. Ya no soy la misma.

Sus ojos me recorren y luego se fijan en los míos. Me recorre el vientre con las manos, lenta y deliberadamente. Sus dedos recorren las estrías como si fueran algo para admirar, no para ocultar.

Me mira con esa oscura hambre en los ojos. Su pecho se eleva con cada respiración. —Siempre eres hermosa para mí —dice—. Cada centímetro.

La vergüenza que sentí hace un momento desaparece y es reemplazada por un calor que se extiende hasta lo más profundo de mi estómago.

Todavía me siento nerviosa, consciente de cada cambio en mi cuerpo, pero su rotunda certeza me estremece. Por primera vez en meses, me siento deseada sin condiciones.

Sus manos se deslizan por mis costados, bajan por la curva de mi vientre, suben hasta mis senos. Me toca con sinceridad, como si nada en mí hubiera cambiado.

No puedo evitarlo—me inclino hacia su tacto, ansiosa por más. Mi sostén desaparece en segundos, tirado a un lado. Su boca encuentra la parte superior de mi pecho, cálida e insistente. Mis manos se hunden en sus hombros, sujetándolo mientras mis rodillas flaquean.

El vapor de la ducha espesa el aire a nuestro alrededor. Mi espalda se apoya contra la encimera, fresca contra el calor de mi piel. Me besa de nuevo, esta vez con más fuerza.

Mi cuerpo le responde sin pensar, cada nervio vivo bajo sus palmas.

Quiero más. Lo quiero todo. Y puedo ver en sus ojos que él desea lo mismo. Mis dudas y miedos siguen ahí, pero se ahogan bajo el peso de cuánto lo necesito ahora mismo.

El vapor empaña el cristal y gotas de agua resbalan por mi piel. Las manos de Petyr me recorren, calientes e insistentes, y no puedo pensar con claridad.

Cada caricia de sus palmas sobre mis hombros, mis brazos, sobre la curva de mis senos, me abruma. Jadeo al sentirlo, mi cuerpo ya tiembla.

He extrañado esto—lo he extrañado *a él*—más de lo que quiero admitir. El dolor de desearlo de nuevo se mezcla con el alivio de finalmente sentir su tacto.

Lo alcanzo. Le paso jabón por el pecho, por su vientre firme, por las cicatrices de sus caderas. Su piel es firme bajo mis manos. Cada vez que toco algo me duele más.

Pero no hay prisa. Solo el peso de cada segundo mientras nos contemplamos de nuevo por primera vez en meses.

Cuando sus dedos recorren mi columna, me estremezco. Se aprieta más, su pecho firme contra mi espalda.

Su boca encuentra mi cuello. Me inclino hacia delante, entre el rocío y su tacto, sin aliento. Mientras sus manos me recorren, no puedo pensar en nada más.

Me pasa las palmas por los hombros, por los brazos y luego por los senos. Jadeo ante el calor de su tacto. Mi cuerpo tiembla.

Cae de rodillas y mi respiración se entrecorta al verlo. Sus manos me separan los muslos. Su boca está sobre mí un segundo después.

El placer me recorre, rápido y repentino. Me aferro a las baldosas para mantener el equilibrio.

—Petyr… —Me tiembla la voz. Mis rodillas amenazan con ceder.

Me agarra las caderas y me atrae hacia sí. Se niega a dejarme escapar, y Dios, no quiero. No hay lugar donde prefiera estar ahora

mismo que bajo sus manos. Me da un miedo terrible, pero es la verdad.

Su lengua se mueve contra mi clítoris. Me vuelve loca. Me lame, me chupa de esa manera que me vuelve loca.

No puedo detener los sonidos que salen de mí, no puedo recuperar el aliento. Solo está él. Solo esto.

Nosotros.

Luego, lentamente, su lengua se desliza más abajo. Justo contra mi entrada.

Gimo. —¡Petyr!

Empieza a follarme con la lengua. La hunde hasta el fondo y luego la sube para volver a tocarme. El calor aumenta en mi interior, cada vez más intenso, hasta que solo puedo apoyarme contra las baldosas.

Entonces, de repente, me corro.

Todo mi cuerpo se tensa de liberación. Tiemblo con fuerza. Mi visión se vuelve blanca por un segundo, o tal vez diez. No lo sé. El placer es demasiado.

Todavía tiemblo cuando Petyr se levanta de golpe y me empuja hacia delante. Vislumbro su polla, dura y sobresaliendo contra sus abdominales. Me muero de ganas de extender los dedos y darle el mismo placer que él me acaba de dar.

Pero antes de que pueda tocarlo, me da la vuelta y me presiona contra la pared.

Mis palmas se presionan contra el azulejo. El agua me golpea. Su pecho se apoya en mi espalda, y me doy cuenta de lo que está a punto de ocurrir segundos antes.

—Joder —murmura en mi oído. Su mano se aferra a mi cadera—. Me vas a matar, joder, *lisichka*.

Luego, se empuja dentro de mí con una sola embestida.

No puedo pensar. Es demasiado. Me sostiene ahí, su cuerpo pegado al mío, y siento que voy a estallar.

Una mano se desliza hacia arriba para ahuecar mis senos. Sus pulgares rodean y acarician mis pezones, tiernos y sensibles por mi embarazo.

Sus embestidas son lentas al principio, profundas y constantes. Me obliga a sentir cada centímetro de él.

Entonces, acelera. Más fuerte, más rápido, hasta que gimo con cada embestida.

Alguien me oirá. Es un pensamiento tan vago que se desvanece en un instante, y de repente, ya no me importa. Solo quiero que Petyr me oiga.

—*Blyat'* —gruñe—. Justo así, zorrita. Déjame oír tu dulce voz.

Mis gemidos resuenan en las baldosas. Mi cuerpo se arquea hacia él. Tengo tanta hambre de esto, de más de él dentro de mí.

Su mano se desliza sobre mi vientre y entre mis piernas. Sus dedos me frotan con fuerza y urgencia, a su ritmo.

Me da vueltas la cabeza. El placer crece, intenso y ardiente. Mi cuerpo se aprieta a su alrededor, desesperado por liberarse.

—¡Petyr…!

Su nombre se quiebra mientras otro orgasmo me atraviesa.

Me tiemblan las piernas. Mis palmas resbalan contra el azulejo. Siento tanto, pero Petyr aún no se ha corrido, y lo deseo. Quiero sentirlo derramarse dentro de mí con una urgencia que me asusta.

No deja de follarme. Me penetra con más fuerza, maldiciendo en ruso a mi oído mientras me penetra hasta abrirme.

Todavía estoy palpitando cuando él se pone rígido detrás de mí.

Me embiste profundamente una última vez. Su agarre es tan fuerte que me deja moretones, pero no puedo fingir que no me encanta. Todo lo que me hace. Lo deseo tanto que duele.

Con una maldición gutural, se derrama dentro de mí.

El agua nos golpea. Nuestra respiración se vuelve entrecortada. Él permanece pegado a mi espalda hasta que mis rodillas se estabilizan.

Cierro los ojos y respiro con fuerza.

Fue un error. Lo sé igual que sé que me volverá a hacer daño. Nada entre nosotros está arreglado.

Pero la forma en que su cuerpo se siente presionado contra el mío, la forma en que me llena a la perfección… no puedo alejarme. Se siente demasiado bien.

Y por mucho que quiera decirme que esta es la última vez, en el fondo ya sé la verdad.

No podré renunciar a esto otra vez.

22

PETYR

Cuando me despierto, ella es lo primero que veo.

Sima está acurrucada bajo las sábanas, con el pelo extendido sobre la almohada. Mechones pegados a su mejilla, con los labios entreabiertos mientras respira lenta y profundamente. Parece agotada, y sé por qué.

La tomé en la ducha. Luego la volví a tomar en el dormitorio, porque no podía tener suficiente.

Debería sentirme culpable. Pero no. Estar con ella de nuevo ha sido como una liberación que no sabía que necesitaba. Semanas de contención, de dormir en habitaciones separadas, despertaron en mí un hambre que ya no podía controlar.

Me dije que podía tratarla como si fuera solo una palanca. Que tenía esto bajo control.

Joder que lo tenía.

Toda mi determinación se desmoronó en una sola noche. Una sola mirada a ella en nuestro dormitorio, y estaba perdido.

La he estado deseando. Esa es la verdad.

Me siento en el borde del colchón. El peso se disipa. Sima se mueve. Se da la vuelta, pero no se despierta.

Aprovecho el momento para observarla detenidamente. Mientras duerme, se ve más tranquila y menos a la defensiva. La tensión en su frente se suaviza.

La manta se desliza sobre su hombro. Vislumbro la curva de su brazo, las tenues líneas de su clavícula. La necesidad de tocarla de nuevo casi me abruma.

Mis puños se cierran sobre las sábanas. Si no tuviera dónde estar, la tomaría de nuevo en un instante.

Pero ya no tengo que contenerme. Cada noche, estará en mi cama. Es mía otra vez. Lo acepte o no, su lugar está aquí, conmigo.

Ese pensamiento me tranquiliza y me inquieta al mismo tiempo.

Sé que me odia por cómo la he tratado. No confía en mí, y no puedo culparla. Pero anoche, se deshizo en mis brazos, y ese poder, esa conexión, es algo que no puedo ignorar.

Es un error, argumenta el *pakhan* en mí, inquieto. *Ella es un error.*

Juré que la trataría como un medio para un fin. Me daría un heredero y luego se iría. Ese era el plan. Una estrategia fría y limpia.

Pero ya rompí esa línea. La toqué. La besé, la reclamé de nuevo. Y ahora, no puedo dejar de pensar en ella.

Paso una mano por mi cara y exhalo con fuerza.

Necesito concentrarme. La guerra no ha terminado. Los negocios no esperan, y los Danilo no cederán en mi segunda luna de miel.

Llegué a un acuerdo para ganarlo todo. Misha espera que cumpla mis promesas. Pero ahora es más difícil con ella de vuelta en mi cama. Tendré que concentrarme en los envíos y los juegos de poder cuando lo único que quiero es volver a meterme bajo las sábanas y perderme en ella.

Aprieto la mandíbula y me dirijo al espejo.

—¿Te vas?

La voz de Sima hace que mi cabeza se levante de golpe.

En el espejo, la pillo observándome. Está despierta, recostada sobre las almohadas, con la manta sobre el pecho. Tiene el pelo revuelto. Sus ojos se ven pesados.

Verla así me conmueve, pero no lo dejo traslucir. Tengo que mantener la calma, no revelar nada. Si le dejo ver cómo me afecta, lo usará en mi contra.

Me doy la vuelta y me siento en el borde de la cama. El colchón se hunde y ella se mueve, subiendo la manta.

Puedo sentir sus ojos sobre mí. Está esperando una respuesta.

—Tengo trabajo —Es tibio, como mucho, pero sé que no debo decirle nada delicado—. Vuelvo más tarde.

—Vale —Se humedece los labios—. Me gustaría empezar a convertir una de las habitaciones de invitados en una guardería.

Le sostengo la mirada. —Lo haremos.

Arquea las cejas. Espera. Lo presiento. Quiere algo más que dos palabras cortantes. Tranquilidad, conversación, la clase de planificación compartida que se supone que deben hacer las parejas.

No estoy seguro de poder darle eso sin perder el control de la situación.

Frunce el ceño. —¿Aún no confías en mí? Incluso después de lo de anoche.

—Confío en los patrones —digo—. Intentaste escapar. Si te doy libertad y lo vuelves a hacer, no me hará ver bien.

Es la verdad. Si me engañas una vez, la culpa es tuya. Si me engañas dos veces, pareceré un maldito idiota y mis *vory* darán un golpe de estado para deshacerse de mí. Entronizarán a Mikhael, le guste o no. Mejor aún, se desharán de él y de Iván y reclamarán mi Bratva para ellos. Ese es el riesgo de hacer negocios con tiburones: nunca puedes dejar que te vean sangrar.

La mano de Sima se desliza sobre su vientre. Su voz tiembla. —¿Cómo se supone que voy a planear algo así si no puedo salir de la habitación? ¿Crees que puedo ser madre desde la cama?

Odio cómo me mira. Como si ya le hubiera fallado. —Dime qué quieres —le digo—. Haré que te lo traigan. Pintura, muebles…

—No es lo mismo —Niega con la cabeza—. Quiero hacerlo yo misma. Contigo. Por nuestra hija.

Me contengo para no discutir. Tiene razón, pero no puedo darle lo que pide. —Lo sé —digo—. Pero es lo que puedo permitir ahora mismo.

—Dijiste que no soy tu prisionera —dice con tristeza—. Pero aquí estás, tratándome como una —Mira más allá de mí, hacia la ventana, con la mandíbula apretada.

Luego me mira a la cara. Sus ojos brillan, pero no deja que las lágrimas caigan.

Siento una punzada de algo que no quiero nombrar.

—No soy tu enemiga, ¿sabes?

—No lo eres —concuerdo—. Pero tampoco eres libre. No hasta que sepa que puedo confiar en ti.

Se aprieta la manta sobre los hombros. —No tienes que recordármelo todo el tiempo. Lo entiendo. Ahora soy tu propiedad.

Eso no es cierto, quiero decirle, pero mi boca permanece cerrada.

Quiero contarle más. Pero soy el *pakhan.* No le debo explicaciones. Hará lo que le diga si sabe lo que le conviene.

Me levanto y me aliso la corbata. —Haz una lista. Me encargaré de que se haga.

Asiente una vez. Aprieta los labios hasta formar una fina línea. —Bien. Como quieras.

No responde. Sus ojos me siguen, fríos e indescifrables, mientras salgo de la habitación. Siento el peso de esa mirada durante mucho, mucho tiempo después de irme.

23

SIMA

La puerta se cerró tras él hace horas, pero el eco sigue estancado en mi cabeza.

Petyr y sus reuniones. Siempre algún asunto turbio, algún problema que solo él puede solucionar y que convenientemente parece surgir cuando quiere evitarme.

Mientras tanto, estoy atrapada aquí. Otra vez.

He arreglado las almohadas tres veces, he doblado y desdoblado la misma manta, y he mirado el techo el tiempo suficiente para memorizar las grietas del yeso. Nada de esto me quita la furia.

Ni siquiera estoy segura de con quién estoy enojada. Con él, principalmente.

Pero también conmigo misma.

Porque incluso después de todo, todavía siento algo por él. Todavía lo deseo. Ese solo hecho debería justificar mi propia evaluación psiquiátrica.

Si el feminismo no abandonó mi cuerpo anoche, entonces no estoy segura de que alguna vez haya estado allí.

Me llevo las manos a los ojos. *Qué desastre.* No puedo creer que me haya dejado engañar otra vez. Unos pocos gestos cariñosos en el consultorio de ese médico, y ya estaba hecha polvo.

—Soy tan estúpida —Me tapo la cara con las manos y respiro—. Dios mío, soy una maldita idiota.

Dice que quiere que me quede aquí, pero no puedo seguir así. Si no encontramos la manera de superar lo que ya pasó, ¿entonces qué? Acabaremos matándonos. O peor aún, viviendo lo suficiente para odiarnos en silencio.

Una verdadera historia de amor.

Pienso en la forma en que me mira a veces, como si quisiera destrozarme y unirme a la vez.

Quizás cuando finalmente salga de aquí, escriba un libro: *Cómo Enamorarse Del Hombre Que Te Encerró En Una Mansión.* Éxito de ventas garantizado. Porque, claramente, tengo problemas, y su magnitud es directamente proporcional a la toxicidad del hombre del que me enamoré.

Pero la verdad es más sencilla. Nada tan sofisticado como el manual de trastornos mentales.

Lo amo.

Nunca dejé de amarlo. Es exasperante. Porque el amor no borra las amenazas, el control, la forma en que habla de mí como si fuera su posesión más valiosa y su mayor debilidad. El amor no soluciona el hecho de que no confío en él, y él no confía en mí.

El amor no lo puede todo.

Pero todavía lo siento.

El reloj avanza. Las paredes siguen igual. Y yo sigo furiosa, oscilando entre la ira y la añoranza como si fuera mi trabajo a tiempo completo.

Ya es tarde cuando se abre la puerta. Kira entra con una bandeja en las manos. Del plato sale vapor. El olor a comida inunda la habitación, denso y cálido.

No sonríe. Nunca lo hace cuando se trata de mí. Probablemente hay algo en la letra pequeña de su acuerdo prenupcial que le prohíbe mostrarle cualquier muestra de afecto a su cuñada.

Deja la bandeja con tanta fuerza que los cubiertos tintinean. Luego me mira fijamente. —Veo que has vuelto a la celda elegante. Has vuelto a su cama enseguida.

Ahí está. Sin intentos de sutileza, ni Dios no lo quiera, de buenos modales.

Mantengo la calma. No le daré la satisfacción de verme desmoronarme. —Soy su esposa —digo con calma—. Y estoy embarazada de él. ¿Dónde más podría estar?

Su boca se tuerce. No le gusta recordar que ahora mismo, a pesar de todo, tengo más poder que ella en su propia casa.

Su mirada me recorre, baja hasta mi estómago y luego vuelve a mi rostro. Veo juicio en sus ojos, cálculo. Se acerca, cruzándose de brazos. —No confundas las circunstancias con poder. Sin un heredero, Petyr podría no conservar su puesto. No con Dimitri despierto. ¿De qué le servirás entonces?

Nunca pensé en el despertar de Dimitri de esa manera. Pero Kira tiene razón. Él es el primogénito. No Petyr. Una vez que su esposo recupere el poder, el mío tendrá que ceder ante él.

¿Qué significará esto para nosotros?

Se me hace nudo el estómago, pero no lo demuestro. Levanto la barbilla. —Suenas muy segura de ti misma.

—Sé cómo funciona este mundo —presume—. Los hombres como él necesitan influencia. Las mujeres como nosotras la damos. Pero solo mientras cumplamos un propósito.

—¿Así que eso es lo que crees que soy para él? ¿Un propósito?

Sus labios se aprietan hasta formar una fina línea. —¿Qué más? Él no perdona. Y seguro que no olvida. ¿Crees que te tratará diferente porque lo dejaste volver entre tus piernas?

Eso es lo que finalmente me hace estallar.

Puede torturarme emocionalmente. Puede intentar sacudirme todo lo que quiera.

Pero no dejaré que convierta nuestro amor en algo feo. No cuando me dio la bebé que llevo dentro.

—No soy solo alguien con quien se acostó una vez y luego descartó, Kira —Me levanto. Me he quitado los guantes de niña y estoy cabreada—. Soy su esposa. Llevo en mi vientre a su hija. Eso no desaparece porque tú quieras.

Se pone rígida. —¿Crees que ser su esposa te protege? No te protegió antes. No te protegerá cuando Dimitri sea lo suficientemente fuerte como para volver a ocupar su lugar. No te engañes.

—Si crees que puedes asustarme para que me encoja, no funcionará —Por una vez, mi voz suena más tranquila que la suya—. He vivido bajo peores amenazas que tus mezquinas y malvadas pullas de niña mala.

—No tienes ni idea…

—No, tú no tienes ni idea —Me acerco a centímetros de su cara—. Viví en la calle, Barbie. No tienes ni puta idea de cómo es el mundo real. Y, a menos que te vayas de mi vista rápidamente, estás a punto de descubrirlo de la peor manera.

Durante un largo instante, Kira no se mueve. No parpadea. Pero la tensión entre nosotras es intensa. Puedo ver lo pálida que se ha vuelto su cara, lo tensa que está ahora la presión de sus labios.

No soy una niña mimada. Cortaría a una perra si hace falta, y ahora mismo, ella es la primera en la maldita fila.

Finalmente, da un paso atrás. —Come mientras esté caliente. Nunca se sabe cuándo dejará de llegar la comida.

Amenaza de hambruna. Qué elegante.

No le agradezco que me haya traído la bandeja. No espera a que lo haga. Solo da media vuelta y se va.

Suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Me tiemblan las manos bajo la manta, pero no me dejo desmoronar. Ahora no. No dejaré que alguien como Kira me destruya.

—Maldita víbora —murmuro en voz baja.

Acerco la bandeja y como. La comida está buena, mejor de lo que esperaba después de cómo ella la arrojó, pero la tensión me ha quitado casi todo el apetito. Aun así, me termino casi todo. No tiene sentido dejarla ganar matándome de hambre.

Además, mi bebé necesita comer. Por muy mal que me sienta, no le quitaré nada. No cuando está tan sana y perfecta, y a punto de nacer.

Más tarde, me acurruco en la cama con mi lector electrónico. Me envuelve la manta, la luz es tenue, la casa está en silencio. Casi logro sumergirme en la historia.

Entonces, empiezan los calambres.

Dejo caer el lector electrónico y presiono ambas manos contra mi estómago.

Duele.

Dios, duele muchísimo.

Otra ola golpea. Me levanto de la cama y corro al baño.

Llego justo a tiempo. El malestar es violento. Vomito todo lo que comí y más, hasta que estoy temblando en el suelo, con sudor en la piel y bilis en la garganta.

Me acurruco contra las frías baldosas y respiro con dificultad.

No tiene sentido. Estaba bien hace unos minutos. Esto no es gripe. La gripe da poco a poco. Siempre la noto cuando estoy a punto de vomitar. Esto me dio un puñetazo.

La comida, me doy cuenta. *Tiene que ser la comida.*

Mi mente da vueltas. ¿Será una intoxicación alimentaria? ¿O algo peor?

Kira siempre es gruñona conmigo, pero hoy fue aún más cruel. ¿Habrá manipulado mi bandeja? ¿Tanto desea que me vaya?

Se me revuelve el estómago, y no solo por los calambres. Quiero creer que estoy siendo paranoica, pero no puedo evitar las arcadas lo suficiente como para convencerme.

Pero no. No pudo haber sido Kira. Fue la última en tocar mi comida. Sería demasiado obvio, ¿no?

Anya. Su rostro me trae recuerdos, la cruel mueca que me dedicó cuando dijo que estaría mejor como fertilizante. ¿Le habría metido algo?

O quizás sea uno de los hombres de Petyr. Los que instalaron mis aparatos electrónicos. Luka, incluso. Ninguno me mira bien. No les importaría si me voy. De hecho, probablemente piensan que Petyr estaría más seguro como *pakhan* sin mí.

Me quedo temblando en el suelo del baño, con todos los músculos tensos. Mis pensamientos no paran de dar vueltas.

Kira. Anya. Luka. Cualquiera de ellos podría haberlo hecho. Tienen todo: motivación, medios, oportunidad. Todo lo que necesitan para enterrarme.

Si me hubiera comido toda la comida, ¿estaría muerta ahora?

¿Lo estaría mi bebe?

Me acurruco en el suelo. No me levanto, ni siquiera cuando pasa lo peor. Tiemblo por una razón completamente distinta ahora, y no quiero mirarla. La verdad que no quise afrontar desde el primer día.

Que, si me quedo aquí, voy a morir.

24

PETYR

La puerta del almacén se abre con un chirrido. Dos hombres hacen guardia, como siempre desde la última vez que las cosas se pusieron feas.

Entro. Mis botas resuenan en el hormigón. —Mikh.

Mikhael se endereza al verme. —Petyr —Su rostro está tranquilo, pero lo conozco lo suficiente como para ver la irritación subyacente.

Me tomo un momento para mirarlo. Mi primo. De mi sangre. Siempre ha sido arrogante, ha puesto a prueba mis límites más de lo que sería prudente en los últimos meses, pero últimamente ha sido constante. Leal de una manera que no esperaba.

Desde la noche que maté a Anatoli, ha estado ahí sin falta. Recorriendo las calles cuando yo no puedo. Cuidándome las espaldas.

Puede que no lo diga en voz alta, pero me alegra tenerlo a mi lado. Sobre todo ahora, cuando siento que todo se va a desmoronar con un solo paso en falso.

Me detengo frente a él. —¿Qué es tan urgente que tuve que venir en persona?

Mikhael niega con la cabeza, frustrado. —El maldito Sidorov, eso es.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. Claro que es la Bratva Sidorov. Mi aliado menos importante, y sin embargo, mi constante espina en el costado.

La familia de Boris siempre ha sido pequeña. Hambrientos, pero débiles. Se aferran a quien parece más fuerte y cambian de tono cuando el viento cambia.

Su líder no era la excepción. Quería el título de *pakhan*, pero nunca tuvo el poder para ostentarlo. Se apoyaba en nosotros para protegerse y luego se pavoneaba por la ciudad como si se lo hubiera ganado.

Al final, los Danilo abatieron a Boris. Usaron su cuerpo como señuelo e intentaron matarnos a tiros. Aquella emboscada en el restaurante me da vueltas en la cabeza como si hubiera ocurrido anoche. No valía mucho, pero no se lo merecía. Nadie lo merece.

En una ocasión, estuvo a punto de convertirse en mi suegro. Su hija Polina nos habría unido si no hubiera sido una novia fugitiva.

Ahora puedo admitir que me hizo un favor. Si no hubiera huido, nunca me habría casado con Sima.

Miro a Mikhael. —¿Qué hicieron esta vez?

Exhala por la nariz. Se le ve cada vez más agotado últimamente, y no puedo culparlo. Esta guerra nos está agotando a todos.

—Desde que Boris quedó enterrado, sus hermanos se han vuelto más audaces —dice.

—¿Audaces cómo?

—Tan audaces como para intentar jugar en ambos lados.

Claro. Debí haberlo previsto. Los Sidorov no están hechos para la lealtad. Se rendirán ante el primer pez gordo del parque, y ahora les están mostrando la barriga a mis adversarios.

Aunque ya me lo esperaba. La Bratva Sidorov es demasiado ambiciosa para saber cuál es su lugar. Aceptan lo que les dan y luego empiezan a husmear en busca de más. Nunca son leales a menos que se les obligue.

Vuelvo a centrarme en Mikhael. —Se dan cuenta de que los Danilo mataron a su hermano, ¿no?

—Si quieres saber mi opinión, les da igual —Se encoge de hombros, con la boca torcida en un gesto de disgusto—. Solo quieren estar del lado ganador.

Nadie odia a los traidores más que Mikh. Tenía todo el derecho a darme un golpe de Estado, pero aun así no lo hizo. Tuvo la valentía de renunciar al trono cuando mi tío Grigoriy, su padre, murió y mi padre se convirtió en *pakhan.* La sucesión cambió entonces. Pero no se convirtió en traidor por eso, y desprecia a cualquiera que se rebajara tanto por menos.

—¿Qué les prometieron los Danilo?

—Qué sé yo. ¿Los Hamptons? —Escupe al suelo—. Esos malditos *mudaki.* Se están cubriendo las espaldas. Son todos unos cobardes.

Si se hubieran pasado al otro bando, lo habría entendido. Ahora mismo, esta guerra es un embrollo. Sé que voy a ganar, pero no todos tienen la misma claridad. No ven el tablero como yo. Si hubieran pensado que los Danilo eran más fuertes que yo, habría tenido sentido cambiar de bando. Cobarde, pero razonable.

Pero tener un pie en ambos bandos… eso me saca de quicio. Porque si los Sidorov lo hacen, otros seguirán su ejemplo. La traición es contagiosa. Es una maldita plaga, y no voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo se propaga.

Necesito gente que se mantenga firme cuando las balas empiecen a volar, no ratas que mirarán ambas puertas y se preguntarán por cuál correr.

Me apoyo en la mesa y miro fijamente a Mikhael. —Entonces los pondremos en su lugar. Esta noche.

Mi primo sonríe. Puedo ver que es exactamente lo que quería oír.

No es que tuviera otra opción. Ya no se trata de Sidorov. Se trata de todos los demás observando. Aliados. Rivales. Quienquiera que crea que puedo ser puesto a prueba.

¿Las ratas de Boris quieren jugar en ambos bandos? Bien. Me aseguraré de que aprendan rápido que solo hay un bando en el que vale la pena estar.

El mío.



Nos detenemos frente al restaurante de los hermanos Sidorov. Las luces están apagadas. Sillas apiladas sobre las mesas. Cerrado por la noche, pero sabemos que siguen dentro.

Salgo primero del coche. Mikhael me acompaña. Dos de nuestros hombres me siguen. El resto se queda afuera para cubrir las salidas. No espero mucha pelea, pero no voy a dejar nada al azar.

La puerta se abre con apenas un empujón. Uno de los guardias de los hermanos me mira parpadeando como si no pudiera creer que estuviera ahí parado.

Mikhael le mete una bala en la cabeza antes de que pueda decir una palabra. Seguimos caminando.

Dentro, los hermanos Sidorov están sentados en una mesa al fondo con una botella medio vacía entre ellos. Unos guardaespaldas están

dispersos por la sala. Levantan la vista al entrar, con los ojos muy abiertos. No me esperaban esta noche.

Saco una silla y me siento frente a ellos. Mikhael se sienta a mi izquierda. Mis hombres se dispersan, con las manos apoyadas en sus armas.

—Sabes por qué estoy aquí —empiezo.

El mayor niega con la cabeza demasiado rápido. —No, Petyr, claro que no. Hemos sido leales…

—No me hagas perder el tiempo —digo con voz monótona—. Acuden a mí en busca de protección, y luego se reúnen con los Danilo a mis espaldas. Eso no los hace leales, sino que los convierte en ratas.

El más joven balbucea. —Mentiras. Rumores. No puedes creer…

Saco mi pistola y le meto una bala en el pecho. Se desploma sobre la mesa.

El cristal se rompe. Su hermano grita.

Los guardaespaldas empiezan a moverse. Mikhael es más rápido. Les vacía el cargador antes de que puedan siquiera levantar las armas.

Todo termina en segundos. El humo flota en el aire, la sangre chapotea en el suelo, las sillas yacen donde se cayeron.

Vuelvo la mirada hacia el último hermano Sidorov. Está temblando, mirando el agujero en el pecho de su hermano.

—Tuviste una oportunidad de salvar a tu familia —le digo—. Elegiste mal.

Empieza a suplicar. Las palabras le salen atropelladamente. —Por favor, Petyr, podemos arreglar esto. Tienes mi palabra. Solo déjame vivir…

Le meto una bala en la cabeza y termino con ello.

El silencio sigue.

Me levanto. —Quemen esto. No quiero que quede ni un ladrillo en pie.

Mikhael asiente. —¿Y qué hay de su territorio?

—Tómenlo. Muévanse antes del amanecer. Apodérense de cada rincón; no dejen escapar a nadie. Mañana, el territorio Sidorov me pertenece.

Cuando finalmente me giro hacia la salida, ya sé hacia dónde me dirijo a continuación.

A casa.

De vuelta a Sima.

De vuelta a mi hija.

De vuelta con mi esposa.

25

PETYR

El viaje de regreso es largo y lo único que puedo pensar es en ella.

Me imagino entrando a la habitación y encontrándola esperándome en la cama. Pienso en desnudarla, abrirla de piernas y follarla hasta que vuelva a gritar mi nombre.

El volante está firme bajo mis manos, pero mi mente no. Cada kilómetro que me acerca me pone más duro. La quiero desnuda. De rodillas. Atrapada bajo mí hasta que recuerde exactamente a quién pertenece.

Para cuando cruzo la verja, estoy listo para echar a todos los demás de la casa solo para tenerla para mí. El asunto está hecho. La guerra puede esperar.

Todo lo que quiero es a ella.

Pero cuando subo las escaleras, lo siento. Es mi instinto *pakhan*, un hormigueo en la nuca.

Algo anda mal.

Entro en el dormitorio. Las luces están tenues, las sábanas retiradas. No hay rastro de Sima por ninguna parte.

Por un segundo, se me encoge el estómago. Todos los malos pensamientos que he tenido sobre ella huyendo, sobre alguien llevándosela, me invaden a la vez.

Entonces lo oigo. Un ruido proveniente del baño. Áspero, crudo, resonando contra las baldosas.

Ella está ahí. Está vomitando.

El alivio llega, pero es efímero. Un miedo es reemplazado por otro.

No tiene sentido que Sima se enferme a estas alturas del embarazo. Las náuseas matutinas no duran los nueve meses. Y, de todas formas, aún falta mucho para que amanezca.

Cruzo la habitación rápidamente y empujo la puerta con mis nudillos.

Bloqueado.

—¿Sima? —Llamo. El sonido es más suave de lo que esperaba—. ¿Está todo bien?

Más arcadas. Salpicaduras de agua. Se tira de la cadena. Una larga pausa, luego un gemido.

Su voz es débil, áspera. —Eh… N-No realmente.

Aprieto la frente contra la puerta. Por un segundo, simplemente escucho. Respira con dificultad, se mueve de forma espasmódica mientras se arrastra de un rincón a otro del baño. Probablemente se esté apoyando contra la encimera.

Joder, suena miserable. Todo ese calor que traía del coche, el hambre, se va en un instante. Ha sido reemplazado con un nudo en el estómago que no me gusta.

—Abre la puerta —le digo.

No hay respuesta.

—Sima —mi tono se vuelve autoritario—. Déjame verte.

De nuevo—silencio.

Aprieto el puño contra la madera y lucho contra el impulso de romper la cerradura. Está ahí dentro, enfermísima, y yo estoy afuera como un idiota. No me gusta nada. Ni un poco.

Entonces, de repente, oigo la cerradura.

Abro la puerta y la encuentro en el suelo. —Sima.

Está acurrucada contra la pared, con los brazos apretados alrededor de su cintura. Su piel está pálida, húmeda de sudor. Mechones de cabello se le pegan a la frente. Su respiración es superficial e irregular.

Se me enfría el estómago. Esto no es lo que esperaba. Verla así.

Me agacho junto a ella y le presiono la cara con la mano. Arde. Tiene fiebre. La siento al instante contra la palma de mi mano.

—¿Qué pasa? Háblame.

Ella gime, un sonido bajo, y no levanta la cabeza. Sus brazos permanecen cerrados alrededor de su vientre como si se estuviera conteniendo, intentando evitar que algo se desprenda.

Odio verla así. Se supone que soy yo quien arregla las cosas, quien la mantiene a salvo, y aquí está ella en el maldito suelo mientras yo me quedo ahí parado, inútil.

—¿Es la bebé?

Los ojos de Sima están vidriosos. Como si solo estuviera a medias.

La sacudo del hombro. No con fuerza, solo lo suficiente para que me mire. —Sima, dime. ¿Le pasa algo a la bebé?

Ella gime de nuevo y aparta la mirada. El sudor le cubre la sien. No me responde, solo sigue emitiendo sonidos de dolor, como si fuera lo

único que pudiera hacer.

Mi mente repasa todos los escenarios de mierda a la vez. Aborto espontáneo. Parto prematuro. Infección. No sé qué demonios es, y no saberlo es peor.

Pongo mi mano sobre la suya, apretada contra su vientre. —Sima, mírame. Necesito que me digas qué te duele. ¿Son cólicos? ¿Tu estómago? ¿La bebé?

Sus párpados revolotean. Susurra algo que no alcanzo a entender, luego traga saliva y se acurruca aún más.

Me revuelven las entrañas. No es solo que se sienta mal. Esto está mal. De verdad terrible.

Vuelvo a presionarle la frente. El calor que emana me hace rechinar los dientes. Está muy enferma. Y si toca al bebé…

No. Ni siquiera puedo terminar ese pensamiento.

No lo dejaré pasar. Ninguna de las dos se me escapará de las manos.

No mientras yo esté aquí.

—Necesitas un hospital.

Sima niega con la cabeza débilmente, todavía acurrucada en el suelo. —No. Quizás solo sea algo que comí —Su voz es débil, entrecortada, como si cada sílaba le costara demasiado esfuerzo—. Estaré bien.

—Mentira —Le paso un brazo por los hombros y otro por las rodillas —. No te voy a arriesgar. Ni a la bebé. Vas a ver a un médico.

Hace un pequeño ruido de protesta, pero es débil. No se resiste cuando la levanto. Se siente más ligera de lo que debería. Demasiado ligera.

El calor de su cuerpo me quema la camisa. La cabeza de Sima cae sobre mi pecho. Su cabello se me pega al cuello por el sudor. Siento cuánto tiembla. Cada escalofrío me recorre el cuerpo.

—Esto no es nada —murmuro contra su pelo—. Estás ardiendo.

Mueve la cabeza como si intentara quitarme de encima, pero no tiene fuerzas. —No necesito… un hospital.

—Irás. Fin de la historia.

La saco del baño y la cargo por el pasillo. Mis pasos son rápidos y controlados, pero por dentro estoy hirviendo. Está demasiado flácida en mis brazos. No enfoca bien la mirada. Sus dedos arañan débilmente mi camisa. Se aferra a un hilo, y lo único que le importa es no ser una carga.

A la mierda con eso. Es mi esposa. La cuidaré aunque me cueste la vida.

Abro la puerta del dormitorio de una patada y empiezo a bajar las escaleras. Ya tengo el teléfono en la oreja.

—Luka —ladro en cuanto responde—, nos vemos en la entrada con el coche. Ahora. Vamos al hospital.

—¿El hospital? —pregunta—. ¿Pasa algo con…?

—No hables —lo interrumpo—. Solo ve al coche.

Meto el teléfono en el bolsillo. Sima vuelve a gemir y se agarra el estómago con fuerza. La abrazo con más fuerza hasta que queda firmemente a mi lado.

—Espera —le digo—. Te tengo. Solo aguanta.

26

SIMA

La bata del hospital me hace picar la piel.

Me muevo en la cama, inquieta. El pánico sigue aflorando cada cinco segundos, aunque la medicina ya ha hecho efecto en mis venas.

La vía intravenosa gotea. Me entran líquidos fríos. Me siento mejor que cuando Petyr me trajo, pero mi mente no se tranquiliza.

¿Qué demonios fue eso? ¿Por qué me golpeó tan fuerte? ¿Mi bebé todavía está bien?

Me llevo una mano al vientre. No se mueve ahora mismo. Sé que es normal, que no patea cada minuto del día, pero el silencio me duele el pecho. Cada pequeña pausa parece un desastre a punto de ocurrir.

Se me cierra la garganta.

Entonces, lo siento. La mano de Petyr apretando la mía. Miro hacia él y sus ojos están fijos en mí. Por una vez, no son fríos.

—Estarás bien —dice en voz baja—. Te lo prometo.

Una débil sonrisa tira de mis labios. —¿Cómo puedes hacer una promesa así?

—Porque soy tu esposo.

—¿Eso es todo? —resoplo con una breve carcajada—. ¿Esa es tu lógica?

—Más que lógica. Es un hecho —Su pulgar roza mis nudillos—. Eres mi esposa. Mi responsabilidad. Eso significa que te mantendré a salvo. Punto final.

—Suenas muy seguro de ti mismo —murmuro.

Sonríe levemente. —Te casaste conmigo. Debiste saber en qué te metías.

Pongo los ojos en blanco, pero me alegra volver a bromear con él como en los viejos tiempos. —Estoy bastante segura de que no tuve mucha opción.

—Eso no cambia el resultado —Baja la voz—. Eres mía, Sima. Tú y nuestra hija. Eso significa que estás bajo mi protección. Siempre.

En contra de mi buen juicio, mi corazón se llena de consuelo. A pesar de toda la fealdad entre nosotros y de la jaula que ha construido a mi alrededor, ahora mismo siento que puedo contar con él. Como si de verdad me mantuviera a salvo.

Cierro los ojos y me aferro a esa calidez por un momento. Pero sé que no es así. No puedo dejarme llevar por una falsa sensación de seguridad. Petyr sigue siendo el hombre que me mantiene bajo llave.

Si no hubiera vuelto a casa esta noche, no habría tenido la oportunidad de pedir ayuda. Sin mi teléfono, ni siquiera puedo llamar a emergencia por mi cuenta.

El alivio se mezcla con la amargura, y la ansiedad no desaparece. Mi mano permanece presionada contra mi vientre. Espero una patada

que no llega.

—¿Te sientes mejor?

La voz de la Dra. Agar me saca de mi ensoñación. Regresa a nuestro lado de la cortina, sonriendo mientras se quita los guantes y los tira a la basura.

—Un poco —respondo. Pero a pesar de mis palabras tranquilizadoras, mi mano se aferra con más fuerza a la de Petyr.

No me ha soltado desde que llegamos. Su pulgar no deja de rozarme los nudillos como si intentara sujetarnos a ambas.

—Excelente —La doctora regresa con un portapapeles debajo del brazo.

Antes de que pueda decir nada más, Petyr interviene. —¿Descubriste qué era? —Ha estado dando vueltas por el suelo esperando esto—. ¿Saldrán de esto?

—Por supuesto —La Dra. Agar asiente con firmeza—. Por suerte, no fue nada grave. Ambas están sanas. Madre e hija.

Mi cuerpo se relaja de golpe. Dejo escapar un suspiro tembloroso que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Ni siquiera pienso en mí. *Ella está bien*. *Mi bebé está bien.*

Petyr me aprieta la mano con más fuerza, pero siento que la tensión aún emana de él. No está satisfecho.

—¿Y qué lo causó? —pregunta con brusquedad—. Estaba en el suelo, ardiendo. ¿Qué demonios fue eso si no fue nada grave?

—Es difícil decirlo con certeza. —La Dra. Agar frunce los labios—. Pudo haber sido algo que comió. Una intoxicación alimentaria, además de un episodio de contracciones Braxton-Hicks desencadenadas por el pánico. Un falso parto. A veces, el cuerpo confunde las señales, sobre todo en el tercer trimestre —Cambia de lado el portapapeles—. Lo importante es que ahora está estable.

Ambas están bien. Pueden irse. Si ocurre algo más, llámenme cuando quieran, de día o de noche.

La mandíbula de Petyr se tensa como si estuviera a punto de destrozarla. Su mirada es dura. No oye la palabra "saludable" en absoluto. Solo oye lo que pudo haber sido, y el hecho de que aún no sabemos con certeza qué fue.

Lo interrumpo antes de que empiece a discutir con mi ginecóloga. —Gracias. —Le sonrío a la Dra. Agar—. Eso es exactamente lo que haremos.

Asiente de nuevo, satisfecha, y nos deja una lista de instrucciones.

Una vez que la cortina vuelve a correrse, me hundo contra las almohadas, con todos los músculos agotados por la terrible experiencia.

Petyr no me suelta la mano, ni siquiera entonces. Sigue con los nervios a flor de piel, listo para la guerra contra las sombras, mientras yo solo puedo pensar en lo agradecida que estoy de que no haya sido peor.



Cuando volvemos a casa, él ya ha decidido que va a cuidar de mí, me guste o no.

Normalmente, discutiría. Esta noche no tengo fuerzas. Siento el cuerpo agotado y pesado. Agradezco que las náuseas hayan parado. Se acabaron las carreras al baño y los temblores en el suelo. Ya he tenido suficiente emoción.

Me guía escaleras arriba con mano firme en la espalda. Cuando empiezo a caminar hacia el baño, niega con la cabeza. —Siéntate. Voy a traerte lo que necesitas.

Me siento en el borde de la cama y lo miro con cansancio. —¿Desde cuándo eres enfermero?

—Desde que me diste un susto de muerte —murmura, ya en el baño —. No te muevas.

Abre el grifo y me trae un paño húmedo. La tela está fresca en mi piel. Inclino la cabeza hacia atrás y respiro despacio, recuperando el equilibrio.

Una vez que me tranquilizo un poco, me ayuda a quitarme la ropa y me pone un pijama limpio. Su tacto es cuidadoso, casi suave. Me aparta el pelo de la cara y me presiona el paño contra el cuello y el pecho hasta que el calor desaparece de mi piel.

—No tienes que… —comienzo.

—Sí, tengo que —su voz es baja pero segura—. ¿Crees que voy a dejar que te desmayes otra vez? No va a pasar.

Suspiro, pero no discuto. Sus manos son firmes al tocarme, no son ásperas ni exigentes. Me arden las mejillas al recordar cómo esas mismas manos no fueron nada suaves anoche. Cómo me inmovilizaron, cómo me hicieron gritar hasta quedarme sin palabras.

Me muerdo el labio, avergonzada por la forma en que mi cuerpo responde incluso ahora.

Él capta mi expresión. —¿Qué? —pregunta, arqueando una ceja.

—Nada —murmuro rápidamente y giro la cabeza. Estoy demasiado nerviosa como para pensar en una excusa mejor. Incluso mirar a Petyr me calienta por una razón completamente distinta.

Me estudia un segundo más, y luego vuelve a secarme la piel.

La ternura se siente peligrosa. Más que su versión fría. Remueve algo en mí que no quiero que remueva.

Cuando estoy limpia y vestida con ropa limpia, mis ojos están medio cerrados.

Retira las sábanas y me ayuda a acomodarme contra las almohadas. Su mano alisa la manta sobre mi estómago antes de meterse en el otro lado.

—¿Estás cómoda? —pregunta.

—Es mejor que dormir en las baldosas —admito—. Gracias.

Él asiente, pero me mira fijamente como si aún no estuviera convencido. —Me avisas si te sientes mal otra vez.

—Bien —murmuro, aunque sé que no me creerá. Nunca lo hace.

Debería resentirme. El mismo hombre que me encierra en habitaciones ahora me arropa. Pero después de la noche que he pasado, después del miedo que me retorcía de que algo le hubiera pasado a la bebé, no me resiento en absoluto.

Me dejo hundir en el colchón, con el calor de su cuerpo cerca.

Por una vez, no lo rechazo.

Aunque estoy cansada, no puedo dormir. Siento el cuerpo pesado, pero la cabeza no deja de darme vueltas. Cada vez que cierro los ojos, veo el suelo del baño de nuevo.

El miedo de que algo anduviera mal con la bebé me pesa en el pecho. Aunque la doctora dijo que ambas estamos bien, no puedo quitarme la sensación de que había algo malo con esa comida. Alguien la manipuló.

Sólo desearía saber quién.

Petyr se acerca. Por un momento, ninguno de los dos habla.

Cuando rompe el silencio, su tono es sorprendentemente suave. —No quiero tenerte encerrada.

Me quedo sin aliento. Giro la cabeza y busco su rostro en la penumbra. —¿Vas a dejarme salir?

—No sé.

La decepción me invade. —¿Y entonces qué sentido tiene? —pregunto sin poder contenerme—. ¿Por qué sigues reteniéndome aquí, Petyr?

Aprieta la mandíbula antes de responder. —Porque necesito saber que no escaparás. No puedo protegerte si desapareces otra vez.

Suelto una risa silenciosa. Pero no es una risa, en realidad. Es demasiado amarga para eso.

—¿Crees que quería escapar? —susurro—. Salí corriendo porque amenazaste con quitarme a mi bebé y devolverme con mi padre. ¿Qué otra opción tenía?

Su mano se aprieta en mi cintura, pero no discute de inmediato. Su silencio es una especie de respuesta.

Finalmente, dice—: No lo habría dejado tocarte. Lo sabes.

—Tú lo dijiste —le respondo—. Me dijiste que me la quitarías. Que me devolverías a él cuando consiguieras lo que querías —Siento un nudo en la garganta—. No puedes reescribirlo.

Exhala lentamente. —Estaba furioso —admite—. Dije cosas que no debía. No lo decía en serio, Sima.

Lo miro fijamente en la oscuridad. Si dice la verdad, entonces es todo lo que siempre quise que dijera. Que no hablaba en serio sobre sus amenazas, que mentía.

Pero si antes mentía, ¿por qué debería confiar en él ahora?

—No puedes seguir esperando que confíe en ti cuando actúas así, Petyr —Mis labios se presionan en una fina línea.

Frunce el ceño. —Lo estoy intentando.

Sacudo la cabeza contra la almohada. El peso de su brazo a mi alrededor es pesado, reconfortante y sofocante a la vez.

—Dices que quieres mi confianza —susurro—. Entonces deja de darme motivos para huir.

Él no responde de inmediato. Sus dedos se flexionan contra mi cadera, inquietos. —¿Querrías volver con ellos? ¿Con tu familia?

Algo en su forma de preguntar me hace reflexionar. Su tono es extraño, monótono, pero difícil de interpretar. Como si no estuviera seguro de querer saber la respuesta.

—Claro que no —digo con firmeza—. Jamás.

Es fácil decirlo, porque es la pura verdad. Después de que mi padre casara a mi hermana con un viejo, supe que yo sería la siguiente. Tenía doce años. Eso fue suficiente para hacerme correr. Mejor la calle que ser vendida como propiedad.

Vivir sola a esa edad fue brutal. Sobrevivía con lo que encontraba y dormía en lugares donde ningún niño debería. Pero incluso en mi peor momento, volver atrás nunca fue una opción.

—Mi padre no es un buen hombre —digo—. Me habría destrozado hasta dejarme sin nada. Como hizo con Lara. No quería eso para mí, ni para ella. Elegí la calle porque era más segura que el destino que me tenía reservado, y lo volvería a hacer sin dudarlo.

Últimamente, no dejo de pensar en Lara. Siempre lo he hecho, pero últimamente es constante. Me pregunto en qué se habrá convertido su vida, si alguna vez encontró la manera de ser feliz.

Espero que esté bien. Que el hombre a quien nuestro padre se la entregó no le haya destrozado el alma como habría destrozado la mía.

Miro al techo, con la voz más suave. —Así que no, Petyr. No volvería jamás.

—¿Ni siquiera para tu hermana?

Se me llenan los ojos de lágrimas. —Ella ya no está ahí —susurro—. Pienso en ella todo el tiempo. Me encantaría volver a verla. Pero no estaría bajo ese techo. Y si estuviera… —Me estremezco al pensarlo —. Entonces querría liberarla.

El abrazo de Petyr alrededor de mi cintura se hace más fuerte, y sé que significa algo. Todavía no sé qué. Si es su forma de decir que confía en mí de nuevo, o que sigue intentándolo. Dios sabe que está luchando contra sus propios demonios. Se crio en el mismo ambiente corrupto del que yo escapé, y eso no desaparece de la noche a la mañana. Lo sé.

No lo excusa, pero me hace preguntarme cómo habría sido todo si no hubiera sido de la Bratva. Si hubiéramos sido solo dos personas reunidas tomando un café.

Sencillo. Normal.

Pero eso no es lo que somos. Y por mucho que lo deseemos, no podemos escapar de nuestro pasado. Solo podemos intentar mejorar nuestro futuro.

Con ese pensamiento revoloteando en mi cabeza y el calor de Petyr a mi lado, finalmente me quedo dormida.

27

PETYR

No me gusta dejarla sola. No después de anoche. La imagen de ella pálida y temblorosa en el suelo del baño está grabada en mí.

Pero los negocios no esperan, y este acuerdo con Misha lleva semanas gestándose. Si quiero expulsar a los Danilo, necesito todas las ventajas posibles.

Antes de salir de casa, llamo a Luka al recibidor. —Tú y dos hombres quédense aquí. Que nadie se acerque a ella sin mi permiso.

Él asiente bruscamente. —Considérelo hecho, jefe.

—Bien —digo—. Estaré en el club. Mantenme al tanto.

Sólo entonces salgo.

Incluso en el coche, sigo mirando el móvil, casi esperando que Luka llame. Espero solo silencio. Si no hay noticias, está a salvo.

Cuando llego al club, Misha ya está allí.

Levanta la barbilla lo justo para saludarme. Sin gestos vanos ni palabras vacías. Es lo que me gusta de él. No anda con juegos. Después de la treta de Sidorov, prefiero hacer negocios con hombres

como Misha Lykov. Cumple su palabra. Eso vale más que el oro hoy en día.

Me siento frente a él. Una botella de Macallan 25 espera en la mesa, entre nosotros, con las copas ya servidas. Me acerca una.

La bebida se absorbe fácilmente, es el tipo de bebida que se instala en el estómago y te mantiene alerta.

—Primero los envíos —dice—. Tengo que mover dos cajas por los muelles para el viernes.

Asiento una vez. —Las rutas estarán despejadas. Mi gente se encargará de la autoridad portuaria.

—Bien —Toma un trago y deja el vaso—. Tu veinte por ciento se entregará en cuanto mis mercancías lleguen a su nuevo hogar. Ni un segundo antes.

—No esperaba menos.

Le doy otro trago a mi bebida. El negocio de Misha beneficia enormemente a mi Bratva, tanto en reputación como en flujo de caja.

Pero últimamente, he estado pensando en qué pasaría si me traicionaran. Este dinero… soy yo quien lo puse sobre la mesa. Yo negocié el trato. Ninguno de mis *vory* se beneficiará. Normalmente, eso no sería un problema.

Lástima que estos no sean tiempos normales.

—Una cosa más.

Misha levanta una ceja. —Cuéntame.

—Tratas conmigo y sólo conmigo.

Lentamente, los labios de Misha se curvan en una sonrisa burlona. —¿Tiene esto algo que ver con lo que he oído sobre los hermanos Sidorov?

—No me importan los rumores.

—Qué lástima. Porque se dice que se acostaron con el bando equivocado y cayeron. Supongo que hablaron más de lo que te gustaría —Su sonrisa se vuelve lobuna—. Supongo que por eso me quieres solo para ti.

—Tómalo como quieras —Le inclino la copa—. Yo me encargo de ti, tú te encargas de mí. Sin cabos sueltos.

Tras una pausa, él hace lo mismo. Nuestras copas chocan.

—Y, si te borran del tablero, los traidores no se llevan mi dinero —Asiente con aprecio mientras bebe—. Qué listo.

—Necesario.

—De cualquier manera, me parece bien. Nunca me importó mucho tu entorno. Tú eres el hombre con el que negocio. A los demás no los conozco y no confío en ellos.

Bien. Haré que Iván corra la voz entre los *vory.* Nuestra nueva gallina de los huevos de oro está encantada de jugar a la pelota, siempre y cuando yo sea quien lance la pelota desde el otro lado.

De ahora en adelante, matarme significa matar la rama más rentable de nuestro negocio. Si esto no basta para que cobardes como los Sidorov se lo piensen dos veces, entonces tendré que llenarlos de plomo. Como hice con los hermanos idiotas de Boris.

Pasamos a los detalles. Futuros envíos, gente que hay que descartar del negocio. Lykov es un lobo de verdad, y no tiene piedad de nadie que se acerque a su territorio. Otra cosa que respeto.

La conversación es aguda y eficiente, pero cada pausa me recuerda que estoy sentado aquí mientras Sima está sola en casa.

Después de nuestro último susto, odio tenerla fuera de mi vista. Necesito tenerla bajo mi vista, *mi* vista. Mis manos, para sujetarla si se cae.

Para cuando se resuelvan todos los problemas, sé que nuestro trato está asegurado. Puede que no sea papel y tinta, pero la palabra de mi socio y la mía serán suficientes. Con Misha, eso es todo lo que necesito.

Por suerte, es Misha quien se levanta primero. —Me temo que tengo que terminar esto. Tengo que ver a alguien más tarde.

Me siento aliviado. Asiento y le estrecho la mano. —Ve. Me pondré en contacto contigo.

—Yo también —Me agarra con firmeza—. Y, si no tengo noticias tuyas…

—Ya tendrás noticias mías —digo con una sonrisa—. No vayas a llamar a la competencia todavía.

—Ni lo imaginaría, hermano.

Salimos juntos del club. El aire fresco de la noche se siente pesado, cargado de una tensión que no logro identificar. Empiezo a decir—: Nos vemos lue…

Entonces, sucede.

El silencio se quiebra. El rápido crepitar de los disparos recorre el lugar. Mis instintos se ponen en práctica antes de que mi cabeza pueda siquiera darse cuenta.

—¡Abajo! —ladro.

Agarro a Misha por el cuello y lo arrastro con fuerza detrás de su coche. Chocamos contra el pavimento. Gruñe y se agarra el brazo.

La sangre se filtra por su chaqueta. Giro la cabeza y lo veo: la bala le dio en el pecho. Está gravemente herido.

Joder.

Los disparos continúan. Las balas atraviesan el lateral de mi coche y los paneles.

El conductor del coche de Misha se sacude, salpicando sangre por el parabrisas antes de desplomarse de lado. Otro hombre ido en segundos.

—*Blyat′* —gruñe Misha. Saca su arma de debajo de la chaqueta. Herido o no, está furioso.

Mi mano derecha también está sobre mi arma, pero la izquierda agarra la suya.

Misha me fulmina con la mirada, pero no me inmuto. No voy a dejar que mi nuevo socio muerda el polvo porque está demasiado enojado como para darse cuenta de que está fuera de juego.

—Quédate abajo —le espeto.

Misha no parece muy contento con mi orden. Pero cuando intenta moverse, su rostro se contrae en una mueca. Su herida debe ser peor de lo que pensaba.

Bien. Eso significa que no se pondrá en riesgo. No voy a perder el sueldo más grande del año porque Lykov fue demasiado impulsivo como para darse cuenta de que le fallará la puntería.

Lo dejo donde está, me pongo detrás del volante y disparo hacia los destellos de los cañones en la oscuridad.

Me levanto, disparo dos veces y derribo al primer tirador justo cuando una bala roza mi hombro.

Un dolor intenso me recorre el cuerpo, intenso y agudo, pero lo aparto. Me ajusto, vuelvo a apuntar y dejo al segundo bastardo en el suelo.

—¡Mikhael! —rugo hacia el club—. ¡Salgan aquí ahora mismo! ¡Traigan hombres!

La puerta trasera se abre de golpe. Se oyen pasos sobre el hormigón mientras los refuerzos entran a toda prisa. Mis hombres se dispersan en posición, con las armas desenvainadas y la vista alerta.

Avanzo, con el arma todavía levantada, y escaneo el perímetro.

Dos cuerpos yacen despatarrados cerca de la entrada del Ruso Blanco, con armas aún en las manos. El olor a pólvora impregna el aire.

Le doy una patada a un rifle y luego hago rodar al primer hombre con mi bota.

Muerto. No hay duda.

El segundo es más joven. Tiene los ojos abiertos, vidriosos, pero reconozco su rostro. Se me hace un nudo en el estómago cuando la luz de la lámpara de seguridad ilumina sus rasgos.

Feliks Danilo.

El hermano del medio de Sima.

28

SIMA

Me despierto con el sonido de pasos en el pasillo. Fuertes, rápidos. Más de uno.

Me incorporo con dificultad. La casa nunca es ruidosa a esta hora. Salvo que Petyr esté en casa, es como vivir en un mausoleo. Aquí es más probable que los fantasmas armen alboroto que Anya. O, Dios no lo quiera, la pequeña señorita perfecta, Kira.

Pero estos no son fantasmas. Ni un sueño. No es algo común.

Mi instinto me dice que algo anda mal.

Me giro para mirar el reloj de la mesita de noche. Las tres de la madrugada. Debió haber vuelto hace horas. Siempre tiene trabajo por la noche, claro, pero ¿tan tarde? No es normal. Si hubiera planeado quedarse fuera tanto tiempo, me lo habría dicho.

Los pasos pasan por mi puerta y bajan por el pasillo hacia las escaleras. Un peso frío se instala en mi estómago.

Mis manos empiezan a temblar alrededor del edredón. Algo *anda* mal. Lo noto incluso antes de moverme.

Aparto las mantas y me incorporo. El suelo está frío bajo mis pies, pero apenas lo noto. El pulso me late con fuerza contra las costillas. Un millón de escenarios apocalípticos invaden mi mente, cada uno peor que el anterior.

Me pongo la bata y camino hacia la puerta.

Las luces del pasillo son tenues. Me detengo a escuchar. Se oyen voces bajas y tensas desde abajo. Hay varias.

No entiendo las palabras, pero el sonido por sí solo me dice suficiente. Reconozco una cumbre de emergencia de la Bratva cuando la oigo. Crecí despertándome en esta misma situación, y nunca fue buena.

Una vez, de pequeña, cometí el error de bajar las escaleras en una noche como esta. Papá estaba en el pasillo. Tenía una pistola en la mano. Yo era tan joven que pensé que habría vuelto de cazar.

Entonces, vi el cuerpo en el suelo.

—*¿Qué le pasa?*

Fue entonces cuando Papá finalmente se dio cuenta de mí.

—*Vuelve a tu habitación* —fue todo lo que me dijo.

No escuché.

—*¡Pero Papá, está herido! Él...*

Recuerdo el escozor de su palma en mi mejilla.

—*Quítala de en medio* —le espetó a mi madre cuando entró corriendo a ver qué era todo ese ruido—. *¿Para qué demonios estás si ni siquiera sabes cómo controlar a tus hijos, mujer?*

Ella me trajo de vuelta arriba con lágrimas en los ojos.

Nunca más volví a bajar las escaleras después del anochecer.

Ahora, dudo en la puerta. Sé que debería quedarme en la habitación y dejar que se encarguen. Sería la decisión inteligente.

Pero no puedo hacerlo, no cuando todavía no está en casa. Necesito saber qué está pasando.

Ya no soy una niña pequeña.

Respiro hondo y entro en el pasillo. Las voces se hacen más claras a medida que me acerco a las escaleras. Reconozco la de Luka, aguda y cortante, y el tono más grave de Mikhael junto a ella. Nunca suenan así a menos que haya ocurrido algo grave.

Al llegar a lo alto de las escaleras, me agarro a la barandilla y me inclino hacia delante para escuchar. No entiendo todas las palabras, pero una destaca con claridad.

—…herida en el pecho.

Mi cuerpo se pone rígido. Me congelo en lo alto de las escaleras.

Petyr.

Antes de poder pensar, ya estoy en movimiento.

Me agarro fuerte a la barandilla mientras bajo corriendo las escaleras. El corazón me late tan rápido que me duele. Cada paso se siente pesado y lento.

Tengo que ver qué pasa. Si está herido, nada más importa.

¿Y si lo está?

Ni siquiera quiero pensarlo. Pero es lo único que mi mente puede evocar: visiones de Petyr tirado ensangrentado sobre el asfalto en algún callejón olvidado.

¿Y si algo hubiera pasado mientras estaba fuera? Dijo que el trato con Misha Lykov era importante, pero ¿alguien más sabía lo importante que era?

Respiro hondo, pero no sirve de nada. Mis piernas siguen moviéndose solas.

Mi corazón late rápido cuando llego al final de las escaleras.

Luka está de pie junto a la puerta. Les da órdenes a dos hombres de Petyr. Su tono es decididamente serio. Nunca lo había visto así. Normalmente es un manojo de nervios, pero ¿ahora mismo? Parece que manda. O…

Asustado. Parece asustado.

Los envía a una dirección que no reconozco, un nombre que nunca había oído antes.

Algo dentro de mí se retuerce. Camino más rápido. El dobladillo de mi bata roza el suelo al entrar.

—Luka, ¿qué pasó? —Mi voz suena demasiado débil y desesperada, pero ahora mismo me da igual—. ¿Dónde está Petyr?

Luka se gira. Le toma un instante comprender lo que ve: la prisionera residente, de pie en camisón, exigiendo respuestas. Debe haber recibido el aviso de que ya no debo estar bajo llave, pero su rostro no parece estar de acuerdo con esa decisión.

La mirada en sus ojos me revuelve el estómago. Su expresión es tensa, enojada. Pero, sobre todo, parece exhausto.

—Tienes que volver arriba —dice.

—No —niego con la cabeza—. No hasta que me digas qué pasa.

—No es el momento.

—¡Hazte tiempo! —grito—. Dime si está herido. Por favor. No tienes que darme detalles, solo dime si está vivo.

Exhala por la nariz. Aprieta la mandíbula. No parece tan enojado como aquella noche que me pilló intentando huir, pero le sigue de cerca.

—Por favor —Le agarro la manga—. Necesito…

Su brazo se retuerce y queda fuera de mi alcance. El movimiento es tan repentino que me quedo parpadeando, intentando agarrar el aire.

—No me toques —espeta. Su rostro se ha ensombrecido. Me doy cuenta, demasiado tarde, de que debe pensar que intento manipularlo otra vez—. Y deja de hacer preguntas. Vuelve a tu habitación.

Por un segundo, la voz de mi padre se superpone con la de Luka.

Vuelve a tu habitación.

Me estremezco. Odio que suene tan condescendiente. Como si fuera la misma niña que bajó las escaleras en el momento menos indicado hace tantos años.

Sobre todo, odio la forma en que cada instinto me dice que debo obedecer.

Pero no puedo. Porque Petyr podría estar herido.

Y si está herido, me necesita.

Niego con la cabeza otra vez y me dispongo a pasar junto a Luka. Me bloquea el paso con facilidad. Sus anchos hombros llenan el espacio entre la puerta y yo.

—Muévete —exijo, aunque me tiembla la voz—. No puedes mantenerme así, en la oscuridad.

Da un paso al frente y veo que se le contrae la mandíbula. —¿No lo entiendes? Que estés aquí solo lo complica todo. Sube, Sima.

—¡No me iré hasta saber que está bien! —El miedo en mi pecho se retuerce en algo feroz.

Petyr podría ser cruel. Podría portarse mal, encerrarme y olvidar que debe tratarme como a una igual hasta que la realidad le dé una

bofetada. Pero sigue siendo mío. No puedo quedarme aquí parada mientras algo podría haberle pasado.

Y estoy segura de que no voy a volver a mi maldita habitación.

Intento apartar a Luka de nuevo, pero me agarra del brazo y me obliga a retroceder un paso. —Ya basta —gruñe—. ¿Quieres ayudarlo? Entonces, apártate de aquí.

La sangre de su manga mancha mi mano, cálida y pegajosa. La miro fijamente.

Se me revuelve el estómago.

¿Y si es de Petyr?

—Por favor —susurro—. Solo dime si…

Esta vez no responde. Simplemente se da la vuelta mientras estoy a mitad de frase y grita más órdenes a los hombres que salen corriendo por la puerta.

Entonces, él también se va.

Así pasan las horas, conmigo de pie, solo con mi camisón, en medio del vestíbulo. El frío de afuera me roza los tobillos. Me abrazo los hombros, pero no me ayuda a contener los escalofríos.

Podría salir y verlo con mis propios ojos. Pero si Petyr estuviera aquí de verdad, herido y sangrando, Luka ya me habría arrastrado arriba.

No tengo idea de dónde está. No hay forma de averiguarlo. Soy impotente.

Así que hago lo único que puedo hacer: lo que me dicen.

Mi cuerpo se mueve solo. Subo las escaleras porque Luka me lo dijo, pero siento las piernas débiles durante todo el camino.

Al llegar a la habitación, me dejo caer en una silla al borde de la cama y agarro la manta con ambas manos. Me duele el corazón,

pero debajo del dolor hay miedo. No solo miedo de perderlo, sino miedo de lo que esa pérdida significaría para mí y para la bebé.

La casa. Su Bratva. Esa gente que rondaría como buitres en cuanto se fuera. Ni siquiera quiero pensar en ello, pero no puedo parar.

Mi mente recorre una imagen horrible tras otra. Petyr sangrando por alguna parte. Los hombres cargándolo adentro. Luka cubierto de sangre que no es suya. El médico diciendo que era demasiado tarde. Cada escenario peor que el anterior, tan real que casi puedo oírlo.

Presiono una mano sobre mi estómago y trato de calmarme, pero solo hace que el dolor sea más agudo.

—Él está bien —susurro, más a la vida que a mí misma—. Tiene que estarlo.

Por fin empezábamos a reencontrarnos. Él era más tierno conmigo, más paciente. Hablábamos de nuevo. Nos tocábamos de nuevo. Por primera vez en meses, sentí que tal vez podríamos arreglar esto.

Si muere ahora, nunca podremos aclarar las cosas. Nunca podremos arreglar las cosas.

Es un pensamiento egoísta, pero no puedo evitarlo. Quiero que viva —por mí. Por *nosotros*. Por lo que aún no nos hemos dicho.

Mi mano vuelve a tocar mi vientre. La bebé no patea ahora, como si se diera cuenta, en un nivel más profundo, de lo mal que están las cosas.

¿Y si nunca llega a conocerlo? ¿Si anoche fue la última vez que sentirá sus manos a nuestro alrededor? ¿La última vez que me abrazará, la abrazará a través de mí?

El pensamiento es demasiado para soportarlo.

Me inclino hacia delante, con los codos sobre las rodillas y las manos firmemente entrelazadas en el regazo. Solo puedo esperar. Oír pasos en las escaleras, o que alguien abra la puerta con las respuestas.

Sólo que no estoy segura de querer escucharlas.

29

PETYR

Cuando llego a casa, estoy agotado. Mi cuerpo parece funcionar en piloto automático.

La casa está en silencio y puedo oler el tenue rastro de antiséptico aún adherido a mi ropa. El olor se mezcla con el de hierro y humo, un recordatorio de la noche que quiero olvidar.

Mi camisa se me pega a la piel. La tela está tiesa por la sangre. Una parte es mía. La mayor parte no.

Me palpita el hombro, pero ya está entumecido por la adrenalina que se me está escapando. Lo único que quiero ahora mismo es una ducha, algo lo suficientemente caliente como para quemar todo lo que aún se me pega.

Tuvimos suerte. Misha sobre todo. Lo llevé a una cirujana que conozco, alguien que me debe algunos favores. De esos médicos que no hacen preguntas. Quién sabe cómo es el mundo de la Bratva.

Echó un vistazo a Misha y dijo que era una herida grave, pero limpia. La bala la atravesó sin dejar fragmentos de hueso ni cortes en las arterias. Doloroso como el infierno, pero no mortal.

Misha estará bien. Es más duro de lo que parece y tiene esa tenacidad que he visto en hombres que se niegan a morir, por mucho que el mundo intente matarlos.

Mentiría si dijera lo mismo de mí. No del cuerpo, físicamente me curaré, sino del resto.

Esta noche me resultaba demasiado familiar. El sonido de los disparos, el calor en el pecho, el olor a sangre en las manos. Es un patrón que nunca termina.

Recorro la casa lentamente, con cuidado de no despertar a nadie, aunque sé que la mitad de los hombres siguen ajetreados tras el caos de antes. Mis botas dejan tenues marcas en las baldosas, y no me importa limpiarlas.

Me dirijo a la cocina por un vaso de agua antes de subir. Me arde el hombro, me duelen los músculos y solo quiero quedarme bajo el chorro de agua hasta que todo vuelva a estar limpio. Hasta que deje de ver la cara de Feliks al cerrar los ojos.

Esa imagen no me abandona. *Su hermano.* Maté a su hermano. Aunque me apuntara y fuera en defensa propia, el escozor de esa verdad resuena en mis costillas como otra bala.

No sé qué le voy a decir. Tendré que decírselo tarde o temprano, pero aún no. Quizás nada esta noche. Solo necesito enjuagarme la sangre antes de poder enfrentarla.

No sé si Sima está despierta. Una parte de mí espera que siga dormida, que no tenga que enterarse todavía. No estoy listo para esa conversación.

Cuando doblo la esquina hacia la cocina, veo a Kira.

Ella está de pie junto al mostrador con una de esas batas de seda que usa, con los ojos rojos y la cara mojada por las lágrimas.

En cuanto me ve, se queda sin aliento. —¡Petyr!

Antes de que pueda decir nada, ella ya está sobre mí. Se lanza hacia adelante, rodeándome el cuello con los brazos. Su cuerpo choca contra el mío con más fuerza de la que esperaba.

Por un segundo, me quedo ahí parado, atónito. —Kira —empiezo a decir en voz baja, insegura—. No pasa nada. Estoy bien.

Llora contra mi hombro, con la voz apagada. —Oímos que hubo un ataque. Dijeron que te dispararon. Pensé… —Sus palabras se interrumpen en otro sollozo.

El contacto me incomoda. Es demasiado íntimo. Estoy acostumbrado a esperar más distancia de la esposa de mi hermano. En nuestro mundo, nos preocupamos por respetar el territorio ajeno.

Levanto las manos, despacio, y la agarro por los hombros. Su piel está fría. Tiembla bajo mis palmas.

—Estoy bien —repito en voz baja—. Se acabó.

Me mira, con los ojos aún húmedos, y me examina el rostro como si no lo creyera. —Estás sangrando —Su mano se posa suavemente en mi brazo.

—No es nada —respondo—. Un rasguño. Nada de qué preocuparse —La aparto con cuidado. Creando un poco de distancia entre nosotros—. Deberías ir a descansar un poco.

Kira duda. Parpadea con fuerza y respira con dificultad. —Pensé que estabas muerto —susurra.

Fuerzo una débil sonrisa, aunque no me sienta bien en la cara. —Todavía no.

Kira no se mueve de inmediato. Se seca los ojos, intenta recomponerse. —Cuando me enteré del tiroteo —susurra—, pensé… Dios mío, Petyr, me sentí igual que cuando recibí la llamada sobre Dimitri. No podía respirar. Pensé que estaba pasando de nuevo.

Una punzada de culpa me invade. Está conmocionada porque ya había vivido esta misma pesadilla antes y pensó que esta noche era el segundo asalto. No puedo culparla por su pánico.

—Estoy bien —digo por tercera vez—. Se acabó. Siento que lo hayas escuchado así.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Sobreviviré —Consigo asentir levemente para tranquilizarla—. Sube, Kira. Descansa un poco.

—Si necesitas hablar…

—Ahora mismo sólo quiero ducharme y dormir.

Su boca se abre como si quisiera decir algo más, pero la interrumpo antes de que pueda hacerlo.

—Vete a la cama, Kira —Mi tono se suaviza, pero el mensaje es claro. No puedo hacer esto con ella, no esta noche.

Duda, pero finalmente retrocede y asiente. —De acuerdo. Buenas noches, Petyr.

—Buenas noches.

Me doy la vuelta. Aun así, siento que me arde la nuca al sentir que me observan.

Supongo que debe estar realmente conmocionada.

Al subir las escaleras, me doy cuenta de que el aroma de su perfume persiste en mí. Solo me dan ganas de quitarme la noche de encima más rápido. No me opongo a consolar a mi cuñada si me necesita, pero no me gusta el contacto físico. Sima es la única excepción a la regla. Cualquier otra persona me saca de quicio.

Pensé… Dios, Petyr, me sentí igual que cuando recibí la llamada sobre Dimitri.

Sé lo que se siente recibir esa llamada. Porque yo también la recibí. En un instante, mi mundo estaba completo, y al siguiente, todo estaba patas arriba. Destrozado para siempre. Mi padre muerto, mi hermano en coma.

Pero al menos no era Sima. Si alguna vez recibiera esa llamada sobre ella, no sé qué haría. Ni siquiera quiero pensarlo.

Supongo que la reacción de Kira no parece tan fuera de lo común cuando lo pienso así. Si esta noche le trajo recuerdos de la noche en que casi pierde a su marido, no me extraña que estuviera tan conmocionada.

Subo las escaleras, con una mano apoyada en la pared para mantener el equilibrio. Me duele el hombro, el vendaje me aprieta bajo la camisa, pero apenas siento el dolor. Solo puedo pensar en Sima.

Si Kira se enterara, quizá ella también lo hubiera hecho. Ruego a Dios que no. Si alguien más que yo le cuenta esto, nunca me lo perdonará. De todos modos, puede que no me lo perdone.

Pero tengo que intentarlo. Le debo la verdad. Maté a Feliks y no puedo huir de eso. Lo hecho, hecho está.

Cuando llego al dormitorio, la puerta está entreabierta. La empujo con cuidado y siento un vuelco en el estómago.

Está sentada en medio de la cama, abrazada a su cintura, con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Levanta la cara al oírme, y su mirada me hace palpitar el pecho.

Ella lo sabe. Ya lo escuchó.

Es la única explicación que tiene sentido.

Entro despacio. —Sima, lo siento muchísimo.

No habla de inmediato. Se aprieta el estómago con más fuerza, como para proteger de mí la vida que crece allí.

—No sabía que era él —continúo—. No hasta que se terminó.

Me detengo allí, indeciso e inmóvil. No hay nada más que decir.

Hasta que Sima parpadea y pregunta—: ¿Quién?

30

SIMA

En el momento en que lo veo de pie en la puerta, vivo, todo mi cuerpo se debilita.

Él está bien. Está a salvo.

El alivio me recorre tan rápido que me marea. Quiero correr hacia él y sentir su calor bajo mis manos. Pero sé que mis piernas no me sostendrían. Ahora mismo, las siento como gelatina.

Así que me quedo donde estoy.

Hay tantas cosas que quiero decir.

Gracias a Dios que estás bien.

Creí que te había perdido. No vuelvas a asustarme así nunca más.

Te amo mucho, Petyr. Por favor, no nos dejes.

Nunca, nunca nos dejes.

Pero él habla primero. —Sima —Suena desconsolado—. Lo siento muchísimo.

Me abrazo el vientre por reflejo. Suena tan mal—su voz llena de dolor.

—No sabía que era él —añade—. No hasta que se terminó.

No tengo ni idea de qué habla. Francamente, no sé si me importaría si no fuera por la pesadez en sus ojos.

¿Qué significa eso? ¿Qué no sabía?

Se acerca, despacio y con cuidado, y se sienta en el borde de la cama. El colchón se hunde bajo su peso.

Mi mano se mueve sola y se extiende hacia él. No me importa la sangre en su ropa ni el olor a humo en su piel. Solo necesito tocarlo, saber que es real.

Él toma mi mano y la aprieta suavemente.

—Estás herido —Mis ojos se fijan en la mancha de sangre en su camisa.

—No es mía —dice, pero sé que miente. Quizás la mayor parte de esa sangre no sea suya, pero pude ver su postura al entrar. Su brazo izquierdo está rígido, flácido, como si no lo sintiera. Es imposible saber si es por alguna lesión o si los médicos de la Bratva le inyectaron algo para calmar el dolor.

Aun así, si esa fue la única herida que se llevó a casa esta noche, me alegro de que no fuera peor. Estaba lista para recibirlo de vuelta en un ataúd.

—Estoy bien —me asegura—. Esta noche fue un desastre. Un compañero recibió un balazo en el hombro, pero sobrevivirá.

Asiento, pero ya no puedo evitarlo—me lanzo hacia adelante y lo abrazo. Lo abrazo. El sollozo sale antes de que pueda detenerlo.

—Creí que estabas muerto —susurro contra su pecho—. Me desperté y los oí hablar abajo. Alguien dijo que había una herida en el pecho,

y nadie me dijo nada. Luka no paraba de decirme que volviera a mi habitación.

Nunca pensé que entendería a Petyr por encerrarme, pero esta noche sí. Porque el deseo de mantenerlo a salvo tras estas cuatro paredes para siempre es más fuerte que cualquier cosa.

Se recuesta, con una mano en mi nuca y la otra en mi espalda. —Oye —dice en voz baja, mirándome con el ceño fruncido—. Estoy bien. Lo prometo.

Me aparto lo suficiente para mirarlo. —¿Estás seguro?

Él asiente una vez. —Estoy seguro.

—¿Tu hombro?

Lo mira, derrotado. —Una herida superficial. Nada grave.

El miedo aún me aferra, pero su voz empieza a sacarme de él. Apoyo la frente en su hombro sano. Las lágrimas no paran, pero no me importa. No tengo fuerzas para seguir fingiendo que no tengo miedo.

Por primera vez desde que me desperté, puedo volver a respirar.

Me cuesta un poco dejar de llorar. La mano de Petyr sigue en mi espalda, pero su cuerpo se tensa bajo mis palmas. Puedo sentir que está conteniendo algo.

Finalmente, lo suelta. —Sima, tenemos que hablar.

Me aparto lo suficiente para mirarlo. —¿Sobre qué?

—Feliks.

El nombre me congela. Miro a Petyr, esperando a que diga algo. Que me explique cómo encaja mi hermano en esta noche horrible. Tengo demasiado miedo de preguntar.

—No lo sabía —repite—. Nos dispararon a Misha y a mí. Afuera del club. Respondí al fuego. Cuando terminó… Ahí fue que vi quién lo hizo. A quién le disparé.

No hablo. Solo me siento allí, con la mente en blanco y el corazón demasiado cansado para reaccionar.

Feliks. Mi hermano. Muerto, igual que Anatoli.

Petyr sigue hablando. Las palabras le salen a borbotones como si intentara llenar el silencio. Nunca lo había visto tan cerca del pánico.

—Fue en defensa propia —susurra—. Vino a por mí. Te juro que no lo sabía. Lo siento, Sima. Lo siento muchísimo.

Poco a poco, las piezas empiezan a encajar. Lo que dijo antes, la mirada en sus ojos al entrar. Ahora todo tiene sentido.

Mis pensamientos se remontan a Feliks. A cuando éramos niños. *Felya,* como lo llamábamos de pequeños.

Anatoli siempre fue cruel. Frío. Lo aprendió de nuestro padre, quien creía que el miedo era una forma de fuerza.

Al principio, Feliks no era así. Solía reírse conmigo. Nos traía dulces a Maksim y a mí después de una larga misión fuera de casa.

Pero seguía a Anatoli a todas partes y observaba todo lo que hacía. Era el hijo del medio, y para él, eso significaba luchar por no pasar desapercibido. La mirada de Padre siempre estaba fija en Anatoli, a veces en Maksim, pero rara vez en él.

A medida que crecía, Feliks más lo imitaba. La amabilidad se desvaneció. La risa cesó. Empezó a golpear cuando Anatoli golpeaba. Aprendió a burlarse, a amenazar. A usar el miedo como lo hacía nuestro padre.

Solía pensar que estaba fingiendo. Que un día pararía. Me miraría y recordaría quién era.

Pero nunca lo hizo. Le exprimieron hasta la última gota de bondad, hasta que no quedó nada.

Solo quería la aprobación de nuestro padre. Anhelaba el respeto de Anatoli. Y así se convirtió exactamente en lo que querían que fuera.

Respiro hondo y miro a Petyr. Me observa, esperando mi reacción. Sus ojos están llenos de culpa, pero no tengo nada que decirle excepto la verdad.

—Me alegra que te hayas protegido —digo en voz baja—. Felya… Ojalá también hubiera tomado mejores decisiones. Pero creció siendo cruel, igual que Anatoli —Trago saliva—. Eran peligrosos. Y ambos querían complacer a mi padre más que ser humanos.

Petyr no habla. Solo asiente, con los ojos oscuros y la mandíbula apretada.

Ni siquiera puedo evocar las emociones adecuadas. Mi familia, sus fantasmas… lo dejé todo en el pasado. Ya estaban muertos para mí.

Todo lo que puedo hacer es rezar para que encuentren la paz donde quiera que estén ahora.

—Gracias por decírmelo —Le toco la mejilla. Su barba incipiente me hace cosquillas en las yemas de los dedos—. Significa más de lo que crees.

Petyr me mira como si buscara algo. Perdón, tal vez, o consuelo.

No sé qué encuentra. Probablemente ambos. Porque no necesita pedírmelo… ya lo perdono. Quería que estuviera a salvo más que que Feliks viviera, y sé que es egoísta, pero me alegra que las cosas hayan ido así. Si tuviera que elegir entre el hermano que una vez conocí y el hombre que amo, siempre elegiría a Petyr.

Cuando se inclina, me acerco a él. Sus labios rozan los míos suavemente, cuidadosos y vacilantes. El beso es ligero. Casi cauteloso.

Se aparta, en voz baja. —Deberías descansar.

Niego con la cabeza. —Tú también deberías —Miro hacia su hombro —. ¿De verdad no duele?

Exhala por la nariz, medio risa, medio suspiro. —He tenido peores.

—Eso no me tranquiliza —digo. Se me contrae la boca—. Deberías mejorar como paciente.

Su boca se curva lo justo para que parezca una sonrisa. —¿Te ofreces a encargarte?

—Puede ser —bromeo suavemente—. Pero tendrías que dejarme que te dé órdenes.

Él levanta una ceja. —No estoy seguro de poder sobrevivir a eso.

—Estoy bastante segura de que sí —Levanto la mano y le toco la mandíbula. Hay un rastro de sangre en su pómulo. De Misha, posiblemente, o quizás de Feliks—. Has sobrevivido a cosas peores, ¿recuerdas?

Su mano cubre la mía. —Sí —murmura—. Pero no quiero que te preocupes por mí.

—Demasiado tarde —digo—. Me mataste del susto. Casi pensé que tendría que pintar una guardería yo sola.

Niega con la cabeza. Finalmente, una sonrisa se dibuja en su rostro. —Jamás dejaría que eso pasara.

—Cierto. Lo habrías dejado en tu testamento. Una última orden para que Luka cumpla entre quejidos.

—No voy a dejar testamento —mano me aprieta—. Porque no te voy a dejar. Punto.

El siguiente beso es más profundo, más lento. Me encuentra a medio camino, su aliento cálido contra mis labios. La tensión en sus

hombros se alivia al rozar su boca con la mía, y por primera vez en horas, siento calidez en lugar de miedo.

Sabe a pólvora, pero no me importa. Lo acerco y lo ayudo a quitarse la ropa que se le pega a la piel. Mis palmas recorren el calor de su cuerpo, las ásperas líneas de sus músculos.

—Cuidado —susurro cuando su mueca denota el tirón de su hombro —. Se supone que deberías estar sanando.

Se ríe con aspereza. —Lo haces difícil.

—Bien.

Sus movimientos se vuelven más pausados, más hambrientos. Me empuja suavemente contra la cama. Sus manos enmarcan mi rostro antes de deslizarse por mis costados.

Se acomoda entre mis piernas, con la mirada fija en la mía. Puedo verlo todo en él: cansancio, arrepentimiento. Pero sobre todo, deseo.

Es algo tan raro para nosotros, tomarnos nuestro tiempo. Explorar sin prisas. Normalmente, estamos demasiado entusiasmados como para bajar el ritmo así. Descubrir cada rincón, besar cada centímetro sin ese hambre ardiente que nos aprieta el estómago.

Pero pronto, el hambre llega de todos modos. Es inevitable. Con el cuerpo de Petyr sobre el mío, siempre sentiré que me muero de hambre.

Finalmente desnuda, separa mis muslos y balancea sus caderas hacia adelante.

Jadeo suavemente. Mis dedos se aferran a su espalda, lejos de su herida, más allá de sus omóplatos. La cabeza roza entre mis pliegues, me encuentra húmeda y ansiosa.

Presiona más profundo, lento y constante. Siento cada centímetro de él estirándome. Mientras penetra en mí, los ojos de Petyr no se

apartan de los míos.

Extiendo la mano y enredo mis dedos en su cabello. Mi corazón se llena de amor y alivio. Por primera vez desde que empezó la noche, siento que ambos seguimos aquí.

Todavía vivos.

Todavía el uno del otro.

El ritmo se acelera, lento pero seguro. Su ritmo se profundiza, y la calidez entre nosotros crece hasta que parece que todo lo demás en el mundo se desvanece.

El sonido de nuestra respiración llena el espacio. Las sábanas se mueven bajo nosotros mientras él se mueve, firme, pausado. Sus embestidas arrancan suaves sonidos de mis labios. Cada respiración se siente más pesada, más cercana.

Me siento plena en todos los sentidos. Completamente llena de él. Mi cuerpo lo anhela, pero también mi corazón. Ahora mismo, no sé cuál late más fuerte.

—Te amo —susurro.

No está planeado. Es simplemente la verdad.

Su mirada se suaviza, su aliento áspero en mi oído. —Yo también, *lisichka*. Yo también.

Con eso, la presión que se acumulaba finalmente se rompe. Mi cuerpo se tensa a su alrededor y me corro silenciosamente, el sonido amortiguado por su boca mientras me besa a través de ella. Nunca había sido así, tan intenso y a la vez tan suave.

Sigue moviéndose hasta que me sigue hasta el límite. Puedo sentirlo derramándose en mi interior. Ambos respiramos con dificultad mientras nos relajamos, con las frentes juntas, los cuerpos aún electrizados de placer.

Luego se da la vuelta y me arrastra consigo.

Me rodea con el brazo y me acurruco junto a él, con la oreja pegada a su pecho. El latido de su corazón me tranquiliza.

Cierro los ojos y lo respiro.

Él está vivo. Él está aquí.

Eso es todo lo que importa.

31

PETYR

Por la mañana, la casa vuelve a estar en silencio. Dejo a Sima dormida, con el pelo extendido sobre la almohada, y bajo las escaleras.

Encuentro a Luka en la sala de seguridad sobre el garaje. Hay hileras de monitores que muestran la propiedad, con imágenes de cada habitación y cada centímetro del perímetro.

Está al teléfono cuando entro, dándole órdenes a uno de los hombres de afuera. Cuelga en cuanto me ve.

—Jefe —dice, y se levanta—. Todo está controlado. Hay patrullas adicionales alrededor de la valla, sin movimiento desde anoche.

Asiento, pero no estoy aquí por eso. —¿Por qué no se lo dijiste?

Parpadea. —¿A quién?

—Sima —mi tono se endurece—. ¿Por qué demonios no le dijiste que estaba bien? La dejaste ahí arriba toda la noche pensando que estaba muerto.

Luka aprieta la mandíbula. Aparta la mirada y luego vuelve a mirar. —No era mi decisión. Estabas ahí fuera sangrando. Hasta que oí tu

voz, no podía asegurar que estuvieras bien. No iba a darle falsas esperanzas.

—Patrañas —espeto—. Podrías haber dicho algo.

—Lo hice —responde—. Le dije que subiera y se apartara. Eso era todo lo que tenía que hacer.

—Estaba asustada —Me acerco un paso más hasta quedar justo frente a él—. Necesitaba oír que alguien dijera que estaba vivo. *Eso* era lo que necesitaba, carajo. Y ni siquiera pudiste darle eso.

Se pone rígido. Sus hombros se enderezan, pero veo un destello de inquietud en sus ojos.

Aún tiene la nariz torcida de la última vez que perdí los estribos con él, cuando dejó escapar a Sima en el ático. Lo recuerda. Puedo notar que sí.

Pero está claro que no lo recuerda lo suficientemente bien.

—No vuelvas a hablarle así —Bajo la voz, pero sigue siendo cortante —. Jamás. ¿Entendido?

El aire entre nosotros se tensa. Mi postura lo dice todo, no necesito deletrearlo. Si vuelve a cruzar esa línea, terminaré lo que empecé.

Aun así, Luka no se acobarda. Permanece erguido, con las manos a los costados, y me mira directamente a los ojos. Hay miedo, sí, pero también algo más firme. Desafío, con una extraña lealtad entrelazada.

Aunque me importa un bledo si no está de acuerdo. No cuando se trata de ella.

Vuelvo a pensar en Sima, acurrucada en la cama anoche, con la cara surcada de lágrimas. Estaba tan aterrorizada que apenas podía respirar. Esa imagen no me ha abandonado.

Cuando doy un paso atrás, Luka finalmente exhala.

—Entendido —Se encoge de hombros—. Perdona si te causé problemas. No pensé que importara.

Frunzo el ceño. —¿Por qué no habría importado?

—Es una Danilo —explica—. Solo estará aquí hasta que tenga el bebé, ¿no? Entonces, por fin podrás deshacerte de ella.

Luka no suele hablar así. No conmigo, y mucho menos sobre ella. Es un buen soldado, leal y respetuoso, jamás dice una palabra fuera de lugar.

Hasta ahora.

Bajo la voz. —¿Qué acabas de decir?

Parpadea. Debe darse cuenta de que se ha pasado de la raya. —Solo quería decir… es una de ellos. No puedes confiar en…

—Basta —Levanto una mano—. No es una de ellos. Ya no.

Frunce el ceño. —Sigue siendo una Danilo de sangre.

Me acerco. Esta vez, mi sombra se cierne sobre el cuerpo de Luka. —Es mi esposa —gruño—. Está casada *conmigo.* Ahora se llama Gubarev. Ese es mi nombre, no el de Nikolai. Así que cualquier falta de respeto hacia ella es una falta de respeto a mí.

Luka entrecierra los ojos. —Olvidas quién es su padre —dice—. Nikolai Danilo asesinó a mi padre cuando yo era niño. Lo vi. Una estúpida disputa en la esquina, y le metió un tiro como si nada.

—Lo sé.

—Entonces, sabes que mi madre nunca se recuperó —Respira hondo otra vez. Aprieta los puños, pero los mantiene a los costados—. Dos semanas después, se ahorcó. Así que cuando digo que los Danilo exterminaron a toda mi familia, lo digo en serio. Porque eso fue exactamente lo que hicieron.

Su tono es tranquilo, pero es la calma que surge al contenerse demasiado durante demasiado tiempo. Su mirada es penetrante, fija en mí, pero puedo ver el dolor bajo la ira.

Es la única razón por la que aún no saco mi arma. La falta de respeto es una cosa, pero el dolor… conozco el dolor. Te destroza por dentro. No importa cuánto quieras ser fiel a tus principios, el dolor será lo primero. Sobre cualquier cosa.

Si alguien entiende eso, soy yo.

Luka desplaza su peso hacia adelante. No me está desafiando, pero aún no ha terminado de dejar claro su punto. —Puede que veas a Sima diferente, pero yo no —dice entre dientes—. Es una Danilo. Esa sangre no se lava. Puedes confiar en ella si quieres, pero yo no.

No alza la voz ni me empuja. Pero el límite está ahí. Se mantiene firme, aun sabiendo lo cerca que patina del peligro.

Lo observo en silencio. Es leal, lo sé. Moriría por mí. Pero esa lealtad lucha contra el odio que ha cargado toda su vida. Y no puedo cambiar lo que los Danilo le arrebataron.

Así como no puedo cambiar lo que me quitaron a mí.

—Odias a su familia —le digo—. Lo entiendo. Perdiste más que nadie.

Me acerco y le pongo una mano en el hombro. Luka se estremece como si esperara que volviera a cambiarle el ángulo de la nariz. Cuando mis dedos no se curvan en un puñetazo, se relaja un poco bajo mi agarre.

—Pero Sima no es su padre —continúo—. Ya no forma parte de esa familia. Hace mucho que no forma parte. No quiero oír su nombre junto con el de Nikolai. Y desde luego que no la trataré como a una enemiga bajo su propio techo.

—Lo entiendo —Luka aprieta la mandíbula—. Pero…

—Pero nada —Lo miro fijamente—. Sima pronto será la madre de mi hija. La tratarás con el respeto que se merece la esposa de un *pakhan*. No importa lo que sientas por ella personalmente, es tu reina, y espero que actúes en consecuencia.

Luka no se mueve, pero sus ojos parpadean. Entiende lo que eso significa. No se trata solo de ella. Se trata de jerarquía y poder. Límites que no se pueden cruzar.

Pero también se trata de ella. Porque he visto lo desconsolada que estaba anoche. Y he visto lo miserable que está aquí. Si mis hombres tienen algo que ver con eso, si la han tratado como algo inferior a lo que merece…

La ira me invade al pensarlo. La contengo, pero el ardor permanece ahí, en la base de la garganta.

—Eres uno de mis hombres de mayor confianza —Le aprieto el hombro, haciéndole saber que lo digo en serio—. Has estado conmigo en más momentos que la mayoría. No quiero que pienses que no lo aprecio.

—Nunca —Sacude la cabeza rápidamente.

—Pero, si vuelves a hablar de mi esposa con algo que no sea respeto, te mataré yo mismo —Mi agarre se vuelve de acero—. Lo digo en serio, Luka. Odiaría perderte. Así que no me hagas elegir entre Sima y tú. No te gustará el resultado.

Sus labios están apretados. Por un instante, me pregunto si acabo de inclinar la balanza a favor de otra traición. De mi círculo más cercano, nada menos.

Pero la lealtad de Luka hacia mí todavía parece sincera. Incluso ahora, no me mira con odio. Si sintiera algo así, sería obvio. Siempre ha sido un mentiroso de mierda. Eso es lo que lo metió en este lío. Si ha logrado mejorar tanto en nuestra breve conversación, aplaudiré mientras me desangro.

—Asegúrate de que los demás hombres lo entiendan —añado—. Si alguien habla de ella fuera de lugar, me responderá.

Luka frunce el ceño en señal de desacuerdo. Abre la boca como si fuera a decir algo, pero levanto la mano antes de que salga la primera palabra.

—Piensa bien lo que vas a decir. Porque una vez que lo digas, no podrás retractarte. Y si cruzas esa línea, Luka, será la última vez que lo hagas.

Asiente una vez, con la mandíbula apretada. Sea lo que sea, lo que estaba a punto de decir murió en ese instante.

—Buena decisión —digo—. Ahora, vuelve al trabajo.

Luka exhala y se gira hacia los monitores, con los hombros rígidos. La tensión lo abandona en oleadas.

Lo observo un momento más para asegurarme de que el mensaje ha calado. Que no me queden dudas sobre lo que espero de él y de todos los demás.

Luego salgo y cierro la puerta detrás de mí.

32

SIMA

La semana que sigue es tranquila. No pacífica, pero… casi.

La tensión en la casa no ha desaparecido. Sin embargo, no hay gritos. No hay portazos. Definitivamente no hay disparos. Últimamente, acepto lo que pueda.

Las cosas con Petyr han mejorado. Ya no me encierra en mi habitación, lo cual se siente como un triunfo, por pequeño que sea. No sé si es confianza o agotamiento, pero lo llamaré progreso.

Aun así, insiste en que uno de sus hombres me acompañe cada vez que salgo de casa. No hay nada más romántico que ser seguida a una cita prenatal por un desfile de los primos más temibles de Viktor Krum con semiautomáticas bajo la chaqueta.

Pero después del susto de la semana pasada, ni siquiera me atrevo a discutir con él. Lo entiendo. Cuando pensé que estaba muerto, mi primer instinto fue rogarle que no volviera a salir de casa. No muy típico de Simone de Beauvoir, pero claro, llevo un tiempo suspendiendo esa asignatura.

Quizás tome una clase de estudios de género cuando vuelva a la universidad. *Mujeres en Negocios,* o algo por el estilo, para seguir

con mi asignatura. Eso debería devolverme el respeto por mí misma.

Aun así, no puedo negar lo mucho más ligero que se siente entre nosotros. Petyr es más suave, más tranquilo. Cuando llega a casa, me busca primero. A veces, incluso hasta sonríe.

No le pregunto qué piensa cuando lo hace, pero una parte de mí quiere hacerlo. Quiero entender qué pasa por su mente, qué planea, a qué le teme. Quiero conocerlo de maneras que antes no conocía.

Porque está claro que eso fue lo que causó nuestra ruptura. No nos conocíamos lo suficiente como para saber qué estaba pasando realmente. Si hubiera sabido lo propenso que era a hablar por enojo, o si él hubiera sabido lo fácil que era asustarme… Tal vez nunca nos hubiéramos separado.

Pero lo hicimos. Y ahora estamos aprendiendo a recomponer las piezas.

Sin embargo, el embarazo me está quitando casi toda la energía. Entre las náuseas y el cansancio, mi mayor logro casi todos los días es sentarme erguida el tiempo suficiente para comer.

Anya todavía me trae la comida sin decir palabra, y sinceramente, lo prefiero así. Nos entendemos mejor en silencio. Aunque de vez en cuando le pregunto cómo están los rosales sin su fertilizante humano.

En cuanto a Kira, hace días que no la veo, y no me quita el sueño. Se respira mejor en la casa sin su perfume impregnando cada rincón. Su ausencia es como abrir una ventana después de una tormenta. Un soplo de aire fresco para ahuyentar el olor a humedad de las antigüedades apolilladas.

Petyr también ha estado ocupado. Reuniones, llamadas, trasnochadas, lo de siempre.

Pero cuando está en casa, me toca el hombro al pasar, o me besa la frente antes de irse. Es un gesto pequeño, pero se siente real. Como

si se asegurara de que sigo aquí. Sigo siendo suya.

Y por primera vez en mucho tiempo, no me importa ser *suya.*

Otro punto brillante es la guardería. Elijo colores y muestras de tela y le envío fotos a Petyr desde el sofá. Él encarga la pintura, la cuna, la cómoda y una silla que se reclina sin sonar como un animal moribundo. Me encantan los lazos, los adornos y la ropa pequeña que me hace chillar de alegría al doblarla.

Hoy es día de pintar. Las paredes son de un color crema suave. Las molduras son blancas. Petyr coloca la cinta mientras yo me siento en el suelo sobre una sábana, con la bandeja de pintura sobre una toalla, y aplico el color con pinceladas vertiginosas.

—Cuidado —dice desde la escalera.

—Tú ten cuidado. Puedo pintar y respirar a la vez sin hacerme daño. Mírame, soy una mujer con muchos talentos.

Me mira con los labios entrecerrados en una sonrisa burlona. —Ayuda que te supervisen.

—¿De eso se trata esto? ¿Supervisión? —vuelvo a sumergir el rodillo —. Creía que era tiempo de calidad.

—Ambas —dice—. Soy eficaz en ese aspecto. No eres la única con talento, Sra. Gubarev.

Sra. Gubarev. Se siente tan extraño cómo lo dice. Sima Gubarev.

Por una vez, no me cae mal para nada mi nuevo nombre.

—¿Las compras impulsivas son un talento? —Señalo con la cabeza hacia la máquina de ruido blanco en la esquina—. ¿O vas a fingir que no pediste eso a las tres de la mañana?

Mantiene la atención en la cinta y se encoge de hombros. —Estaba en oferta.

Me acerco a la siguiente sección de la pared. Extrañé nuestras bromas. Cómo tengo que morderme la mejilla para no reírme a carcajadas. —¿Quieres hablar de lo que *no estaba* en oferta? El montón de peluches en la silla.

Mira hacia allá, sin impresionarse por el hecho de que el sillón reclinable que nos llevó dos horas construir ahora está enterrado en felpa. Y pelusa. Y lo que sea con lo que rellenan los juguetes.

Osos. Conejos. Un pequeño zorro rojo. Un tiburón de Ikea, por alguna razón. —Ella necesita opciones —dice Petyr.

—Necesita una cosa suave —resoplo—. Quizá dos.

—Necesita opciones. Forja su carácter.

Me río. —Eres ridículo.

—Ella elegirá a su favorito. Los demás pueden ir al cuarto de juegos.

—¿El que aún no existe?

—Detalles.

Una sensación de calidez me invade. Pensar que vamos a empezar a trabajar en el cuarto de juegos de nuestra hija después de terminar la guardería me hace querer sonreír hasta que me duelan las mejillas. Llámame Marie Kondo, pero hacer esto con Petyr me llena de alegría. No hay otra forma de definirlo. Tanta alegría que podría estallar.

Termino una sección y me recuesto sobre las manos. Baja de la escalera para comprobar el borde y asiente, muy serio. Casi esperaba que me estrechara la mano. Esto es lo que para nosotros es normal.

—¿Y bien? ¿Cuántas estrellas? —pregunto.

—Me reservo el juicio hasta el final.

—Dios mío, eres de *esas* personas. Apuesto a que le das una calificación de una estrella a tu repartidor de DoorDash si el queso de tu pizza está un poco torcido.

Petyr no lo niega. Aunque, para ser justos, dudo que haya usado una app de reparto en toda su vida. Con lo rico que es, seguro que está acostumbrado a pedir comida elegante a domicilio.

Agarro una brocha pequeña para hacer retoques cerca del zócalo. Petyr se arrodilla al otro lado para hacer lo mismo. Trabajamos en silencio durante un minuto, y es un silencio cómodo. Cálido.

—Sabes que la casa de muñecas es demasiado pronto —Lo miro, divertida—. No la tocará en años.

—La mirará —responde—. Le da algo que esperar con ilusión.

—Los bebés no funcionan así.

Él lo considera. —Yo funciono así.

Le sonrío y luego le sacudo la punta del pincel. Un punto blanco cae sobre su antebrazo.

Lo mira y luego me mira a mí. —¿En serio?

—Fue un accidente —miento, sin siquiera fingir.

Deja el pincel en la bandeja, limpia la mancha con el pulgar y se inclina. —No te muevas.

Me quedo quieta. Él extiende la mano y me toca la mejilla. —Tienes pintura aquí —dice. Su pulgar roza justo debajo de mi ojo. Mantiene la mano ahí un instante más de lo necesario.

Calor me sube por la piel. Puedo leerlo. Sus ojos se oscurecen, su respiración se calma, y sé exactamente dónde se le fue la cabeza. Lo llamaría cerdo, pero mi cabeza se me fue justo ahora, y ya he pensado en la palabra “cabeza” demasiadas veces como para fingir lo contrario.

—Demasiado cerca de la fecha de parto —advierto, en un tono más bajo de lo que pretendía. Aunque, para ser justos, esto es lo único que podíamos *hacer* sin molestar a la futura princesita.

—Demasiado cerca —asiente.

Pero él no se echa atrás.

Levanto la barbilla. Él se inclina. Nos besamos, lento y cuidadoso. Sin prisas. Solo la forma de su boca sobre la mía y el silencio de la habitación que nos rodea.

Él se retira primero. —Pero tu última línea estaba torcida —chasquea la lengua.

—¡*No* lo estaba! —jadeo con fingida indignación—. ¿Cómo se atreve, señor? Yo tengo una calificación perfecta de cinco estrellas. Pregúntele a cualquiera en Brooklyn.

—Definitivamente preguntaré.

Regresamos al trabajo, pero seguimos intercambiando pequeños gestos y pequeñas sonrisas entre pinceladas.

Cuando terminamos la primera capa, Petyr abre la ventana y revisa las rejillas de ventilación, y yo me siento en la mecedora para recuperar el aliento.

—¿Estás feliz? —pregunta desde la escalera.

Se refiere a la habitación. —Sí —digo, aunque *yo* no me refiero a eso. No exclusivamente, al menos—. ¿Y tú?

Entonces, me mira. La respuesta está en su rostro antes de decir una palabra. —Sí.

Esta vez, creo que él tampoco está hablando de la habitación.



A PESAR de la extraña sensación que aún recorre la casa, las cosas entre nosotros siguen bien. Mejor que bien, incluso. Estamos conectados de nuevo. Hablamos de nombres de bebés, nos quedamos en la puerta por la noche y miramos la cuna como si ya estuviera llena, con el corazón aún más lleno.

Estoy *feliz.* Por nosotros y por nuestro futuro.

Aún no hemos definido qué es. Aún queda mucho por pulir. Pero estamos trabajando en ello.

Tras casi una semana de algo parecido a la normalidad, Petyr deja el tenedor en la mesa a la hora de cenar. —Tengo que ir al club esta noche —dice—. Hay trabajo que no puedo hacer desde aquí.

Levanto la vista del plato. —¿No puede esperar hasta mañana?

Niega con la cabeza. —Si pudiera, no me molestaría. Llevo demasiado tiempo trabajando desde la oficina.

Suspiro. —¿Quieres decir que has estado fingiendo trabajar mientras me vigilabas?

—Es parte de la descripción del trabajo.

Le doy otro mordisco a la comida y me encojo de hombros. No quiero ser dependiente. Dios sabe que pasé semanas dándole vueltas a la libertad personal.

Pero la verdad es que las emociones de esa noche aún no se han desvanecido.

—Bien —me rindo al final. Predicar con el ejemplo, ¿no? —Vete. Pero, si no regresas antes del amanecer, enviaré a Luka a que te arrastre a casa.

—No tardará mucho —me asegura.

—Está bien —La verdad es que no, pero tengo que superarlo en algún momento. ¿Qué otra cosa voy a hacer? ¿Encerrarlo en una

habitación por el resto de nuestras vidas? —Ve a encargarte de tus asuntos de mafioso.

Su boca se contrae. —Lo dices como si fuera el anfitrión de una noche de karaoke.

—¿Lo eres? —pregunto—. Porque es algo a lo que realmente asistiría.

Me dedica una de sus casi sonrisas, de esas que no le llegan a los ojos pero que le suavizan el rostro. —Volveré antes de que despiertes.

Más te vale.

Le doy un beso de buenas noches en el pasillo. Su calor persiste en mis labios y me hace sentir un calorcito por dentro.

Luego se va y la casa se siente demasiado grande.



MÁS TARDE, estoy en la cama con un libro que he estado tratando de terminar durante semanas.

Las palabras se confunden, mis ojos se pesan. La lámpara proyecta un suave haz de luz sobre las mantas.

Paso una página en mi lector electrónico. Luego otra. Finalmente, me doy por vencida. La bebé ha estado tranquila toda la noche dentro de mí, y el silencio me resulta apacible.

Dejo el libro en la mesita de noche, apago la lámpara y me hundo en la almohada.

Apenas el sueño tiene tiempo de llegar a mí cuando lo oigo.

Un sonido. Débil, distante. Lloriqueo.

Sólo se necesita un segundo para registrar lo que es.

Un bebé.

El suave y entrecortado llanto de un bebé resonando en algún lugar de abajo.

Se me eriza la piel. Se me erizan todos los pelos de los brazos. No debería haber ruidos así en esta casa. Todavía no.

Dios, lo sabía. Está embrujada. Todo este Home Depot de pesadilla del infierno está embrujado por los fantasmas de niños victorianos, y por fin lo estoy descubriendo.

Bueno, quizás no. Pero igual.

Me siento y espero oírlo de nuevo. Mis ojos se dirigen a la ventana. ¿Será el viento? Entre las ramas, o en las grietas de esta vieja casa, fácilmente podría sonar como un lamento.

Entonces, lo escucho de nuevo.

No es el viento.

Es muy, muy real.

Aparto las mantas y bajo las piernas de la cama. Siento el suelo frío bajo los pies. Me llevo una mano al estómago instintivamente, como si pudiera protegerla de lo que sea que esté pasando.

El llanto continúa. Bajo, rítmico, inconfundible.

Un instinto dentro de mí me empuja hacia la puerta. Lo achacaría a las hormonas, pero la última vez que lo hice, ignoré el cosquilleo en la nuca, y así fue como Anatoli me acorraló. No pienso cometer ese error dos veces.

Agarro mi bata y me la pongo, con el pulso acelerado e irregular. —¿Hola? —mi voz suena débil, casi ahogada por la oscuridad.

No hay respuesta. Solo el mismo sonido inquietante.

Lo sigo por el pasillo. Las luces son tenues. Las paredes se extienden largas y silenciosas.

—La Dama del Cuello Torcido no existe —murmuro mientras mi mirada se dirige a la barandilla a pesar de mis mejores esfuerzos racionales—. La Dama del Cuello Torcido no existe. Ni siquiera estamos en una colina.

En lo alto de las escaleras, me detengo.

El sonido ahora es más claro. Parece que sube desde el primer piso, justo debajo.

Me agarro a la barandilla y dudo. Puede que no sea nada. La casa cruje a veces. Tuberías. Madera vieja. Quizás solo sea mi imaginación.

Pero entonces, el llanto vuelve a surgir. Y hay muchas cosas que puedo ignorar, pero ¿un bebé llorando estando embarazada de nueve meses?

Buena suerte venciendo a la biología, cerebro.

Doy un paso abajo. Luego otro. Y ahí es cuando sucede.

Algo me empuja desde atrás. Fuerte.

El mundo da un vuelco. Se me corta la respiración al perder el equilibrio.

Alcanzo la barandilla, fallo y caigo hacia la oscuridad.

33

SIMA

El grito sale de mí antes de que pueda siquiera registrar lo que está sucediendo.

En un momento, estoy alcanzando la barandilla, y al siguiente…

Me estoy cayendo.

No, no, no.

Mientras caigo en la oscuridad de la escalera, no pienso en mí. Apenas tengo un segundo para pensar.

Pero sí pienso en mi bebé.

El instinto me domina. Giro en el aire. Mi mano se agarra a la gruesa barandilla de madera, agarrándola con más fuerza de la que jamás pensé que podría.

La parada repentina me sacude el brazo con fuerza. Un dolor intenso me recorre el hombro.

Me muerdo un llanto y me aferro con todo lo que tengo.

Durante un largo segundo, sin aliento, solo oigo el eco de mi propio pulso. El mundo parece reducirse a ese sonido—el latido contra mis

costillas. Un recordatorio de que sigo aquí, a pesar de todo.

Cuando por fin me incorporo, me tiemblan las piernas. Mi respiración se vuelve corta y superficial.

Miro hacia la escalera, con el corazón en un puño, esperando un movimiento. Una sombra, un rostro. Cualquier cosa.

Pero no hay nada allí.

Nadie.

El pasillo de arriba está vacío, silencioso. Incluso el llanto que me sacó de la cama ha cesado. El silencio ahora se siente extraño, demasiado pesado y forzado.

Trago saliva con dificultad. El brazo me palpita con cada latido, y siento como si me hubieran arrancado el hombro. Pongo a prueba mi equilibrio y cambio el peso a la otra pierna, pero en cuanto lo hago, un dolor agudo me sube por el tobillo.

Genial. Perfecto. Añade eso a la lista.

Me hundo en el escalón más cercano e intento bajar el ritmo cardíaco. Mi mano se aferra con más fuerza a la barandilla mientras me concentro en respirar.

Entra por la nariz. Sale por la boca.

Me toma varios intentos antes de dejar de temblar el tiempo suficiente para pensar con claridad.

No pasó lo peor. No me caí del todo. Estoy bien. Conmocionada, pero bien.

Lo más importante es que la bebé está bien. Ese solo pensamiento me llena de alivio.

Pero entonces lo siento: un calor húmedo que traspasa la tela de mis pantalones de pijama.

Mi cerebro se niega a atar cabos. No me oriné, ¿verdad? No tenía *tanto* miedo. Entonces lo entiendo, fría y claramente.

No es pis.

Es mi agua.

Y en este puto momento se acaba de romper.

—Mierda.

Un pánico agudo y nauseabundo me invade. Me llevo una mano al vientre y, justo en ese momento, me entra un calambre profundo y brutal.

Me quedo sin aliento. El dolor es diferente a las falsas alarmas que he tenido antes. Es más bajo, más intenso. Demasiado definitivo.

Demasiado temprano.

—No, no, no —susurro.

Otra contracción me atenaza, más fuerte esta vez, y mis rodillas ceden. Me aferro a la barandilla y me obligo a no desplomarme.

Mi mente da vueltas. ¿Cuánto tiempo llevo de embarazo? Treinta y cuatro semanas. Quizás treinta y cinco. No ha llegado a término. Aún no es seguro.

Miro a mi alrededor, desorientada. La casa está en silencio. Los hombres de Petyr están apostados afuera, quizá, pero no vendrán a menos que él lo ordene.

O a menos que grite muy, muy fuerte.

Entrecierro los ojos por el dolor. El intercomunicador está en la pared del fondo, fuera de mi alcance. Si grito, quizá alguien me oiga. Quizás.

Pero siento la voz atrapada en el pecho. Si alguien me empujó, gritar podría atraer a la persona equivocada.

Me arde el hombro al moverme. El tobillo me grita con cada movimiento. El dolor aumenta y desaparece, luego regresa, ahora más intenso. No sé cuánto tiempo ha pasado; minutos, quizá, pero las contracciones ya son demasiado seguidas.

Presiono la palma de la mano con más fuerza contra mi vientre. Intento que la bebé se quede quieta un poco más.

—Por favor —susurro—. Todavía no. Solo espera.

Otra ola golpea, más fuerte que la anterior, y me roba el aliento.

Las lágrimas me nublan la vista, pero las aparto parpadeando. No puedo permitirme perder la concentración. Ahora no. Ella me necesita.

Me levanto, paso a paso, y arrastro la pierna mala. Cada movimiento parece imposible, pero sigo. Cuento en voz baja, me obligo a no rendirme.

A mitad de camino, me detengo de nuevo. Mi pecho jadea. El dolor no cede, ni un ápice. Ahora es constante, con un pulso bajo, y siento que se intensifica a cada segundo. Aunque mi cabeza se niegue a aceptarlo, mi cuerpo sabe lo que viene.

Miro hacia abajo por las escaleras. La caída parece más pronunciada ahora. Si vuelvo a caer, no habrá una segunda oportunidad.

Entonces, oigo pasos.

Por favor, suplico en silencio. *Que sea Petyr. Que me encuentre.*

Pero no es él.

Luka aparece en lo alto de las escaleras, con los ojos abiertos y el pelo revuelto, como si hubiera corrido hasta aquí medio dormido. —¿Qué pasó? —pregunta con voz tensa, alarmado.

—Yo… —Se me cierra la garganta al pronunciar la palabra—. Me resbalé.

No puedo decir que me hayan empujado. Todavía no. No tengo pruebas, y además, ¿por qué debería creerme Luka precisamente?

Me odia a muerte. Me lo dijo. Los Danilo mataron a su familia, y no confía en mí más de lo que pudiera lanzarme.

Ahora mismo sería por bastantes escaleras, si lo decidiera. No tentaré mi suerte.

Pero por una vez, Luka no parece enfadado conmigo. Sus ojos me recorren, bajan las escaleras y vuelven a mis pantalones de pijama empapados.

Se le va el color de la cara. —¿Estás sangrando?

Niego con la cabeza rápidamente. —No. No es sangre —Me llevo una mano al estómago. Me pica la respiración con el movimiento—. Rompí aguas. Viene la bebé.

Luka se queda ahí parado, congelado. Casi espero que termine el trabajo que alguien más empezó; un asesino, la gravedad o la mismísima Dama del Cuello Torcido.

Entonces, algo en su expresión cambia.

Maldice por lo bajo mientras comienza a bajar rápidamente los escalones, tomándolos de dos en dos hasta que está frente a mí.

—Está bien —dice—. Vamos al hospital.

Una contracción me golpea con tanta fuerza que me inclina hacia adelante. Me agarro a la barandilla y reprimo un sonido entre sollozo y gruñido.

Las manos de Luka se ciernen cerca de mí, como si no estuviera seguro de si debería tocarme.

—Es temprano —jadeo—. Demasiado temprano.

—Lo sé —Suaviza el tono—. Pero ella viene, ¿sí? Así que nos ocupamos de ello.

Me sorprende lo tranquilo que suena. El año pasado, habría esperado verlo meterse tres antiácidos en la boca solo con ver el agua de bebé.

Pero él ha cambiado. Todos lo hemos hecho.

No sé quién es este nuevo Luka, pero ahora mismo estoy agradecida por él.

Llama a alguien al final del pasillo. No veo quién responde, pero una puerta se abre de golpe en algún lugar y se oyen pasos apresurados por la casa.

—Prepara el coche —ordena Luka—. Ahora. Y busca a Petyr. Dile que su esposa está de parto.

Los pasos se desvanecen tan rápido como llegaron. Luka se gira hacia mí. Tiene la mandíbula apretada, pero la mirada firme. —Necesito que me sujetes —dice—. ¿Puedes caminar?

Asiento con la cabeza. —Más o menos.

—Entonces iremos despacio.

Me rodea la cintura con un brazo, con cuidado pero con firmeza. En cuanto intento apoyar el tobillo, siento un dolor intenso en la pierna. Hago una mueca de dolor, y Luka me sujeta con más fuerza.

—Tranquila —murmura—. Paso a paso.

—Lo siento —digo de golpe—. Ni siquiera te caigo bien. Me porté fatal contigo. No deberías tener que…

—Debería y lo haré —Su tono se vuelve más firme—. Sirvo a la familia Gubarev. Eso te incluye ahora. Lamento no haberlo hecho antes.

Algo cálido florece en mi pecho. A pesar del dolor y el pánico que me aquejan, no puedo evitar sonreír levemente. —Siento haber hecho que te rompieran la nariz.

—¿Es tan obvio?

—Ahora se inclina hacia el lado opuesto. Es difícil no notarlo.

El descenso se siente interminable. Cada escalón cruje bajo nosotros. Me aferro a la barandilla con la mano sana, respirando entrecortadamente.

Luka se mueve conmigo. No deja de murmurar palabras tranquilizadoras en voz baja. —Estás bien. Lo estás haciendo bien. Solo respira.

Apenas oigo las palabras, pero me aferro a ellas de todos modos.

Para cuando llegamos abajo, siento como si me hubieran exprimido todo el cuerpo. Luka me guía hacia la puerta, y el aire frío me golpea la cara en cuanto se abre. El coche espera en la acera, con el motor en marcha y las luces encendidas.

Otra contracción me golpea al cruzar el umbral. Me doblo y agarro con fuerza la chaqueta de Luka. Él me sostiene, con la otra mano en mi espalda.

—Ya casi llegamos —dice—. Solo súbete al coche. Estamos bien. Lo tenemos controlado.

Quiero creerle. Quiero creerle a cualquiera que parezca tan seguro.

Luka me ayuda a subir al asiento trasero y sube después de mí, luego le grita órdenes rápidas al conductor.

La camioneta avanza a trompicones. Me llevo una mano al vientre y me concentro en respirar, o en no gritar, que ahora es prácticamente lo mismo. Tengo que evitar que el miedo se desborde.

—¿Y Petyr…?

—Ya viene. Ya le he avisado —La mano de Luka sigue firme en mi hombro—. Vas a estar bien, Sima —repite, esta vez más bajo—. Te lo prometo. Todo va a salir bien.

Cierro los ojos y me obligo a creerlo.

34

PETYR

Misha parece un infierno, pero menos que antes.

La última vez que lo vi, seguía medio muerto. Con los cables puestos, pálido como el mármol, apenas se le notaba el pulso. Ahora, al menos, está erguido en la cama, con una manta fina hasta la cintura, y un leve rastro de color ha vuelto a su rostro.

Su médico lo llama progreso. Yo lo llamo ser un bastardo suertudo.

Cuando entro en su habitación, Misha se levanta con dificultad. —No tenías que venir —Si no sonara como si lo hubieran atropellado, casi le creería.

—No empieces —le digo—. Tú harías lo mismo por mí.

Una leve sonrisa se dibuja en su boca. —Quizás. Si me cayeras mejor —Su voz se quiebra a mitad de la frase y hace una mueca como si el esfuerzo le costara caro.

Acerco una silla a la cama. —Suenas fatal.

—Me siento peor —Misha se remueve entre las almohadas. Su piel tiene ese brillo ceroso que indica que la fiebre sigue yendo y

viniendo—. El médico que me enviaste dijo que me recuperaré por completo.

—Los médicos dijeron lo mismo de mi hermano —respondo sin poder contenerme—. Pero en tu caso, parece que será cierto.

No me critica por mi falta de tacto. Simplemente asiente. —He oído hablar bien de Dimitri. No se merecía lo que le pasó.

—Tú tampoco.

—Más o menos lo busqué —Me dedica una sonrisa pícara—. Me dijeron que hacer negocios contigo sería arriesgado.

—¿Y aún así lo intentaste?

—¿Bromeas? Fue la mejor publicidad que se podía conseguir. Claro que lo aproveché.

Niego con la cabeza y lucho contra la sonrisa. Misha es el que lleva bata de hospital, pero, por alguna razón, aún tiene más agallas que la mitad de mis hombres juntos.

Mis pensamientos se dirigen a Dimitri. Se suponía que él era quien debía estar sentado aquí, no yo. Lo habían preparado para el liderazgo desde niños, le habían enseñado a mantener el imperio en marcha, a ser intocable.

Pero cuando cayó, todo cambió.

Estuvo en coma por mucho tiempo. No había tiempo para esperar milagros. La guerra con los Danilo no se detuvo solo porque mi hermano estuviera en una cama de hospital.

Así que intervine. Alguien tenía que hacerlo. Para mantener a la Bratva en marcha y hacer pagar a esos cabrones.

Ahora, me pregunto qué diría al respecto. Me lo he estado preguntando cada vez más. Es parte de la razón por la que aún no he ido a verlo. Si me mirara a los ojos y me llamara traidor, ladrón, no sé si sobreviviría.

Misha respira con dificultad. —¿Qué tan confiable es esa cirujana tuya?

—Muy.

—Cree que mi recuperación podría tardar semanas. Quizás meses. No puedo costearme eso.

Me recuesto y cruzo los brazos. —No puedes apresurar la curación.

—¿En nuestro mundo? —Me mira fijamente—. No hay tiempo para la paciencia. Cada día que estoy atrapado aquí, me quedo atrás.

Tiene razón. Lo sé. El tiempo es un lujo que ninguno de nosotros tiene. En cuanto muestras debilidad, alguien empieza a afilar su cuchillo.

Lo observo. Sus ángulos duros, suavizados por el cansancio, la terquedad aún ardiendo bajo todo ese dolor. —Te recuperarás —le digo—. Siempre lo haces, por lo que he oído.

—Parece que tengo una reputación que mantener.

—La tienes.

Se seca la frente con el dorso de la mano. —Solo necesito unos días. Luego volveré a la normalidad.

—No seas estúpido —le digo—. Si te apresuras, acabarás de nuevo en esa cama.

Suelta un suspiro que casi parece una risa. —Lo dice el tipo que anda por ahí con una herida de bala en el hombro.

No puedo evitar la pequeña sonrisa que se desvanece antes de desaparecer. —Es justo.

La ciudad zumba débilmente al otro lado de la ventana, amortiguada por el cristal. El apartamento de Misha está lo suficientemente alto como para que el ruido no lo alcance, justo como a él le gusta. Tranquilo. Controlado.

Pero puedo notar que lo está volviendo loco.

Finalmente, pregunta—: ¿Cómo está tu hermano?

Me quedo mirando al suelo. —Aún está aprendiendo a caminar. Está luchando.

—Eso es algo.

—Sí —murmuro—. Es algo.

Misha se revuelve de nuevo, respirando entrecortadamente. —Has estado cargando con todo, ¿verdad? Tus negocios, la Bratva. Esta guerra con los Danilo.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Petyr… —empieza.

Pero lo interrumpo. —No. Ya sabes cómo funciona esto. No hay descanso hasta que esté terminado.

Misha me observa un buen rato y luego asiente. —Entonces, acabemos con esto —Parece que se va a desmayar con solo decirlo, pero el fuego en su voz me dice que habla en serio.

Me levanto. —Primero descansa. Luego hablamos de negocios.

—Bien —exhala—. Me darán el alta. Pero tú sigue moviendo mis armas.

—Por supuesto —Me ajusto los gemelos—. Es a lo que me apunté.

No digo que *esto*; el derramamiento de sangre, el dolor, cada maldito revés que nos vemos obligados a superar, también es a lo que me apunté. Misha lo sabe. Es a lo que él también se apuntó.

Estoy a medio camino de la puerta cuando la voz de Misha me detiene. —Petyr.

Me doy la vuelta. Está sentado un poco más erguido, pálido pero concentrado.

—Antes de que te vayas —dice—, necesito decirte algo.

—Deberías descansar.

—Lo haré. Después de esto.

Suena serio. Me detengo en la puerta y escucho.

—Me salvaste la vida —Respira hondo—. No soy de los que fingen que no significa nada. Te debo una.

Niego con la cabeza. —No me debes nada. Habrías hecho lo mismo si fuera yo.

—Claro que sí —dice—. Ese no es el punto. Tú te ofreciste. Eso significa algo. Es una deuda, Petyr. Y siempre pago mis deudas.

Suspiro y me froto la mandíbula con la mano. —Si alguna vez se presenta la oportunidad, quizá me devuelvas el favor. Hasta entonces, olvídalo.

Él niega con la cabeza. —No funciona así. No tienes derecho a decidir si lo olvido. Me rescataste. Eso no desaparece solo porque me lo digas.

—Bien —digo en voz baja—. Pero prefiero verte vivir lo suficiente para pagarlo que discutirlo ahora.

—No se trata de pagarlo. Se trata de honor. Y tú lo sabes mejor que nadie.

Lo sé. Los hombres como nosotros no podemos renunciar a lo que nos define. Lealtad, deber, deuda, son la misma cadena con un nombre diferente.

Antes de que pueda decir algo más, la puerta se abre de golpe.

Uno de mis guardaespaldas está ahí. —Jefe —Está sin aliento, lo que me indica que algo debe andar mal.

Me giro bruscamente. —¿Qué?

—Es tu esposa —Su tono es cortante, urgente—. Está de parto. Luka la lleva al hospital ahora mismo.

Por una fracción de segundo, no registro las palabras.

Entonces el suelo parece convertirse en líquido debajo de mí.

Sima está de parto.

Va a dar a luz.

Nuestra hija viene.

La mirada de Misha se cruza con la mía. —Ve —dice—. Ve con ella.

No necesito que me lo digan dos veces.

35

SIMA

Las brillantes luces del hospital me pican en los ojos.

Las enfermeras se mueven rápido a mi alrededor. Las máquinas emiten pitidos cerca de mi cabeza. Siento todo el cuerpo aplastado entre dos palmas gigantes.

Luka se queda a mi lado en la sala de partos. Si tuviera la suficiente lucidez, le diría que se fuera. Lo que está a punto de pasarle a mis partes bajas llenará sus pesadillas el resto de su vida.

Pero no le digo que se vaya. Y cuando su mano aprieta la mía tan fuerte que casi me duele, tampoco le digo que pare. Necesito sentir algo sólido.

—Es demasiado pronto —susurro—. No debería venir todavía.

—Los médicos están aquí —dice Luka—. Saben lo que hacen.

—¿Y si algo anda mal? ¿Y si la caída la lastimó? ¿Y si no puede respirar o si su corazón…?

—Oye —la voz de Luka me atraviesa el pánico—. No hagas eso. Ella es fuerte. Las dos lo son.

Niego con la cabeza. Tengo el pelo pegado a la frente, húmedo de sudor. —No lo sabes. Diablos, ni *yo* tampoco lo sé. No estaba lista; no estoy lista…

Me da otra contracción y reprimo un gemido. La mano de Luka me aprieta de nuevo para guiarme. Me dice que respire lenta y profundamente, como si pudiera hacerlo ahora mismo.

No es que él lo sepa. No tiene útero. Ni un bebé que esté a punto de asomar su enorme cabeza por un orificio diminuto en su cuerpo.

Entre jadeos, sigo hablando. No puedo parar.

—Fui tan estúpida —murmuro—. Me resbalé en las escaleras como una idiota. Pensé que me iba a morir. Me duele el hombro. Creo que me torcí el tobillo. Y ahora… Dios mío, ¿y si es culpa mía? ¿Y si le hice esto?

—No es tu culpa —dice Luka con firmeza—. No te hagas eso.

—Llegó temprano —repito, como si repetirlo lo hiciera menos cierto —. No debería haber llegado todavía.

Se acerca más. —Ambas estarán bien. ¿Me oyes? Bien.

Asiento aunque no lo creo. Me arde la garganta y me escuecen los ojos. No es el peor dolor que siento ahora mismo, pero, de alguna manera, es adonde van mis pensamientos.

—No te vayas, ¿de acuerdo? No hasta que él llegue.

—No me voy a ninguna parte.

—Lo digo en serio —insisto—. Ni aunque te lo digan. Ni aunque Petyr te grite después. Prométemelo.

—Lo prometo —Luka me aprieta la mano—. Solo no dejes que me vuelva a romper la nariz, ¿vale?

Me río a pesar de mí misma.

Entonces, me golpea otra oleada de dolor. Jadeo y me encorvo hacia adelante. Mis uñas se clavan en su brazo. Puedo sentir mi pulso latiendo por todo mi cuerpo, cada latido más doloroso que el anterior.

—No puedo hacer esto —digo con voz ahogada.

—Sí, puedes —dice—. Y lo harás.

Me imagino la cara de Petyr. Ojalá estuviera aquí. Ojalá pudiera odiarlo lo suficiente como para *no* quererlo aquí, pero no puedo. Ahora no.

—Dile que se dé prisa —susurro—. Por favor.

Luka asiente. —Ya viene. Aguanta un poco más.

Cierro los ojos. Aguanto.

La habitación se ha vuelto más silenciosa ahora, pero el ruido en mi cabeza no. El pitido constante del monitor sigue el ritmo de mi pulso. Un sonido para mí, otro para ella.

Una enfermera termina de ajustarme una correa en el vientre. La pantalla se ilumina con pequeños puntos que se mueven al ritmo de los latidos del bebé. La miro como si pudiera ordenar telepáticamente que las líneas se mantuvieran fijas.

La Dra. Agar interviene, tranquila y profesional, como si hubiera hecho esto miles de veces.

—¿Estará bien? —pregunto entre lágrimas—. Llegó temprano, ¿verdad?

—Sí —dice la Dra. Agar mirando la historia clínica—, pero no es tan peligroso. Casi treinta y seis semanas. Eso se considera a término.

Parpadeo y trato de entenderlo. —¿Entonces está bien?

—Está bien —La doctora sonríe—. Su ritmo cardíaco se ve fuerte. Sus constantes vitales están bien. Todo está como debe estar. Solo

es una pequeña impaciente, eso es todo.

Quiero creerle. De verdad. Pero el miedo todavía me pesa en el pecho. El recuerdo de la caída no deja de rondarme. La sacudida repentina, cómo se me encogió el estómago. Ese dolor agudo y horrible en el brazo.

¿Y si ocurriera algo que aún no pueden ver? ¿Y si el siguiente sonido que emite el monitor ya no es tan tranquilizador?

Luka aún no se ha separado de mí. Está de pie justo fuera del área de las enfermeras, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Cuando la doctora sale de la habitación, se acerca de nuevo.

—Ya la oíste —dice en voz baja—. Está bien.

Asiento, pero aun así se me saltan las lágrimas. —¿Y si no lo está?

—Lo está —Su voz se mantiene tranquila, como si quisiera convertir las palabras en verdad—. Es dura. Se parece a ti.

Me río débilmente y me seco los ojos con el dorso de la mano. —Eso no está bien. He tomado muchas malas decisiones últimamente.

—Entonces, aprenderá rápido —dice Luka—. Le enseñarás a levantarse.

—Demasiado temprano.

—Lo siento. No lo dije en serio.

Quiero sonreír, pero se me hace un nudo en la garganta. —Solo no quiero perderla. Ya he perdido demasiado.

—No perderás a nadie esta noche —dice—. Traerás a alguien al mundo. Eso es todo.

Lo miro entre lágrimas. —Lo dices como si fuera simple.

—Tal vez lo es.

Siendo realista, no sé cuánto más podré aguantar. Solo quiero que mi bebé nazca sana. Tampoco me negaría a que este dolor tan intenso se detuviera.

Vi vídeos… para prepararme, o quizás para torturarme, en los que las madres en la sala de parto gritaban que se daban por vencidas y se iban a casa. Que no podían seguir con esto, que ya no querían hacerlo.

Me pareció gracioso. Ahora lo entiendo. Si Luka no estuviera aquí, yo también estaría intentando levantarme e irme a casa. Es *así* de intenso.

Claro, eso solo significaría que daría a luz en el suelo de madera de la mansión Gubarev. La peor pesadilla de Anya.

Mierda. Quizás sí debí haberme acostado allí después de todo.

—¿Estás teniendo un ingenioso monólogo interno para distraerte de la agonía?

—Me conoces tan bien —Aprieto los dientes y me trago un grito—. Prométeme que seremos amigos después de esto. Amigos de verdad.

La expresión de Luka se suaviza. —Me gustaría. Pero primero…

—Lo sé —gruño—. Tengo que sacar a esta bebé.

Su rostro palidece al instante. Claramente, no había asimilado del todo las implicaciones hasta ahora.

—Puedes tomarte un antiácido si quieres —le ofrezco—. No me ofenderé.

Otra oleada de dolor me recorre. Grito esta vez, tan fuerte que pudiera romperle los tímpanos a Luka.

—¿Dónde está Petyr? —me quejo, pero me importa un bledo. Resulta que el parto duele demasiado como para comportarse con dignidad—. No puedo hacer esto sin él.

—Vas a tener que hacerlo, cariño —dice la Dra. Agar—. Es hora. Tienes que empujar.

La habitación se vuelve borrosa por el movimiento. Más enfermeras entran y salen apresuradamente, y la voz de la doctora me da instrucciones constantes desde algún lugar cerca de mis pies.

No puedo entender cada palabra, pero sé lo que está pasando.

Ella viene. La bebé viene.

Y Petyr no está aquí.

La pena me invade por un momento. Sé que él querría estar aquí para esto. Pero ya no puedo esperar más. Nuestra bebé tiene que nacer ya, y…

—¿Dónde diablos está mi esposa?

Al principio, creo que lo estoy imaginando. Pero luego lo veo: Petyr, sin aliento, con la mirada perdida, todavía con la chaqueta puesta en la puerta.

En el momento en que lo veo, el miedo que me asfixia se alivia lo suficiente para que pueda respirar.

—¡Señor, no puede estar aquí! —dice una enfermera.

—Y una mierda —espeta—. Soy su esposo.

Las enfermeras se miran con el ceño fruncido. —¿Entonces quién es él?

La mirada de Petyr finalmente se posa en Luka. Saluda con la mano diminutamente. Si no me estuvieran partiendo en dos, me parecería divertidísimo.

—Gracias, Luka —dice Petyr con cuidado—. Tienes cinco segundos para alejarte de mi esposa.

Lo logra en tres.

Petyr se acerca a mí sin decir palabra. Sus manos, grandes y cálidas, encuentran las mías, y por fin me siento anclada a algo real.

Luka capta mi mirada una vez más, me levanta el pulgar tímidamente y sale silenciosamente de la habitación.

Pero ahora solo tengo ojos para una persona. —Estás aquí —le susurro a Petyr.

—Estoy aquí —dice con voz ronca. Parece aterrorizado y concentrado a la vez. Su pulgar acaricia mis nudillos, lento y firme—. Estás bien. Ella está bien.

Otra contracción me golpea, aguda y profunda. Aprieto su mano con tanta fuerza que se estremece, pero no se aparta. Su agarre solo se aprieta.

Dios, he necesitado tanto esto. *A Él.*

—Es hora —dice la Dra. Agar—. Empuja, Sima.

Solo puedo aferrarme a la mano de Petyr. Su presencia llena el espacio a mi alrededor y ahoga todo lo demás. Se inclina hacia mí, su aliento cálido en mi sien.

—Respira —murmura—. Lo tienes todo bajo control.

Asiento, aunque mi visión se nubla. Me arde cada músculo. Mi mundo se reduce al sonido de su voz, el ritmo de mi respiración y el pequeño latido que aún late con firmeza en el monitor.

Empujo. Una y otra vez, al ritmo de las instrucciones de la Dra. Agar. Parece que tarda una eternidad.

Entonces, finalmente…

—¡Ahí está! —grita la Dra. Agar.

Un grito pequeño y agudo llena la habitación. El sonido lo atraviesa todo. Es lo más hermoso que he oído en mi vida.

La Dra. Agar dice algo más que no logro entender, pero parece contenta. Oigo aplausos, risas suaves y un movimiento arrastrado.

Luego una enfermera coloca un pequeño bulto que se retuerce contra mi pecho.

Mi hija.

Mi mirada encuentra su rostro. Es tan pequeña, todavía tiene la cara roja, pero Dios mío. Nunca había visto nada tan angelical.

Luego miro a Petyr. Las lágrimas resbalan por mi rostro. —Mira. Está aquí.

Sus ojos la miran fijamente como si nada más existiera en el mundo. Su mano tiembla al tocar sus pequeños dedos.

—Es perfecta —susurro.

Asiente, en silencio. Mueve la mandíbula como si quisiera hablar pero no puede. El terror que me atenazaba el pecho finalmente se afloja.

Por primera vez en meses, me siento segura. Completa.

Porque ahora estoy con mi familia.

36

SIMA

Horas después, el caos ha terminado.

Las máquinas zumban suavemente y el pasillo al otro lado de la puerta permanece en silencio. Ahora solo estamos los tres.

Acuno a nuestra hija contra mi pecho, su pequeño cuerpo envuelto en una manta de hospital. Su respiración es suave y regular, su rostro relajado por el sueño. Un pequeño suspiro se le escapa cada pocos segundos, como si ya estuviera soñando.

Espero que así sea. Que esté teniendo el mejor sueño posible.

Petyr está sentado en la silla junto a la cama, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en ella. No ha desviado la mirada más que unos segundos desde que llegó. Cada vez que ella se mueve, se inclina un poco hacia delante, como si temiera que desapareciera si parpadea.

—Es hermosa, ¿no? —susurro.

—Es perfecta —dice en voz baja.

Observo el rostro de nuestra hija. Su naricita, sus pestañas tenues. Su pequeño puño, curvado como una rosa nueva cerca de su mejilla.

—Se parece a ti.

Petyr niega con la cabeza. —Es igual a ti. La misma boca. La misma nariz —Curva los labios—. La misma barbilla terca.

—Oh, definitivamente es terca. No estuviste presente al principio. Prácticamente se escapó a puñaladas.

—Entonces, tal vez se parezca más a mí.

Me río suavemente, con cuidado de no despertarla. —No puedo creer que sea real.

La mano de Petyr roza la manta de la bebé. —He visto muchas cosas —dice—. Pero nada como esto.

Yo tampoco. Lo tengo ahí mismo, pero no lo digo. No hace falta. Es obvio para ambos: ¿esta niñita de aquí? Es lo mejor que hemos hecho.

Ella es todo.

El silencio se extiende entre nosotros, cómodo como no lo había sido en mucho tiempo. Me dejo arrullar por él. Los analgésicos están a pleno rendimiento, y pienso aprovecharlo al máximo para mantenerme consciente. Preferiría desmayarme más tarde.

Petyr vuelve a extender la mano. Esta vez, recorre con la yema del dedo el bracito de nuestra hija. Sus movimientos son lentos, cuidadosos, casi reverentes.

—Es tan pequeña —dice—. No pensé… —Su voz se apaga y niega con la cabeza—. No pensé que pudiera sentir tanto.

Lo miro entonces, lo miro de verdad. La agudeza de su expresión ha desaparecido. Toda la dureza, la ira sigue ahí, pero sepultada bajo algo más. Asombro.

Él la ama.

No tengo ninguna duda. Petyr ama a nuestra hija con todo su corazón. La forma en que la mira es inconfundible.

Otro nudo en mi pecho, ese en el que no quería pensar, que me susurraba que Petyr sería el mismo tipo de padre que el mío fue conmigo, se va aflojando poco a poco por completo.

Ya no tengo por qué temer eso.

—Petyr —digo en voz baja—. Ya está a salvo. Las dos lo estamos.

—Sí —asiente—. Está a salvo.

Me dejo caer en la almohada y, por un instante de codicia, me permito creerlo. La guerra, el miedo, todos los muros que nos separan—se desvanecen en el fondo. Solo quedamos nosotros, sentados bajo la tenue luz del hospital, observando el pequeño milagro que, de alguna manera, sobrevivió a todo.

Presiono mis labios contra la frente de nuestra hija. —Bienvenida al mundo, pequeña.

La mano de Petyr encuentra la mía de nuevo, cálida y firme. Por ahora, eso es todo lo que necesitamos.

Luego, me mira. —¿Cómo quieres llamarla?

Miro el pequeño bulto en mis brazos. He dicho cientos de nombres en mi cabeza durante los últimos meses, pero ahora que está aquí, ninguno me parece adecuado.

—No lo sé —admito—. No me decido.

—¿Cómo ibas a llamarla? Allá en Florida. Antes de haberte encontrado.

Se me hace un nudo en la garganta. Dudo. Por fin estamos en un buen lugar, y no quiero arrastrarnos de vuelta con malos recuerdos.

Pero entonces me doy vuelta y él me mira con esa mirada tranquila y paciente que siempre me atraviesa.

No puedo mentirle. No sobre esto.

—Lilia —confieso—. Como tu madre.

Frunce el ceño, como si no estuviera seguro de haberme oído bien. —¿Mi madre?

Asiento. —Para que siempre tuviera un trocito de ti. Aunque… aunque no estuvieras —Se me corta la voz—. Simplemente me pareció bien.

Durante un buen rato, no dice nada. Luego traga saliva con dificultad, y cuando por fin habla, su voz está ronca por la emoción. —Nunca te dije el nombre de mi madre.

—No hizo falta —Le ofrezco una pequeña sonrisa—. Tengo mis maneras de descubrir las cosas. Cuando importan.

Por una vez, no me preocupa que esté enojado conmigo. Conozco su expresión de agobio. No está acostumbrado a esto. A sentir tanto.

Le doy espacio. Un minuto después, sus ojos se encuentran con los míos. —Lilia —Lo prueba suavemente, como si estuviera probando cómo se siente en su lengua—. Es perfecto.

Tiene los ojos húmedos, aunque intenta disimularlo. Extiende la mano y acaricia con un dedo la mejilla de nuestra hija.

—Lilia —susurra de nuevo—. Bienvenida a casa.

Y justo así, el nombre me parece perfecto. Totalmente, absolutamente perfecto.

Nos quedamos acurrucados un rato más. No sé cuánto tiempo pasa. Estoy ciega a todo lo que no sea esto. Petyr, yo, y nuestra hija acurrucada entre nosotros.

Pero eventualmente, Petyr se levanta y se inclina para besarme la frente. —Tengo que hacer una llamada —murmura—. No tardo mucho.

Asiento, aunque no quiero que se vaya. Esta burbuja en la que estamos se siente demasiado frágil, demasiado preciosa. No quiero que explote todavía.

Pero el mundo no se detiene solo porque tu hija respira por primera vez. Si así fuera, sería un lugar más amable. Mucho más amable que el mundo que nos vio nacer.

Petyr, yo… no hemos conocido la bondad como otros. Para nosotros, siempre fue escasa. Un mito, un cuento de hadas.

Pero cuando miro a nuestra hija Lilia, quiero que viva en un mundo mejor. Pienso mejorarlo con mis propias manos, solo por ella.

Y sé que Petyr siente lo mismo.

Sin embargo, en cuanto la puerta se cierra tras él, el silencio se hace más denso. No puedo evitar desear tenerlo de vuelta a mi lado.

Lilia se revuelve en mis brazos, suave y cálida. Su boquita se abre al dormir. Dios mío, es tan *adorable.*

—¿Toc-toc?

Levanto la mirada y me encuentro con la mirada tímida de Luka. —¿Quién anda ahí? —le pregunto con una sonrisa.

—Alguien que se pregunta si necesitas algo.

—Buena excusa —Me muevo lo justo para que vea a la bebé—. Pero no creo que yo sea la chica por la que estás aquí.

La cara de Luka es tan transparente que casi me echo a reír.

Duda en la puerta, pero finalmente entra. Su rigidez habitual ha desaparecido. Sin embargo, parece cansado. Inseguro de sí mismo de una forma nueva.

—Hola —le susurra a la bebé. Está ocultando una gran sonrisa, lo noto—. He oído que está bien —me dice.

—Es perfecta —La levanto un poco más—. Ven a verla.

Se acerca y detiene al borde de la cama. Al verla, su expresión se suaviza. —Vaya.

—Tienes toda la razón.

—Ella es hermosa —dice, y puedo ver que lo dice en serio.

—Gracias —digo con aires de pavoneo—. La hice yo misma. No está mal para ser mi primer proyecto de repostería, ¿verdad?

Luka se cubre la cara con ambas manos. Está furiosamente sonrojado. —Por favor, no vuelvas a referirte a un niño humano como si fuera un producto horneado. No podré quitarme esa imagen de la cabeza.

Me muerdo la mejilla y no hago promesas.

Luka exhala lentamente. —Necesito decir algo. Ya era hora.

Levanto la vista, insegura. —¿Qué pasa?

Cambia de postura, con la mirada fija en el suelo. —Lo siento. Por cómo te he tratado desde que regresaste. Fui… cruel. Y no debí haberlo sido.

—Luka… No tienes que disculparte otra vez. Ya…

—Déjame terminar. No estaba enojado *contigo,* Sima. En realidad, no —Hace una pausa—. Bueno, también estaba un poco enojado contigo. Pero es que no todos los días te da un puñetazo el jefe.

—O te encierran en un armario con un cinturón.

—Eso también —Inhala profundamente—. Me porté mal contigo, pero nunca fuiste tú quien me hirió.

Siempre sospeché que, en el fondo, la ira de Luka no era ira en absoluto. Es demasiado manso para eso. Su temperamento no tiene

nada que ver con la Bratva. Apuesto a que la ley del hielo lo estresó más *a él* que a mí.

—Te dije que los Danilo exterminaron a mi familia, pero nunca te conté qué pasó. No específicamente.

—No tienes por qué hacerlo —me apresuro a decir.

—No —Niega con la cabeza—. Te culpé. Lo convertí en tu problema. Mereces saber qué pasó y cómo.

Se me encoge el corazón. Odio lo dolido que parece. Sobre todo, odio saber exactamente quién está detrás de ese dolor.

Mi familia.

Respira hondo. —Tu padre asesinó al mío —Lo dice con tanta naturalidad que me lleva unos segundos procesar el verdadero significado de las palabras—. Tenía doce años. Él ordenó el asesinato por una estúpida disputa territorial. Mi padre era de la Bratva, leal a su facción, pero tu padre… —aprieta la mandíbula—. Lo convirtió en algo personal —Baja la mirada—. Más tarde, mi madre se ahorcó por el dolor, y yo me quedé solo.

Se me cierra la garganta. *Doce.* La misma edad que tenía yo cuando perdí a Lara y hui.

Pero Luka no solo vio a su hermana casarse. No solo huyó de casa. Vio morir a su padre, y luego a su madre, y luego no tuvo a nadie más a quien recurrir.

No somos iguales. Ni por asomo.

—Luka… lo siento mucho —susurro inútilmente. No puedo apartar la mirada—. No lo sabía.

—Sé que no —responde—. Odié a los Danilo durante años. A todos. Cuando descubrí quién eras, pensé que eras más de lo mismo. Vi a tu padre en ti. Me enfurecía de maneras que ni siquiera entendía.

Miro a Lilia. Sigue durmiendo plácidamente, ajena al aire pesado que la rodea. A la culpa que nos persigue por la sangre.

Me pregunto si siempre lo será. Si nos acompañará hasta que cada persona a la que los Danilo lastimaron ya no esté viva para recordarlo. O quizás incluso después.

Odio pensar que Lilia también tendrá que cargar con esto algún día. Lo que hizo su abuelo no debería afectar algo tan puro.

No quiero eso para ella. Es inocente de todo, y así lo mantendré. Cueste lo que cueste.

Lo que significa que tendré que asumir la culpa.

Es lo mínimo que Luka merece. Que alguien cargue con su dolor, aunque ese alguien no sea quien lo lastimó.

Quizás entonces todos podamos empezar a sanar.

—Mi padre… era una mala persona —digo en voz baja—. Le gustaba hacer daño a la gente. Para él, no era solo un negocio. Quería que la gente sufriera. Odio que te haya arrebatado a tu familia.

Luka niega con la cabeza. —No tienes que disculparte por lo que hizo. Eras una niña. Yo también. Ninguno de los dos tenía control sobre lo que se hacían.

Asiento, pero me arden los ojos. —Igual desearía que no hubiera pasado.

—Yo también —Suspira levemente, y la tensión entre nosotros finalmente se alivia—. Pero ahora veo quién eres. No eres él. Eres una persona amable, Sima. Y, si hablabas en serio sobre ser amigos… entonces me gustaría.

—Gracias —susurro—. A mí también.

El silencio llena la habitación. Pero esta vez, no es el frío silencio de la mansión. Es un silencio cálido. Un nuevo comienzo.

Para todos nosotros.

—Deberías descansar —dice Luka tocándome el hombro—. Te lo has ganado.

—Tú también —Le dedico una leve sonrisa—. Perdón por toda la pesadilla.

—No pasa nada. Para eso están las pastillas para dormir.

Nos reímos un poco. Luego se da la vuelta para irse y se detiene en la puerta. —Es realmente perfecta, Sima.

—Sí —susurro, mirando a Lilia—. Lo es.

37

PETYR

Un día después, la doctora les da el alta. Sima y la bebé están sanas. Sin complicaciones. No hay motivo para pasar otra noche.

—Gracias, Dra. Agar.

—Solo hago mi trabajo —Les dedica una sonrisa radiante a Sima y Lilia—. Las veo en una semana para su revisión y la cita con el pediatra, ¿de acuerdo?

—Claro —Sima sonríe—. Nunca te separaría de tu paciente favorita —Se refiere a Lilia, pero sospecho que Sima también se ha vuelto más entrañable para la doctora.

Es difícil no amarla.

Lo más difícil del mundo, realmente.

Firmo los papeles de alta mientras Sima termina de empacar. Dobla cada manta y cada ropita con el máximo esmero posible. Está tan concentrada que casi no quiero distraerla.

Lilia duerme en el moisés que está al lado de la cama, con sus pequeños puños apretados contra sus mejillas.

Debería sentir solo alivio. Ambas están vivas, a salvo. Pero las paredes del hospital son delgadas, y no puedo dejar de pensar en llevarlas a casa. A casa, donde controlo quién entra y quién no. Donde la seguridad es mía. Donde nadie puede tocarlas.

Después de lo que pasó con Dimitri, no puedo ser demasiado cauteloso.

—Será más fácil cuando volvamos —digo—. Tendrás la guardería. Los guardias. Todo lo que necesites.

Sima no responde de inmediato. Está callada, pero veo que aún tiene las manos sobre la bolsa de bebé. Cuando por fin levanta la vista, su mirada refleja incertidumbre.

—Petyr —dice en voz baja—, no sé si quiero volver allí.

Frunzo el ceño. —¿De qué estás hablando?

—La casa —dice—. No me siento segura.

—Después de todo lo que ha pasado, ese es el lugar más seguro donde puedes estar. Lo sabes.

Ella niega con la cabeza. —No es eso. Es… —Duda, luego exhala—. ¿Me prometes que no pensarás que estoy loca?

—Nunca.

—¿Nunca pensarás que estoy loca o nunca lo prometerás?

—Sima —le agarro las manos—. Te prometo que no pensaré que estás loca.

Respira lentamente. —La noche que me caí… oí llorar a un bebé.

—¿Un bebé? —Frunzo el ceño—. Pero Lilia…

—Aún no había nacido. Lo sé. ¿Recuerdas que te pedí que no pensaras que estoy loca?

Asiento. —Continúa.

—Al principio, pensé que mi mente me estaba jugando una mala pasada. ¿Sabes? Casa vieja, ruidos escalofriantes… Tu casa es básicamente el sueño húmedo de cualquier director de películas de terror.

—No lo sabía, pero continúa.

Me mira a los ojos. —Seguí el sonido, pero en las escaleras… alguien me empujó.

Por un segundo, estoy convencido de que la he escuchado mal. —¿Qué?

—Me caí por las escaleras. Logré aferrarme a la barandilla, pero todavía me duele el brazo —Se masajea el hombro. Me doy cuenta de que la he visto rodarlo mucho estos últimos días, pero, con todos los dolores del parto, no le di demasiada importancia.

Ahora me doy cuenta de que debí haberlo hecho.

—¿Qué pasó después?

—Miré hacia atrás. No había nadie —Su voz tiembla—. Y el llanto cesó.

La miro fijamente e intento asimilar lo que dice. —¿Crees que había alguien en la casa?

—No lo sé —murmura—. Quizá lo imaginé. Quizá fue el dolor que me abrumaba. Pero lo sentí real, Petyr. El llanto, el empujón… lo sentí *real*.

Me acerco y apoyo mi mano en su hombro sano. —¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Porque es una locura! —exclama—. ¿Bebés llorando en una mansión vieja y enorme por la noche? Vamos. No tiene ningún sentido.

—Quizás no, pero podrías haberte hecho daño. O peor… —Me detengo antes de terminar. La idea es demasiado.

—Lo sé —Mira a Lilia y luego a mí—. Por eso no quiero volver. Todavía no.

Respiro hondo. La lógica me dice que no tiene sentido. Mis sistemas no detectaron a ningún intruso, y mis hombres tampoco dijeron nada. No había señales de entrada forzada. Si las hubiera habido, me habría enterado.

Pero algo en su rostro me hace reflexionar. El miedo que refleja no es imaginario. Sea lo que sea que haya pasado esa noche, sé que fue malo, y que ella lo cree.

Ya he menospreciado a Sima antes, y casi me cuesta todo.

No voy a cometer el mismo error otra vez.

—Haré que registren todo de nuevo —digo—. Cada habitación, cada cámara. Triplicaré la guardia si es necesario. Nadie se acercará a ti ni a la bebé. Nunca más.

Asiente, pero su expresión no se tranquiliza. —Es solo que… no quiero volver a sentirme atrapada.

La culpa me apuñala. Fui yo quien la hizo sentir atrapada. Si de verdad imaginó lo que pasó esa noche, fue por todo el estrés que le causé.

—No lo harás —La miro a los ojos—. Esta vez no.

Me observa un buen rato y luego vuelve a mirar a Lilia. —Vale —dice finalmente, con la voz apenas por encima de un susurro—. Si tú lo dices.

Mientras nos preparamos para salir de su habitación del hospital, una furia lenta va creciendo en mí.

Empujada. Sima dijo que la empujaron. Si es cierto, alguien intentó matarla bajo mi propio techo.

No me imagino a nadie en esa casa siendo tan estúpido. Todos los que están en mi nómina saben lo que pasa cuando alguien me

traiciona.

Aun así, el pensamiento persiste. Alguien la tocó, a mi esposa, en mi casa… La sola idea me hace apretar los puños.

—¿Lo habrás soñado? —me pregunto—. Has estado muy estresada. Quizás caminaste dormida.

Niega con la cabeza, firme. —No. Estaba despierta. Ni siquiera me había dormido todavía. —Me mira con miedo en los ojos—. Fue real, Petyr. Sé que lo fue.

Estudio su rostro, buscando cualquier signo de duda.

No hay ninguna.

Aprieto la mandíbula hasta que me duele. Repaso todas las posibilidades: guardias, personal, cualquiera que haya pisado esa casa. Ninguno encaja. Jamás se atreverían.

Pero si tiene razón, entonces alguien se nos escapó. Alguien desde dentro.

Se me enfría el estómago.

La imagen de ella cayendo boca abajo por las escaleras destella ante mis ojos. El lento ardor de la ira se transforma en algo más intenso, más oscuro. Una rabia casi física.

Doy una vuelta por la habitación y me detengo. —Averiguaré quién lo hizo.

—Petyr…

—Intentaron hacerte daño —interrumpo—. Intentaron hacerle daño a nuestra hija. No me importa quién fue ni por qué. No se librarán.

Me obligo a respirar hondo, a mantener el control. Por el bien de ambos.

Pero por dentro ya veo rojo.

En cuanto Sima sale para consultar con su pediatra, llamo a Luka a la habitación. Ha estado esperando en el pasillo, apoyado en la pared, como si intentara no rondar. Debí de marcar bien mi territorio ese día en la sala de partos. Desde entonces, apenas se ha acercado a Sima.

Pero, en el momento en que entra, veo la pregunta en su rostro.

—Escuchaste lo que dijo —le digo.

Él asiente. —Sí.

—¿Viste algo esa noche?

Niega con la cabeza. —No. Estaba en la cocina cuando ocurrió. Si hubo ruido, no lo oí desde allí.

Intento interpretar su tono, su lenguaje corporal. Cualquier cosa que pueda indicarme que esconde algo.

Pero Luka no es de los que se andan con juegos. No conmigo. Fue honesto incluso cuando no le convenía.

Además, él fue quien encontró a Sima de parto y la trajo aquí. Si hubiera querido hacerle daño, fácilmente podría haberlo hecho.

—Vale —digo—. Cuando volvamos a la casa, quiero que saques las grabaciones de seguridad. Todo lo de esa noche.

Se endereza un poco. —¿Quieres el barrido completo?

—Todos los ángulos —confirmo—. Afuera, adentro, la entrada, el jardín… todo. Si hay algo fuera de lo común, por pequeño que sea, quiero saberlo.

Luka asiente brevemente. —Lo tienes.

No añado que no espero que encuentre nada. La mayoría de las cámaras están afuera. No hay nada que cubra el segundo piso, ni cerca de las escaleras donde se cayó. Nunca he permitido cámaras en espacios privados. Ya hay demasiados secretos en esa casa.

Aun así, no puedo dejarlo así. Alguien la lastimó. Si hay la más mínima pista, la encontraré.

—Empieza cuando volvamos —ordeno—. Quiero que vean todas las pantallas.

Me mira fijamente. —¿Crees que fue alguien de dentro?

—No lo sé. Pero hasta que lo sepa, nadie entra ni sale sin mi consentimiento.

Luka asiente una vez más y sale de la habitación. La puerta se cierra tras él. Me quedo con el pitido constante de los monitores y el sonido suave de la respiración de mi hija.

Pero la ira no desaparece. Simplemente se instala más profunda y fría.

Quien hizo esto pensó que podía tocar lo que es mío. Está a punto de descubrir lo equivocado que estaba.



CONDUZCO DE VUELTA EN SILENCIO. El único sonido es el del motor y la respiración regular de la parte trasera, donde Sima y la bebé duermen.

Una parte de mí quiere archivarlo como una pesadilla. Después de todo, esa sería la explicación más sencilla. Menos cabos sueltos. Menos trabajo.

Pero Sima no es de las que se inventan peligros por dramatismo. Es práctica, testaruda y honesta, de una forma que siempre desmiente las tonterías. Si dice que alguien la empujó, la escucho.

Ya he cometido el error de ignorar sus advertencias demasiadas veces.

Observo su rostro dormido en el retrovisor. Se ve frágil y feroz a la vez. La bebé está envuelta, pequeña y apretada, sobre su pecho.

¿Quién se arriesgaría a entrar en mi casa y tocarla? ¿Quién pensaría que podría salirse con la suya? La lista es corta, y las respuestas son más desagradables de lo que quisiera.

Al entrar en la entrada, las puertas se cierran tras nosotros con el ruido sordo habitual. Hay guardias apostados donde siempre.

Observo a Sima y a la bebé mientras recorremos el recibidor. Por primera vez desde que empezó esto, siento que la casa es un lugar que puede ser violado.

Me digo que habrá más controles. Cámaras en lugares donde no hay derecho de ver a nadie. Hombres mirando pantallas durante horas. Cerraduras nuevas. Convertiré la casa en una fortaleza hasta que mi paranoia deje de ser útil.

Pero la verdad es más desagradable.

Si alguien logró entrar y hacerlo, fue paciente. Jugó a largo plazo. Esperó la oportunidad perfecta.

Dios los ayude una vez que los encuentre.

Se me ocurren mil maneras de enseñarles a arrepentirse. No necesito ser violento por capricho. Yo también puedo esperar. Porque esto es personal ahora. Quienquiera que haya sido no conocerá el dolor hasta que me asegure de que sea el único lenguaje que le quede.

Por ahora, vigilaré a Sima y Lilia como un halcón. Estaré despierto toda la noche, escuchando cada sonido de la casa. Me quedaré junto a la puerta de la guardería con una pistola a los pies si hace falta.

Y, cuando finalmente los tenga en mis manos, rogarán por la muerte.

38

SIMA

En el momento en que entramos, algo cambia.

El aire se siente más ligero que antes. La tensión nerviosa que me ha estado atormentando desde el hospital comienza a disminuir.

No sé si es el olor familiar de la casa o la forma en que todos parecen genuinamente felices de vernos, pero por primera vez en días, finalmente puedo respirar.

Todos se reúnen en la entrada. Me siento como Rafiki cargando a Simba bebé delante de toda la manada. Y… ¿Anya de verdad *sonríe*?

Dios mío. Esto es todo. El fin del mundo. No con un estallido, sino con los músculos faciales de Anya recordando lo que se siente moverse verticalmente.

Anya se acerca, con las manos entrelazadas. Me quedo quieta como una gacela indefensa en medio de la sabana, sin un solo árbol tras el cual esconderse a la vista.

—*Bozhe moi* —dice en voz baja, con los ojos brillantes de… Ay, joder, ¿son *lágrimas*?—. ¡Es tan guapa! Un angelito perfecto.

—Sí —digo con torpeza—. El ciclo de la vida, ¿eh?

—Ven —añade rápidamente—, debes de estar cansada. Traeré té, sábanas limpias, ¿quizás sopa? Te ves demasiado pálida. Y delgada. Necesitamos poner más carne en esos huesos si quieres darle un hermanito a esta pequeña *koshka* algún día.

—Estoy bien —empiezo a decir, pero ya se está marchando, murmurando algo sobre calentar agua y encontrar las mantas "buenas".

Dios, ¿dónde estoy? ¿Es esto realmente el Mundo del Revés? ¿Voy a estar comunicándome con luces de Navidad parpadeantes el resto de mi vida?

—Mira eso —susurra Luka a mi lado—. Rompiste a Anya.

—No tenía idea de que podía romperse.

—Sí —Parece tan confundido como yo—. Yo tampoco.

—¿Puedes pellizcarme? ¿Solo un poquito?

Luka palidece mortalmente. Su mirada se dirige a Petyr. —No creo que sea prudente.

Claro. No queremos que a Luka le aplanen la nariz otra vez. Es lo suficientemente alto como para lucir un cosplay perfecto de Lord Voldemort con solo raparse la cabeza y usar una sudadera. No hay necesidad de buscar la perfección.

Veo a Anya irse, todavía un poco aturdida. Sonreía. Sigue sonriendo.

Joder. El mundo realmente se acabó.

No deja de mirar por encima del hombro, para ver cómo está Lilia mientras se va. Es dulce, de una forma extraña. No esperaba que se sintiera tan normal.

Incluso los hombres son diferentes. Los mismos que antes me miraban como si no perteneciera ahora me saludan con respeto al pasar. Algunos incluso sonríen, con torpeza y suavidad, pero sinceros. Es tan jodidamente raro verlos ablandarse así.

Quizás sea la bebé. Quizás sea la presencia amenazante de Petyr y las miradas furiosas que lanza a todos. Sea como sea, la tensión que solía existir entre el resto de la casa y yo ha desaparecido.

Apenas empiezo a relajarme cuando oigo su voz desde el pasillo. —¿Son ellos?

Kira.

Aparece en la puerta como el holograma de una reina de belleza. Si hubiera pensado que Anya se iba a desgarrar un músculo facial, la sonrisa de Kira es tan amplia que empiezo a preguntarme si la han intercambiado con un clon. Lleva el pelo oscuro recogido en un moño suelto, y lleva un ramo de flores rosa pálido.

Flores.

Para *mí.*

Dulce niño Jesús.

—¡Ahí está mi sobrina! —anuncia con una sonrisa—. ¿Es ella ahí dentro?

Me quedo paralizada y me esfuerzo muchísimo por recordar cómo es la cicuta. Porque no hay forma de que lo diga en serio. ¿Verdad?

La última vez que vi a Kira, me insultó. ¿Y ahora arrulla a mi bebé?

No quiero ser grosera, pero *perra, por favor.*

Y, aun así, su sonrisa no flaquea. O es muy buena actriz, o es realmente verdadero.

Me desestabiliza verla así. Es demasiado fácil. Demasiado repentino. Aun así, logro esbozar una pequeña sonrisa. Matarlos con amabilidad, ¿no?

—Está durmiendo —digo—. Pero puedes mirar.

Kira cruza la habitación sin dudarlo y mira dentro de la cuna. —Ay —exhala—. Es perfecta.

Su tono es suave. Suena tan sincera que, por un segundo, olvido con quién estoy hablando.

Busca una de sus manitas, con cuidado de no despertarla. —Hiciste una bebé preciosa, Sima —Su sonrisa se dirige a mí—. Bien hecho.

Asiento, sin saber qué decir. El cumplido suena sincero, pero una parte de mí no puede olvidar que, no hace mucho, me trataba como si no mereciera estar aquí.

Pero quizá sea su intento de reconciliarse. Por el bien de Petyr. Por la bebé. Quizá por fin se dio cuenta de que, le guste o no, somos familia.

Y realmente no quiero arruinarlo otra vez. Ser una familia.

—¿Quieres sostenerla? —pregunto finalmente.

Kira me mira como si me hubieran crecido dos cabezas. Pero luego, poco a poco, sus ojos se iluminan. —¿Puedo?

Dudo un instante antes de asentir. —Por supuesto. Ten…

Con cuidado, levanto a Lilia y se la paso. Kira la alza con cuidado. Su postura también es perfecta, la forma en que sostiene la cabeza con tanta naturalidad. Como si ya tuviera experiencia con bebés.

Mece a Lilia suavemente mientras le sonríe con pura ternura. —¿Cómo se llama?

—Lilia.

—Lilia —tararea Kira—. Como la madre de Dimitri y Petyr. ¿Idea tuya o de él?

—Ambos —digo, intentando no parecer demasiado defensiva—. Nos gustó mucho el nombre.

Kira no insiste. En cambio, parece absorta. Su mirada no se aparta de Lilia ni un segundo. —Se parece a Petyr —murmura—. Pero sus ojos… Esos son tuyos.

El cumplido me aprieta el pecho. Quiero creerle. Quiero confiar en esta versión más tierna de Kira, pero una parte de mí aún siente el dolor de nuestra tensa historia. Su desprecio, su frialdad, la forma en que siempre se ponía en mi contra, dijera lo que dijera.

Aun así, no puedo darme el lujo de rechazar esta ofrenda. Si quiero que esta familia funcione, tiene que ser recíproca.

—¿Lo crees?

—Lo sé —Me mira, con la sonrisa aún intacta—. Nos tendrá a todos en sus brazos.

Su voz es cálida, y no encuentro ni rastro de hostilidad en ella. Quizás las cosas realmente han cambiado. O quizás esta paz sea solo otro momento frágil a punto de romperse.

Supongo que tendré que esperar y ver.

Durante el resto del día, la guardería sigue bullendo de actividad. Incluso los mafiosos más aguerridos del séquito de Petyr acaban entrando casualmente "para un control de seguridad" solo para tener una excusa para mirarla o sostenerla. Oleg, el tipo aterrador con una cicatriz enorme en la cara que me detuvo en la puerta hace toda una vida, incluso se atraganta un poco.

La casa se siente viva como no lo ha estado en meses. Por una vez, no hay gritos, ni tensión bajo la superficie. Todo se siente casi normal. Como si fuéramos una familia feliz más. Se siente como si la paz se hubiera instalado aquí, tenue y frágil, pero lo suficientemente real como para tocarla.

Si no lo supiera mejor, podría creerlo.

Petyr está a unos pasos de distancia. Habla en voz baja con uno de sus hombres. Su voz es tranquila, pero sus ojos no dejan de

moverse. Lo observa todo: la puerta, el pasillo, las ventanas.

Y a mí.

Especialmente a mí.

Cada vez que alguien se acerca demasiado, su atención se agudiza. Puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que flexiona los dedos, listos para reaccionar ante la más mínima amenaza.

Una parte de mí se siente más segura gracias a eso. Me toma en serio. Me cree, sabe que no miento sobre lo que pasó esa noche.

Pero la otra parte de mí desearía que no tuviera que ser así. Que pudiera existir como una pareja normal con un bebé recién nacido. No como dos personas que han sobrevivido a una guerra solo para volver a casa y seguir luchando contra fantasmas.

Me alivia que ahora confíe en mí. Es mucho de su parte. Sé lo excepcional y valiosa que es la confianza de Petyr. Sé lo que pasa cuando falta.

Pero ahora que veo con qué atención observa a todos, casi desearía haberme equivocado y que el empujón por las escaleras realmente fuera sólo una mala pesadilla.

Porque la alternativa me revuelve el estómago.

Alguien en esta casa me sacó de mi habitación y me empujó por las escaleras, con la intención de lastimar a la bebé en el mejor de los casos o matarnos a ambas en el peor. Cualquier cara conocida con la que me cruce podría ser la del culpable.

El pensamiento se mete bajo la piel y no me suelta.

¿Acaso pretendían hacerme daño? ¿O fue solo una broma cruel que se pasó de la raya? No sé qué es peor. Todavía siento la mano en mi espalda, la repentina caída sin peso. El ardor en el brazo al agarrarme a la barandilla.

Si no la hubiera agarrado...

Detengo el pensamiento antes de que pueda terminar.

Miro a Lilia, que duerme en mis brazos. Su respiración es suave. Aún no conoce el miedo. No tiene ni idea de en qué mundo ha nacido.

Pero ella está aquí y a salvo. Eso es todo lo que importa.

Aún así, cada vez que los ojos de Petyr recorren la habitación, agudos y escrutadores, sé que él también lo siente: algo dentro de estas paredes no está bien.

Estamos en casa, pero no nos sentimos como en casa.

Ya no.

39

PETYR

Es una mañana clara y fresca cuando me dirijo al centro de recuperación.

El sol brilla pero es suave, el tipo de luz que hace que la ciudad parezca más limpia de lo que realmente es. El aire trae ese frescor temprano que me recuerda que el verano ya pasó.

Han pasado meses desde mi última visita. Demasiado tiempo.

El edificio se encuentra en una calle tranquila, rodeado de setos podados y puertas de seguridad. No es un lugar para pacientes comunes. Aquí es donde personas con renombre, dinero y enemigos van a desaparecer mientras se recuperan.

Aparco, respiro y salgo.

La culpa me golpea incluso antes de llegar a la puerta. *Debí haber venido antes. Debí haberme dado tiempo.*

Me digo que, cada día desde el despertar de Dimitri, ha habido otro incendio que apagar: la desaparición de Sima, la guerra con los Danilo y, ahora, la bebé.

Excusas, todas ellas.

Aun así, he estado esperando este momento. Quería decírselo. Se merece saberlo todo.

Dentro, el aire huele a desinfectante. He llegado a odiarlo. Cada día que iba al hospital mientras Dimitri seguía en coma, ese maldito olor me golpeaba. Es lo único que recuerdo con claridad de aquellos días.

Eso y la culpa.

Una enfermera me acompaña por el pasillo hasta la sala común. Mis zapatos hacen demasiado ruido contra las baldosas.

Dimitri está sentado junto a la ventana cuando entro, absorto en una partida de ajedrez con un residente mayor. Está más delgado de lo que recordaba. Más pálido.

Pero despierto. Vivo.

Eso es lo que importa.

Sus ojos se dirigen hacia mí. Me pregunto si me reconocerá.

—Hola, Mitya —digo en voz baja.

Dimitri parpadea. Me preparo para la inevitable decepción de su estado mental nublado. Kira me ha estado advirtiendo, después de todo.

Pero luego, contra todo pronóstico, su rostro se ilumina con una sonrisa. —¡Mira quien apareció!

Su alegría me desconcierta. Se parece tanto a como era antes que siento un latigazo cervical. Sobre todo, me reconoce claramente.

Controlo mi cara y me siento junto a su cama. —Te ves mejor.

Suelta un sonido entre risa y tos. —Puto mentiroso. Estoy hecho una mierda —Se gira hacia su compañero de juegos—. ¿Verdad que estoy hecho una mierda, Igor?

—*Da.*

La voz de Dimitri me deja atónito. Porque es *su* voz. La que llenaba cada habitación en la que entraba. Fuerte, resonante. Aún velada por una leve ronquera, pero por lo demás reconocible al instante.

Me obligo a encogerme de hombros y actuar con naturalidad. —Quizás un poco.

Lo miro fijamente a la cara: las ojeras, el temblor en sus manos al tomar agua. Me duele verlo así. Siempre fue el fuerte. El líder. El que nunca flaqueó.

Pero está mucho mejor de lo que imaginaba, y no puedo evitar la oleada de calidez que eso conlleva.

—Tengo noticias —digo—. Eres tío.

Frunce el ceño mientras lo procesa. —¿Mikh dejó embarazada a alguna pobre chica?

—Mikh no —Reprimo una sonrisa—. Me casé.

—No puede ser —Su mandíbula casi roza el suelo. Aparta su tablero de ajedrez—¡Ay, lárgate, Igor!—y me mira como si intentara adivinar si le estoy tomando el pelo.

Mala suerte. No lo estoy.

Debe de verlo en mi cara. —¡Perro! —Me da una palmada en los hombros. Es un poco descoordinado, el golpe demasiado suave, pero aun así me impacta—. ¿Cuándo ibas a decírmelo?

—Técnicamente *sí* te lo dije.

—Decírmelo mientras estaba en un puto coma no cuenta.

—Entonces te lo vuelvo a contar —Ocupo el lugar que dejó Igor y me siento frente a él—. Estoy casado. Mi esposa se llama Sima. Ayer nació nuestra pequeña.

—Tienes una hija —Puedo oír el ligero tartamudeo en su discurso, pero francamente, no es nada comparado con lo que esperaba—.

Que te jodan, hombre. Nunca haces nada cuando estoy cerca. Luego, me duermo un par de meses, y de repente, ¿eres papá? —Intenta silbar por lo bajo y falla. Pero el sentimiento está ahí—. Debería dejar que me disparen más a menudo.

—Ni siquiera bromees con eso.

—Yo soy el paciente. Puedo bromear sobre mi mierda todo lo que quiera. ¿Verdad, enfermera?

La enfermera niega con la cabeza en la puerta, pero también intenta contener una sonrisa.

Típico de Dimitri. Dondequiera que va, es un imán. Domina la sala. Incluso así, todos están pendientes de cada palabra suya. Me vuelve loco.

Maldita sea, lo extrañé.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Cómo está mi sobrina?

—Está sana.

—Qué bien, pero no pregunté eso —Extiende la mano—. Supongo que tienes fotos. A todos los papás se les hace papilla el cerebro cuando tienen un bebé recién nacido.

—¿Crees que soy un cliché?

—No, pero conozco a mi hermano. Le gusta tener sus tesoros cerca —Su palma permanece donde está, extendida.

Sin decir palabra, saco mi teléfono.

La cara de Dimitri se abre en otra sonrisa. —Bien hecho.

Se desplaza con dificultad por el carrete de mi cámara hasta que encuentra una foto de Sima y la bebé, una selfi que me envió. La luz las ilumina justo contra la pared color crema de la guardería.

La expresión de mi hermano se suaviza. —Mira eso. Tienes una familia.

Familia. Después del tiroteo, pensé que nunca volvería a tener eso en mi vida.

Pero entonces apareció Sima. Dimitri se despertó. Mi niña nació.

No creo en milagros, pero mi familia se siente como uno.

—¿Cómo la llamaste? —Me devuelve el teléfono. Su agarre parece más inestable. Como si no pudiera sostener nada más de un par de segundos seguidos.

—Lilia.

—Lilia —Su garganta se retuerce. Mira por la ventana de nuevo, parpadeando rápidamente. Cuando se gira, tiene los ojos húmedos —. A Mamá le habría gustado.

—Sí —digo en voz baja—. Yo también lo creo.

Dimitri deja el teléfono sobre la mesa, a su lado. Por un momento, se queda sentado, respirando lentamente, con la mirada fija en el tablero de ajedrez que abandonó. Veo el esfuerzo que le cuesta mantener la mano firme.

—Bueno —digo—, ¿cómo estás? De verdad.

Se encoge de hombros, como si la pregunta no importara. —Altibajos. Los médicos dicen que estoy progresando, sea lo que sea que eso signifique.

Arqueo una ceja. —¿No les crees?

—Oh, les creo —dice—. Solo no me gusta lo lento que se siente. Pero me siguen diciendo que es normal. El cerebro necesita tiempo para reconectarse. Los músculos necesitan tiempo para recordar — Baja la mirada hacia sus piernas, cubiertas por una manta fina—. Ahora me hacen caminar todos los días. Parezco un borracho intentando encontrar las llaves del coche.

Suelto una risa silenciosa. —Apuesto a que todavía los maldices cada vez.

—Siempre —recupera la sonrisa—. Dicen que es bueno para la moral.

—¿Tuya o de ellos?

—Ambos.

Toma un sorbo de agua. La taza tiembla en su mano. —¿Sabes qué es raro? A veces, me despierto y creo que sigo en el hospital. Miro a mi alrededor y me pregunto dónde se han ido las máquinas. Tardo un minuto en darme cuenta de que estoy aquí.

Asiento. —Es normal.

—Sí. Eso me dicen —Hace una pausa, con la mirada perdida por un momento—. ¿Cuánto tiempo hace que no vienes?

Dudo. Tengo ganas de mentir o de poner excusas, pero no lo hago. —Unos meses.

—No puede ser.

—Desafortunadamente, así es.

—Hermano de mierda —Pero no hay furia en sus palabras—. En fin. Al menos apareciste. No he visto ni rastro de mi querida esposa desde que me encerraron aquí con los jubilados.

Frunzo el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Kira —Me mira como si fuera yo quien necesita una reorganización cerebral—. Hace meses que no la veo.

—No puede ser —Frunzo aún más el ceño—. Viene casi todos los días.

Parpadea, confundido. —No, eso es… Han pasado meses, te lo aseguro.

Eso me deja quieto.

Aquí está. De lo que Kira me advirtió. Me dijo que el progreso de Dimitri no ha sido todo lo que ella deseaba. Estaba dejando que los saltos físicos que ha dado me impidieran ver la verdad: que su mente ya no es lo que era.

Dimitri aparta la mirada. —Quizás tengas razón —dice, como si quisiera cambiar de tema—. El tiempo se confunde —Fuerza una risa, intentando restarle importancia—. Supongo que aún no he vuelto del todo.

—Ya lo estás logrando —Lo digo con convicción. Necesito creerlo también—. No te apresures. Todo volverá a ti.

Su expresión se suaviza. —Me alegra que estés aquí, Petya. La próxima vez, trae a tu esposa y a tu hija, ¿sí? Me encantaría conocerlas.

—Lo haré.

Nos relajamos en silencio. La luz se refleja en la ventana y se refleja en las tenues cicatrices que recorren su cuello.

Es más fuerte de lo que creí. Kira lo hizo parecer como si apenas pudiera mantenerse en pie sin ayuda. Pero está alerta. Comprometido. Haciendo bromas.

Aun así, me preocupa cómo se desvía su mirada. Cómo confunde días, recuerdos, visitas.

Se está recuperando, pero el camino es largo. Al menos ahora, es un camino que está recorriendo.

Finalmente, una enfermera se aclara la garganta junto a nosotros. —El horario de visita termina en diez minutos, caballeros.

—Qué lástima. Me temo que tendremos que acortarlo —Se levanta tambaleándose, con las palmas de las manos apoyadas en la mesa.

Lo veo alcanzar un andador y lucho contra la tentación de llevárselo. Sigue siendo mi hermano mayor, y odiaría mostrarle un poco de lástima.

Finalmente, lo logra. Su mandíbula apretada se relaja con alivio. —Me alegro de verte, hermano. La próxima vez, no seas un extraño tanto tiempo, ¿sí?

—No lo haré —Esta vez, lo digo en serio—. Asegúrate de volver pronto a casa. Así podrás ver a tu sobrina aprender a caminar.

—Entonces, quizá podamos llegar juntos —Señala su andador con la cabeza—. Odio esta maldita cosa.

—Lo quemaremos cuando hayas terminado.

—¡Ja! Me gusta cómo suena. Aunque no creo que sea pronto.

—Sí será —No dejo que mi tono flaquee—. Los médicos te darán el alta y estarás de vuelta en un abrir y cerrar de ojos.

Sonríe con suficiencia. —¿Y volver a ocuparme de Kira a tiempo completo? ¿Seguro que eso es bueno para mi salud?

—Ella te ama, idiota.

—Lo sé —dice con una risita débil—. Solo me gusta darle una razón para gritar.

Por un instante, vuelvo a ver a mi hermano. Completo, firme, agudo. El hombre que solía ser.

Es más de lo que esperaba. Es Dimitri, mi hermano, vivo.

Es *esperanza*.

40

SIMA

Los días y las semanas se funden. Alimentando, meciendo, cambiando. Petyr y yo pasamos casi todo juntos, orbitando alrededor de Lilia como si fuera el sol que nos mantiene vivos.

Es tranquilo. Pacífico.

Demasiado pacífico.

Nunca he sido tan feliz. Y precisamente por eso no confío.

Petyr se pasa las mañanas con ella. La baja en brazos, con el pelo aún húmedo de la ducha, y da vueltas lentamente por la cocina mientras Anya se ocupa del desayuno.

Le habla en ruso, en voz baja y seria, como si fuera uno de sus hombres recibiendo instrucciones para una misión. Es divertidísimo verlo.

Pero entonces Lilia lo mira como si fuera la única persona en el mundo, y todo el humor se desvanece en algo mucho más cálido.

Verlos juntos me produce una sensación extraña. Es una ternura que nunca pensé ver en él. En *nosotros.*

Por la noche, se queda a mi lado mientras la alimento. A veces, se queda dormido en la silla, todavía con la camisa del día puesta, con una mano apoyada en el reposabrazos. Como si estuviera de guardia, incluso en sueños.

Lo molesto por eso, pero en el fondo me hace sentir segura.

Es todo lo que pensé que nunca tendría. Todo lo que alguna vez soñé tener, en realidad, envuelto en el maravilloso bulto que llevo en brazos.

Eso hace que sea imposible relajarse.

Estoy segura de que mi terapeuta tendría mucho que decir al respecto. Profecía autocumplida, rumiación, lo que sea.

Pero la broma es para ella, porque no tengo terapeuta. Y un terapeuta imaginario no puede mirarme con aire crítico desde el otro lado de la habitación ni reprenderme por mis supersticiones.

Toma eso, Doctor Comotellames.

Excepto que no es realmente una victoria. ¿Porque esta actitud mía? Está arruinando todo a mi alrededor.

Cada vez que me río, espero que algo la arruine. Cada vez que Petyr esboza una de sus raras sonrisas, me preparo para que se desvanezca. Es como si me hubieran condicionado a esperar que el mundo me quite las cosas en cuanto empiece a amarlas.

Me digo a mí misma que deje de pensar así. Que viva el momento. Pero la inquietud siempre está ahí, un zumbido silencioso bajo la felicidad.

A veces, me despierto en mitad de la noche y reviso la guardería solo para asegurarme de que Lilia aún respira. Otras veces, me sorprendo mirando a Petyr desde el otro lado de la mesa del desayuno, preguntándome si esta paz es real o si solo estamos fingiendo.

Pasan casi dos meses de esa manera.

El único descanso de la rutina es mi chequeo semanal. Luka me lleva, lo cual es un grato respiro del ambiente sofocante de la mansión. Desde que arreglamos las cosas, se ha vuelto indispensable para mi salud mental. El guardaespaldas golden retriever de mi maldita mamá gata negra.

No me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba tener un amigo cerca.

Debería contactar a Jemma. La idea me invade, cargada de culpa por todas las personas que abandoné. Cada puente que quemé.

Una vez que esta guerra termine, trabajaré en reconstruir cada uno de ellos.

Hoy, de vuelta, dejamos de hacer chistes para sentarnos en un silencio agradable. Hace buen tiempo: soleado, aire fresco, de esos que te hacen sentir como si hubieras empezado de cero. Tengo la ventanilla entreabierta para que la brisa me roce la cara. Lilia duerme en su portabebés a mi lado, y por una vez, todo parece sencillo.

—¿Cómo fue la revisión? —pregunta Luka desde el asiento del conductor.

—La doctora dijo que está perfecta —No puedo evitar que se me note el orgullo en la voz. Nunca entendí a esas mamás que celebraban cada detalle de sus hijos, pero ¿sabes qué? Mi bebé está sana, y eso me hace sentir que vale la pena descorchar una botella del mejor champán de Petyr—. Está creciendo rápido.

—Ya lo veo —Luka tampoco puede evitar sonreír—. Cada vez está más grande. Dan ganas de posar con ella como esos tipos que sostienen un pez grande boca abajo.

—¡¿Verdad?!

—Claro que no voy a hacer eso —Sus mejillas palidecen—. Me importan mis manos. Me encantaría conservarlas.

—Quizás cuando sea mayor —*Y Petyr esté de viaje de negocios al otro lado del Atlántico*, pienso, pero no lo digo, porque no hace falta decirlo. Luka es leal como pocos, pero apuesto a que todavía siente el dolor fantasma de los nudillos de su jefe cada vez que se suena la nariz.

Mi mirada vuelve a Lilia. *Fuerte,* dijo la doctora. *Sana.* Sonrió y me dijo que debería estar orgullosa. Le di las gracias e intenté no llorar de alivio. Cada cita todavía me hace contener la respiración hasta que alguien me diga que puedo volver a respirar. Porque, sí, ese es otro momento en el que espero que todo se vaya al traste.

Luego me dijo algo más.

Yo también estoy sana. Totalmente recuperada. Lista para *todo*.

Lo dijo con tanta naturalidad, como si estuviera hablando del tiempo. No de lo que Petyr y yo llevamos semanas esperando en silencio.

Le di las gracias, sonreí y actué con normalidad. Pero por dentro, se me revolvió el estómago.

Porque sé lo que eso significa.

Petyr nunca presionó. Ha sido paciente, quizá más de lo que esperaba. Pero siempre lo notaba: la baja tensión entre nosotros, cómo su mano se demoraba demasiado en mi cadera, su aliento en mi cuello cuando nos quedábamos dormidos. Ha estado esperando el visto bueno del médico.

Y ahora, lo tiene.

No tengo miedo de volver a estar con él. La verdad es que no. De hecho, lo deseo. El tiempo que hemos pasado juntos ha hecho que sea difícil *no* desearlo. Ha sido más suave, más deliberado. Cada

roce se siente más intenso que antes. La restricción entre nosotros solo ha empeorado el deseo.

Pero debajo de esa calidez, hay una pizca de preocupación que no puedo quitarme de encima.

Una vez dijo que quería empezar a buscar un heredero de inmediato. No lo volvió a decir, desde que nació Lilia, pero no lo he olvidado.

Y lo conozco tan bien como para entender que no cambia de opinión fácilmente.

Quiero tener más hijos. *Sí* quiero. Algún día.

Solo no ahora.

Primero quiero tiempo para respirar. Para descubrir cómo ser madre de esta niñita antes de intentar serlo de nuevo. Quiero dedicarle toda mi atención, sin dividirla entre dos llantos, dos biberones, dos vidas. Quiero conservar esta frágil paz todo lo que pueda antes de que la vida la complique de nuevo.

No estoy segura de cómo decirle todo esto a Petyr.

Mientras el coche gira hacia el camino de entrada, miro por la ventana las altas puertas de hierro que se cierran detrás de nosotros.

Petyr ya está allí. Está de pie en lo alto de las escaleras, con las manos en los bolsillos y el abrigo todavía puesto, como si acabara de regresar.

En cuanto nos ve, su actitud se suaviza. Es sutil, pero lo noto. La tensión en sus hombros se alivia, su boca se curva levemente. Casi una sonrisa.

Nos recibe a mitad de las escaleras. —¿Cómo te fue?

—Bien —Sonrío y desabrocho a Lilia del asiento—. Muy bien. La doctora dice que está creciendo como un repollo fuerte y sano.

—Un repollo.

—Quizás no sean sus palabras exactas.

La diversión brilla en sus ojos. Su mirada se dirige a la bebé y luego a mí. —¿Y tú?

—Yo también estoy bien —Hago una pausa para darle un toque de efecto—. Ya estoy completamente recuperada. Lista para todo.

Su rostro ensombrece un poco. No por la ira, sino por algo más intenso. —¿Todo?

—Todo.

Detrás de nosotros, Luka se aclara la garganta. —Voy a ver si Anya necesita ayuda con la… estufa —murmura antes de escabullirse rápidamente.

Petyr y yo nos quedamos así. Siento cómo se transforma el aire entre nosotros. —Me alegra oír eso —dice finalmente. Su voz ahora es más áspera. Casi ronca.

Se acerca. Su mano me aparta un mechón de pelo de la cara. Mi corazón se acelera, soy incapaz de quedarme quieta cuando las manos de Petyr me tocan, aunque solo me arreglen el pelo.

Aunque ambos sabemos que no es eso lo que realmente está haciendo. —¿Segura que te sientes con ganas?

—Claro que sí —Intento sonar despreocupada, aunque me estoy derritiendo poco a poco—. Es lo más sano. Son órdenes del médico, ¿no?

Sus labios se contraen de nuevo con diversión. —Más tarde —dice, y me quita el portabebés—. Por ahora, deberías descansar.

Su tono es suave, pero sé lo que hay debajo: una impaciencia oscura y acalorada, con un matiz de anticipación.

Y no puedo negar la chispa de nervios que me recorre. La emoción que se mezcla con la preocupación en mis entrañas.

Porque sé exactamente lo que significa *más tarde*.



Después de cenar, la casa se queda en silencio. Lilia duerme en su cuna, con su respiración suave y regular. El suave zumbido del monitor de bebé llena la habitación mientras me miro en el espejo del baño.

No he usado la lencería que me compró Petyr desde que regresé. La verdad es que no ha habido ninguna ocasión especial. Todo el sexo que hemos tenido ha sido impulsivo, un acto de deseo y codicia que ninguno de los dos ha podido controlar.

Esta noche es diferente.

Parpadeo al verme reflejada. No sé por qué me siento como un payaso de circo, pero así es. No estoy acostumbrada a estar toda arreglada. La verdad es que no tenía ningún motivo para hacerlo antes de Petyr, y después… nunca tuvo la paciencia de esperarme.

No que me importe.

Me pongo nerviosa al mirarme. El encaje se siente extraño en mi cuerpo. Después de meses usando solo las mejores mezclas de algodón de Walmart ahí abajo, se siente raro tener una tela áspera y hermosa cubriéndome.

Bueno, *casi* me cubre.

Mi mirada se detiene en las estrías de mi vientre. Un recordatorio desagradable de que mi cuerpo ya no es lo que era. Hay líneas tenues donde antes no las había, curvas más suaves, pequeñas cicatrices que me recuerdan lo que pasé para traer a nuestra hija al mundo. Intento no pensar demasiado en ello.

Me quedo un momento en la puerta. Mi corazón late fuerte.

Luego salgo del baño y entro al dormitorio.

Petyr está de pie junto a la cama, con la camisa medio desabrochada. Siempre parece la definición del diccionario de "ganador de la lotería genética", pero esta noche, solo verlo me hace respirar entrecortada y acelerada.

Quizás fue porque sabía que no podía tenerlo como lo deseaba mientras me recuperaba. Me condicioné, me enseñé a no buscarlo con demasiada atención. Porque si lo hacía, el deseo sería insoportable.

Su mirada se fija en mí. La sorpresa brilla por un segundo en sus ojos.

Decido actuar antes de perder todo el valor.

La bata de seda se desliza contra mi piel mientras desabrocho el cinturón antes de abrirla. Debajo, la lencería que elegí es de encaje negro. Sencilla, pero elegante. Uno de sus regalos.

Había olvidado lo que era vestirse así. Querer hacerlo.

Por un instante, su expresión es indescifrable. Entonces, algo oscuro y hambriento brilla tras sus ojos, y me quedo sin aliento.

La tensión que se ha acumulado entre nosotros durante semanas se rompe en un instante.

Cruza la distancia que nos separa. Sus manos encuentran mi cintura, firmes pero cuidadosas, y me atraen hacia él hasta que puedo sentir su latido contra el mío.

No espera a que hable. Ni, Dios no lo quiera, a que llegue a la cama. Simplemente me besa, profundo y desesperado, como si lo ansiara.

Yo también.

Me derrito en él. Mis manos se apoyan en su pecho. Su calor se filtra a través de la fina tela, me ancla incluso mientras mi pulso se acelera.

Cuando sus labios recorren mis caderas, siento la vacilación. Su tacto cambia. Más ligero, casi vacilante.

—Petyr —susurro y me aparto lo suficiente para mirarlo a los ojos.

Me examina la cara en voz baja. —Ya me dirás si te duele.

Me toma un segundo darme cuenta de lo que quiere decir. Sonrío, levemente, pero con seguridad. —Estoy bien.

Frunce el ceño. —Sima…

—Estoy bien —repito, esta vez con más firmeza. Luego deslizo mis manos por su pecho, rodeo su nuca con los dedos y lo atraigo más cerca—. No tienes que preocuparte por romperme —Una sonrisa burlona se dibuja en mis labios—. Aunque puedes intentarlo.

Exhala bruscamente, algo entre una risa y un gruñido, y me besa de nuevo. Esta vez, no hay vacilación. Sin miedo.

Me derrito en el beso y caigo de nuevo en la cama.

41

PETYR

He estado conteniéndome durante semanas y ha sido una maldita tortura.

Verla pasar junto a mí con esas camisetas suaves y esos jeans ajustados… Verla responder, reír, morderse el labio cuando pensaba que no la estaba mirando… Eso fue minando mi control.

Cada noche que he pasado sin poder tocarla, he tenido que recordarme que acaba de dar a luz a mi hija. No podía arriesgarme a hacerle daño. Necesitaba ser mejor que esto.

Pero la mirada en sus ojos ahora… *Blyat'.*

Esa sonrisita mata la promesa que me hice. La reduce a cenizas.

Me muevo sin siquiera pensarlo. Mi mano encuentra su mandíbula. La atraigo hacia mí y la beso con tanta fuerza que la dejo sin aliento.

El sonido que hace contra mi boca es mitad gemido, mitad lucha, y quiero ambos.

Mi lengua se abre paso entre sus labios. Sabe tan dulce que no sé cómo pude resistirme tanto tiempo.

Cuando se deja caer de nuevo en la cama, la agarro de la muñeca y la sujeto por detrás. La forma en que se estremece me dice que ha estado esperando esto tanto como yo.

La giro y la empujo suavemente contra el colchón. Sus palmas se hunden en el edredón.

Le desgarro la ropa. No me molesto con la delicadeza. La lencería que le elegí le queda espectacular, pero apuesto a que se verá mejor sin ella.

Le agarro las bragas con dos dedos y tiro. El sonido de la tela al rasgarse llena el espacio.

Ella jadea y se retuerce, gime un débil —¡Petyr! —y eso solo me pone más duro.

Cuando le bajo el sostén, sus senos se desbordan en mis manos. Paso mis pulgares sobre sus pezones hinchados, observándolos endurecerse solo para mí.

Sima se sacude e intenta darse la vuelta, pero la mantengo quieta presionando una palma entre sus omóplatos.

Dijo que quería que la rompiera. Que aprenda lo que eso significa, joder.

—Dime que no te gusta —gruño contra su oído. Mi aliento le roza el cuello mientras le pellizco los pezones.

Se estremece con fuerza en mis brazos, se aprieta contra mí sin control. Su cuerpo la delata a cada paso. Aunque no hable, puedo oír su respuesta con claridad.

La pellizco con más fuerza. Giro. Ella se arquea y un grito bajo sale de su garganta.

—Te gusta cuando duele —susurro—. Cuando escuece un poco. ¿Verdad, *lisichka*?

—Petyr… —Su voz se quiebra al pronunciar mi nombre. Ese sonido me hace perder la última pizca de paciencia que me quedaba.

Mi mano se desliza hacia abajo. Sobre su vientre, más allá del borde de su ropa interior. Está empapada, su piel caliente y ansiosa, y eso me vuelve loco.

Gimo contra su piel. —Joder. Ya estás chorreando por mí.

Mis dedos encuentran su clítoris y lo rodean una, dos veces. Sima se retuerce contra mí. No he podido tocarla en semanas, y la presión debe de haber aumentado, porque no tarda en empezar a gemir.

Pero no he terminado con ella. Ni por asomo.

Deslizo mis dedos más abajo y empujo dentro. Su calor casi me deja sin aliento. Se agarra a la cabecera para mantener el equilibrio, sin aliento, con la cabeza inclinada hacia adelante.

Empujo mis dedos más profundamente. Ella los aprieta con fuerza.

—Mírate —murmuro—. Con toda esa actitud, te derrites en cuanto te toco.

Gime. Su cuerpo ya tiembla. Le meto un segundo dedo y se lo meto hasta que jadea.

Sus caderas empiezan a moverse, lentas y desesperadas. Intenta callarse, pero los gemidos se le escapan entre los dientes.

—Dilo —le digo—. Dime cuánto te gusta.

Ella niega con la cabeza. Sigue aferrada a ese orgullo obstinado, incluso ahora.

Empujo mis dedos más adentro. Los enrosco justo en su lugar hasta que jadea. Sus rodillas casi ceden.

—Dilo —repito.

—Sí, me gusta —susurra. Su voz está destrozada—. Me encanta. *Me encantas*.

—Eso es jodidamente cierto.

La embisto de nuevo hasta que tiembla por completo. Su sebo me cubre los dedos. Los saco solo para oír el sonido húmedo, y luego vuelvo a meterlos, esta vez con más fuerza. Grita cada vez. Si sigo así, la sentiré apretarse a mi alrededor en segundos.

Pero de nuevo… aún no he terminado.

Su cuerpo es perfecto así. Sonrojada, temblorosa, presionada contra la cama con mi mano entre sus muslos. La veo perder el control, ver cómo la lucha la abandona poco a poco. Cada vez que respira me arranca una maldición.

Me acerco, mi boca en su cuello. —No tienes ni idea de lo que me haces —digo en voz baja y ronca—. Ni puta idea.

Gira la cabeza, con los ojos vidriosos y la boca abierta. —Muéstrame.

Mi pulso se acelera. El desafío regresa a su mirada, esa chispa que me vuelve loco.

Aprieto mi frente contra la suya y la inspiro. —Cuidado con lo que pides, zorrita —murmuro—. Puede que lo consigas.

Aparto mis dedos de ella. El jadeo que suelta suena doloroso, casi animal.

La volteo, su cara ahora está hacia mí. Por un segundo, solo *miro.*

Es hermosa de una manera que me molesta. Demasiado tierna para este mundo, para mí. Y aun así, me mira con sus grandes ojos de cierva, completamente confiada. Quiere ver qué pasa después. Lo anhela como ninguna otra cosa.

Le quito lo que queda de ropa y luego le separo los muslos.

Su cuerpo se tensa, pero no se aparta. Me inclino hasta que mi boca queda suspendida justo encima de ella. Su aroma me impacta. Dulce, irresistible. Me hace perder el control.

Le beso la parte interior del muslo. Sima se queda sin aliento. Aprieta las sábanas con fuerza. —¡Petyr…!

Quiero perderme en ese sonido. En *ella*.

Se retuerce con fuerza sobre mí. Sus piernas me rodean el cuello. Si no fuera tan fuerte, no podría respirar con la llave de estrangulamiento.

Bajo la cabeza, le beso el muslo de nuevo, más despacio, y luego me acerco hasta sentir su calor contra mis labios. La aspiro. Su aroma me marea. Le doy otro beso justo donde más lo necesita.

Sus dedos se enroscan en las sábanas. Me quedo ahí, saboreándola suavemente, provocándola. Extraigo cada pequeño sonido que sale de su boca hasta que apenas puede susurrar mi nombre.

Luego entierro mi cara entre sus muslos y comienzo a chupar su clítoris.

Se retuerce con fuerza sobre mí, un movimiento desesperado e incontrolable que me aprieta los hombros con sus muslos. Su cuerpo se estremece. Cada sonido que sale de ella es crudo, necesitado.

Arrastro mi boca más arriba, más lentamente, hasta que ella tiembla contra mi lengua.

Su sabor me vuelve loco. La atraigo más hacia mí, manteniéndola quieta mientras la sigo acariciando sin descanso. El resto del mundo desaparece hasta que solo puedo oírla jadeando mi nombre y el ritmo de sus latidos bajo mis palmas.

Cuando por fin se deshace, me quedo ahí y la lamo. La respiro, siento su pulso vibrar contra mi boca, dejo que me apriete tanto como quiera. Puedo con ello. Puedo con todo lo que me dé.

Luego, cuando se queda quieta de nuevo, levanto la cabeza y la miro a los ojos.

Me recuesto sobre mis rodillas. Sus piernas aún están sobre mis hombros. Mi respiración es agitada, irregular.

Miro su cuerpo enrojecido, aún conmocionado por las réplicas. Su cabello está revuelto sobre las sábanas. Tiene los labios entreabiertos y los ojos entrecerrados.

Aún no. Aún no he terminado contigo.

La agarro por las caderas y la atraigo hacia mí. —Última oportunidad para echarte atrás, *lisichka.*

Me mira parpadeando con los ojos entrecerrados. El deseo que esconde es inconfundible. —Te he echado de menos —susurra—. Tanto.

Sé lo que quiere decir. Lo que me ruega que haga.

Pero no necesita rogar. Porque si no estoy dentro de ella en los próximos cinco segundos, me volveré loco.

La primera embestida entre sus pliegues me hace maldecir en voz baja. Hacía mucho que no la sentía así. Apretada, húmeda, la atracción más profunda con cada centímetro.

El sonido que sale de su boca cuando la penetro es suave y entrecortado. Observo su rostro mientras me muevo, cómo su expresión cambia del deseo a la necesidad.

Ella jadea y se arquea. Sus manos se deslizan sobre mis hombros. Sus uñas se clavan en mi piel. Gimo, bajo y fuerte. El sonido sale directamente de mi pecho.

—Petyr —susurra sin aliento. Apenas lo oigo, pero me golpea en el estómago.

Sostengo su mirada. Mi ritmo se ralentiza por un segundo. Sus ojos se encuentran con los míos, abiertos de par en par. Casi me

deshace.

—No me mires así —digo con voz áspera. Empujo las caderas hacia adelante de nuevo. Ella grita, agarrando con más fuerza—. Me vas a hacer perder el control.

—Tal vez quiera hacerlo —susurra ella.

Maldigo y me muevo con más fuerza. Más rápido. La cama cruje, el sonido de piel contra piel llena la habitación. Fuerte, sucio.

Sus piernas se cierran alrededor de mi cintura. Me alcanza a mitad de camino con cada embestida. No está quieta y silenciosa como la primera vez que lo hicimos. Me cede, lo recibe todo, me araña la espalda como si quisiera marcarme. Cada roce de sus uñas me arranca un sonido.

Aprieto mi boca contra su garganta. La muerdo suavemente y luego chupo hasta que vuelve a jadear mi nombre. Quiero su voz en mi oído. Necesito que su sonido ahogue todo lo demás.

Su cuerpo se mueve bajo el mío. Ya no hay ritmo, solo calor y deseo.

Le pongo una mano junto a la cabeza y la otra en el muslo para mantenerla abierta. —¿Te gusta esto? —pregunto con voz áspera—. ¿Te gusta estar llena de mí así?

Asiente frenéticamente. Un pequeño ruido escapa de su garganta, casi un sollozo.

La penetro con más fuerza. Dentro y fuera hasta que los sonidos son obscenos. Ella se aprieta a mi alrededor rápidamente después de eso, demasiado destrozada para aguantar más.

La siento correrse. Su cuerpo me aprieta, las paredes apretadas alrededor de mi polla. Grita, pero no me detengo. La follo hasta que lágrimas de placer corren por sus mejillas.

Un empujón más. Luego otro. Y yo también me rompo.

El fuego me inunda cuando me corro dentro suyo. Mi cuerpo se sacude. Es eterno, pero no puedo dejar de follarla, incluso mientras me corro profundamente en su interior, llenándola hasta el borde.

Por un momento, solo oigo nuestras respiraciones, ásperas y agitadas. La huelo en mi piel, en las sábanas. El aire está impregnado de ella.

Bajo sus piernas lentamente y me inclino. Mi frente descansa contra la suya. Ambos estamos empapados de sudor, con la piel pegajosa al tocarnos. Su aliento me golpea el cuello, cálido y tembloroso.

No me muevo. Debería retirarme, decir algo, pero no lo hago.

Me quedo allí, enterrado dentro de ella.

42

SIMA

Mi cabeza todavía está dando vueltas.

Estoy acurrucada contra el pecho de Petyr, con la mejilla pegada a sus músculos firmes. Su piel está cálida, resbaladiza por el sudor, y puedo sentir el lento latido de su corazón en mi oído. Cada respiración me eleva y me conecta con los pies en la tierra cuando todo lo demás sigue pareciendo irreal.

Su mano se desliza perezosamente por mi espalda, trazando pequeños círculos con un dedo. Si no estuviera completamente agotada, estaría temblando del toque. En cambio, simplemente suspiro y dejo que dibuje allí las formas que quiera.

Es extraño. Momentos de calma como estos me ponían tensa. Esperaba el filo, la crueldad de Petyr, en cuanto nuestros cuerpos dejaban de hablar.

Ahora, solo me hacer sentir… segura. Todo. De una forma que no me había sentido en mucho tiempo.

Él me mira y me pregunta—: ¿Estás bien?

Me río, todavía levitando a medias. —Más que bien —Siento mis extremidades como cera derretida. Suaves, estiradas y doloridas de la mejor manera. Creo que no podría moverme ni aunque lo intentara.

No es solo la parte física lo que me abruma. Es lo que *significa*. Que me permití desearlo. Que no dejé de desearlo, ni por un instante. Que una parte de mí quería ser vista, tocada, reclamada.

Petyr sonríe al oír mis palabras. Esa sonrisa silenciosa que tira de una comisura de su boca, tan rara y preciosa.

Pero entonces su expresión cambia. Me mira con intensidad. Su pulgar me aparta un mechón de pelo de la frente.

—Sé que casarte conmigo no fue lo que jamás planeaste —dice—. Solo quiero que sepas que te estoy agradecido. Por todo.

—No tienes que agradecerme —protesto—. Yo…

—Sí, tengo que, Sima —Su tono es firme, pero no cruel—. Convertiste esta casa en un verdadero hogar. Me diste una hija preciosa. Te quedaste incluso cuando tenías todas las razones para marcharte —Me da un beso suave en la cabeza—. Así que, gracias.

Petyr no habla así. Da órdenes, amenazas, algún que otro cumplido que merece la pena anotar en el calendario. La gratitud no está en su vocabulario.

O al menos no lo estaba. Quizás las cosas sí hayan cambiado.

Extiendo la mano y le toco el pecho. —No tienes que agradecerme —susurro—. Tú también me has dado cosas.

Arquea una ceja. —¿Cómo qué?

—Una vida en la que ya no siento que estoy corriendo.

Durante mucho tiempo, sobrevivir fue todo lo que conocí. Cada día se trataba de anticiparme al peligro, de no dejarme ver. Vivir bajo un nombre que no era el mío.

Y ahora, de alguna manera, estoy aquí. He construido algo. Aunque empezó como una jaula, ya no lo parece.

Se siente como un hogar.

Petyr no dice nada. Los discursos nunca fueron su especialidad, después de todo. Simplemente exhala lentamente y me acerca más.

Siento sus labios presionándose contra mi cabello. No es un beso, no exactamente. Es más bien una promesa que no sabe cómo expresar con palabras.

Pero no importa. No lo necesita. Puedo oír todo lo que intenta decirme.

Mi mano descansa sobre su pecho, su latido firme bajo mi palma. Pienso en todo lo que nos ha traído hasta aquí: las mentiras, las peleas. La forma en que intentamos destruirnos antes de intentar sanarnos.

No sé qué vendrá después. Si algún día tendremos una vida normal.

Pero por primera vez, no tengo miedo del mañana.

—¿Quieres algo? —pregunta Petyr un rato después—. Lo que sea.

Parpadeo. —¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros y se apoya en la cabecera. —Nunca pides nada. Quiero darte algo. Así que dime. ¿Qué quieres?

Me río suavemente. —Ya me lo das todo.

Él levanta una ceja. —¿Todo?

—Básicamente —digo con una sonrisa—. Te aseguras de que tenga mi propio dinero. De que pueda tomar mis propias decisiones sin tener que preguntar. Me tratas como… —Hago una pausa y busco la palabra adecuada—. Como tu igual.

—*Eres* mi igual.

Esa simple respuesta me duele el pecho. Para alguien que se ha pasado la vida dando órdenes, parece que lo dice en serio.

—Nunca pensé que tendría esto —admito en voz baja—. Un hogar. Una familia. Alguien que no me haga sentir que estoy a un paso de perderlo todo.

Me observa atentamente. —Entonces, ¿no hay nada más?

Dudo.

Tengo todo lo que quiero. Es verdad. Lo *tengo.*

Pero hay un vacío en mi corazón que ha estado ahí desde que tenía doce años. He aprendido a sanar a su alrededor, a construir mi vida lejos de él. Y, sin embargo, todavía puedo sentirlo. Ese vacío donde antes había algo.

No… *alguien*.

—Hay una cosa —admito en voz baja.

—Dime.

Sigo la tinta de su brazo con la yema del dedo, intentando ganar tiempo. —Mi hermana. Lara. A veces, todavía pienso en ella.

Petyr se queda callado y espera que encuentre las palabras.

—Era seis años mayor, pero siempre me cuidaba. Cuando mi padre empezaba a gritar, me llevaba a su habitación y ponía una película. Subía el volumen para que no lo oyera. Me decía que nos escondíamos de los monstruos —Sonrío levemente—. Era la única que me hacía sentir segura.

Él asiente. —Lo recuerdo.

Por supuesto. Petyr no es de los que olvidan algo así. Cuando me sinceré con él, le di otra parte de mí, y él lo sabe. Incluso en sus peores momentos, siempre ha tratado esa parte con absoluta amabilidad.

Supongo que si alguien sabe lo que es perder a un hermano a quien amas, es él.

Que recuperara a Dimitri fue un milagro. Y quizá espero demasiado, pero a veces desearía tener eso también. Un pequeño milagro propio.

—¿Alguna vez supiste adónde fue? —pregunta Petyr, rompiendo el silencio.

—No lo sé —susurro—. Después de escapar, no volví a saber de ella. Ni siquiera sé si está viva. Me gusta pensar que logró escapar. Quizás tenga familia en algún lugar. Gente que la quiera.

Petyr me toca para tranquilizarme. —Quieres encontrarla.

—Solo quiero saber que está bien —Trago saliva para aliviar el nudo en la garganta—. Incluso si no vuelva a verla, solo…

Me mira un buen rato. Luego me levanta la barbilla y dice—: La encontraremos.

La seguridad en su voz me aturde. No hay vacilación, ni rastro. Es una promesa. Un juramento.

Si hay algo que Petyr no toma a la ligera, son los juramentos.

Exhalo lentamente. —¿Harías eso por mí?

—Haría cualquier cosa por ti.

Debería sonar a cliché, pero no. Porque Petyr no dice ni una palabra que no sienta. Jamás.

Y por primera vez desde que tenía doce años, me permito volver a creer en los milagros.

43

PETYR

A la mañana siguiente, no puedo dejar de pensar en lo que dijo Sima.

Podría haber pedido cualquier cosa. Dinero. Autos. Una casa nueva. Se la habría entregado sin pensarlo dos veces. Pero lo único que quería era saber si su hermana estaba viva.

Eso me dice todo sobre ella.

La historia que me contó anoche me da vueltas en la cabeza. Su padre gritando. Su madre encogiéndose. Su hermana adolescente haciéndose la adulta, subiendo el volumen de una película para ahogar el ruido. Lo veo con demasiada claridad, como si hubiera estado allí.

Y me hace hervir la maldita sangre.

Su padre no es un hombre. Es un cobarde que construyó su imperio sobre el miedo y el dolor. Si aún respirara, le rodearía el cuello con las manos y le apretaría hasta que no quedara nada.

Mi padre también era un hombre duro, pero nunca así. Exigía lealtad, disciplina y control. Quería que sus hijos fueran fuertes.

Pero nunca nos puso la mano encima con ira. Nunca hizo que mi madre tuviera miedo de respirar en su propia casa. Puede que fuera despiadado con los demás, pero con nosotros era humano.

El padre de Sima no merece compartir el mismo aire que tuvo mi padre.

En mi escritorio de la oficina en casa, reviso los resultados de la búsqueda, la luz azul del monitor se recorta contra la oscuridad. El nombre de Lara Danilo aparece una y otra vez en registros antiguos y redes sociales, pero un registro me deja paralizado.

Lara Volkov.

Abro el archivo y miro el nombre al lado del suyo.

Timur Volkov.

Mierda.

Me recuesto en la silla y exhalo lentamente. Conozco de sobra el nombre de Timur Volkov. Es un tipo duro. Cruel, codicioso, una reliquia de una generación anterior de hombres de la Bratva que creen que el miedo es lealtad y la violencia es amor.

Ver a la hermana de Sima atada a un hombre así… Tiene mucho sentido. Con razón Sima huyó. Que se estremeciera cada vez que se mencionaba la palabra *matrimonio.*

Si esta ha sido la vida de su hermana durante los últimos trece años, solo puedo imaginarme lo que le ha hecho. Los horrores que ha soportado.

Peor aún, Sima también pudo imaginárselo. No necesitó saber quién era su marido con todo detalle para darse cuenta de lo malo que sería para ella. Incluso a los doce años, era la persona más inteligente de la sala.

Y la más amable. Siempre, siempre la más amable.

Encuentro la fecha de la boda. La foto adjunta al recorte de prensa.

Lara tiene dieciocho años en la foto. Apenas una niña, de pie junto a un hombre con edad suficiente para ser su abuelo. La mano de él está en su cintura, con un rostro triunfante y cruel.

La expresión de Lara dice todo lo que no pudo expresar en voz alta. Su sonrisa parece congelada y forzada. En el fondo, está aterrorizada, y cualquiera con un mínimo de compasión habría puesto fin a esta locura en ese mismo instante.

Está claro que Nikolai Danilo ni siquiera tenía eso. Ni siquiera cuando se trataba de sus propias hijas.

Sigo navegando, pero la información pública se acaba rápidamente. Timur siempre mantuvo su vida privada en un lugar oculto, como la mayoría de los hombres de su clase. Lo que encuentro es, en el mejor de los casos, superficial: sin direcciones, sin foto actual, solo rumores y especulaciones.

No es suficiente.

Cojo el teléfono y llamo a Luka. —Necesito revisar un expediente —digo—. Timur Volkov. Viejo adinerado de la Bratva. Casado con una mujer llamada Lara Danilo hace trece años. Averigua dónde están y con quién están.

Casi puedo oír el ceño fruncido de Luka a través del teléfono. —¿Lara Danilo? ¿Quieres decir que es…?

—La hermana de Sima —digo—. ¿Eso va a ser un problema?

Duda un instante. Sé que le pido demasiado. Los Danilo le han hecho más daño que a la mayoría.

Pero, a pesar de eso, siguió protegiendo a Sima cuando era necesario. Ese es el tipo de hombre que necesito para un trabajo como este. Alguien capaz de ignorar la enemistad sangrienta entre nuestras Bratvas y hacer lo correcto.

No puedo pensar en nadie mejor.

Finalmente, Luka exhala. Cuando vuelve a hablar, su voz es segura. —No, jefe. Lo haré.

—Bien. Espero novedades.

Cuelgo y vuelvo a mirar la foto en la pantalla. Los labios de Lara están torcidos en una parodia de sonrisa, lo mejor que pudo hacer dadas las circunstancias, pero sus ojos no mienten. Están abiertos de par en par por el miedo.

Reconozco ese tipo de mirada. La que dice que ya aprendiste a no esperar ser rescatado.

Si está viva, la encontraré. Si no, encontraré a quien le robó su futuro.

De cualquier manera, no me detendré hasta saber la verdad.



Después, me dirijo al almacén. Mis hombres ya están reunidos cuando llego. El aire está denso de humo. El murmullo de voces se apaga en cuanto me ven entrar.

Mikhail e Iván están al final de la mesa. Parecen estar discutiendo en voz baja sobre algo hasta que me ven. Iván se endereza, mientras que Mikhail se reclina, con los brazos cruzados, una sonrisa burlona en su boca, como si esperara un espectáculo. Sabe lo que significa mi presencia aquí.

Venganza.

Los últimos dos meses he estado muy ocupado. Con Sima, Lilia y los asuntos del negocio.

Pero no he olvidado lo que hicieron los Danilo. El ataque contra Misha y yo. Creyeron que podían quitarnos la vida en mi territorio y presumir de ello.

Sobre mi maldito cadáver.

Me siento a la cabecera de la mesa. —Ya basta de defendernos —empiezo—. Si golpeaste a mi gente, te pagaré con la sangre. Lo que pasó en el Ruso Blanco no puede quedar impune.

La sonrisa de Mikhail se ensancha. —Me alegra tenerte de vuelta de tu baja por paternidad, primo. ¿A quién despellejaremos primero?

Reprimo una sonrisa y las ganas de negar con la cabeza. Mikhail se ha vuelto invaluable para mí en los últimos meses. Desde que me apoyó contra Anatoli, ha estado tomando el relevo de Lev. Admirablemente. Nunca me molestó mientras estaba cuidando de Lilia y Sima, a menos que fuera cuestión de vida o muerte. Él e Iván mantenían todo a flote y a todos los demás bajo control.

Pero estaba deseando esto. Se le nota en la cara.

Eso es bueno. Necesitaré que mis hombres estén motivados para lo que viene.

Me vuelvo hacia los demás. —A partir de esta noche, quiero que tres de sus *brigadier* claves desaparezcan. Que sea limpio, pero que sea ruidoso. Quiero que sus familias se despierten mañana sabiendo lo que pasa cuando un Danilo cruza mi línea.

Iván exhala y se frota la mandíbula con la mano. —Eso armará un infierno, Petyr. ¿Seguro que quieres que sea ruidoso?

—No pido opiniones —digo—. Quiero que recuerden esta noche.

Mikhail sonríe. —Ya era hora de que dejáramos de fingir que somos los buenos.

—Nos movemos esta noche —digo—. Iván, tú coordinarás el transporte. Mikhail, quiero que tus hombres cubran las rutas de salida. Oleg, tú te encargas de la limpieza. Sin testigos, sin vacilaciones.

Iván asiente. Puede que no lo apruebe, pero mi tío no es de los que desobedecen una orden. Además, sabe cómo va esto. Hay que hacerlo, le guste o no. —Entendido.

Deslizo una carpeta por la mesa. Mikhail la abre y revisa los nombres. —¿Lo quieres brutal?

—Sí —Mi voz no sube. No tiene por qué hacerlo—. Que sea un mensaje.

Iván se inclina hacia adelante. —¿De qué brutalidad estamos hablando?

Lo miro fijamente a los ojos. —Asegúrate de que necesiten un dentista para identificar los cuerpos. ¿Eso es suficientemente brutal para ti?

Iván suspira. Mikhail vuelve a sonreír, esta vez con más intensidad. —Perfecto.

La sala se queda en silencio por un instante mientras los hombres toman sus tareas. Luego, todos empiezan a moverse.

Las órdenes vuelan. Rutas, armas, vehículos. El ritmo es como la memoria muscular. El olor a metal y aceite de armas flota en el aire. Se siente como si el pasado volviera a entrar sigilosamente.

La Bratva Gubarev lleva demasiado tiempo defendiendo. Esta noche, verán lo que significa cuando ataquemos. Entenderán que no soy el tipo de *pakhan* que deja pasar las cosas.

Mientras esté en este trono, estará cubierto de la sangre de mis enemigos.

Pase lo que pase.

CUANDO TERMINA LA REUNIÓN, me voy a casa. La casa está tranquila y en paz. Un marcado contraste con todo lo que he estado preparando.

Arriba, Sima está dormida. Lilia empieza a inquietarse en su cuna cuando me oye entrar en la habitación.

La levanto y la mezo, despacio y con firmeza, como siempre la tranquiliza. Recuesta la cabeza en mi hombro. Huele a leche y jabón.

Me quedo así un rato. Horas, quizá. Cuando estoy con mi hija, tiendo a perder la noción del tiempo. No es la mejor costumbre para un *pakhan,* pero me dicen que es lo que hacen los papás.

En algún momento, mi teléfono vibra en el bolsillo. Un mensaje de Iván.

Hecho.

Me quedo mirando la pantalla un segundo antes de bloquearla y guardarla en mi bolsillo. Lilia suspira en sueños, pequeña y tranquila, como si nunca ha sabido cómo es el mundo fuera de esta casa.

La abrazo más fuerte.

Ese mundo puede mantenerse muy jodidamente lejos de ella.

44

PETYR

El ático de Misha está más limpio que cualquier casa de soltero. Huele más a lino y lavanda que a whisky y mujeres, lo que solo puede significar que alguien más lo ha mantenido así durante su ausencia.

Aunque no es una pareja, si tuviera que adivinar. No hay rastro de toque femenino por ninguna parte. Es el rascacielos clínico de un soltero empedernido. Casi una copia exacta de mi ático antes de Sima.

Sima. Últimamente, siento cada vez más que su llegada a mi vida fue un acontecimiento histórico. De esos que marcan un antes y un después.

Ella me dio tanto y sólo pidió una cosa a cambio: que encontrara a su hermana.

Sí que no le voy a fallar.

Misha está sentado en el sofá cuando entro. Tiene el brazo en cabestrillo, pero por lo demás, se ve sano. Aún tiene una cicatriz en el costado del cuello, rosada, pero cicatrizando, aunque probablemente nunca desaparezca del todo.

—Petyr —saluda con un asentimiento, pero no se levanta—. No esperaba que vinieras.

Cierro la puerta tras de mí. —Vengo a cobrar.

Él frunce el ceño. —¿Cobrar?

—La deuda —digo—. Me dijiste que me debías una.

Misha suelta una carcajada y se recuesta en el sofá. Me hace un gesto para que me siente también, y lo hago. —Lo hice. No pensé que lo cobrarías tan rápido.

—No lo tenía pensado —admito—. Pero le hice una promesa a mi esposa. Y creo que eres la única persona que puede ayudarme.

Eso llama su atención. —Bueno, pues cuéntamelo. Haré lo que pueda por Sima.

—Me pidió que buscara a alguien —le digo—. A su hermana. Lara Danilo.

Misha frunce el ceño. —¿Danilo? O sea…

—Sí —lo interrumpo—. Del lado de su padre. Los mismos que intentaron cortarme la cabeza hace dos meses.

—Así que tu esposa es la hija del hombre al que intentas enterrar —Niega con la cabeza, pero una sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios—. Veo que tienes talento para las mujeres complicadas.

—Solo circunstancias complicadas, aunque espero simplificarlas enterrando a su padre, como dijiste.

—Supongo que su hermano fue quien nos disparó —Su mirada se fija en la mía—. También lo enterraste. Me pregunto cómo le habrá sentado.

—Con el debido respeto, eso no es asunto tuyo, amigo.

Sonríe con suficiencia, como si hubiera esperado mi respuesta. —Muy bien. ¿Qué necesitas de mí?

—He encontrado parte del rastro —digo—. Lara se casó con Timur Volkov a los dieciocho años.

El rostro de Misha se endurece al instante. Pasa de abierto y receptivo a encerrado como una bóveda en un abrir y cerrar de ojos. Extraño. —¿Me lo pides a mí por alguna razón en particular?

—Sí —Ni siquiera me molesto en disimularlo—. Timur es tu hermano, ¿verdad?

La expresión de Misha cambia rápidamente. Sorpresa, luego irritación. —Medio hermano —dice finalmente—. Y ahora me pregunto cómo demonios lo sabes, *amigo*.

—Porque lo he estado investigando. Te aseguro que no me resultó fácil encontrar tu nombre.

Entrecierra los ojos. —Espero que no.

—Tranquilo. No te estaba investigando. Fue solo una feliz coincidencia.

—Feliz, ¿eh?

—O útil —Me encojo de hombros—. Mi esposa me pidió que buscara a su hermana. Mientras la buscaba, encontré la conexión.

Los dedos de Misha tamborilean sobre el colchón. Es una costumbre suya, me he dado cuenta. Siempre que piensa, empieza el tamborileo. —Vaya, qué puta coincidencia.

—Sí —digo con sequedad—. Ella tenía dieciocho años cuando se casaron. Él tenía, ¿cuánto?, ¿sesenta?

—Más cerca de los setenta —murmura Misha.

—Supongo que no fuiste a la boda.

—Joder, no. ¿Crees que alguna vez aprobé esa mierda? —Se frota las sienes—. Le envié una tarjeta y las flores más feas que encontré. Y una botella para la esposa. Pensé que necesitaría ahogar sus penas. No tenía ni idea de quién era.

Él camina hacia su mueble bar y nos sirve a ambos una copa de Macallan 25, luego vuelve a sentarse.

Acepto el vaso. —¿Qué me puedes contar de Timur?

—Que siempre ha sido un parásito. Poder, dinero, control… eso es todo lo que le importa. Y, por supuesto, chicas guapas lo suficientemente jóvenes como para ser sus nietas —Dice esto último con profundo disgusto. No puedo discrepar.

—No estoy aquí para discutir moralidad —digo—. Dios sabe que nosotros tampoco somos santos.

—Salud por ello.

—Solo necesito saber si está a salvo. Si está viva. Y si quiere salir.

Misha ladea la cabeza. —¿Por qué no lo descubres tú mismo? Tienes los medios. Si pidieras una reunión, Timur no se atrevería a rechazarte. No cuando controlas media ciudad tú solo.

—Porque no puedo acercarme sin ponerla en peligro —le digo—. Si Volkov llega a sospechar lo que busco, apretará las riendas. Sabe que estoy en guerra con los Danilo. Eso solo me conectará con su esposa, aunque no tenga ni idea de quién es la mía.

Me observa un momento con los ojos entrecerrados. —Lo que significa que quieres que yo me acerque a él, ¿no?

—Sí —No me molesto en edulcorarlo—. Todavía tienes contactos en ese círculo. Agradecería cualquier información. Lo que puedas averiguar.

Resopla lentamente y se frota la mandíbula. —Nunca hemos sido muy cercanos, Petyr. Es mi medio hermano de sangre, nada más.

—La sangre importa para hombres como nosotros.

—Él no es un hombre como nosotros. Apenas es un hombre —Su rostro se ensombrece—. Es un puto monstruo.

No tomo sus palabras a la ligera. La mayoría nos llamaría monstruos. Si Misha usa esa palabra para describir a alguien más, a un hombre con el que comparte sangre, lo dice en serio.

Pero no me iré de aquí con un no. Es imposible. Encontrar la conexión entre Misha y Timur fue un golpe de suerte, y no voy a desperdiciarlo.

Él me ayudará. Porque le salvé la vida y me debe una.

Ese tipo de deuda ahoga todo lo demás.

Misha parece llegar a la misma conclusión. Deja caer los hombros. Suspira, bajo y profundo. —Bien. Veré qué puedo hacer.

—Eso es todo lo que pido.

—Estás pidiendo mucho más que eso, amigo.

Me mira fijamente, pero no hay resentimiento en su mirada. De hecho, diría que le hace un poco de gracia. No debe de encontrarse con exigencias como esta a menudo. En su rincón del mundo, es *él* quien las exige.

—Lo haces por ella —dice—. Puede que no tenga una mujer especial en mi vida, pero puedo respetarlo.

—Le di mi palabra.

Es más que eso. Sima me lo dio todo. Un hogar, una hija. Su corazón, aunque yo, desde luego, no lo merecía.

Y a pesar de todo eso, pidió una cosa a cambio. Una.

No importa lo que cueste, se lo daré.

Misha vuelve a asentir, más para sí mismo esta vez. —Vale. Dame unos días. Me pondré en contacto contigo por los viejos canales y averiguaré si Lara Volkov aún respira.

Me levanto. —Gracias.

Sonríe con suficiencia y toma su vaso. —No me agradezcas todavía. Si esto sale mal, no será solo la correa de Timur que se apriete.

—Correré ese riesgo.

—Y, si la cosa se pone fea, tú me deberás una.

Casi me río. —También correré ese riesgo.

Me doy la vuelta para irme. Promesas como esta no terminan bien. Si Misha dice que podría acabar debiéndole algo a cambio, significa que sabe lo complicado que se va a poner esto.

Pero estoy demasiado involucrado como para preocuparme.

Es para Sima. Es todo para ella.

Si termino debiéndole mil favores a Misha, pues que así sea.

45

SIMA

No puedo sacarme sus palabras de la cabeza.

Sé que han pasado semanas desde entonces. Que estábamos en una situación mucho peor, que actuaba movido por la ira. Lo *sé.*

Pero la forma en que habló sobre querer un heredero todavía me irrita.

También lo dijo al principio. Antes de que todo mejorara y luego empeorara. Nuestro acuerdo siempre se trató de que tuviéramos un heredero. Un niño.

Petyr ama a Lilia. Sé que la ama. Ella es su mundo entero, y no podría estar más orgullosa de él como papá.

Pero…

¿Y si después de esto sigue queriendo un niño? ¿Lo antes posible?

Toda la noche, ese pensamiento me pesa en el pecho. No puedo concentrarme en nada. Intento leer, pero las palabras se me mezclan ante los ojos.

Al pasar por la guardería, me detengo en la puerta. Lilia está dormida, con su manita doblada cerca de la cara. Toco el marco de la puerta y la miro, solo unos segundos. Porque puedo, porque es perfecta, y…

Porque ella podría no ser suficiente para él.

Para cuando me meto en la cama, tengo un nudo en el estómago. Me tumbo de lado y miro la pared, intentando tranquilizarme. Pero mi cuerpo me dice que no.

Mis dedos tiemblan, siento una opresión en el pecho. Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a oír su voz: *un heredero.*

—Hola.

Levanto la cabeza de golpe. Ni siquiera oí entrar a Petyr. —Hola.

El colchón se hunde cuando se acuesta a mi lado. Su mano se desliza por mi cintura, cálida y familiar. Me atrae más cerca como siempre, pero esta vez no me derrito contra él. Mi cuerpo permanece rígido. No sé cómo preguntar sin sonar paranoica o necesitada, pero el silencio entre nosotros se siente cada vez más ominoso a cada segundo.

Él se da cuenta. —¿Qué sucede? —murmura contra mi hombro.

—Nada —miento.

No se lo cree. Claro que no. Siempre ha sabido distinguir mis verdades de mis mentiras. Desde el primer día, no pude ocultarle nada.

Me roza el costado con el pulgar, lento y paciente. —Estás temblando. Háblame.

Trago saliva con fuerza. —Lo que dijiste de querer un hijo… un heredero…

Hace una pausa. —¿Sí?

—¿Sigue siendo así? —Mi mirada se posa en mis manos, apretadas en el edredón—. ¿Sigues…?

Hay un largo silencio. Puedo sentir su respiración contra mi espalda, firme y silenciosa. —Sí —admite—. Pero eso no significa que la quiera menos, Sima.

—Claro —me apresuro a decir—. No es eso lo que me preocupa.

—¿Entonces qué es?

—Es que… —Respiro hondo—. No sé si estoy lista todavía, Petyr. Lilia es tan pequeña. Quiero estar ahí para ella. Embarazarme de nuevo tan pronto, llevar otro hijo… No estoy segura de quererlo todavía. Ahora mismo no.

—¿Pero eventualmente?

—Bueno, sí. Quiero una familia numerosa. Solo que… no quiero que crezcan como yo —digo con fuerza, aunque duela—. No quiero que se sientan ignorados. Y no quiero que Lilia piense que la tuvimos solo porque buscábamos un niño, y que no alcanzó, así que…

—Sima.

Cierro la boca. Me vuelvo hacia Petyr y rezo para que pueda ver la verdad en mis ojos. Que pueda leer todo lo que no encuentro las palabras para expresar.

Lo quiero todo contigo. Una familia. Hijos. Lo quiero.

Pero también quiero que Lilia se sienta amada.

Me mira un buen rato. Busco rastros de ira en su rostro, pero no hay nada.

—Crecí en un mundo donde tener un hijo era la única manera de garantizar tu legado —Lo dice con calma, con naturalidad—. Me lo inculcaron desde que aprendí a caminar. Mi padre lo impuso con su voluntad —Suspira—. Pero eso ya no significa que piense así.

—¿No es así?

—No lo sé —Vuelve la mirada hacia mí—. Quizás una parte de mí todavía cree que es lo que se supone que debo querer, pero no es lo que necesito.

—¿Qué necesitas entonces?

—A ti.

Me da un vuelco el corazón. *A ti.* No herederos, ni un ejército de niños para alimentar a las filas de la Bratva… *yo.* La pequeña yo, tan simple como parece.

Se me encoge el pecho. Se me llenan los ojos de lágrimas. —¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Aunque no quiera intentar tener un niño ahora mismo?

Petyr suspira suavemente y me abraza. Su pecho está cálido contra mi espalda, y puedo sentir el peso de su aliento antes de que hable.

—Claro que me gustaría tener un hijo algún día —dice—. Más hijos, con el tiempo. Niños o niñas, me da igual. Pero solo cuando estés lista.

Me levanta la barbilla. Me agarra con tanta suavidad que siento que quiero llorar.

—Y si Lilia es la única hija que jamás tendremos… entonces también me parece bien —Su mirada es sorprendentemente suave—. Porque es nuestra.

Quiero creerle tanto. Lo quiero.

Pero… —¿Qué pasa con tu Bratva?

—¿Qué pasa con eso?

—No lo sé —gesticulo con furia—. Sucesión. Drama. Todas esas tonterías de los Habsburgo que siempre parecen estar en marcha.

Él niega con la cabeza. —¿Habsburgo? ¿En serio?

—Es el primer nombre que me vino a la mente —Me encojo de hombros—. Tú eres el aficionado a la historia, no yo.

—Bien —Me acerca—. Mi Bratva es fuerte, Sima. Nadie me desafía. Y la recuperación de Dimitri… llevará tiempo. Mucho tiempo. Aunque espero que no tanto.

—Claro —susurro—. Todos lo hacemos.

—Si no tenemos otro hijo antes de que él se recupere, no hay problema. No es una competencia. Lo solucionaremos cuando llegue el momento —Su voz se suaviza—. Tú y Lilia son lo primero. Siempre. Lo demás es solo ruido.

La tensión en mí empieza a resquebrajarse. Me giro para mirarlo. Sus ojos son claros, sin sombras, sin rastro de crueldad. Solo mi Petyr. El que se despierta en mitad de la noche para mirar el monitor de bebé. El que me trae té cuando estoy demasiado cansada para moverme y se queda dormido sentado, con nuestra hija acurrucada en su pecho.

—¿Lo dices en serio? —digo con voz ahogada.

Él asiente. —Cada palabra.

Algo se rompe en mi pecho. El alivio me golpea con fuerza, primero agudo, luego cálido. Aprieto mi cara contra su cuello y lo inhalo. Huele a cedro y fresno. A incendio forestal.

No sé cómo llegué aquí. Un acuerdo que empezó con chantaje y secuestro de alguna manera se convirtió en esto.

Pienso en la boda donde lo conocí. La novia que robó un coche y huyó. La envidiaba en aquel entonces.

Ahora, no puedo agradecerle lo suficiente por haberse marchado.

Me aparto lo suficiente para susurrar—: Está bien.

Me besa la cabeza. —Está bien —repite.

No sé cuándo me quedo dormida. Quizás segundos después, quizás horas. Solo sé que nos quedamos así, acurrucados el uno contra el otro, con el latido constante de nuestros corazones sincronizados.

Tenemos una hija. Una niña hermosa y sana. Una familia.

Nos tenemos el uno al otro.

Y si eso es suficiente para Petyr…

Entonces, a mí también me basta.

46

PETYR

Estoy a mitad de mi café cuando oigo el fuerte golpe de unos tacones contra las baldosas de la cocina.

—Petyr —saluda Kira con una sonrisa amable—. Te levantaste temprano.

No suspiro, pero quiero hacerlo. La he estado evitando desde la noche del tiroteo. La forma en que se aferró a mí todavía me incomoda. Se lo achaqué al shock, pero eso no hace que desaparezca lo malo.

Es mi cuñada. Eso significa que tengo que cuidarla, pero también significa límites. Límites estrictos. Límites que no se deben cruzar.

Se detiene frente a mí y se sirve una taza. Ya está vestida para el día: falda oscura, blusa de seda, con todo el pelo recogido. Siempre serena.

Pero se está acercando demasiado otra vez y no me gusta.

—Tengo trabajo —Mi tono es sereno y educado—. ¿Qué necesitas?

—Solo quería charlar —dice con naturalidad—. ¿Cómo va la paternidad?

Tengo ganas de sonreír, pero no lo hago. —Bien.

—¿Solo bien?

—Lilia es perfecta. No podría estar mejor.

Kira golpea su taza con sus uñas cuidadas. La curva feliz de sus labios se siente forzada. No sé por qué pienso eso. Quizás estar rodeado de tanta alegría últimamente me ha hecho un observador más atento. —¿Y Sima?

—¿Qué pasa con ella?

Kira duda. —¿Has notado algo… raro en ella últimamente?

Levanto una ceja. —¿Raro cómo?

—No estoy segura —Se muerde el labio—. Solo me pareció un poco… nerviosa. Siempre está callada cuando visito la guardería. Como si estuviera deseando verme salir de la habitación.

—Está cansada —intento contener mi irritación—. Probablemente solo quiera descansar.

—Quizás —Kira no parece convencida—. Supongo que solo tengo miedo.

—¿Miedo? —Frunzo el ceño con más fuerza—. No veo qué miedo hay. Es una madre primeriza con un bebé.

—Claro —dice rápidamente—. No quiero decir que le tenga miedo *a ella.* Solo… —Exhala, como si no encontrara las palabras adecuadas —. Ya intentó escapar. Y ahora tiene vía libre —Su mano se extiende por el mostrador y aterriza junto a la mía—. Solo no quiero que un día te despiertes y descubras que se ha ido. Con tu hija. Sería…

—Imposible —interrumpo.

Mi tono debe ser duro, porque ella parpadea, desconcertada. —¿Lo crees?

—Lo sé —Mantengo la cara impasible, pero aprieto la mandíbula. Agarro la taza con tanta fuerza que me cuesta soltarla—. Jamás haría eso.

Kira frunce el ceño. —Suenas seguro.

—Lo estoy —No levanto la voz, pero el tono cortante es evidente—. Ahora las cosas son diferentes.

Cambia de postura, rozando la encimera con las uñas. —La gente no cambia de la noche a la mañana, Petyr.

Sus palabras alimentan la rabia que ya hierve dentro de mí.

Kira no lo entiende. Sima y yo no estamos en el mismo lugar que hace dos meses, cuando la arrastré de vuelta a una casa en la que no quería estar. Hemos hablado, cambiado, evolucionado. Nos hemos esforzado mucho por arreglar nuestros problemas.

En ese entonces era otro hombre. No me daba cuenta de lo mal que estaba metiendo la pata, hasta que Sima me lo señaló. Después de eso, me miré bien y odié al hombre que me devolvía la mirada.

Juré cambiar. Ganar su perdón a cualquier precio.

Y Sima… ella no me hizo sufrir por eso.

Podría haberlo hecho. Tenía todo el derecho a exigir cosas imposibles, a hacerme la vida tan miserable como yo le hice la suya, pero no lo hizo. Lo único que quería era mi amor y mi respeto.

Sólo eso. Nada más.

Si intentó huir antes, fue porque no quería quedar atrapada con un hombre como su padre. Pero ya no soy ese hombre. Y ella tampoco es esa niña asustada con un pie fuera de la puerta. Hemos crecido, los dos.

Por el bien de nuestra hija.

Y no permitiré que Kira haga insinuaciones sobre mi esposa. Ni bajo mi techo, y mucho menos en mi cara.

—No entiendo cómo esto te incumbe, Kira —Me levanto del mostrador—. Ahora, si me disculpas…

Kira aprieta los labios. —No quise insinuar nada.

—Espero que así sea —le digo—. Aprecio tu preocupación, pero Sima y yo podemos arreglarnos entre nosotros.

Aprieta los labios. Es lo suficientemente inteligente como para saber cuándo parar, pero sus dedos se crispan contra su brazo. Hay una energía inquieta y frustrada en ella que no sé cómo interpretar.

Respiro hondo, echo los hombros hacia atrás y cambio de tema antes de que alguno de los dos diga algo de lo que nos arrepintamos. —Fui a ver a Dimitri.

Eso atrae su atención rápidamente. Levanta la vista. —¿Y?

—Se está haciendo más fuerte.

Su expresión se suaviza. Más triste. —Hay un largo camino por delante.

—No lo dudo. Pero ya ha mejorado muchísimo —Me ajusto los gemelos—. Creo que ya es hora de que vuelva a casa. Debería terminar de recuperarse aquí.

De repente, la cara de Kira se ensombrece. —¿Qué?

No es la reacción que esperaba. —Pensé que estarías feliz.

—Sí… lo estoy —balbucea—. Claro que sí. Pero es demasiado pronto, Petyr.

—Se mueve solo. Habla, come solo e incluso juega al ajedrez. Aunque no estoy seguro de que sea menos malo que cuando éramos niños.

El ceño fruncido de Kira no cede. Está más pálida ahora. —No lo sé, Petyr. Sigue confundido.

—Lo sé —Me duele el pecho al recordar nuestra última conversación. Cómo se olvidó de que Kira siquiera venía a visitarlo todos los días. Los vacíos en la memoria de Dimitri no son ninguna broma, pero no hay forma de saber cuándo mejorarán. Y no quiero que pase sus días jugando contra un octogenario llamado Igor cuando podría estar aquí, con su familia, viendo crecer a su sobrina—. Pero ya es hora.

Kira empieza a morderse las uñas. —¿De verdad crees que es buena idea? ¿Traerlo de vuelta a este caos?

—Él pertenece aquí —digo simplemente—. Necesita a su familia. A su gente. Así es como mejora.

—¿Y si no está listo?

—Entonces lo ayudamos hasta que lo esté —Termino mi café y enjuago la taza en el fregadero—. Se lo ha ganado.

—Petyr, no hablas en serio —Niega con la cabeza y rodea rápidamente el mostrador para mirarme—. Dimitri todavía necesita atención médica. No puedo darle lo que necesita.

—No tienes que preocuparte. No voy a dejar que todo esto te caiga encima.

—Pero…

—No digo que lo traslademos mañana —aclaro—. Digo que es hora de empezar a prepararnos. Está lo suficientemente estable como para planificar la transición sin prisas.

Exhala. Sus hombros se relajan de alivio, pero aún parece preocupada. —No tienes idea de lo difícil que ha sido mantenerme al día con los médicos, los horarios de medicación y la fisioterapia. Será un trabajo de tiempo completo.

—Por eso, cuando llegue el momento, traeré a quien necesites —Le doy una palmadita en el hombro—. No cargarás con esto sola. Te lo prometo.

La vacilación brilla en los ojos de Kira. —Lo has pensado bien.

—Sí —Hago una pausa y añado—: Y Sima también quiere ayudar. Es buena con la logística. Nos tendrás a ambos para apoyarte.

Kira asiente lentamente. Sé que aún no está convencida, pero no la culpo. La enormidad de lo que Dimitri está afrontando asustaría a cualquiera. —Gracias. Me alegra… saberlo.

Cuando me doy vuelta para irme, ella da un paso adelante, como si quisiera detenerme. Su mano tiembla como si estuviera a punto de tocarme el brazo, pero lo piensa mejor.

—Petyr —dice en voz baja—, no quise ofenderte. Solo me preocupo. Por todos.

La miro de reojo. —Lo sé.

Al salir, siento que me observa. Tiene buenas intenciones, pero no entiende. Ni de Sima ni de lo que hemos construido.

Empezó difícil, pero salimos adelante. Por el bien de Lilia y el nuestro.

Y me condenarán si cualquiera, incluso Kira, me hace dudar de ello.

47

PETYR

El resto del día no puedo dejar de repetir las palabras de Kira en mi cabeza.

Tenía buenas intenciones. Sé que las tenía. Pero lo que dijo me sigue impactando. La posibilidad de que Sima vuelva a huir.

Le dije que ni hablar. Que estaba seguro de que nunca lo haría.

Pero lo cierto es que esa certeza ya no es fácil. No después de todo lo que ha pasado.

Me paso el día en reuniones, con la mente en otra parte. Cada orden que doy parece mecánica. La idea de que Sima aún tenga miedo como para huir, de que siga mirando por encima del hombro incluso después de tanto tiempo, no me abandona.

Tiene razón en estar inquieta. Nuestros secretos casi nos destruyen a ambos. Seguí insistiendo, intenté obligarla a someterse, y ella seguía alejándose, aterrorizada de mí.

Cuando lo entendí, ya casi era demasiado tarde.

De alguna manera sobrevivimos. Construimos algo mejor a partir de los escombros. Pero ¿somos completamente honestos ahora?

Quiero creer que lo somos. Me lo digo. Que hemos aclarado las cosas, que hemos sanado nuestras heridas.

Y, sin embargo, a veces hay una sombra en sus ojos cuando me mira, algo que no puedo interpretar. Y sé que ha estado angustiada por lo que dije acerca de querer un heredero. Tuve que presionarla para que confesara lo que la preocupaba, y no me gusta. Habría preferido que me lo dijera sin rodeos.

Por otra parte, estoy haciendo lo mismo ahora. Preocupándome sin decirle ni una palabra.

Hace un año, no me habría parecido mal. Solo normal. Así hago las cosas. No soy hablador, nunca lo he sido. No hay razón para cambiar eso.

Pero ahora no quiero cometer los mismos errores. No quiero que Sima piense que es solo una pieza de la máquina, algo útil solo por lo que puede darme. Que tenga miedo, se sienta inquieta y no sepa cómo hablar conmigo.

Cuando llego a la entrada, ya está oscuro. La casa brilla con calidez desde las ventanas, silenciosa salvo por el leve zumbido del equipo de sonido de Lilia. Su canción de cuna favorita.

Cuelgo mi abrigo, me aflojo la corbata y encuentro a Sima en la cocina.

Ella levanta la vista al verme. —Hola, extraño.

—Hola —Le doy un beso en los labios—. ¿Qué tal te fue hoy?

—Bien —Su sonrisa es sincera—. He pasado todo el día durmiendo una siesta mínima. He oído que me están considerando para una medalla.

Reprimo una sonrisa burlona. —Deberían.

Sería tan fácil volver a nuestras bromas y olvidarlo. Dejar que las palabras de Kira se desvanecieran para siempre. Ignorar el nudo de

inquietud en mis entrañas hasta que desaparezca por sí solo. Alguna vez, es exactamente lo que habría hecho.

Pero ya sé que no debo seguir viejos patrones. Mi programación casi me cuesta todo el doble.

No voy a permitir que eso vuelva a suceder.

—Deberíamos hablar —digo—. En algún lugar privado.

Sima frunce el ceño. —¿Pasó algo?

—No.

Su confusión es evidente en su rostro, pero guarda su vaso vacío y se endereza. —¿Qué piensas?

—Aquí no —Señalo con la cabeza el vestíbulo—. Arriba.

Algo pasa por su rostro, pero asiente. —Está bien.

Nos dirigimos al dormitorio en silencio. Cierro la puerta tras nosotros. Sima espera junto a la cama, abrazándose a sí misma. Puedo ver que ya se está preparando.

Respiro hondo. No va a ser una conversación fácil, lo sé, pero no puedo permitirme volver a arruinarla.

Esta vez diré lo correcto. La verdad.

Porque se lo debo.

—Dime algo —le digo—. ¿Por qué huiste de mí?

Ella levanta la vista, sobresaltada. —¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Porque necesito oírlo —le digo—. Necesito entenderlo.

Es la verdad. Sima me lo explicó, pero, cada vez que tocábamos el tema, estaba a flor de piel. Estaba agotada, destrozada por todo lo que le hice pasar, y no puedo culparla.

Creí haberlo entendido. Saber qué lo desencadenó. Pero, si las palabras de Kira me afectan ahora, aunque todo sea diferente, significa que no lo entendí en absoluto.

De lo contrario, siempre estaré esperando a que se escape. Y entonces apretaré la correa, pondré candados en las puertas y cometeré los mismos errores una y otra vez. Nuestro círculo vicioso nunca terminará.

Esta noche quiero romperlo para siempre.

Sima exhala. Sus dedos juguetean con el edredón mientras busca las palabras. La veo luchando contra el instinto de apagarse. El mismo que la hizo correr en primer lugar.

—Porque tenía miedo —admite—. Miedo de que me entregaras a mi padre. De que me quitaras a mi hija y la usaras para controlarme, como dijiste que harías —Le tiembla la voz, pero no aparta la mirada. En cambio, ella me mira fijamente a los ojos—. No confiaba en ti. No en ese entonces.

La miro fijamente, con la mandíbula apretada. Su honestidad me hiere más de lo que esperaba, pero yo lo pedí. Tengo que ser lo suficientemente hombre para aceptarlo.

—¿Lo harías otra vez? —pregunto. Es la pregunta que realmente importa.

Ella niega con la cabeza. —No. Claro que no.

—¿Porque confías en mí?

Se toma un momento antes de responder. —Porque te conozco mejor. Sé quién eres cuando no intentas demostrar nada. Cuando me gritaste en el ático, no eras tú mismo, pero no tenía ni idea —Me ofrece una pequeña sonrisa y me toma la mano—. Ahora sí.

Le devuelvo el apretón. Sus ojos brillan en la penumbra. —No pretendía esto —digo—. Pero no he sido sincero en el pasado y no quería volver a hacerlo. No contigo.

Respira hondo. —Gracias. Eso significa más de lo que imaginas.

—Sima —la miro fijamente—. Quiero que seas sincera también. No solo cuando te presiono. Si quieres decirme algo, puedes hacerlo cuando quieras. Pase lo que pase.

Ella asiente lentamente y lo asimila.

Puedo ver lo difícil que es para ella. Después de crecer en un lugar donde sobrevivir significaba esconderse, ella no es mejor que yo en esto. Hablar. Ser honesta.

Pero ambos tendremos que aprender. Si queremos que esto dure, tenemos que ser capaces de hacerlo. Confiarnos mutuamente con la verdad. No importa lo fea que sea.

—De acuerdo —susurra, como si ya lo hubiera decidido—. Entonces yo también tengo que ser sincera.

—Eso es todo lo que pido.

—No quiero vivir jamás como las demás esposas de la Bratva —Su mirada me escruta—. Fingir que no ven lo que tienen delante. Sonreír mientras todos susurran sobre las aventuras de sus maridos —Su tono es vacilante, pero sus palabras no. Es evidente que lo ha pensado bien—. No podría vivir con eso. Me sentiría como una tonta.

No me acusa de nada. Solo me dice la verdad, tal como le pedí. Sus palabras provienen del mismo miedo que la impulsó a huir: miedo a perder su dignidad, a quedar atrapada en una vida construida sobre mentiras.

—Lo entiendo —murmuro—. Y no tendrás que hacerlo. Desde el día que te conocí, no he deseado a nadie más. Ni siquiera cuando te fuiste, nunca me pasó por la cabeza.

—¿Lo dices en serio?

—No lo diría si no fuera así —Le tomo la mano. Mi pulgar roza sus nudillos—. Mi lealtad no es para presumir. Y esto… ni siquiera se

trata solo de amor. Se trata de respeto —Tomo el dorso de su mano y lo beso—. Eres mi esposa, Sima. No te humillaré así. Jamás.

Los ojos de Sima brillan. Exhala lentamente, con las mejillas sonrojadas y los dedos temblorosos. —Te creo.

—Bien. Porque es la verdad.

Sus hombros se relajan un poco. Veo alivio en su rostro. Como si finalmente se estuviera deshaciendo de una pesada carga que ha llevado toda su vida.

—No necesito perfección —dice en voz baja—. Solo necesito honestidad.

—Tendrás ambas cosas —le prometo—. O me aseguraré de que así sea.

Por primera vez en toda la noche, la tensión entre nosotros disminuye.

Se inclina y apoya la cabeza en mi hombro. Le pongo la mano en la nuca y la sostengo ahí. El aire se siente más ligero ahora, más fácil respirar.

Y finalmente, las palabras de Kira de esta mañana se desvanecen por completo de mi mente.

48

SIMA

Las palabras de Petyr resuenan en mi cabeza mucho después de que dejamos de hablar.

No me gritó ni dejó que la ira lo dominara. Fue maduro. El tipo de madurez que me había enseñado a no esperar de él. Ya no.

Por una vez, creo cada palabra.

El alivio que me recorre es extraño, casi irreal. Durante tanto tiempo, he esperado que todo se desmoronara. Que una palabra equivocada o una mala noche lo volviera a convertir en caos. Pero ahora, sentada a su lado, por fin puedo imaginar algo diferente. Un futuro brillante y pleno.

Me imagino a Lilia creciendo en un hogar que no se sienta como una jaula. Donde pueda reír a carcajadas sin preocuparse de que sus padres la regañen por ello. Aprenderá que el amor no es algo que se tenga que ganar. Es un regalo.

Cuando pienso en mi propia infancia, el contraste me duele el pecho. El miedo de mi madre, la ira de mi padre. Su voz desgarrando las paredes mientras ella susurraba disculpas por las cosas más

pequeñas, mientras que él nunca dijo ni una sola disculpa. Ni siquiera después de los desfiles de amantes.

No nos veía como personas. Éramos herramientas, prueba de su control.

Solía pensar que eso era todo. Que cada hombre convertía el amor en propiedad.

Pero Petyr no es así. Ahora lo veo. No es manso por naturaleza; es astuto, hecho para luchar. Pero lo intenta. Lo intenta todos los días.

Y eso es lo que importa.

Lo miro ahora, la serena fuerza de su postura, la forma en que su mano se posa sobre la mía incluso cuando no habla. Hay algo diferente en sus ojos esta noche. Una calma que antes no tenía.

Exhalo lentamente y susurro—: Estaremos bien, ¿verdad?

Me mira. Una leve sonrisa se dibuja en sus labios. —Sí. Lo estaremos.

Le creo. Por primera vez en mucho tiempo, le creo sin la menor duda. Si así es como se ve la reconstrucción, tal vez sea suficiente. Tal vez, por fin, podamos dejar de correr y empezar a vivir.

No estoy segura de quién de los dos empieza el beso. Quizás seamos los dos. Un choque que ninguno de los dos podría evitar.

Entonces Petyr gira mi cabeza en el ángulo correcto y nuestro beso se vuelve sucio.

Su boca reclama la mía, fuerte y segura. Su lengua lame dentro, y de repente, ya no puedo pensar.

Todo lo demás se desvanece. Mi mente se dispersa hasta que solo queda el sonido de nuestra respiración y la presión de su cuerpo contra el mío.

—Eres mía, *lisichka* —Sus manos se mueven rápidamente en mi ropa —. Me aseguraré de que lo recuerdes.

No podría olvidarlo ni aunque lo intentara. Cada roce de las manos de Petyr me marca como suya. Me reclama con cada centímetro de su cuerpo, y Dios, quiero que lo haga. Quiero ser suya. —Petyr…

—Dilo —gruñe—. Di que eres mía.

Las palabras me dan escalofríos. —Soy tuya.

Me voltea como si fuera una muñeca. En un instante, estoy a horcajadas sobre su regazo, y al siguiente, boca abajo sobre el colchón. Las sábanas están frescas contra mi piel caliente. Respiro hondo y me esfuerzo por no gemir solo por esto.

Fallo.

Las manos de Petyr me agarran las caderas y me jalan hacia atrás hasta que siento el calor de su cuerpo detrás de mí. Sus palmas me rozan el trasero. Me jala de vuelta a su regazo.

Me retuerzo, avergonzada, pero él me sujeta. —Quédate quieta — me ordena.

En silencio, obedezco.

Entonces…

¡Crac!

Su palma toca mi piel en una bofetada. No una bofetada cruel, sino un *golpe* fuerte y carnoso que vibra directamente en mi trasero.

Me toma un segundo darme cuenta de lo que está haciendo.

Me está dando una nalgada. Mis nalgas y mis mejillas se tiñen de un rojo intenso. *Él está…*

Ya no puedo pensar más. Su palma vuelve a bajar, más brusca esta vez.

Grito y me retuerzo. Pero cuando me detengo a comprobar lo que siento, me doy cuenta de que el escozor no es tan doloroso como esperaba por el ruido. O mejor dicho, lo *es,* pero es un dolor agradable. Arde dulcemente.

El dolor se transforma en calor. Se extiende por mi cuerpo hasta que apenas puedo respirar. Mi pulso se acelera. Esto debería ser humillante, pero solo siento la emoción de no saber cuándo volverá a atacarme.

Poco a poco, mi incertidumbre se convierte en anticipación.

Petyr me golpea de nuevo. Me retuerzo, pero no intento moverme.

Emite un sonido gutural de satisfacción. Luego se acerca lo suficiente como para que su aliento me roce la oreja. —Esto es para darte una lección —retumba—. No vuelvas a huir de mí.

Con mi último resquicio de lucidez, creo que Petyr y yo deberíamos tener otra charla. De esas en las que le explico qué significan "disuasión" e "incentivo" respectivamente, y cómo definitivamente los está confundiendo, porque…

¡Crac! Su palma me golpea de nuevo.

Petyr emite otro sonido. Más grave, más ronco. No tengo ni idea de cómo debo verme, con el culo al aire, completamente excitada y algo más, pero a juzgar por su reacción, debe gustarle lo que ve.

El pensamiento me hace mojar en segundos.

La mano de Petyr se detiene sobre mí. Su tacto es firme, controlado*. Quédate quieta,* me dice.

Ni siquiera pienso en desobedecer.

Me da otra nalgada. Me arde la piel donde aterrizó su palma, un dolor sordo que se transforma en un zumbido bajo la superficie. Siento mi pulso por todas partes, un latido sordo que se dispara directo entre mis piernas.

—Cuéntalos —ordena—. Ya van cinco.

—Cinco —jadeo.

Casi puedo oír su sonrisa burlona. —Buena chica.

Su palma golpea mi trasero, más suave esta vez, como para recompensarme. Pero el cambio de presión y ritmo es brutal, y lo siento aún más.

—S-Seis —gimoteo.

Los golpes siguen llegando. Sigo contando en voz alta, pero me distraigo. Estoy perdida. Mis pensamientos se difuminan, y solo me queda el ritmo de su mano y el sonido de mi propia respiración.

Cuando finalmente se queda quieto, tiemblo. No me muevo. No quiero hacerlo.

Se acerca más. Su aliento me roza el cuello. —¿Ya lo entiendes, zorrita? —Asiento con desesperación, pero debo responder demasiado rápido, porque solo me pellizca las nalgas doloridas—. ¿De quién eres?

—Tuya —Trago saliva—. Solo tuya.

Algo en él cambia. La tensión en el aire, una carga diferente.

Su mano se desliza por mi costado. El tacto es más suave ahora. Recorre el borde de mi muslo, tan ligero como una pluma que casi suplico. Quiero sentirlo. Lo necesito tanto que estoy llorando.

Entonces, finalmente, sus dedos se deslizan entre mis piernas.

—Joder —maldice—. Ya estás tan mojada.

Estoy tan excitada que apenas puedo pensar con claridad. El primer roce de su pulgar contra mi clítoris me hace saltar en su regazo. Se siente demasiado bien, demasiado rápido.

Muevo las caderas y gimo. —Petyr, por favor.

—¿Por favor qué, *lisichka*?

—Fóllame —jadeo.

Pero no lo hace. Todavía no. En cambio, me penetra hasta los nudillos y mete y saca dos dedos.

—Por favor —gimo de nuevo—. No voy a huir. Lo prometo.

—No estoy seguro de creerte.

Pero sé que sí. Solo quiere que me lo procure. Grabar en mi mente lo bien que se siente que me toque. Lo que pierdo si me voy.

—Por favor —repito, porque estoy demasiado ida para pensar en otra cosa—. Te amo. No voy a… *¡Ah!*

Petyr me hunde tres dedos. Su garganta emite un rugido sordo, tan oscuro de deseo que ya tiemblo. Sé lo que viene después. Lo presiento.

Sus dedos se deslizan fuera de mí. El vacío es insoportable, pero entonces me levanta las caderas, cada vez más alto. Oigo el tintineo de su cinturón, de su cremallera.

Cuando él me penetra, estoy tan perdida que casi llego al orgasmo.

—*Blyat'* —Empuja la cabeza sin restricciones, luego el resto. Poco a poco, siento su polla estirándome por completo, un suave roce contra mis paredes—. Zorrita sucia.

Me agarra las caderas con fuerza. Apenas se mueve. Solo tiene que mecerme, y así, sin más, me penetra.

No me resisto. Lo tomo una y otra vez. Estoy ciega de placer. Gimo tan fuerte que es un milagro que Lilia no se haya despertado todavía. O que Anya no haya llamado a la policía. Aunque supongo que nadie en una casa Bratva haría eso, ni siquiera cuando parece que el amo de la casa está destripando a su esposa.

Ojalá supieran lo que realmente me está haciendo.

Por otra parte, probablemente sí lo saben.

Inclino la cabeza hacia atrás y me arqueo. Los dedos de Petyr brillan por su ausencia, sus embestidas están justo donde necesito. Me retuerzo, desesperada por liberarme, pero él no me lo da. Aún quiere algo más.

—Petyr —me quejo—. Por favor…

—¿Quieres correrte? —Sus embestidas se vuelven salvajes—. Entonces dilo. Di quién es tu dueño.

—Tú —jadeo—. Soy tuya. Siempre tuya.

Finalmente, sus dedos se deslizan hacia mi frente. Frota mi clítoris una vez, dos veces. De repente, su polla empieza a golpearme donde más lo necesito, una rápida y sucia penetración en mi punto dulce.

En cuestión de segundos, me estoy corriendo.

Gimo contra el edredón. Lágrimas corren por mis mejillas, pero no me importa. Simplemente me dejo llevar por la ola mientras Petyr me folla sin parar, rápido y sin piedad.

Finalmente, se hunde profundamente en mí. Sus caderas se quedan quietas. Con un gruñido bajo, se derrama dentro de mí, caliente y espeso en mi vientre.

Debería pensar en anticonceptivos. Volver a tomarlos, asegurarme de no quedar embarazada otra vez antes de estar lista.

Pero mientras su polla late dentro de mí, solo puedo pensar en cuánto deseo que me fecunde. Que me posea por completo.

Puedo ser mi propia dueña, pero también sigo siendo suya.

Cuando se aparta de mí, estoy demasiado agotada para emitir un sonido. Apenas lo siento ir al baño, traer una toallita y limpiarme con ella. La sensación de frescor me hace gemir de alivio.

—Duerme —murmura. Parece una orden, pero no del todo—. Hoy fuiste una buena chica.

Siempre soy una buena chica, mi boca inteligente quiere responder, pero estoy demasiado cansada.

Simplemente lo acerco a la cama, me acurruco contra su pecho y me duermo en segundos.

49

SIMA

Cuando logro salir de la cama, ya es pasado el mediodía.

Sinceramente, todo es culpa de Petyr. La conversación de anoche fue intensa, y lo que vino después… bueno. Aún más intenso.

Cuando me desperté esta mañana, él ya no estaba. Trabajo, como siempre.

Así que me levanté. Le di de comer a Lilia, la cambié y le llené la carita de besos. Luego, enseguida me volví a dormir.

Ahora llego tarde a mi hora de comer. Es una frase un poco rara, pero tener un recién nacido te provoca eso. Reorganiza tu horario de sueño *y* tu vocabulario.

Es el día libre de Anya, así que una parte de mí respira aliviada. No hay necesidad de bajar las escaleras avergonzada y soportar miradas asesinas.

Si hubiera estado cerca, habría tomado a Lilia como mi pequeño escudo humano. Anya nunca es mala conmigo cuando la princesita de la casa está cerca, ni siquiera con pequeñas cosas. Nunca me mira mal.

Pero con Anya en otro lugar, me alegra dejar a Lilia donde está. Acurrucada entre sus mantas, durmiendo tranquilamente.

Cuando llego a la puerta de la cocina, me detengo en seco.

Mierda.

Kira.

Olvidé que Anya no es la única presencia maliciosa en la casa. Olvídense de los fantasmas, así se ve algo embrujado. Ama de llaves malvada a la izquierda, cuñada malvada a la derecha.

Por un segundo, considero saltarme la comida por completo. Pero entonces mi estómago ruge como un animal moribundo. No he desayunado hoy y, si no ingiero algunas calorías, podría empezar a morder los muebles.

Observo a Kira. Está de pie junto al mostrador, con una mano apoyada en el borde y la otra apretada contra la cara. Me pregunto si tendrá migraña, o si su aura maligna también la ha empezado a afectar, pero entonces me doy cuenta de lo que está pasando.

Está llorando.

Sus hombros tiemblan. Entonces llegan los sonidos. Sollozos desgarrados y entrecortados que apenas puede contener. Siento como si estuviera viendo a un elefante bebé haciendo volteretas, o a una foca enseñando cálculo. Algo incompatible con mi percepción de la realidad.

Por un momento, me pregunto si es ella. Siempre está tan arreglada, tan pulida y definida, que verla desmoronarse no parece real.

Mi primer instinto es darme la vuelta e irme antes de que me vea. Olvidar esas calorías y comerme las impecables antigüedades de caoba de Petyr, cualquier cosa menos ponerme en su punto de mira ahora mismo.

Nunca hemos sido cercanas. En el mejor de los casos, nos toleramos. En el peor, se desvive por provocarme, por encontrar alguna debilidad que pueda usar para sacarme de quicio.

Doy medio paso atrás, lista para retirarme…

Y me doy cuenta de que no puedo. No cuando se ve así.

—¿Kira? —Digo suavemente.

Levanta la cabeza de golpe. Parpadea rápido, secándose la cara, intentando borrar la evidencia. —Sima. Yo no… —Se le quiebra la voz. Se aclara la garganta—. No te oí.

Entro lentamente. —¿Estás bien?

Ella suelta una risa temblorosa. —¿Me veo bien?

—No realmente, no.

Ninguna de las dos se mueve. Entonces ella exhala y baja la vista hacia el mostrador. —Lo siento —susurra, lo que me hace querer pedir cita inmediata con el otorrinolaringólogo—. No quería montar un escándalo.

—No lo hiciste —le digo—. No tienes por qué disculparte.

Sus ojos se posan en los míos, inseguros. No hay mordacidad en su expresión esta vez, me doy cuenta. Nada de su habitual juicio mordaz. Solo agotamiento.

Sea lo que sea, es dolor de verdad, no una actuación. Reconozco ese tipo de dolor cuando lo veo.

Miro hacia el armario y luego de nuevo hacia ella. —¿Quieres té?

Kira me mira fijamente un momento antes de asentir. —Sí. Claro.

Saco dos tazas y las coloco entre nosotras. El sonido de la cerámica al chocar contra la encimera llena el silencio.

Mientras lleno la tetera, la veo observándome. No con recelo, como suele hacer. Solo con silenciosa curiosidad. Como si intentara averiguar qué hago aquí.

Me doy cuenta de que esta podría ser la primera vez que Kira recibe compasión. Compasión *de verdad*.

Si su crianza fue parecida a la mía, no me cuesta creerlo.

—Gracias —dice finalmente.

—Ni lo menciones —le sonrío—. Todos tenemos días malos.

—Sí —se ríe, lo cual me sorprende—. Algunos peores que otros.

Asiento. La tetera empieza a zumbar y, por un momento, el único sonido en la cocina es el suave hervor que sube.

Una vez lista el agua, vierto y echo un par de bolsitas de té. El aroma a manzanilla llena la cocina. Le llevo una de las tazas a Kira.

Envuelve la taza con sus manos temblorosas y susurra. —Gracias.

Me siento frente a ella en el mostrador. El espacio entre nosotras se siente extraño. No sé qué decirle. No estoy acostumbrada a verla así.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunto.

Kira parpadea, como si no entendiera bien la pregunta. No puedo culparla. Yo tampoco me he esforzado mucho por ser amable con ella.

Ella sorbe y se pasa el dorso de la mano por la mejilla. —No. La verdad es que no.

Asiento y espero a que hable. Puedo ver que quiere hacerlo. Que está hasta el tope de algo y necesita desahogarse, pero aún no ha decidido si confía lo suficiente en mí.

Se queda mirando el té un buen rato antes de volver a hablar. —Fui a ver a Dimitri esta mañana.

Siento una presión en el pecho. —¿Cómo está?

Aprieta los labios. —Sigue luchando. Los médicos dicen que está mejorando, pero es lento. Demasiado lento. Algunos días, está alerta y empiezo a pensar que estamos mejorando. Al día siguiente, apenas puede hablar. Petyr quiere traerlo de vuelta a casa, pero no sé. Necesita mucha ayuda. Y verlo así… —Niega con la cabeza—. Me está matando, Sima. Rezo para que nunca tengas que pasar por eso.

Bajo la mirada hacia mis manos, recorriendo el borde de mi taza con el pulgar. No me imagino a Petyr así. Fuerte un día, roto al siguiente.

El solo pensamiento me llena de pánico. Entiendo su miedo más de lo que quiero admitir.

Pero para mí es hipotético, lejano e improbable. Para ella es la realidad. Su marido se fue un día y no regresó. Solo fragmentos de él, luchando por recomponerse.

Kira respira hondo. —Probablemente pienses que me lo merezco, después de todo lo que te he dicho.

—Claro que no —me apresuro a decir—. Nadie merece pasar por algo así.

—¿Ni siquiera tu horrible cuñada?

—No eres horrible —Me sorprende darme cuenta de que lo digo en serio—. Creo que estás agotada. Y asustada. Y, a veces, no estamos en nuestro mejor momento cuando dejamos que el miedo nos domine.

Sólo mira lo que yo hice cuando tuve miedo, pienso pero no lo digo.

Kira suelta una risa hueca y se seca los ojos. —No te equivocas.

Yo tomo un sorbo lento de té antes de hablar. —Sé que no debe ser fácil —continúo—. Verlo así. Y… vivir aquí. Conmigo.

—¿Te refieres a la hija del hombre que le hizo esto?

Asiento. —Sí. Eso —Me preparo para su enojo, pero no llega.

Kira suspira. —A veces es difícil. Te miro y recuerdo lo que le pasó. Pero luego recuerdo que no eres tu padre. Nunca has sido él. Cuando soy racional, lo sé —Sus dedos aprietan la taza—. Pero a veces es difícil mantener la razón.

Su tono es más suave ahora y me desequilibra.

—No puedo culparte por lo que hizo —añade—. Es solo que… es difícil de olvidar.

—Lo sé —Me siento culpable, igual que cuando Luka confesó todo lo horrible que mi familia le hizo a la suya—. Si yo fuera tú, probablemente sentiría lo mismo.

—No, no lo harías —Pone los ojos en blanco—. Eres Santa Sima. Patrona de los dulces. Siempre dispuesta a perdonar.

—¡Oye! —Me doy cuenta de que me estoy riendo—. No soy *tan* blanda.

—Cierto. Puedes morder —Me mira divertida—. Pero nunca muerdes sin provocación. Eso es más de lo que puedo decir de la mayoría de las mujeres en nuestra situación. Ser criada en la Bratva… te cambia.

El rostro de mi madre me viene a la mente. Luego el de Lara. —Sí —murmuro—. Así es.

Nos sentamos allí un momento. El vapor del té se arremolina entre nosotras.

Esta conversación parece surrealista. Y, sin embargo, también parece sincera. Como si por fin hubiéramos llegado a un entendimiento. Quizás no sea exactamente perdón, pero algo cercano. Un comienzo.

Kira termina su té. Sus ojos siguen rojos, pero su respiración se ha calmado. Cuando por fin me mira, hay una pequeña sonrisa cansada en su rostro. —Gracias —dice en voz baja—. Por el té. Y por no irte.

Me encojo de hombros e intento restarle importancia. —No me pareció bien irme.

—Bueno, te lo agradezco. De verdad.

Hay una pausa, de esas que se hacen largas. Podría irme ya. *Debería* irme. Me felicito por un trabajo bien hecho, me gano mi estrella dorada del día.

Pero Kira todavía se ve angustiada, y no puedo dejarla así. Simplemente no puedo.

—Si necesitas algo —me oigo decir—, con gusto te ayudaré. De verdad. Con Dimitri o cualquier otra cosa.

Kira parpadea como si no se lo esperara. —¿En serio?

—Claro —digo—. Somos familia, ¿verdad?

La palabra se me atraganta. *Familia.* Todavía es nueva. Extraña, en cierto modo.

Pero es mejor que me acostumbre de nuevo. Porque eso es lo que Petyr y yo hemos construido. Y no se limita solo a Lilia y a nosotros. Implica a Dimitri, a Kira, y a cualquier hijo que puedan tener en el futuro. Son de la sangre de Petyr, y eso los convierte en míos también.

Kira parece desconcertada, incluso más que antes. Pero entonces sus labios se curvan hacia arriba. Si no lo supiera, diría que parece casi presumida, pero probablemente solo sea una sonrisa vacilante.

—Tienes razón. Lo somos. Y me alegra que hayamos hablado.

—Yo también.

Es la verdad. Hacer las paces con Kira me quita un peso de encima. Una fuente menos de tensión en casa.

Quizás intente regar los queridos rosales de Anya la próxima vez. Quizás aún nos conectemos con los fertilizantes orgánicos.

Kira se estira, como si llevara demasiado tiempo conteniéndose. —Voy a acostarme un rato. Hoy ha sido… mucho.

—Claro —le digo—. Descansa un poco.

Ella duda en la puerta antes de darse la vuelta. —¿Sima?

—¿Sí?

—Lo dije en serio. Me alegra mucho que hayamos hablado.

Asiento y ella desaparece por el pasillo.

Enjuago nuestras tazas y vuelvo arriba. En la guardería, Lilia sigue dormida. Me inclino sobre la cuna y le quito un rizo de la frente. Suspira, pero no se despierta.

Dios, ella es la más linda del mundo.

Mis palabras de antes resuenan en mi cabeza. *Familia.*

Se lo merece. Una familia que la quiera, una que no se desmorone como la mía. Si eso significa aprender a ser amable con Kira, eso es lo que haré.

Para Lilia.

50

PETYR

Cuando el reloj marca la medianoche, todavía estoy en mi oficina.

Estoy en mi escritorio, con las mangas arremangadas, con un vaso de whisky medio vacío a mi lado. Ya pasó la hora de cenar, pero no podía arriesgarme a apartarme de esto. Necesito toda mi atención para entenderlo.

Los libros que tengo ante mí parecen estar bien a primera vista. Los números están perfectamente alineados y los gastos registrados.

Pero *no* están bien. Lo siento en mis entrañas.

Falta dinero.

Me paso una mano por el pelo, me recuesto en la silla y miro el libro con los ojos entrecerrados, como si fuera a confesar si lo fulmino con la mirada. Lo cual, claro, no ocurre. Es más fácil extraer respuestas de la gente, al menos como yo lo hago.

La verdad es que no estoy hecho para este tipo de trabajo. Dimitri siempre fue el que tenía cabeza para los números. Podía leer un balance como otros leen las caras. ¿Yo? Soy de los que prefieren un

método más simple. ¿Mientes? Te golpearé hasta que dejes de mentir.

Pero como Dimitri todavía se está recuperando y los contadores están todos convenientemente demasiado asustados para ser honestos conmigo, recae sobre mis hombros descubrir quién se está quedando con la parte superior.

El problema es el club. Siempre el puto club. Es fácil mover dinero, fácil hacerlo desaparecer. El dinero entra a montones (bebidas, propinas, mesas VIP) y la mitad nunca llega a la contabilidad.

Paso otra página. Mis ojos se entrecierran en la columna de venta de licores.

Ahí.

Alguien también ha estado recortando ganancias de esa parte. No tanto como para hacer saltar las alarmas, pero, con el tiempo, suma. Unos miles por aquí, unos miles por allá. Bien sutil. Demasiado sutil para la mayoría de mis hombres.

Lo que significa que quien lo hace no es un simple peón. Es alguien que conoce el sistema. Alguien en quien confiaba.

Alguien como Lev.

Aprieto la mandíbula. Lev se ha ido, pero está claro que no se llevó toda la podredumbre.

Así que me toca a mí poner orden. Otra vez.

Cierro el libro de contabilidad y miro por la ventana. El aire nocturno presiona el cristal. En algún lugar del piso de arriba, oigo un leve movimiento. Pasos suaves, y luego silencio de nuevo.

Sima.

Se supone que debería estar dormida, o al menos finge estarlo. Pero incluso cuando está en silencio, todavía puedo sentirla en esta casa, como una corriente suave bajo mi piel.

Me froto la nuca y vuelvo a los papeles. El trabajo primero, lo demás tendrá que esperar.

Llevo una hora mirando las mismas dos columnas, buscando un culpable que siento pero no veo. Incluso cuando detecto las discrepancias, me cuesta conectarlas con alguien específico, y sigo dudando de las cifras. Lo que significa revisarlas una y otra vez, hasta que se me cruzan los ojos.

Me paso una mano por la cara y vuelvo a mirar el libro de contabilidad. Dimitri ya lo habría notado. Demonios, probablemente lo habría arreglado antes de que me diera cuenta. Tenía paciencia para estas cosas.

Son momentos como este en los que deseo con todas mis fuerzas que estuviera aquí. De vuelta en casa, donde pertenece.

La culpa se agudiza cuanto más tiempo permanezco aquí. La hora de dormir de Lilia llegó y pasó hace horas. Me dije que terminaría una última página antes de subir, pero las páginas se siguen apilando, demasiado conectadas entre sí como para interrumpir el trabajo a mitad de camino.

Me imagino sus manitas en la barandilla de la cuna. Sus ojos abiertos buscándome. Debería estar con mi familia ahora mismo.

Pero cada vez que pienso en cerrar este libro, veo la cara de mi padre. Su decepción.

Cada segundo que dejo que esto continúe, estoy permitiendo que alguien le falte el respeto a nuestra Bratva. El nombre de Gubarev ahora depende de mí. Si quiero demostrarle a Dimitri que puede dar un paso atrás sin preocupaciones, necesito demostrar que nuestra Bratva estará en buenas manos conmigo.

El clic suave de la puerta interrumpe mis pensamientos. —Oye. ¿Te importa si entro?

Es Sima. Mis músculos se relajan por instinto. —Claro que no. Eres un regalo para la vista.

Ella sonríe, una mueca descarada que dice: *Sí, lo sé.*

Zorrita sucia. Me está provocando a propósito. Sabe que nada me encantaría más que ponerla en su lugar.

Pero estos números no se arreglarán solos.

Se mueve en silencio, con cuidado de no despertar a la casa. La impregna un ligero aroma a jabón y talco para bebés. Lleva el pelo suelto, un poco despeinado.

—Acabo de bajar a Lilia —dice en voz baja—. Por fin se durmió.

—Es tarde —Levanto la vista del libro de contabilidad—. ¿Te causó problemas?

—Un poco —Se apoya contra el marco, con los brazos cruzados sobre el pecho—. No dejaba de buscarte.

Asiento con la mandíbula apretada. —Subo pronto. Solo necesito terminar un par de cosas.

—Llevas un buen rato aquí abajo —No lo dice como una acusación. Solo está preocupada.

—Lo sé.

—¿No puede lo que sea esperar hasta mañana?

Niego con la cabeza. —Ojalá.

Cruza la habitación hasta que se detiene junto a mi silla. Su mano me roza el hombro. Ligera, cálida. —Entonces, quizá pueda ayudarte a relajarte —Me guiña un ojo—. Solo un ratito.

Eso me llama la atención.

Levanto la cabeza para mirarla. Hay algo en su voz, un tono provocador. De esas cosas que no sé cómo rechazar. —¿Sí? ¿Y qué

tenías en mente?

En lugar de responder, toma el dobladillo de su suéter y se lo pasa por encima de la cabeza.

Le siguen sus jeans, bajados por las piernas con un movimiento pausado. Luego su ropa interior.

Me olvido de cómo respirar.

Se me resbala el bolígrafo de la mano y cae sobre el escritorio. Los números desaparecen de mi mente. La culpa, la frustración, todo se desvanece hasta que no queda nada más que ella: su piel desnuda, sus curvas suaves y esa mirada pícara en sus ojos.

Empujo mi silla hacia atrás, listo para ver a dónde me lleva esto.

Se aprieta entre mi escritorio y mi silla y cae de rodillas. Saca la lengua para humedecerse los labios, ya entreabiertos.

Estoy duro incluso antes de que ella me saque.

Entonces, su boca está sobre mí.

—Joder —Le agarro el pelo con la mano—. Sucia *lisichka*.

Observo cómo sus preciosos labios rosados se abren alrededor de la punta de mi polla. Es una preciosidad, sonrojada y con ganas de complacer. Su lengua sale disparada en lametones de gatito, dejándome bien mojado a lo largo del miembro.

Lentamente, su boca envuelve la mitad de mi polla.

La agarro el pelo con más fuerza. La empujo hacia abajo muy suavemente. —Puedes aguantar más que eso.

Tararea alrededor de mi miembro. Un poco desesperada, un poco perdida. Quiere ser buena conmigo con todas sus fuerzas, pero siento cómo se atraganta cuando me penetra demasiado rápido.

—Tranquila —la guío hacia abajo, firme pero mesurada—. No te lo acabes todo de golpe. Saboréalo, zorrita.

Su garganta se mueve. Me veo asomando por su mejilla, y me vuelve loco. Sin pensarlo, presiono el punto, siento el roce de mis dedos a través de su piel.

Ella gime. Me toma más y más profundo.

—*Blyat´.* ¿Estás hecha para esto, verdad? —Mi pulgar recorre su labio inferior, sintiendo su volumen—. Para tomar mi polla.

Intenta asentir, pero está demasiado llena para mover mucho la cabeza. Solo arriba y abajo, abajo y arriba otra vez.

La sostengo quieta y comienzo a follarle la cara.

Al principio voy despacio. Suave y tranquilo. Dejo que se acostumbre al ritmo de mis embestidas en su garganta. Todavía hay resistencia, pero se disipa enseguida, porque ella también quiere que lo haga. Quiere sentirse útil.

—Buena chica —gruño.

Eso casi la deshace. Lo noto por la fuerza con la que vibra su garganta a mi alrededor y por lo agudos que se vuelven sus gemidos.

Acelero el paso, me adentro más rápido, más profundo. Sima me toma maravillosamente. Nunca más siente arcadas. Simplemente traga toda su saliva y mi líquido preseminal que puede. El resto gotea de sus mejillas carnosas, por sus labios brillantes, y la vista, *joder.* Es casi demasiado.

Ella empieza a chupar, con fuerza. Intenta detener esa exhibición vergonzosa, pero a mí no me avergüenza en absoluto. Es jodidamente sexy, y quiero más.

—Me voy a correr en tu boca —le digo—. Cuando lo haga, te vas a tragar todo. ¿Entendido?

No puede responder, pero el entusiasmo con el que empieza a chupármela con más fuerza me dice todo lo que necesito saber. Lo desea con locura.

Pero luego me doy cuenta de que también quiero algo más.

De repente, la aparto. Mi polla ya late, a un par de lametones del orgasmo, pero respiro hondo y me contengo.

—¿Petyr? —pregunta desorientada—. ¿Qué…?

Sin decir palabra, la levanto y la siento en mi regazo.

—Cambio de planes —murmuro mientras le separo los muslos.

No le doy explicaciones. Por suerte, Sima me conoce demasiado bien como para exigirme ninguna. Sabe lo que quiero de ella.

Cuando la punta de mi polla la presiona, la encuentro húmeda, lista. Ni siquiera la he tocado, pero ese es el efecto que le provoco. Está así de excitada solo por chupármela. La idea me vuelve loco.

—Perfecta —le susurro al oído—. Eres perfecta, Sima.

Un suave empujón y estoy completamente dentro.

La follo duro y rápido. No le doy tiempo ni para recuperar el aliento.

—Petyr —jadea Sima, aferrándome el pelo con fuerza—. V-voy a…

Nunca la he hecho correrse tan rápido antes. —Córrete —le ordeno —. Déjame sentir ese lindo coño apretándose para mí.

Y ella lo hace.

Se deshace mientras la follo, pero no me detengo. Sigo, una embestida despiadada tras otra, mientras ella late desesperadamente a mi alrededor. Siento cómo sus músculos se tensan, todo su cuerpo se convulsiona.

Eso es lo que finalmente me arranca el orgasmo. *Su* placer.

Me corro con un gruñido bajo en lo más profundo de Sima. Ella gime de nuevo al sentirme, tan apretada contra mí que no se escapa ni una gota. Si no lo supiera, diría que ya está intentando quedarse embarazada otra vez.

Un día. Disfruto la idea de ese momento. Cuando se sienta lista, la llenaré todo lo que quiera. La haré hincharse con mi hijo otra vez.

Por ahora, hago lo que ella vino aquí a obligarme a hacer.

La abrazo fuerte, la beso lento y profundo, y finalmente me relajo.

51

SIMA

Cuando vuelvo a tierra, la mano de Petyr está en mi espalda, pesada y cálida. La frota en círculos y me derrito. Me derrito, literalmente, en su pecho firme y sus hombros aún más firmes.

Nuestras respiraciones son lentas, al principio irregulares, luego acompasadas. Mi cerebro aún no se ha puesto al día. Aún no ha vuelto a la realidad con el resto de mi ser.

Todavía puedo sentir mi pulso en la garganta.

Me mira. Una sonrisa torcida le tira de los labios. —Siempre encuentras la manera de distraerme.

—Diría que parecía que lo necesitabas —le devuelvo la sonrisa—. Estuviste a dos minutos de intentar estrangular esas hojas de cálculo. O lo que sean.

—Se lo hubieran merecido.

Pongo los ojos en blanco, y él me rodea con el brazo y me acerca más. Mi mejilla toca su pecho. Huele a whisky y a largas horas, con un toque de cedro. No me canso de él.

Cuando se trata de Petyr, nunca puedo tener suficiente.

Durante un rato, nos quedamos sentados. El único sonido es el tenue zumbido de la naturaleza exterior y el suave latido del corazón de Petyr bajo mi oído. Firme, como si nada lo perturbara. Mientras tanto, yo sigo entre la calma y el caos.

—Debería agradecerte —dice después de un momento—. Necesitaba esa interrupción.

Me pasa la mano por la espalda. Lentamente, sin rumbo. Como si estuviera aquí, pero aún medio concentrado en su trabajo. No se lo reprocho, yo también estoy medio en otro lugar.

En la cocina, por ejemplo. Con Kira. Repasando una y otra vez todo lo que me confesó en su momento de debilidad.

¿Debería mencionárselo? ¿A Petyr?

No estoy segura. Para empezar, no es asunto mío. Esta es la casa de Petyr, su familia. La esposa de su hermano. ¿Quién soy yo para entrometerme?

Petyr se mueve debajo de mí. —¿Qué sucede?

—Nada —respondo, demasiado rápido.

Su mano se queda quieta en mi espalda. —Tienes esa mirada otra vez.

—¿Qué mirada?

—La que dice que estás pensando en algo que no quieres contarme.

Tiene razón, y eso me molesta más de lo que debería. Le rozo la clavícula con el dedo. —Pasó algo hoy. Nada malo —añado rápidamente cuando veo que su rostro se tensa—. Solo raro. Pensé que tal vez podría contártelo.

—Claro que puedes —Petyr arquea una ceja—. ¿Qué pasa?

—Hablé con Kira hoy —No dice nada, solo espera a que continúe—. Sobre Dimitri.

Entrecierra un poco los ojos. —¿Qué sobre él?

—Dijo que últimamente ha sido difícil. Está teniendo días malos otra vez —De repente, me preocupa estar traicionando su confianza al contarle esto a Petyr. Pero entonces recuerdo lo agotada que se veía llorando en la mesa de la cocina—. Intentó disimularlo, pero está agotada. Y preocupada.

La mano de Petyr vuelve a trazar formas en mi espalda. La sensación me derrite lentamente, devolviéndome la relajación. Ni siquiera me di cuenta de cuánta tensión tenía en los hombros hasta que Petyr me la quitó.

—¿Preocupada? —pregunta.

—Sí —trago saliva—. Mencionó que Dimitri volvería pronto a casa. Y creo que está contenta, de verdad. Pero…

Dudo. Otra vez. Porque Petyr siempre ha protegido a su hermano. Es genial que lo haga, pero también es lo que casi nos separa. No quiero volver a molestarlo con eso, si puedo evitarlo.

Pero Petyr parece leerlo en mi cara. —Sima —exhala—. Di lo que piensas. Te prometo que no voy a ponerme histérico contigo.

Eso me saca una sonrisa. —¿Sí?

—Sí. Ahora estamos juntos en esto —Su mano libre me roza los nudillos—. Somos familia. Eso significa que tienes voz y voto en lo que pasa aquí.

Familia. Esa palabra me da el coraje que necesito.

—Creo que Kira necesita ayuda, Petyr. Más de la que quiere admitir. No sé si ya has hablado de enfermeras, pero…

—Sí —Me aparta un mechón de la cara—. Lo hicimos. Le aseguré que le daríamos toda la ayuda que necesitara, pero quizá no la tranquilicé lo suficiente.

Exhalo aliviada. Así que ya hablaron. Me siento un poco tonta por preocuparme tanto, pero también me alegra que Petyr me haya escuchado.

Me preparo para otra pregunta difícil. Una que aún no me he atrevido a hacer. —¿Tan mal está? —susurro—. ¿Dimitri?

—No. Ese es el problema —Frunce el ceño—. Lo vi hace unas semanas. Estaba mejor, Sima. Todavía se recupera, pero es más fuerte. Lúcido la mayor parte del tiempo.

—Es increíble —Me siento aliviada de repente. No puedo evitar sonreír—. ¿De verdad está mucho mejor?

—Sí, lo está —confirma—. Tiene mala memoria aquí y allá, le queda algo de fisioterapia, pero… no está tan mal, Sima. No como antes.

—Ya veo —Frunzo los labios. Si es así, es extraño que Kira esté tan preocupada. Claro que nunca he estado en su lugar, así que no debería juzgarla. Solo me considero afortunada por lo que tengo—. Quizás Kira se esté agotando, entonces. Con todos los cuidados que ya le ha dado.

Petyr se recuesta, sumido en sus pensamientos. Aprieta la mandíbula. —Kira no pide ayuda. Nunca lo ha hecho. Pero si te está diciendo algo…

—Entonces probablemente esté más cerca de romperse de lo que quiere admitir.

Asiente. —Hablaré con ella mañana. Quizás traigamos a una enfermera interna. No le gustará…

—Claro —murmuro. Solo el recuerdo de lo desagradable que fue conmigo cuando llegué me da escalofríos.

—…Pero se las arreglará —Petyr sonríe con suficiencia, como si me leyera la mente. Nunca compartí su crueldad con él, así que no sabe esa parte, pero conoce a Kira desde hace años. Puede adivinar cómo reaccionará ante la ayuda interna—. Y se sentirá mejor por ello.

—Eso suena bien —Le doy un beso en los labios y vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho. Me quito un gran peso de encima—. Se merece un respiro. Dimitri también.

Él tararea en señal de acuerdo. —Sí. Ambos lo hacen.

—Tengo muchas ganas de conocerlo —confieso—. He oído tanto, pero nunca…

Una punzada de inquietud me pica, pero Petyr la calma. —Te querrá —dice, como si fuera un libro abierto para él. Y quizá lo sea. Me doy cuenta de que no me importa en absoluto—. Es imposible no hacerlo.

Una calidez me invade. Lo beso de nuevo, más despacio esta vez. Más profundo.

Petyr no regresa a sus libros hasta una hora después de eso.

52

SIMA

A Lilia se le cierran los párpados cuando termino de alimentarla. Qué mona.

Me abrocho la blusa de nuevo y la levanto. —¿Comiste algo rico? —le susurro con mi voz de bebé más tímida.

Siempre odié que la gente hiciera eso. Me parecía una tontería. Pero ¿adivinen quién es la mayor hipócrita del mundo ahora?

—Es Mami —respondo con la cara más tonta que puedo poner—. Mami es la mayor hipócrita del mundo. Tú aún no sabes qué significa esa palabra, pero no importa —Le doy una palmadita suave en la espalda.

Lilia eructa, lo cual parece un comentario social apropiado para una bebé de un mes. Sus deditos se enroscan en el borde de la manta mientras la mezo suavemente en mis brazos.

La guardería está en penumbra, bañada por el suave resplandor amarillo de la lamparita. Todo huele a loción para bebés, que rápidamente se está convirtiendo en mi aroma favorito. Eso, y la mezcla de cedro y ámbar de Petyr.

La respiración de Lilia se acompasa contra mi hombro. Nunca me canso de estar con ella. Mecerla para que se duerma, murmurarle tonterías a sus adorables orejitas mientras su pequeño pecho sube y baja contra el mío. Es un milagro. La bebé más bonita e inteligente que jamás haya existido.

Estoy a punto de acostarla en la cuna cuando oigo un golpe suave en el marco de la puerta.

Kira está ahí de pie, con una sonrisa cansada. Tiene ojeras y el maquillaje un poco corrido. —Hola —dice en voz baja—. ¿Te importa si entro?

—Adelante —Le ofrezco la mejor sonrisa que puedo—. Se acaba de dormir.

Kira se acerca. Mira a Lilia con una sonrisa que no llega a sus ojos. Probablemente está demasiado cansada. Pero se está esforzando, y se lo agradezco. —Está creciendo muy rápido.

—Lo sé —susurro—. Parece que cambia cada día. Quiero congelar el tiempo.

Kira parece divertida. —Ya entiendo. Es una joya, ¿verdad?

—Sí —Le sonrío a mi bebé. Tengo el corazón tan lleno estos días que casi me cuesta soportarlo—. Es todo.

Hay una pausa antes de que Kira me mire. —¿Ya comiste?

Niego con la cabeza. —Todavía no. Iba a esperar a Petyr. Tenía una reunión, pero dijo que no llegaría demasiado tarde.

Kira asiente. —Qué bien —Duda un momento y suspira—. Entonces, supongo que te dejo con lo tuyo.

De repente, me doy cuenta de que probablemente no vino aquí para hablar de Lilia.

Kira no pide ayuda. Nunca lo ha hecho.

Cierto. Kira es orgullosa. Petyr lo dijo anoche. Demasiado orgullosa para pedir ayuda, incluso cuando está pasando apuros.

Pero vino esta noche. Me invitó a cenar. Probablemente sea una llamada de auxilio en el lenguaje de Kira, ¿no?

—Kira —se detiene en la puerta cuando la llamo—. ¿Ha pasado algo?

Su mano tiembla sobre el marco. Solo un poco, pero lo noto. —No quiero ser una carga.

—No es ninguna carga —Me acerco—. Somos familia, ¿verdad? No sirve de nada ocultarnos cosas.

Por un segundo, temo haber ido demasiado lejos. Kira podría no estar lista para abrirme su corazón dos días seguidos, y mucho menos compartir sus secretos.

Se queda callada. Mierda. Definitivamente me he pasado de la raya, ¿no? —Lo siento —le espeto—. No es asunto mío…

—Tuve un mal día —Es sorprendente oírla hablar—. Dimitri… Tuvo un revés. Nada grave, pero me afectó más de lo que esperaba. —Su voz se quiebra un momento antes de recomponerse—. Me vendría bien hablar con alguien.

Dudo. Lilia está cálida y pesada en mis brazos, y yo esperaba con ansias pasar una noche tranquila.

Pero me prometí esforzarme más con ella. Petyr y yo coincidimos en que necesitaba más ayuda. Y quizá así sea.

—Solo déjame acostarla —digo suavemente.

Kira asiente nuevamente, su alivio es pequeño pero visible.

Una vez que Lilia está en su cuna y la manta la envuelve, me vuelvo hacia Kira. —Está bien. Vámonos.

Su sonrisa esta vez es un poco más real. —Gracias, Sima.

Agarro mi suéter del respaldo de la silla y la sigo fuera de la guardería. La casa está tranquila a esta hora. Y por primera vez, no me da miedo estar sola con Kira.

Si me pide ayuda, significa que por fin está dejando entrar a alguien. Ese es el primer paso para ayudarla a sanar. A ella y a todos nosotros.

Sin embargo, mientras sigo a Kira fuera de la habitación, un leve dolor me aprieta. Lilia duerme profundamente, pero mi instinto me impide alejarme de ella. La casa se siente demasiado grande, demasiado silenciosa, y la idea de dejarla sola, aunque sea por poco tiempo, me revuelve el estómago.

Aun así, la cara de Kira me dijo todo. Apenas se mantiene firme. Si le digo que espere hasta mañana, solo se encerrará de nuevo.

Me prometí que lo intentaría. Petyr querría que lo hiciera. Ambos coincidimos en que necesitaba a alguien en quien apoyarse.

Además, Petyr debería llegar pronto a casa. Dijo que la reunión no se extendería demasiado y que hay un equipo de seguridad completo abajo. Aunque su noche se volviera del revés por cualquier motivo, esta es la casa más segura de la ciudad.

Espero que él también esté a salvo. Donde quiera que esté.

Llegamos al final del pasillo y me detengo frente a la cocina. —Dame un segundo —le digo a Kira—. Solo quiero hablar con Anya.

La ama de llaves está limpiando las encimeras cuando entro. Levanta la vista, su expresión habitual se encuentra entre una leve irritación y una profunda sospecha.

—Anya —digo con cuidado—. ¿Te importaría estar atenta a Lilia mientras hablo un rato con Kira?

Su ceño se suaviza en cuanto el nombre de la bebé sale de mi boca. —Por supuesto —dice con un acento marcado, pero amable por una vez.

—Se acaba de dormir —digo—. Pero si despierta…

—Allí estaré —Anya asiente con firmeza—. Ve tú. Habla. Parece que la señorita Kira lo necesita.

—Gracias —digo, y lo digo en serio. Lilia podría ser la única persona en la casa a la que Anya no desaprueba, y por extensión, la única razón por la que consigo sacarle una sonrisa.

Me reúno con Kira en el pasillo. Me espera, con los brazos cruzados y la mirada baja. Puedo ver el agotamiento en su postura, la pesadez que lleva cargando sola tanto tiempo.

—¿Lista? —pregunto.

Ella asiente. —Sí.

Juntas, bajamos las escaleras hacia la sala de estar. El leve zumbido de los monitores de seguridad nos sigue, un silencioso recordatorio de la red de seguridad que nos rodea.

Entonces, Kira recoge sus llaves.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto bruscamente.

—Pensé en dar una vuelta. Quizás comer algo —Se gira sorprendida —. ¿No quieres?

—¿Una vuelta? —repito—. ¿Te refieres a… salir?

—Bueno, sí. ¿A menos que prefieras dar una vuelta en la sala?

Sonríe, un poco tímida, un poco burlona. Ese tipo de humor en ella es nuevo para mí. Nunca me había mostrado su lado bueno, excepto el día que traje a Lilia a casa. Me cuesta decir que no.

—No me opongo —murmuro, aunque sí me opongo—. ¿Pero será seguro?

—Claro —Asiente, sacando ya su abrigo del perchero—. Daremos un paseo corto. Tomaremos aire, comeremos algo. Necesito

despejarme, y conducir siempre ayuda.

Dudo. Quiero que Kira consiga lo que necesita, pero salir de casa no entraba en mis planes. —¿Luka viene con nosotras?

—Él nos seguirá —dice ella sin levantar la vista.

Lo busco con la mirada, pero no lo veo. Aunque podría estar ya en la camioneta o saliendo de la sala de control. No tiene nada de raro.

Antes de que pueda preguntarle nada, ella ya está abriendo la puerta principal y haciéndome un gesto para que la siga.

El aire nocturno es frío. Me ajusto el suéter mientras camino hacia el coche. La camioneta de Luka está parada cerca de la puerta, con las luces encendidas, y proyecta largas sombras sobre el camino de entrada.

La vista me relaja. Así que Luka *sí* viene con nosotras.

Doy un paso adelante para saludar, pero Kira abre la puerta del auto de golpe.

—Vamos —dice ella y se sienta en el asiento del conductor.

Me subo al asiento del copiloto, todavía inquieta. El motor cobra vida y cruzamos la verja. El coche de Luka nos sigue a pocos metros, firme y silencioso.

Los primeros minutos transcurren en un silencio casi absoluto. La radio está apagada. El único sonido es el sordo rugido de los neumáticos sobre la carretera.

—Entonces… —Rompo el silencio—. ¿Fuiste a ver a Dimitri hoy?

—Sí.

—Qué bien. ¿Estaba… bien?

No responde.

Espero un momento y lo vuelvo a intentar. —Petyr mencionó algo sobre contratar a una enfermera interna. Espero no haberme pasado de la raya hablando con él. Te parecería bien, ¿verdad?

—Mm.

Empiezo a ponerme un poco nerviosa. Sus respuestas monosilábicas no ayudan. Dijo que quería hablar, así que ¿por qué no lo hace?

Es entonces cuando noto lo rígido que está su cuerpo. Aprieta el volante con fuerza, sus nudillos pálidos contra el cuero oscuro. No sé si está enojada, cansada o simplemente en algún lugar lejano.

La inquietud me pica en la base del cráneo. La noche afuera parece demasiado tranquila, el camino demasiado vacío. Algo no anda bien.

—Kira —digo finalmente—, quizá deberíamos volver. Es tarde y…

No me mira. Aprieta la mandíbula antes de decir—: Solo un poco más. El restaurante está más adelante —Me dedica una sonrisa extraña—. No puedes volver con el estómago vacío, ¿verdad?

El tono es tranquilo, casi suave, pero no me tranquiliza.

Miro por el retrovisor. Los faros de Luka me siguen, inquebrantables, aunque no puedo ver su rostro a través del parabrisas tintado. Mi pulso se acelera.

Lo intento de nuevo, con voz estable pero firme. —Kira. Por favor, regresemos. No me siento cómoda dejando a Lilia sola.

Una vez más, Kira no responde.

El silencio entre nosotras se espesa hasta que es todo lo que puedo oír. Las farolas se difuminan al pasar por las ventanas, una tras otra, destellos brillantes en la oscuridad.

No tengo ni idea de cuánto tiempo nos quedamos así, en el coche, sin parar. *Algo anda mal.* Ese cosquilleo en la nuca ahora es una sirena a todo volumen.

—Kira…

—Silencio. Ya casi llegamos.

Las luces de la ciudad se acercan en el horizonte. Pasamos los primeros grupos de viejos almacenes, llenos de grafitis y medio derruidos.

—¿Casi llegamos a dónde?

No hay respuesta. Sus nudillos permanecen blancos sobre el volante, con la mirada fija al frente.

Miro por el retrovisor. El coche de Luka sigue ahí, a una distancia constante detrás de nosotras. De vez en cuando, los faros destellan sobre mi reflejo en el cristal, pero sigo sin verlo.

Tomamos una salida que no reconozco. La carretera se estrecha y serpentea por una franja de suelo industrial. Solares baldíos, pavimento agrietado, vallas rotas. Nada más que esqueletos metálicos de edificios olvidados y el crujido de nuestros neumáticos sobre la grava.

Cuando Kira finalmente reduce la velocidad del auto, lo sé.

La cagué.

No debí haberme subido al coche con ella. No. No debí haber confiado en ella. No ha sido amable conmigo ni un solo día. ¿Por qué demonios pensé que iba a cambiar de repente?

Por fin, mi mente se pone en marcha. Todo era una trampa. Su demostración de fragilidad ayer y esta noche. Me estaba manipulando, y yo estaba tan concentrada en reconciliarme con ella que no me permití verlo.

Joder.

Dos sedanes oscuros esperan en las sombras, con las luces apagadas. Apenas se distinguen sus siluetas hasta que Kira apaga

las luces delanteras y el tenue resplandor naranja de una farola lejana ilumina sus parabrisas.

—Kira —susurro—, ¿qué es esto?

—Una sorpresa —Finalmente, me sonríe, pero su mirada es fría. Vacía. Como si por fin hubiera dejado de fingir.

Me da un vuelco el pulso, pero me obligo a mantener la calma. El pánico no me ayudará. Kira me mintió, claramente. Lo planeó desde el principio.

Ahora cada detalle encaja en su lugar.

No es Luka el que está en el coche detrás de nosotras. Lo sé en el alma. Y el hecho de que insistiera en ir esta noche, cuando Petyr no estaría en casa, también parece una puesta en escena.

He sido tan jodidamente estúpida.

Me agarro el cinturón de seguridad e intento pensar. Tengo que obligarme a mantener la compostura mientras mi mente va a mil. Si tengo alguna posibilidad de salir con vida de esto, necesito mantener la calma. No hay otra opción.

Entonces, por fin, Kira abre las cerraduras. —Vamos —dice mientras apaga el motor—. Hay alguien aquí que quiere verte. No querrás hacerlo esperar, ¿verdad?

Me brota un sudor frío en la nuca. Automáticamente, alcanzo la manija.

Cuatro hombres bajan de los sedanes negros que hay afuera. Me toma un momento reconocerlos.

Pero cuando lo hago, se me hiela la sangre.

—Kira —susurro—, ¿qué has hecho?

—Te devolví a donde perteneces. —Su sonrisa brilla—. Ahora, ¿por qué no vas a saludar a tu papi?

53

SIMA

Por un momento, no puedo moverme. Mi mente se queda en blanco, pero mi cuerpo lo sabe antes que yo. De repente, tiemblo. El mundo se reduce al crujido de la grava bajo sus botas. Mi pulso late tan fuerte que lo siento detrás de los ojos.

Entonces, me vuelvo hacia Kira con la voz quebrada. —¿Por qué?

No me mira. Sus manos siguen en el volante, con los nudillos blancos y los tendones visibles bajo la piel. —¿De verdad es una pregunta? —Se ríe, fría y cortante—. Tu lugar no es con nosotros, Sima. *Esa* es tu familia.

—¿Familia? —digo con voz entrecortada—. No. No está bien.

—Sí, lo es. Ya puedes volver con tu papi. ¿No es genial? —Me dedica una sonrisa cruel—. No te preocupes, no tienes que agradecerme. Fue un placer.

Apuesto a que sí. Desde el día que me vio, Kira ha estado planeando mi salida.

Pero el miedo supera la ira. Ahora mismo, solo puedo pensar en esos hombres, en lo que me harán. Adónde me llevarán si me voy con

ellos.

—No puedes hacer esto —Le estoy suplicando, lo sé, pero la dignidad está muy al final de mi lista de prioridades—. Mi papá… No sabes lo que…

—Y a mí me importa un bledo, ¿verdad? —Kira finalmente se gira hacia mí. Su rostro se ve diferente ahora, desprovisto de toda la calidez que solía fingir—. Estarás bien —se burla—. Tu padre solo quiere que vuelvas. Cualquier drama adolescente por el que pelearon, lo arreglarán cuando estés fuera de mi vida. Como dije, me importa un bledo.

Niego con la cabeza. —Si haces esto, Petyr te matará.

Si Petyr alguna vez descubre lo que pasó aquí esta noche, y lo hará, no habrá quien lo detenga. Kira puede ser la esposa de Dimitri, pero acaba de convertirse en una traidora. Dudo que el propio Dimitri lo toleraría.

Su risa corta el aire. —No, no lo hará. Pensará que te escapaste. Eso es lo que haces, ¿no?

Mi corazón se hunde.

Tiene razón. Joder, tiene razón. Petyr me preguntó el otro día, ¿verdad? Por qué hui. Si alguna vez lo volvería a hacer. Pensé que solo quería aclarar las cosas, pero ¿y si estaba preocupado? ¿Y si esto solo confirma lo que ya creía que haría?

¿Y si ni siquiera me busca?

Pero no. Él buscará. Tiene que hacerlo. Piense lo que piense de mí, sabe que nunca me iría sin Lilia.

Dios mío, Lilia. ¿Kira también tiene planes para ella?

Descarto ese pensamiento. No puedo permitirme llegar a ese punto. Voy a perder los estribos, y no puedo permitírmelo ahora mismo. Si quiero tener una oportunidad de volver con mi bebé, necesito

despejar la mente. El pánico no es la solución. Solo me está nublando el juicio, y ya he tomado suficientes malas decisiones esta noche.

Pero si le hace daño a mi hija…

…que Dios la ayude.

No puedo mirar a Kira ni un segundo. Mis ojos se dirigen al parabrisas donde los hombres esperan, sombras silenciosas en la penumbra. Siento un nudo en el estómago, pero sigo adelante.

Mi mano se dirige a la manija de la puerta. Los hombres ya caminan hacia el auto, dos a cada lado. Cuento sus pasos.

Uno.

Dos.

Tres.

La manija hace clic bajo mis dedos. El pulso me explota en los oídos.

En el segundo que la manija cede, abro la puerta y salgo corriendo.

El aire frío me golpea la cara. Apenas toco el suelo cuando empiezo a correr, sin aliento.

La grava se desliza bajo mis zapatos. Me lanzo al bosque.

Elijo una dirección al azar y me lanzo hacia allí. Las ramas me golpean los brazos y me enredan el pelo mientras corro. Apenas puedo ver, pero sigo adelante.

Mi respiración se entrecorta. El aire sabe a óxido y lluvia, y el suelo es irregular, resbaladizo por el barro. No son las condiciones ideales para una persecución en la naturaleza, pero no puedo permitirme ser exigente. Como dijo Bon Jovi, es ahora o nunca.

Tropiezo con una raíz, me agarro y sigo corriendo.

Detrás de mí, gritos. Botas pesadas golpeando. El sonido resuena, rebota entre los árboles. Mi cuerpo corre solo de miedo, cada paso es una lucha por no caer. La noche aprieta, negra e interminable, viva. Una bestia. Cada sombra parece otra mano que intenta agarrarme.

Me abro paso entre la maleza. Me arden los pulmones, el aire frío me corta la garganta. El corazón me late tan fuerte que me duele. Intento no pensar, no sentir. Simplemente moverme.

Algo se cierra detrás de mí. No miro atrás, no puedo. Si miro, aminoro la marcha, y si aminoro la marcha, estoy acabada. Se terminó. Perdí.

Necesito volver con mi hija. Avisar a Petyr sobre Kira.

Necesito…

Mi pie choca con una raíz y caigo.

Un dolor punzante me recorre el tobillo. Me estrello contra el suelo con fuerza y me raspo las palmas de las manos contra la tierra mojada. El mundo se tambalea.

Entonces una mano me agarra la cintura.

Grito y me retuerzo. —¡Quítate de encima! —Intento arañar al hombre, sea cual sea el lacayo de mi padre, pero es inútil. Por mucho que le arañe la cara, no me suelta.

—Tranquila, señorita Danilo.

Ese no es mi nombre, quiero gruñirle. Ya no soy una Danilo. Hace muchísimo tiempo que no lo soy. Soy Sima Gubarev, la esposa de Petyr, traidora a mi familia y mujer fugitiva.

Soy madre.

Y mi hija me necesita.

Le doy una patada en la cara. Su nariz cruje, un sonido horrible que me recuerda al estado de Luka cuando lo volví a ver. Quizás sea algo de Gubarev. Romper cartílagos cuando estamos enojados.

El hombre gruñe. —¡Joder!

Esta vez reconozco su voz. Bogdan, uno de los secuaces más cercanos y despiadados de mi padre. Tiene un número de muertos de cuatro cifras, y la única razón por la que no añade el mío probablemente sea porque su jefe me quiere viva.

Pero, aparentemente, "viva" no significa "completa".

Me golpea la cabeza contra una roca. No con la fuerza suficiente para matarme, pero sí para que me castañeteen los dientes en el cráneo.

El dolor me ciega. El mundo da vueltas. Siento náuseas mientras todo mi cuerpo se tensa y vuelve a aflojarse en cuestión de segundos.

Él me levanta y me hace girar hacia la luz del auto.

Mis patadas son salvajes, desesperadas. Pero él es un maldito muro, y Petyr no me llama *zorrita* por nada. Soy diminuta. Inútil.

—¡Mi marido te matará por esto! —jadeo—. ¿Me oyes? ¡Si me tocas, estás muerto!

Él no dice nada. Su respiración ni siquiera cambia.

—¡Espera! Puedo pagarte. Lo que te esté pagando Nikolai, ¡te lo doblo!

No reacciona. Simplemente me carga sobre su hombro como un saco de patatas y empieza a caminar hacia los faros.

El bosque se pone patas arriba.

Estoy demasiado destrozada para recordar cuánto tardo en volver al coche. Solo sé que lucho contra él todo el camino, pero él apenas lo

siente. Si hubiera tenido un arma, tal vez… Si hubiera sido lo suficientemente inteligente como para no seguir a Kira a ciegas y desarmada, entonces tal vez…

Pero no lo soy. No lo fui.

Niña estúpida.

Bogdan abre el baúl con una mano. Me doy cuenta demasiado tarde de lo que está a punto de hacer. —¡No! —grito—. ¡No, no, no, por favor…!

Me empuja dentro. Mi espalda golpea el metal. Me quedo sin aliento otra vez.

Luego la tapa se cierra de golpe.

54

PETYR

El reloj de la pared marca pasada la medianoche.

Sigo en la oficina. Los malditos libros que estuve estudiando anoche no se han aclarado, y mi cabeza solo se ha vuelto más confusa.

Mi teléfono está en el escritorio, con la pantalla iluminada y mensajes sin contestar. Ninguno de ella, sin embargo.

Me digo a mí mismo que no debo entrar en pánico. Sima probablemente esté amamantando a la bebé o durmiendo con el teléfono en silencio.

Unos minutos después, salgo de mi estudio para ver cómo está.

—Amo Petyr —me encuentro con Anya en el pasillo—. La cena está en…

—No tengo hambre —la interrumpo—. ¿Dónde está Sima?

Anya parece desconcertada. —Salió —dice, como si esperara que lo supiera—. A cenar. Con Kira.

Frunzo el ceño. —¿Por qué no me informaron?

—Lo siento —dice Anya—. Pensé…

—No importa —le resto importancia. Mantenerme al tanto de lo que ocurre en la casa no está en la larga lista de tareas de Anya. Es el equipo de seguridad el que debería estar al tanto de todo eso—. Llamaré a Luka.

—No creo que esté con ellas —dice Anya—. Le limpié el plato hace un rato. Para entonces, las señoritas ya habían salido.

Eso me pone nervioso. —¿No se llevaron a nadie más?

—No estoy segura —Anya frunce los labios, vacilante—. No lo vi.

Aprieto los puños. Esto no está bien. Sima sabe lo que está en juego. No arriesgaría su seguridad por una noche de chicas.

Claro que aquí no está prisionera. Es libre de ir y venir a su antojo. Si hubiera querido salir, no la habría detenido. Ya pasó eso hace tiempo.

Pero no tomaron medidas de seguridad y eso no me parece bien.

Aprieto la mandíbula. Kira, precisamente, debería saberlo mejor. Sima es nueva en esto, pero Kira lleva años siendo esposa de un miembro de la Bratva. Sabe cómo funcionan estas cosas. ¿En qué demonios estaba pensando?

Entonces, oigo la puerta principal.

El alivio me golpea tan fuerte que duele.

Han vuelto. Están a salvo. Ya he recorrido la mitad del pasillo antes de siquiera pensarlo.

Kira está de pie en el vestíbulo, con el abrigo puesto y el pelo revuelto. Tiene los ojos rojos. Parece que ha estado llorando.

Mi alivio se convierte en cenizas.

—¿Dónde está Sima?

La pregunta es demasiado aguda y hace que Kira se estremezca. Pero no estoy de humor para controlarme. Estamos hablando de mi esposa.

La mano de Kira aprieta la correa de su bolso. —Salimos a cenar —dice. Le tiembla la voz—. Se levantó para ir al baño y… nunca regresó.

Me detengo en seco. —¿Cómo que nunca regresó?

—Esperé —dice—. La llamé. Miré afuera. Simplemente se fue.

Siento una opresión en el pecho. —¿No te llamó?

Kira niega con la cabeza. —Nada. Creo…

—¿Qué? —Mi paciencia se está acabando.

Cuando Kira levanta la vista, puedo leer la vacilación en su rostro. No quiere decirlo, pero tampoco quiere mentirme.

—Creo que se escapó otra vez —confiesa.

La miro fijamente. Las palabras no tienen sentido. Se escapó *otra vez*. Como si esto fuera solo algo que Sima hace por diversión.

—No lo haría —digo en voz baja—. No sin razón.

A Kira le tiembla la boca. —Lo siento, Petyr. No sé qué más decirte.

—Deben habérsela llevado —Empiezo a caminar de un lado a otro—. Ella…

—No había nadie más —exclama Kira—. El restaurante estaba vacío. No había coches por ningún lado. Petyr, creo que…

—*No* —Mi boca se curva en una mueca—. Ni hablar.

Los ojos de Kira brillan, como si estuviera a punto de llorar otra vez. —Lo siento mucho —susurra—. Si lo hubiera sabido, nunca la habría sacado. Pensé que podía confiar en ella, Petyr. De verdad que sí.

Me rechinan los dientes. Necesito calmarme y pensar, pero es imposible.

Empiezo a caminar de nuevo, de un lado a otro del vestíbulo. El aire se siente demasiado denso para respirar. Mis pensamientos dan vueltas, rápidos e inútiles.

¿Cómo pasó esto otra vez? ¿Cómo huyó de mí?

Debí haberlo pensado mejor. Debí haberlo comprobado, haberme asegurado de que alguien las acompañara.

Le di demasiado espacio. Quería creerle cuando dijo que se quedaría, que ya no volvería a correr. Dios, quería creerle tanto que no vi lo que tenía delante.

Me llevo una mano a la cara y la bajo hasta la boca. Tengo la piel caliente, el pecho apretado. La última vez que huyó, me dije que podía vivir con ello. Que necesitaba distancia. Que la dejaría ir si eso era lo que quería.

Pero eso fue antes de la bebé. Antes de todo lo demás.

Esta vez es diferente.

Esta vez no tenía motivos para irse.

A menos que Kira tenga razón. Es esa voz en mi cabeza otra vez, mitad mi padre, mitad mi hermano. *A menos que nunca le hayas dado una razón para quedarse.*

Me muerdo la mejilla por dentro hasta que siento el sabor del hierro. Ni siquiera sé con quién estoy enojado: con ella, con Kira, conmigo mismo. Quizás con todos nosotros.

Miro hacia la puerta. Mi pulso vuelve a saltar, más rápido ahora.

Nunca debí confiar en ella.

Odio que tengamos que volver aquí después de todo, pero claramente lo estamos.

Nunca debí creer que esta paz duraría. Cada vez que empiezo a hacerlo, el suelo se tambalea. Siempre que me permito pensar que es mía, me recuerda que no lo es. Esto es lo que hace.

Y yo estaba demasiado ciego para verlo.

De nuevo.

—¡JODER! —Golpeo el puño contra el marco de la puerta. El sonido resuena por el pasillo.

Kira y Anya se alejan de mí. Pero apenas las veo. Solo veo rojo.

Sima me dejó. *Otra vez*.

Ella huyó de mí. *Otra vez*.

Ella me rompió el maldito corazón.

Otra vez.

Entonces escucho un sonido: Lilia, llorando.

Mi mirada se dirige de golpe a Kira. —¿Te llevaste a Lilia contigo?

—¿Petyr?

—Respóndeme —gruño—. ¿Te la llevaste?

—¿Qué? No —Kira frunce el ceño—. Está arriba. ¿No la oyes?

Sí, puedo. Alto y claro.

Así es como sé que Sima no huyó de mí.

No fingiré saber qué piensa todo el tiempo. Que puedo saber, cada segundo de cada día, dónde está su mente.

Pero una cosa sí sé: Ella *nunca* correría sin su hija.

Me obligo a retroceder unas noches y recordar lo que me dijo entonces.

¿Lo harías de nuevo?

No. Claro que no.

¿Porque confías en mí?

Porque te conozco mejor.

Así es. Ahora me conoce mejor.Mejor que pensar que la volvería a encerrar o que haría algo para hacerle daño.

Y yo también la conozco mejor. Lo suficiente para saber que no hizo esto, joder.

Ella no huiría. Lo siento en mis entrañas. No fue ella.

Lo que me dijo esa noche lo decía en serio. Sé que lo decía. Le creí, y le creo ahora.

Cuanto más lo pienso, menos sentido tiene. La idea de que solo se fuera no me cuadra. Algo le pasó. Y quienquiera que sea el responsable no sabe lo que acaba de hacer.

Me aparto del marco de la puerta y agarro mi teléfono. Mis dedos están firmes ahora, mis pensamientos fríos y claros.

—Voy a buscarla.

Kira parpadea, sorprendida. —Petyr, no tiene sentido. Sabes lo buena que es. Si decidiera irse…

—No lo hizo —espeto—. Nunca haría eso. No sin Lilia.

O sin mí, pienso, pero no lo digo. No es asunto de Kira.

Agarro mi abrigo y salgo. Mi esposa necesita que la encuentre, y lo haré.

Y que Dios ayude a cualquiera que le haya puesto una mano encima mientras tanto.

55

SIMA

El viaje en el maletero no dura mucho. Diría gracias a Dios, pero en cuanto el coche se detiene, me doy cuenta de que probablemente no debería agradecerle todavía.

Frenamos bruscamente, un sello distintivo de los hombres de mi padre. Puede que pasen los años, pero el bueno de Bogdan y compañía simplemente no saben cómo pisar el freno con suavidad.

El pestillo hace clic. Estoy lista para abrirme paso de vuelta a la libertad, pero mi plan se ve frustrado cuando unas brillantes luces fluorescentes estallan sobre mí.

Me escuecen los ojos mientras me adapto. Un segundo después, unas manos ásperas me agarran los brazos y me sacan como si fuera una bolsa de lona.

—¡Suéltame! —grito—. ¡Quítame las manos de encima!

Mis zapatos resbalan por el suelo resbaladizo al bajarme. Huelo el aire, oigo cómo rebotan mis gritos y me doy cuenta de que estamos en una especie de garaje. Grande, con eco. Impecable, de una forma que me pone más nerviosa que si estuviera sucio. Este es el tipo de lugar que no se usa para coches.

Nunca pensé que mi padre pudiera mandar a que me maten, pero ahora, de alguna manera, lo estoy considerando.

Apenas tengo tiempo de ponerme en pie cuando uno de ellos me tira hacia adelante. Cruzamos una puerta de acero y nos adentramos de nuevo en la noche. El cambio de luz artificial a luz de luna me marea.

Mi mente intenta comprender lo que está pasando, pero todo va demasiado rápido. Salimos a un jardín, uno ridículo que reconozco al instante, aunque algunos detalles hayan cambiado con los años. Setos perfectos, fuentes, rosas alineadas como soldados.

Típico. A mi padre siempre le gustó disfrazarse.

Los hombres me arrastran por un sendero de piedra pulida, entre columnas de mármol y cálidas ventanas amarillas, hacia una casa que conozco demasiado bien. *Su* casa. La misma que se suponía que era mía, cuando yo aún era otra persona.

Cruzamos las puertas de cristal y entramos en el vestíbulo. Todo son candelabros y un silencio denso e incómodo.

Mis tacones de gatito resuenan demasiado fuerte en el suelo. Cada sonido me parece extraño, como si hubiera roto algo al volver a existir aquí. Como en los viejos tiempos.

Y entonces lo escucho.

—Tráiganla.

Su voz no ha cambiado. El mismo tono suave, cruel y monótono que recuerdo de mi infancia.

El secuaz me empuja hacia adelante. Me tambaleo justo cuando sale de la sala.

Y ahí está.

Mi padre, Nikolai Danilo.

Su expresión se endurece al verme. A su lado, Maksim se tensa.

—Así que es verdad —La voz de mi padre no tiembla—. Estás viva.

—Podrías sonar más feliz —digo con sarcasmo antes de poder pensarlo mejor.

El rostro de mi padre se oscurece instantáneamente.

Mierda. Así no se juega. No es inteligente responderle al hombre que literalmente tiene mi destino en sus manos. Si quiero seguir con vida, tendré que aprender a callarme, y rápido.

Maksim resopla a su lado. Una mirada fulminante de Papá le basta para borrarle el humor de la cara y clavar la mirada en el suelo.

Baja al vestíbulo y se detiene a unos pasos de mí. De pie, mientras que yo no. Tiene un fetiche por sobreponerse a la gente. —¿Te importaría adivinar por qué no lo estoy?

Esta vez, me cierro la boca.

Padre continúa. —Es porque perdí a dos hijos —Empieza a caminar de un lado a otro, con el lento y mesurado acecho del león. Rey de la manada, que se jodan todos los demás—. Dos hijos por tu locura.

—No te pedí que los enviaras a buscarme —espeto.

Porque mi corazón ya está partido por la mitad de dolor por ellos. Un dolor horrible y complejo que no me deja llorarlos del todo.

Anatoli y Feliks fueron crueles. Demasiado crueles como para desear que aún estuvieran en este mundo. La verdad es que el mundo es mejor sin ellos.

Pero no *tenían* por qué ser crueles. No nacieron así. Eso fue obra de mi padre. Su mano es la fuerza que los moldeó en los monstruos en que se convirtieron.

—Silencio —Apenas me mira cuando lo dice. Está tan acostumbrado a callar a las mujeres que ya ni siquiera lo percibe—. Huiste de mí,

Sima —Pronuncia mi nombre como si fuera una grosería—. Creí que estabas muerta.

Era la idea. Me guardo esas palabras para mí, pero las tengo ahí, en la punta de la lengua.

Corrí por tu culpa.

Desaparecí por tu culpa.

Dejé que mi madre pensara que estaba muerta, dejé que mis hermanos me lloraran, perdí la única familia que alguna vez tuve…

Todo por tu culpa.

—Luego Maksim te encontró.

Le da una palmadita en la espalda a mi hermano, pero Maks no parece orgulloso de sí mismo. Aparta la mirada de la mía. Puedo leer la vergüenza en su rostro, las dudas. Lo sé, porque yo también he pasado por eso. Tomar decisiones, afrontar el arrepentimiento.

—Desafortunadamente, no tuvo la suficiente presencia de ánimo para decírmelo. Se lo contó a Anatoli. Supongo que ya sabes cómo terminó eso.

Lo sé. Ojalá no lo hiciera, pero lo sé.

Y, sin embargo, la alternativa habría sido peor. Si no le hubiera contado a Petyr lo que planeaba Anatoli, mi esposo habría muerto en esos muelles. No podía permitirlo.

—Luego Feliks te siguió el rastro —continúa Padre—. Pensó en ir por otro camino. Atraparte al final —Chasquea la lengua—. De nuevo, eso no terminó bien para él.

Sus labios se curvan con decepción. No pena, sino decepción. Como si Feliks se hubiera dejado matar por nada y eso fuera una molestia. Una molestia más que una tragedia.

Si alguna vez necesité un recordatorio de por qué corrí, Papá está haciendo un trabajo espectacular al dármelo.

—Así que tuve que intervenir —Sus ojos fríos finalmente encuentran los míos—. Y tuve que averiguar qué hiciste.

—¿Qué hice *yo*?

—No te hagas la tonta —ruge, perdiendo la compostura de repente —. Te casaste con el enemigo. Un Gubarev. Y solo para fastidiarme un poco más, pariste para él. Tuviste a su pequeña bastarda fea.

—Mi hija no es una bastarda —gruño.

Y seguro que no es fea, quiero añadir, pero mi padre me interrumpe.

—No es una Danilo, eso seguro —Me mira como si fuera basura. Una mancha en su impecable historial—. Y tú tampoco.

—Por fin algo en lo que podemos estar de acuerdo.

La bofetada llega antes de que pueda parpadear.

Un dolor intenso y eléctrico me recorre la mejilla. Pierdo el equilibrio y caigo al suelo con fuerza. El frío del mármol me deja sin aliento.

El terror me inunda el pecho. Esta vez sí podría matarme. Y lo único que puedo pensar, estúpidamente, sin remedio, es que nunca volveré a ver a Petyr ni a Lilia.

—¡Padre! —La voz de Maksim me atraviesa el zumbido en los oídos. Él empuja a uno de los guardias y se agacha a mi lado—. ¿Qué demonios haces?

—No te metas —espeta nuestro padre—. ¿Crees que es de la familia? Es una traidora.

—Es tu hija —protesta Maksim—. Mi hermana. Está viva… ¿no son buenas noticias?

—No —Su tono nos congela a ambos—. Se convirtió en una perra de Gubarev. Preferiría que estuviera muerta.

No debería doler tanto. No debería quemarme como un cuchillo en el corazón, pero Dios me ayude, lo hace.

Porque este es mi papá. El primer hombre que debió haberme protegido del mundo. ¿Y dice que preferiría que su hija muriera antes que casarse con el enemigo?

¿Así de poco me ama?

No sé por qué me sorprende. Quizás, estúpidamente, una parte de mí esperaba que mi padre actuara de otra manera. Que la edad y el tiempo lo hubieran suavizado lo suficiente como para hacerle ver su error y querer cambiar.

Pero claro, no es así. Nikolai Danilo no cambia. Somete el mundo a su voluntad y obliga a todos a su alrededor a cambiar, incluso si eso los lleva a la muerte.

Como lo hizo con mis hermanos.

—Llévensela —dice, quitándole importancia con un gesto de la mano —. Enciérrenla hasta que pueda usarla.

La mano de Maksim encuentra mi brazo. Me levanta, pero su agarre es más suave de lo que debería ser.

Aprieta la mandíbula, pero esta vez no protesta. —Sí, Otets.

Nuestro padre no responde. No tiene por qué hacerlo. Sus hombres ya tienen órdenes.

Y ya sé qué pasa con la gente que planea utilizar.

56

SIMA

Maksim me lleva a una habitación digna de una princesa.

Lamentablemente, ya he tenido suficiente experiencia con el tipo de lujo que conlleva el precio de una cerradura, por lo que no estoy precisamente impresionada.

Pero luego reconstruyo el recorrido hasta aquí. Los giros que dimos en las escaleras, la dirección de las ventanas.

—Aquí estaba mi antigua habitación —susurro.

Maksim asiente. —Papá lo mandó a remodelar un par de años después… bueno, después —Se aclara la garganta—. Pero pensé que preferirías estar aquí que en cualquier otro lugar.

—¿Entonces ahora es una habitación de invitados?

—…Más o menos —Maksim parece inquieto. Su mirada no deja de revolotear entre los lujosos terciopelos rojos y las vaporosas sábanas de seda.

Un poco tarde, me doy cuenta de lo que quiere decir. —Qué asco.

—Sí —asiente con una mueca de enfado—. Supongo que no le gustaba que Mamá pasara todo el tiempo aquí. Aunque todavía se cuela a veces. Cuando él no está.

Se me encoge el corazón. He intentado no pensar en cuánto daño le hice a Mamá al irme. Me dije a mí misma que ella me había abandonado primero. Aunque estaba en casa, no movió un dedo para protegernos. Ni a mí, ni a Lara.

Pero ya he estado al otro lado de eso. Solo brevemente, pero lo he estado. Si Petyr no hubiera cambiado, esta podría haber sido mi situación.

Puedo ver cuánto tiempo debió haber tardado en destrozarse su espíritu, cuántas cosas, pequeñas y grandes, se acumularon. Para cuando yo nací, ya no era capaz de defenderme.

Pero ella nunca me olvidó. Incluso después de que Papá convirtiera mi habitación de la infancia en un salón de sexo para sus amantes, ella seguía llorándome.

Me siento en la alfombra. No tengo garantía de que esté más limpia que la cama, pero lo último que quiero es tocar esas sábanas con el culo. —Gracias —digo secamente—. Ya puedes irte.

Maksim se queda junto a la puerta. Espero. No se va.

—Lo siento, Sima —Por un segundo, vuelve a sonar como un niño pequeño. Como el dulce hermano que me daba dulces a escondidas cuando éramos pequeños—. No quise que pasara nada de esto.

—Entonces ¿por qué se lo dijiste a Anatoli?

—Para traerte a casa —Aprieta los puños—. Mamá está hecha un desastre. No se ha recuperado desde… —Respira hondo—. Te necesitaba de vuelta. No podía dejar que pensara que estabas muerta ni un segundo más.

—Entonces ¿dónde está?

Los ojos de Maksim se llenan de dolor. —Papá no se lo dijo. No tiene ni idea.

—Genial. ¿Piensa decírselo? ¿O tú?

Retuerce la tela de su manga entre los dedos. Es un hábito suyo, nervioso. Siempre lo ha hecho, incluso de niño. La imagen me trae recuerdos. Hace que esto duela aún más. —No quisimos hasta estar seguros de que…

—¿Que no me incendiaría un coche bomba?

—Que estabas a salvo —Aprieta los dientes—. De él.

Finalmente, lo miro a los ojos. —¿Eso es lo que crees que está pasando? ¿Que Petyr me tiene prisionera?

—Claro —Parpadea—. ¿Por qué más…?

—Lo amo.

El rostro de Maksim se congela. Por un instante, parece olvidar cómo funcionan las palabras. —¿Q-qué?

—Lo amo —Me levanto y camino hacia él—. Amo a Petyr, Maks. Estoy enamorada de él desde que nos conocimos. Y sí, empezó con dificultades, pero lo superamos. Construimos algo —Se me llenan los ojos de lágrimas—. Tuvimos una hija. Una niña preciosa. Tu sobrina.

Los ojos de Maks están abiertos como platos. —¿Qué estás diciendo, Sima?

—Digo que cualquier mentira que Papá te haya contado es solo eso: una mentira —Extiendo la mano y agarro la suya—. Estoy enamorada, Maks. Soy esposa, madre. Y no solo eso. Estoy estudiando negocios en la Universidad de Nueva York. Soy organizadora de bodas.

Maksim suelta una risa incrédula. —¿Organizadora de bodas? ¿Tú?

—Sí —le devuelvo la sonrisa—. Lo sé, es una locura, pero así es la vida. Un torbellino loco e impredecible de cosas que nunca supiste de ti mismo.

Su garganta se mueve. —Sima…

—Amo a Petyr Gubarev —repito—. Es mi esposo. Es el padre de mi hija. Y jamás lo traicionaré —Se me encoge el corazón—. Porque él es lo que nunca supe de mí misma. Y ahora que lo sé, no puedo vivir sin él. No quiero —Le aprieto las manos—. Por favor, no me obligues.

Maksim me mira fijamente un buen rato. Intento interpretar su mirada, pero no puedo. Nunca lo había visto tan reservado. Incluso abajo, podía adivinar lo que pensaba, pero ahora es un misterio.

Y aun así, no me arrepiento de lo que dije. Después de una vida dedicada a la mentira, se siente bien decir la verdad.

Incluso aunque sea lo último que haga.

Pienso en Lilia. Mi pequeña. Quizás nunca la vea crecer después de esto. La idea es insoportable, pero me obligo a seguir adelante. A soportarlo, aunque sea demasiado doloroso.

Supongo que eso es lo que hacemos por nuestros hijos. Lo impensable.

Puede que algún día me odie por cómo decidí jugar con esto. Pero me crio una mujer rota, y solo hay una cosa que siempre he querido darle a mi hija.

Una verdadera madre. Una que se defiende a sí misma y a su familia. Una madre a la que admirar.

No la defraudaré ahora.

Finalmente, Maksim vuelve a aclararse la garganta. —Quédate aquí —Aparta la mirada de mí—. No respondas. A Papá no le gustará.

—Sí —Siento la hinchazón en la mejilla por la bofetada—. Ya lo entendí.

Aprieta la mandíbula. La ira vuelve a brillar en sus ojos, pero solo por un instante. —No intentes nada, Sima. Lo digo en serio. Haz lo que te pida.

—No lo haré.

—Lo digo en serio.

—Yo también —sonrío, un poco quebradiza—. Ya no quiero vivir una mentira.

Aprieta los puños, pero no me hace nada. No creo ni por un segundo que lo haga. Maksim siempre fue diferente a los demás, menos influenciado por nuestro padre.

Pero quizá no sea tan diferente después de todo.

Porque él se va, cierra la puerta tras sus espaldas y entonces me quedo sola.

57

PETYR

Afuera hay mucho ruido en el club, pero en mi oficina solo estamos yo y el silencio.

Llevo diez minutos dando vueltas, entre la ventana y el escritorio, esperando a que suene el teléfono. De momento, no ha sonado.

Me está volviendo loco.

Hay un mapa extendido sobre el escritorio, marcado con notas y direcciones. Tengo hombres revisando cada ubicación. Tengo una corazonada sobre quién está detrás, pero hasta que reciba la llamada, no puedo arriesgarme a desperdiciar recursos que podrían salvarle la vida a Sima. No puedo permitirme equivocarme en esto.

Pero la espera me está matando.

El miedo se asienta en mi pecho como algo vivo. Agudo, inquieto. Crece cada hora que pasa. Sigo intentando ocultarlo bajo la fría lógica de *pakhan*, pero sigue apareciendo.

No puedo perderla. No lo haré.

Ella es demasiado jodidamente importante para mí.

Vuelvo a rodear el escritorio. Mi teléfono permanece donde puedo verlo, con la pantalla levantada y el volumen al máximo. Cada pocos segundos, lo miro para asegurarme de no haber perdido la llamada. Me duele la mandíbula de tanto apretarla.

Cierro los ojos y la veo. Se ríe de algo que no debería, me pone los ojos en blanco cuando me porto mal, arropa a nuestra hija con la manta como si el mundo se acabara fuera de esa cuna. Ella lo es todo, todo a la vez.

Me presiono el pecho con una mano, como si pudiera calmar el frenético latido de mi corazón. Pero no puedo. Nada parece real sin ella aquí.

No quiero pensar en qué pasa si fracaso. No es una opción.

Pero mi mente no se detiene. La veo herida, asustada, llamándome, y yo estoy demasiado lejos para alcanzarla. La imagen se me mete bajo la piel hasta que me quema.

Yo lo reprimo y vuelvo a concentrarme en el mapa, pero sigue volviendo. —Joder —murmuro en voz baja. Luego, más fuerte—, ¡Joder!

Golpeo el escritorio con los puños. En ese momento suena mi teléfono.

Lo agarro antes del segundo timbre. —Habla.

—Soy yo —dice la voz de Luka al otro lado. Suena sin aliento, inquieto—. Hablé con nuestros vigilantes de la finca de Danilo.

—¿Y?

—Un coche apareció hace una hora en la casa principal. Bajaron cuatro hombres —Su tono se ensombrece por la ira—. Llevaban a una mujer. Parecía que la arrastraban.

Se me enfría la mano. —¿Alguien vio su cara?

—No está claro. Pero coincidía en altura. Y en cabello. Podría ser ella, jefe.

Podría ser ella. Eso me basta.

—Dile a Oleg y a los demás que se queden ahí —digo—. No dejen entrar ni salir a nadie. Ya voy.

—Yo también iré —dice rápidamente—. Déjame…

—No. Lilia te necesita —Pasa un instante—. Sima querría que tú la cuidaras. Y yo también me sentiría mejor contigo en casa.

Puedo oír el conflicto de Luka en la larga pausa que sigue. Él y Sima se han vuelto más cercanos después del parto. Es un buen amigo para ella y un excelente soldado. No puedo culparlo por querer ayudar a rescatarla.

Pero si alguien cuidará a mi hija esta noche, será él.

—Entendido —Su voz es ronca, pero no me discuten—. Los esperaré hasta que lleguen a casa.

Lleguen. Como si no dudara ni un segundo que podré traerla de vuelta.

Bien. No debería. Estamos hablando de mi esposa. Si tengo que arrasar con el imperio de Nikolai para llegar a ella, eso es lo que haré.

Termino la llamada y tomo mi abrigo de la silla. Ya tengo la mente en marcha: rutas, puntos de entrada. Una estrategia de salida.

Ella está ahí. Lo siento en los huesos. Y la traeré a casa.

Estoy a punto de salir cuando oigo que llaman a mi puerta.

—Primo. —Es Mikhael—. Hay alguien que quiere verte.

—Estoy ocupado.

—Dice que se trata de Sima.

Abro la puerta de golpe…

Y entra Maksim Danilo.

58

PETYR

Por un segundo, el mundo se queda quieto.

Mis ojos se dirigen primero a Mikhael. Está de pie detrás de nuestro invitado como si acabara de tragarse un suflé de mierda. Tiene los puños blancos a los costados, pero no está golpeando a Maksim Danilo como claramente desearía.

Desafortunadamente para él, yo no tengo el mismo control.

El espacio entre nosotros desaparece en un instante. Agarro a Maksim por el cuello y lo golpeo con fuerza contra la pared.

—Tienes tres segundos —gruño, con la voz baja y furiosa—. Dime dónde está antes de que acabe contigo aquí mismo.

Intenta hablar. Se le atraganta media palabra. Pero no estoy listo para dejarlo respirar de nuevo, así que lo empujo con más fuerza.

Su cabeza golpea la pared con un golpe sordo. Siento el pulso latiendo con fuerza a través de mi agarre.

Detesto a este cabrón. No solo por su nombre ni por su familia, sino porque está aquí respirando mientras Sima no está a salvo.

Y estoy seguro de que no he olvidado por qué.

Maksim. El hermano que la delató ante Anatoli. Ella ha hablado de él con cariño desde entonces, pero a mí no me engaña.

Este es un Danilo. De pura sangre, criado para eso. Nada que ver con Sima.

Mikhael se mueve detrás de mí, tenso pero silencioso. Sabe que no debe interferir.

—Maldito seas… —dice Maksim con voz áspera.

—Respuesta incorrecta —Presiono más. Me acerco lo suficiente para ver el miedo en sus ojos—. Me lo dirás, o me aseguraré de que no vuelvas a decir ni una palabra más.

Él jadea en busca de aire. Sus manos me agarran la muñeca. —Dios mío, hombre —grazna—. ¿Por qué más crees que estoy aquí?

Lo dejo caer.

Él aspira una bocanada de oxígeno y luego vuelve a fijar su mirada en mí.

—Explícate —ladro—. Ahora.

—Sí, joder —Se masajea la garganta—. Si me dejaras hablar, quizá.

—Te estoy dejando hablar más de lo que mereces —Saco mi pistola y la aprieto contra su frente—. Dime. Dónde. Está.

Ni siquiera pestañea. Apenas parece notar la pistola que le apunta a la cabeza. En cualquier otra circunstancia, admiraría las agallas de este chico. Porque eso es lo que es: un chico. Joven, testarudo, insensato. Ningún otro tipo habría sido tan estúpido como para entrar directamente en mi estudio. Y mucho menos ninguno de sus hermanos muertos.

—En mi casa —Su voz es ronca, pero clara—. Mi padre la tiene allí. Está viva, pero no sé cuánto durará.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa. Mi mente se inunda de ruido blanco.

—¿Dónde en la casa? —gruño.

—Arriba. Ala este —Aprieta los dientes. Si no lo supiera, diría que parece casi tan furioso como yo—. Dijo… dijo que se ocuparía de ella él mismo.

Lo observo. Mantengo mi arma apretada contra su sien. —¿Por qué debería creerte?

—Porque te odio a muerte.

—Esa no parece una buena razón.

—Debería —escupe—. Mataste a mis hermanos. Eres un puto monstruo —Entorna los ojos—. Pero por alguna puta razón, mi hermana está enamorada de ti. Y aunque también odio eso, no voy a dejar que ella muera por tu culpa.

—Por Nikolai.

—No, por *tu culpa* —Me clava un dedo en el pecho, sin importarle la pistola que le apunta a la cabeza. O es muy valiente o muy, muy estúpido—. Te involucraste con ella. Es la única razón por la que Papá está considerando matarla. Porque te dio un hijo. Y yo… —su garganta se mueve—. No quiero perder a otro hermano. No lo haré.

Mi dedo se mantiene sobre el gatillo.

Nikolai quiere matar a Sima. No recuperarla, sino *matarla*. A su propia hija.

Porque se involucró conmigo.

Quiero llamar mentiroso a Maksim, pero sé que no es así. Ya acusé al Danilo equivocado una vez. Y además, tiene razón. Soy la razón por la que Nikolai ya no ve valor en Sima.

Pero yo sí lo veo. Es lo más importante de mi vida. Y que me aspen si dejo que Nikolai me la quite.

Dejo caer mi arma. —Podrías haber enviado a alguien a decírmelo.

—No, no podría haberlo hecho —Maksim se arregla el cuello—. No eres tan estúpido. Anatoli lo intentó y está muerto.

—Entonces tú tampoco eres tan estúpido —Enfundo mi arma y me enderezo—. ¿Eso es todo lo que viniste a decirme?

—No —Saca un papel arrugado del bolsillo—. Ya terminé con esta estúpida guerra. Esta es la ubicación de Sima. Si la quieres, acuerda una tregua.

Levanto una ceja. —Podría simplemente quitártela, ¿sabes?

—Cierto. ¿Pero no preferirías dejar de desangrar hombres sin motivo? Porque yo sí que lo haría —se burla—. Mis hermanos se pasaron de la raya. Mi padre también. Nuestras familias están unidas ahora, y no le veo sentido a dispararnos en la calle hasta que estemos todos a dos metros bajo tierra. Así nadie gana.

Me muero de ganas de correr hacia donde está Sima. Lo último que quiero ahora mismo es estar negociando treguas con su puto hermano.

Pero tiene razón. Joder, tiene razón. Llevamos demasiado tiempo en esto. Si fuera Nikolai el del otro lado, lo arrastraría sin importar nada, pero Maksim nunca me hizo nada. No directamente.

Aún así, no confío en él.

—¿Y si digo que no?

—Entonces me matas —No parece preocupado—. Y puedes ir a explicarle a mi hermana por qué enterraste a su último hermano.

Mis labios se curvan en una sonrisa burlona a mi pesar. El chico es listo. No se parece en nada a sus hermanos.

Pero se parece mucho a su hermana.

Le arrebato el mapa de la mano. —Si Sima está viva cuando llegue, puedes tener tu tregua. Si no… —bajo la voz hasta un gruñido—. Cazaré a todos y cada uno de ustedes.

—Si ella está muerta, no necesitarás buscarme en ningún lado.

Observo sus palabras. La culpa en ellas. Lo dice en serio, lo noto.

Aunque aún podría ser una trampa.

No hay garantía de que sea confiable. Es un Danilo. Hijo de Nikolai. Hermano de dos hombres que maté. En su lugar, no le ofrecería treguas a nadie.

Pero si quiero salvar a Sima, no puedo seguir solo. Tengo que confiar en algo.

Así que confiaré en ella.

—Mikh —grito—, reúne a los hombres. Vamos a asaltar esa maldita casa.

59

SIMA

Mi dormitorio de la infancia parece, objetivamente, una mierda.

No debería sorprenderme. Papá nunca tuvo ni una pizca de buen gusto. Todo era obra de Mamá. Lo que fuera que hiciera aquí, claramente lo hacía sin su aprobación, como dijo Maks.

Por otra parte, no podía pedirle su opinión sobre la decoración de su burdel personal.

Ver mi habitación así me quita la nostalgia que pueda haber sentido. Así que no tengo reparos en ponerla patas arriba.

Maksim salió hace un rato y no ha vuelto nadie desde entonces. He estado esperando a ver si aparecían los guardias. O si mi padre, quizás, venía a regodearse. Pero ya ha dejado claro que prefiere que le arranquen las joyas de la familia con láser antes que estar en la misma habitación conmigo ni un segundo más, así que no me preocupa demasiado. Como mucho, enviará a alguien mañana por la mañana.

Antes de que eso suceda, necesito irme ya.

Fui sincera con Maksim. Con mi padre. Ahora soy Sima Gubarev, y no le daré la espalda a eso, cueste lo que cueste.

Pero eso no significa que vaya a quedarme hasta que pague la cuenta.

Tengo una hija a la que regresar. Un esposo. Uno que destrozará todo este lugar para encontrarme. No puedo permitir que se arriesgue a salir lastimado por mí, no otra vez.

A menos que se haya creído la historia de Kira. Ese pensamiento me molesta muchísimo. *A menos que no venga.*

No. Petyr viene. Y si no, solo tendré que ir yo a él.

Presiono las palmas contra el cristal y miro hacia afuera. El jardín de abajo brilla con la tenue luz de una linterna. El toque de Mamá otra vez. Se me encoge el pecho al recordar cuánto nos divertíamos ensuciándonos las manos en la tierra, podando las rosas. Ella cobraba vida cuando creaba algo, ya fuera cocinando o cuidando el jardín. La creación era su reino.

Una vez que termine con Nikolai, la devolveré a la realidad. Seguiré intentándolo todo el tiempo que sea necesario. Después de todo lo que la he hecho pasar durante los últimos trece años, se lo debo.

Y egoístamente, también quiero que mi madre regrese.

Miro afuera de nuevo. En algún lugar, más allá de esos setos podados, mi padre probablemente esté tomando una copa y dando un paseo nocturno, complacido consigo mismo. Cree que ha ganado. Que puede usarme como cebo, presumirme como premio para atraer a Petyr.

No tiene idea de cuánto fuego está jugando.

Intento abrir la ventana. La manija vibra, pero no se mueve.

Ya lo pensé. A los hombres de la Bratva les encantan las cerraduras. Ya aprendí esa lección. Seguro que Padre se arrepintió de no

haberme puesto una antes de que cumpliera doce.

Pero no hay otras salidas. Examino la habitación de arriba abajo y no encuentro nada. Nada, nada, absolutamente nada. Las puertas del balcón están selladas, y aunque intento durante diez minutos encontrar una bisagra suelta que pueda usar, simplemente no está.

Luego toco las paredes. Suavemente, para no llamar la atención. La habitación contigua a la mía solía ser de Lara, así que también debería estar vacía. Otro pensamiento que me desgarra el corazón.

Pero no hay suerte. Las paredes son de roca maciza. A Papá siempre le encantaron los castillos de estilo europeo, y este lugar es una réplica a pequeña escala de ellos, incluyendo la arquitectura. Ni siquiera quiero pensar en cuánto costó.

Pero no derrochó dinero en un foso. Ni en un dragón a las puertas.

Apuesto a que también se arrepentirá de eso.

Pero cuanto más reviso la habitación, menos me vale mi bravuconería. Empiezo a sentirme ansiosa, jugueteando con el dobladillo de mi suéter. El respiradero que antes estaba en el techo ha sido tapado y cerrado. Probablemente para aislar el ruido. Menuda pesadilla.

Busco algo afilado. Cualquier cosa que pueda usar para tallar el vidrio sin romperlo ni llamar la atención.

Pero la habitación no está muy decorada, a pesar de lo llamativa de la ropa de cama. Un armario en la esquina, una cómoda, y eso es todo. Nada de pisapapeles convenientemente colocados para mí.

El baño también está vacío. Se han llevado el espejo. Las tuberías están enterradas en las paredes. No hay nada a la vista que pueda romper, ni nada con qué romperlo.

Finalmente mis esperanzas empiezan a flaquear.

—Anda, piensa —Me siento en el borde de la cama y me esfuerzo por no dejar que mi mente me fabrique más escenarios sombríos—. Piensa, Sima. ¿Cómo saliste de una habitación cerrada antes?

La ventana, responde mi yo de doce años.

Un cinturón y una mentira, dice la Sima del año pasado.

Anya, murmura la Sima de hace unos meses.

Tantas versiones de mí, todas expertas en correr. Y, sin embargo, mientras me siento aquí, mirando la habitación donde crecí, me doy cuenta de que por fin he encontrado a un digno rival.

No voy a salir de aquí ¿verdad?

Esto es terrible. Mi corazón empieza a latir con fuerza. Si no puedo salir, Petyr estará en peligro. O irrumpirá por esas puertas y se arriesgará a recibir una bala por mí, o se quedará en casa, comiendo de la palma de la mano de Kira. Creyendo sus mentiras.

Ella podría matarlo después. Traicionarlo de nuevo. Y entonces…

Lilia.

Me pongo de pie de un salto. No me importa con qué me cuente, tengo que salir de aquí. Perder a Petyr no es una opción. ¿Y perder a mi hija?

Ni en un millón de putos años.

No puedo imaginar un mundo sin ellos. No quiero.

Si Kira se sale con la suya, también enviará a Lilia aquí. ¿Y qué hará mi padre entonces?

La lastimaría. La criaría como hizo con Lara y conmigo. La usaría, abusaría de ella, la vendería al mejor postor cuando tuviera la edad suficiente.

En mi puta vida dejaré que eso pase.

Vuelvo al baño y empiezo a rebuscar en cada cajón. Hay un montón de cositas: cremas faciales, hidratantes, botellitas cilíndricas que me niego a tocar ni con un palo.

Pero entonces mis dedos tropiezan con algo áspero.

Una lima de uñas.

Bingo.

Pruebo la cerradura de la ventana, pero es demasiado pequeña para que entre la lima. Necesitaría una horquilla para eso, y esta noche no tuve la presencia de ánimo para peinarme. Un error que no volveré a cometer.

Me dirijo a la cerradura de la puerta. Es más grande. No puedo abrirla, pero con un poco de suerte, quizá pueda forzarla.

Lo hago durante los siguientes diez minutos. Luego otros diez. Tengo los dedos en carne viva, pero ni siquiera pienso en parar.

Y luego, finalmente…

Clic.

60

SIMA

Joder, sí. Está abierto.

Pego la oreja a la puerta. Al no oír pasos, me quito los zapatos y salgo lo más silenciosamente posible.

Mi corazón late con fuerza mientras me arrastro por el pasillo. Me recuerda muchísimo a la primera vez que hui. Me colé en la cocina para preparar comida para el camino y me aterraba que me descubrieran. En aquel entonces, mi corazón también latía así.

Llego a la escalera de caracol y aguzo el oído para escuchar a los hombres de mi padre. Pero por una vez, la suerte debe estar de mi lado, porque no oigo nada. Probablemente estén patrullando afuera. Más temerosos de Petyr que de mí.

Gracias por subestimarme otra vez, Papá.

Bajo. Cada paso me acelera el corazón. Estoy atenta a los crujidos, pero mis pies pisan con suavidad las escaleras, la madera suave y flexible.

Finalmente llego al vestíbulo.

La puerta principal aparece ante mis ojos.

Ni siquiera me doy un segundo para procesarlo. Corro directo hacia ella, con las manos extendidas hacia el pomo…

—No tan jodidamente rápido.

…Y entonces, la mano de mi padre se cierra alrededor de mi cabello.

Yo grito.

—Cállate la boca —gruñe. Nunca ha sido muy de maldecir, pero claro, éramos niños. Debía de estar ocultándose *algo*, aunque solo fuera por las apariencias—. Vienes conmigo.

Tira de mi pelo con fuerza. Mi vista se vuelve blanca de dolor. Es como si me estuvieran arrancando el cuero cabelludo, y por mucho que quisiera tirar hacia el otro lado, no tengo la fuerza suficiente.

Me arrastra escaleras arriba así. Pateo, grito, con la cabeza en llamas, pero él no se detiene.

—Puta —Me escupe esa palabra como si no la hubiera aprendido a sus pies—. Vuelve corriendo con ese Gubarev como una perra en celo.

No digas eso. Es la pequeña y patética parte de mí la que ruega. La niña tonta que nunca dejé de ser. La que necesitaba ser amada y protegida por su padre. *No me digas eso.*

Pero mi padre nunca estuvo ahí para amarme ni protegerme. Para él, yo nunca fui más que una herramienta.

—Debería romperte las dos piernas por esto —murmura a mitad de camino—. Asegurarme de que no puedas volver a hacer esta mierda.

No. El frío y el pavor se mezclan con el dolor intenso y caliente en mi cuero cabelludo.

Lo hará. Lo oigo en su voz. Lo dice en serio.

Y si lo hace…

Entonces nunca saldré de aquí.

Empiezo a forcejear con más fuerza. —¡Suéltame!

Me lanzo hacia la barandilla, aunque estamos tan alto que me rompería el cuello, ni hablar de las piernas. Pero cualquier oportunidad es mejor que ninguna.

No me deja caer. Solo me jala con más fuerza y me arrastra más arriba. —Estás loca —jadea—. Igual que la perra de tu madre. Le costó unas cuantas palizas aprender *su* lugar. Pero al final lo hizo —Me agarra el brazo, casi me lo arranca—. Tú también lo harás, cuando termine contigo.

—Yo… —jadeo por el esfuerzo y el dolor. Me aparto de las lágrimas que me anegan los ojos—. Soy tu hija.

—No eres nada.

Me suelta al final de las escaleras. Caigo de rodillas. —Papá, por favor. Si alguna vez me quisiste…

Observo su rostro. Intento ver un cambio, cualquier cambio. Una pequeña ventana de humanidad dentro del monstruo.

Pero no hay nada.

Nunca pensé que podría morir respirando. Pero en ese instante, una parte de mí muere. La niña que llevo dentro. Estúpida, imprudente, ingenua. Y tan, tan desesperada por ser amada.

Me pongo de pie y empujo.

Nikolai se tambalea hacia atrás contra la barandilla. —¿Qué es esto? —pregunta, casi divertido—. ¿Estás luchando contra mí, niña?

—Sí —grito.

—Idiota —Me agarra las muñecas en el aire—. Niña estúpida.

Entonces, su frente explota en sangre.

Me toma un segundo procesar lo que veo. El agujero que se abre en su cabeza, rojo y negro a la vez. La conmoción que llena sus ojos. El velo vacío que sigue.

Su control sobre mí se afloja y cae.

61

PETYR

En el momento que estoy frente a la ventana lo veo.

Sima, en lo alto de las escaleras.

Su padre, arrastrándola por el cabello, luego la arroja al suelo.

La observo mientras se levanta. Mi mirada se clava en sus manos, pequeñas y temblorosas, intentando alejar al monstruo. Son solo unos segundos, pero a mis ojos les dura una eternidad.

Ni siquiera pienso antes de apretar el gatillo.

El cerebro de Nikolai explota. No es bonito, pero es efectivo. Bastante satisfactorio, aunque una parte de mí no está contenta con ello.

Quería hacerle sufrir. Llevarlo de vuelta al almacén y ver cómo se le apagaba la luz en los ojos al comprender que iba a morir por lo que hizo. Mató a mi padre, y yo iba a matarlo.

Pero no podía permitir que lastimara a Sima ni un segundo más.

Se me encoge el corazón al derribar la puerta y subir corriendo las escaleras. No quería que lo viera. Cuando maté a sus hermanos,

ocurrió lejos de su vista. Me perdonó por eso, pero ¿y si no me perdona por esto? La idea me aterra.

Entonces veo su cuerpo, balanceándose en lo alto de la escalera, y todos los pensamientos se evaporan.

—¡Sima! —Está pálida y se tambalea. Sus manos se aferran a la barandilla, pero se le resbala rápidamente.

Mi primer pensamiento es: *se va a caer.*

Mi segundo: *no la dejaré.*

Acelero el paso. Subo las escaleras de tres en tres, joder.

Ella se da vuelta y la agarro por la cintura.

Nos desplomamos en el suelo. Respiro con dificultad, pero ileso. La cara de Sima, sin embargo, es una sábana. Blanca con motas rojas entre sus pecas.

Me odio por haberlas puesto ahí, pero lo volvería a hacer, si eso significa conservarla.

—Sima —le toco la mejilla suavemente—. Estás a salvo. Estoy aquí.

Sus pestañas se agitan brevemente. —¿Petyr?

—Sí —grazno—. Soy yo.

Parpadea, como si no pudiera creerlo. Su mano se extiende, temblorosa, y aterriza en mi mejilla.

Entonces, rompe en sollozos.

La atraigo a mis brazos y la sostengo. —Ya. Ya está bien. Se acabó.

—¿Eres real? —Empieza a tocarme por todas partes—. ¿No eres un sueño?

—No soy un sueño —Mis labios se curvan—. Aunque me siento halagado.

Una risa húmeda escapa de ella. —Idiota.

—Es por eso que te gusto.

—No —Niega con la cabeza suavemente, sin dejar de sonreír—. No me gustas. Te amo.

Sus palabras me ahogan. Me invade un sentimiento que no he usado mucho en mi vida: gratitud. Porque Sima está bien, sana y salva, y llegué a tiempo para salvarla. Para amortiguar su caída.

Sin embargo, antes de que pueda responderle, se queda sin aliento.

—Tenemos que irnos —espeta—. Los hombres de Nikolai llegarán en cualquier momento. Y Maksim…

—Está bien —Le acaricio el pelo con suavidad, con cuidado de no tocarle la coronilla. La rabia aún me hierve al recordar cómo su padre la maltrataba hace unos momentos. Si no hubiera sido tan buen tiro, quizá habría tenido la oportunidad de mostrarle la verdadera crueldad después—. Maksim está con nosotros. Me dijo dónde encontrarte.

Sus ojos se vuelven lúcidos de nuevo. —¿En serio?

—De verdad —Le doy un beso en la frente—. Es un buen hermano. Puedes estar orgullosa.

—Lo estoy —Su sonrisa es vacilante, pero real—. Entonces, ¿la guerra…?

—Se acabó.

—¿En serio? —Sima parece a punto de llorar de nuevo, pero por una razón completamente distinta. Lágrimas de felicidad por primera vez —. ¿Lo dices en serio?

—Sí, en serio —Le aparto un mechón de la cara—. No más derrame de sangre entre nuestras familias. Ya ha habido suficiente.

Ambos miramos al pie de la escalera. El cadáver de Nikolai yace allí, en un charco de su propia sangre. Muerto.

Él es el hombre con el que estaba en guerra. Él y Anatoli. Feliks encontró la muerte cuando decidió dispararme. Pero Maksim… no tengo ningún problema con él. Sobre todo después de cómo actuó esta noche.

Él protegió a Sima. La puso en primer lugar. En mi opinión, eso lo hace digno de confianza.

Hablando de confianza, todavía tenemos que llegar al fondo de algo más.

—¿Cómo te encontraron los hombres de Nikolai? —Le hago círculos en la espalda y la abrazo—. ¿Te tendieron una emboscada en el restaurante con Kira?

Sima parpadea. —¿El restaurante?

—Sí. Cenaste allí con Kira, ¿verdad?

Sus ojos se abren de par en par. —Petyr, no. —Niega con la cabeza frenéticamente—. Kira… ella no es quien crees.

—¿Qué quieres decir? —Frunzo el ceño.

—Ella me trajo —Su voz tiembla—. Dijo que quería salir a comer, pero luego simplemente… siguió conduciendo. Le pedí que parara, pero no quiso. Y luego me llevó a un estacionamiento al borde del bosque, y había una camioneta, y…

—Para —Se estremece al oírlo, así que lo reformulo—. Tranquila, Sima. ¿Qué estás diciendo exactamente?

—Digo que Kira es una traidora —Parece conmocionada. Incluso asustada. Como si le aterrara que no le crea—. Ella hizo esto, Petyr. Me vendió.

Respiro hondo. Pienso mucho en la historia de Kira cuando llegó a casa.

Creo que ella se escapó otra vez.

Esa puta mentirosa.

La furia me domina. Si hubiera una pared cerca, la atravesaría de un puñetazo.

Pero no la hay. En cambio, está Sima, con cara de estar muerta de miedo por mi reacción. Así que reprimo mi ira y la pongo en primer lugar. Como debería haber hecho desde el principio.

—Lo siento —Miro a Sima a los ojos—. Debería haber estado ahí para protegerte.

Parece sorprendida por mis palabras. Que la esté eligiendo a ella en lugar de a mi ira. —No lo sabías.

—Debería haberlo hecho, sin embargo.

—No —niega con la cabeza—. Nos engañó a todos. Pero… —Pálida de nuevo—. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde está Lilia?

—En casa —Me doy cuenta—. Tenemos que irnos. Ya.

Cojo a Sima y la bajo por las escaleras. —¿Está Luka? —pregunta, nerviosa—. ¿Puedes llamarlo?

Ya tengo mi teléfono en mi oído.

Contesta antes del segundo timbre. —¿Jefe? ¿La encontraste?

—Sí. Está a salvo. Está aquí ahora mismo.

—Gracias a Dios —Exhala bruscamente—. Nos asustaste, Sima.

—Luka, no puedes confiar en Kira —grita mientras sostengo el teléfono entre nosotros—. Ella me secuestró. ¡Tienes que proteger a Lilia, por favor!

—No pasa nada —le susurro. No quiero que se altere de nuevo después de los sustos que ya ha recibido esta noche—. Ya lo tengo.

—De acuerdo —murmura ella. Abierta, confiada.

No volveré a traicionar esa confianza. Jamás.

Me llevo el teléfono a la otra oreja para poder abrazarla mejor. Luego, le hablo a Luka. —Sima dice la verdad. Asegura a Kira hasta que vuelva. Le sacaré respuestas en el almacén.

—Kira no está —dice después de un instante—. Creo que se fue antes. Aunque su coche sigue por aquí, así que no puede haber ido muy lejos.

—Envíen una partida de búsqueda al bosque —gruño—. Encuéntrenla. Y no la dejen acercarse a la bebé.

—Eso no va a ser un problema —me asegura—. Anya ha estado haciendo guardia como un puto dóberman.

—Bien. Ahora es su trabajo. Díselo también.

—Enseguida, jefe.

—Y duplica la seguridad de Dimitri.

Pasa un tiempo mientras las implicaciones de mi petición se asimilan. —Por supuesto, jefe.

Termino la llamada y me vuelvo hacia Sima. —Lilia está bien. Está con Anya.

Sus hombros se hunden aliviados. —Nunca pensé que diría esto, pero gracias a Dios por esa mujer.

—¿Estás diciendo que no te gusta mi ama de llaves? —bromeo.

—Si pasamos esta noche, la convertiré en la puta madrina de Lilia.

Llegamos al final de las escaleras. Mikhail me espera, de pie con Maksim en medio del vestíbulo.

Suelto a Sima y la dejo ir con él. Pero me cuesta.

—Maks —su sonrisa es radiante—. ¿De verdad ayudaste a Petyr?

—Te ayudé *a ti* —Se encoge de hombros como si no fuera gran cosa, pero sé que sí. Por su aspecto, Sima también lo sabe—. Eres mi hermana. No iba a dejar que nuestro padre se llevara a otra.

La referencia a Lara hace que a ambos se les llenen los ojos de lágrimas.

—Además —Maksim se aclara la garganta—. Ya no hay disputa. De todas formas, era una tontería. Es mejor trabajar juntos que unos contra otros.

Ella sonríe y abraza a su hermano. —Gracias, Maks.

—No hice nada —dice bruscamente.

—Lo hiciste. Más que nadie en esta familia, excepto… —Sima se queda callada—. Bueno, ya sabes.

Parece que sí. Quizás no era solo Sima a quien Lara protegía de niña.

—Tengo que irme —dice—. Lilia, ella…

—Ve —interrumpe Maks—. Te llamaré. Y le diré a Mamá que le mandaste saludos.

El rostro de Sima se distorsiona en una expresión compleja. Mitad alegría, mitad tristeza.

No puedo culparla. Su relación con su madre es, en el mejor de los casos, tensa. Sima podrá amarla, pero no olvidará que la mujer no estuvo ahí para ella cuando la necesitó. Ni para su hermana.

Pero ahora tienen algo que antes no tenían. Tienen *tiempo*. Y la libertad de hacer que las cosas vuelvan a funcionar, si así lo deciden.

Envuelvo a Sima en un abrazo lateral. Se acurruca contra mí. —Te dejo el resto a ti —le digo a Mikhail.

—Claro. Dales caña, primo.

No tiene idea de cuánta razón tiene.

Puede que Kira sea la esposa de Dimitri, pero lo que hizo esta noche fue inexcusable. Más le vale tener una buena explicación, o no tendré piedad.

Ninguna en absoluto.

62

SIMA

El viaje de regreso a la casa es largo y angustioso.

Petyr pisa a fondo el acelerador. No me sorprende. Nuestra hija está allí, esperándonos, con una tía psicótica abajo. Que Luka y Anya también estén allí es lo único que me mantiene cuerda.

Eso y Petyr a mi lado.

Vino por mí. Casi no lo puedo creer. *Creyó en mí. Me salvó.*

Me acerco por reflejo y cubro su mano con la mía. Sus dedos reaccionan al instante, un suave roce de nudillos sobre la palanca de cambios.

—Gracias —digo con voz ahogada—. Por confiar en mí.

Su cálida mirada castaña se posa en la mía. —No tienes que agradecerme por eso.

—Sí, tengo que. Sé que debió ser duro, después de… —Mi voz se apaga. El dolor del presente es demasiado reciente como para permitirme aferrarme a los dolores del pasado—. Me alegra que hayas podido hacerlo.

—Te equivocas —dice—. No es que pudiera confiar en ti. Es que no me atrevía a hacer otra cosa —Sus ojos se clavan en mí, color miel con pinceladas doradas, del color del whisky en un vaso—. Eres mi vida, Sima.

La emoción me atenaza con fuerza. Siento la garganta irritada, apretada y seca, junto al frenético latido de mi corazón.

¿Cómo tuve tanta suerte?

Cuando llegamos a la mansión, entra en el garaje y apaga el motor, pero no sale inmediatamente.

—¿Petyr? —Frunzo el ceño.

—Sé que estás deseando ver a Lilia —dice con cautela—. Yo también. Pero me gustaría desahogarme rápidamente. No sé si podré hacerlo más tarde.

La presencia de Lilia en su cuna me atrae constantemente, pero me quedo donde estoy. Que Petyr admita que necesita algo de mí… es raro. Demasiado raro. No quiero decirle que no, nunca más.

—Por supuesto —susurro.

Se gira hacia mí y toma mis dos manos entre las suyas. El calor me invade rápidamente. No me había dado cuenta del frío que sentía hasta que tuve las manos de Petyr para compararlo.

Tal como no sabía lo sola que estaba antes de que él apareciera.

—No me gusta la debilidad —dice—. La odio, la verdad. Desde muy joven me inculcaron cualquier posibilidad de que *yo* pudiera ser débil. No es una buena cualidad para un segundo al mando. Dimitri necesitaba mano firme en la oscuridad, y eso era lo que yo era.

Se me encoge el pecho. Cada vez que veo a Petyr dominando una sala solo con la mirada, me desgarra recordar que este no siempre fue su papel. Que no nació para ello. Lo criaron para ser algo más. Una herramienta. Un actor secundario.

Tal como lo hicieron conmigo.

Supongo que ninguno de los dos es bueno quedándose en su carril, ¿no?

—Pero esta noche me sentí débil —continúa—. Estaba aterrorizado. Casi muerto de miedo de no encontrarte, o de llegar demasiado tarde. De no volver a verte nunca más.

Niego con la cabeza. —Eso no pasó.

—Lo sé. Pero podría haber pasado —Su voz es baja y áspera—. Y si así fuera, nunca habría tenido la oportunidad de decirte lo que siento —Lleva mis manos a sus labios y me besa los nudillos—. Pero ahora tengo esa oportunidad y no quiero desperdiciarla.

Siento mil cosas a la vez, pero la que más destaca es ese calorcito en mi interior. Mi corazón, latiendo como loco.

Por él.

—Te amo, Sima —Su mano me acaricia la mejilla—. Desde la primera noche que te traje aquí, he estado enamorado de ti. Y siento haber tardado tanto en darme cuenta.

Siento que las lágrimas se me acumulan en los ojos. Cuando parpadeo, caen. —Yo también te amo —susurro—. Tanto. Nunca pensé, nunca me atreví, a esperar encontrar esto algún día. Pero gracias a ti, lo hice —Me inclino hacia su tacto, suave y cálido contra mi mejilla. Real. De ese tipo de real *que no va a ninguna parte*—. Tenía tanto miedo, Petyr. Pensé que Nikolai te haría daño. Que *yo* sería la razón por la que tú…

Mi voz se corta. Ni siquiera puedo decirlo. Es demasiado doloroso pensarlo.

Pero Petyr parece oírlo de todos modos.

Lentamente, su rostro se inclina hacia el mío. Nuestros labios se encuentran en un contacto breve y torpe. Estoy tan agotada que

apenas recuerdo qué se supone que debo hacer hasta que Petyr toma la iniciativa.

Me inclina la cabeza justo en el punto justo y nos besamos. Suave, lento, dulce. Un montón de cosas que nunca pensé que Petyr pudiera ser. Pero él sigue demostrándome que estoy equivocada. Cada día me demuestra cuánto ha cambiado, cuánto me ama.

Aunque no lo hubiera dicho esta noche, lo habría sabido. Este beso me lo habría dicho. Y todos los besos anteriores y posteriores.

Finalmente, se separa de mí. Me mira fijamente a los ojos mientras recupera la voz. —Jamás permitiría que eso pasara. Ahora, vamos a buscar a nuestra hija.

Salimos del coche y volvemos a casa. El silencio es bienvenido, por una vez. Antes este lugar me daba miedo, pero quizá por fin me está empezando a gustar. Probablemente porque ya no es una prisión para mí. Es un hogar.

Me dejo llevar por el cansancio del día. Debería tener hambre después de saltarme la cena, pero lo único que quiero es abrazar a mi hija y darme la ducha más larga de la historia.

—Iré a relevar a Anya —susurro—. Ella también debe estar agotada.

—Te sorprenderías —dice Petyr—. La vi pasar días sin dormir cuando era más joven.

—Entonces, definitivamente contrataré su ayuda como niñera más a menudo.

Estoy a mitad del vestíbulo cuando una puerta se abre de golpe a la izquierda: la oficina de Petyr. —¿Qué…? —empiezo a decir, pero las palabras mueren en mi garganta.

Porque, momentos después, Kira aparece en el centro del vestíbulo…

…blandiendo un cuchillo enorme.

63

PETYR

En el momento en que Kira sale de mi oficina con un cuchillo, actúo.

—Kira —Me pongo delante de Sima con los brazos abiertos—. Baja eso.

Detrás de mí, Sima ahoga un sollozo de terror. Me desgarra, pero no dejo que me distraiga. Esta situación ya es bastante mala. Si me equivoco ahora, quién sabe qué pasará.

Así que no lo hago. Respiro hondo y despacio, y me convierto de nuevo en un *pakhan*. Un soldado. Alguien capaz de manejar esto con frialdad y profesionalidad. Sima no necesita mi lado humano, y Kira, desde luego, no lo merece.

—¡¿La trajiste *de vuelta?!* —chilla Kira—. ¿Estás jodidamente loco, Petyr?

—Cálmate.

—¡No! —El cuchillo en su mano corta un amplio arco en el aire—. Es la hija de tu enemigo. ¡Te traicionó! Ella…

—Ella nunca me traicionó —gruño—. Tú lo hiciste. Ahora baja ese cuchillo antes de que la situación empeore.

Su rostro palidece mortalmente. Ya casi no parece humana. Espectro sería más preciso. Blanca como una calavera, su cabello negro, alborotado y despeinado, gritando. No deja de blandir ese maldito cuchillo.

Nunca salió de la casa. Me doy cuenta de golpe. Simplemente se escondió en mi oficina. Se suponía que no tenía llave, pero encontró una, o se hizo una de repuesto.

Luka no la habría buscado tras una puerta cerrada. No cuando todo apuntaba a que se había escapado al bosque. Pero eso también debió ser una distracción.

Lo que significa que no hay nadie en la casa para pedir refuerzos. Solo los guardias afuera, pero llegarán demasiado tarde. Luka está en el bosque con el resto de mis hombres, buscando a una mujer que no encontrará, y no va a volver con las manos vacías.

Así que no va a volver en absoluto.

Si alguien va a solucionar esto, seré yo. Solo.

—Kira —intento de nuevo—, pensemos en esto. Aún no has hecho nada irreparable. Te daré la oportunidad de explicarte, pero solo si bajas ese cuchillo.

La verdad es que podría sacar mi arma. Soy rápido desenfundando. Ella podría apuñalar, pero moriría segundos después.

Pero sigue siendo la esposa de mi hermano. Mi cuñada. Por mucho que me enfade con ella por lo que hizo esta noche, no puedo ejecutarla a sangre fría. No podría volver a mirar a Dimitri a los ojos.

Así que esperaré mi oportunidad para desarmarla. No debería ser difícil, no con lo asustada que está.

Pero que le jodan si no escogió el cuchillo más grande que pudo encontrar.

Como si fuera una señal, vuelve a blandirla. Hago retroceder a Sima un paso, con los brazos aún extendidos frente a ella.

—No debió haber sido ella —dice Kira entre dientes, con los ojos abiertos y frenéticos—. ¡Debí haber sido yo! ¡Se suponía que yo era la esposa del *pakhan,* no ella!

—Lo eras —le digo—. Lo serás de nuevo, cuando Dimitri vuelva a…

—Ay, por favor —se burla—. Nunca lo dejarás volver al poder. Y está demasiado débil para volver a gobernar. Si me hubiera dado un hijo antes de su accidente, sería otra historia, pero ¿cómo pudo haberlo hecho? —Ladra con una risa amarga y desquiciada—. Siempre fuera de noche, siempre de vuelta tarde. Los llamaba reuniones, pero yo sabía lo que era. *Mujeres.*

Aprieto los puños. El matrimonio de Dimitri también fue concertado, como el mío con Polina Sidorov. En estas situaciones, no es raro que el marido encuentre satisfacción en otra parte. Y la esposa también, si es inteligente y cuidadosa.

No sé si Kira dice la verdad o si es solo su paranoia la que habla, pero conozco a mi hermano lo suficiente como para entender que es posible. Dimitri nunca fue de los que se dejan atar. Y Kira siempre se comportó con devoción, pero él rara vez parecía corresponderle con la misma intensidad.

Me dije a mí mismo que no era asunto mío. El matrimonio de mi hermano era asunto suyo, y de todas formas, no era de los que mostraban sus sentimientos abiertamente. Apenas noté señales de infelicidad entre ellos. En aquel entonces, no tenía con qué compararlo.

Ahora que lo hago, siento pena por Kira.

—No te lo merecías —digo con cuidado—. Si Dimitri de verdad te engañó, entonces estuvo mal. Pero Sima es inocente. No tuvo nada que ver con…

—¡Ella tiene *todo* que ver! —ruge Kira—. Te arrebató de mi lado. Después del accidente de Dimitri, igual pude haber sido la esposa de un *pakhan* si ella no se hubiera interpuesto. Pude haber sido tu esposa —Su tono se suaviza, su rostro se tiñe de dolor—. Habría sido una buena esposa para ti. Mejor que ella.

—Eso es imposible —No es la respuesta más inteligente, pero ahora mismo me da igual ser inteligente. Nadie insulta a Sima en mi cara, nadie—. Y de todas formas, igual estarías casada con Dimitri.

—Un problema bastante fácil de solucionar —Su mirada se vuelve fría—. Si ese puto asesino hubiera hecho su trabajo.

Me quedo paralizado. —¿Qué dijiste?

—Ay, por favor. No me digas que no lo has descubierto ya —Se ríe, pero suena mal. Loca—. Yo fui quien envió a ese idiota al hospital. Se suponía que mataría a Dimitri con una sobredosis, para que pareciera un accidente, pero tú tenías que estar allí, ¿no?

El pulso me ruge en los oídos. —Intentaste asesinar a mi hermano.

Detrás de mí, Sima jadea. —Kira, ¿por qué…?

—¡Cállate! —Kira vuelve a cortar, un arco descendente que me falla por poco—. ¡Tú no puedes ni hablar, puta roba hombres!

Ya no tiene sentido, pero está demasiado perdida para verlo. En cuanto a mí, estoy ciego de rabia. Pensar que Kira puso en peligro la vida de Dimitri casi me hace sacar mi arma.

Entonces me doy cuenta de las implicaciones.

Ella era la culpable. Ella lo sabía. Si el asesino hubiera hablado, todo habría terminado para ella.

Así que planeó matarlo en el almacén. Y luego…

Me señaló a Sima.

En retrospectiva, parece tan obvio. Fue Kira quien mencionó la posibilidad de que Sima fuera la traidora. Cada vez que dudaba de mi esposa, Kira me presionaba. Me manipuló desde el principio.

Ella casi me hizo perderla.

No puedo culpar a Kira de todo. Si no me hubiera cegado mi propia desconfianza, habría visto la inocencia de Sima de inmediato. Pero Kira ha sido parte de esta familia durante mucho tiempo. Sabía exactamente dónde presionarme.

Todas esas veces que se me lanzó encima, ¿también formaban parte de sus planes? ¿Seducirme y luego casarse conmigo?

¿Sólo para poder ser la esposa del maldito *pakhan*?

—Kira, piénsalo bien —Me cuesta contenerme para no abalanzarme sobre ella, pero me obligo a mantener la calma. Ser lógico. Ahora mismo, Sima está en peligro, y hasta que la neutralice, necesito que siga hablando. Dividir su atención lo suficiente como para arrebatarle el cuchillo—. Aunque Dimitri hubiera muerto, seguiría casado con Sima. Tu plan no podría funcionar.

—Podría si ella también estuviera muerta.

Sima responde detrás de mí. —Envenenaste mi comida —suelta—. Fuiste tú.

—Te llevó bastante tiempo darte cuenta —se burla Kira.

—¿Y el bebé que lloraba fuiste tú también? —pregunta Sima, consternada—. ¿Me empujaste por las escaleras? ¿Intentaste… hacerme perder a Lilia?

—Yo solo puse una grabación en bucle. Tú hiciste el resto —Kira no parece arrepentida en lo más mínimo.

—Pero tú lo hiciste —insiste Sima—. Me empujaste.

—¿Y qué si lo hice? —espeta Kira—. Me estorbabas.

—Lilia era inocente —Nunca había oído a Sima sonar así, rota y furiosa al mismo tiempo—. Nunca te hizo nada. ¡Ni siquiera había nacido!

—¡Era de Petyr! —grita Kira—. ¡Y él jamás me habría dejado darle un bebé mientras la tuviera a ella! ¡O a ti!

Una rabia fría me invade las entrañas. Esta lunática… estaba detrás de todo. Una serpiente en mi casa, y yo ni siquiera lo sabía. Si no fuera por Sima, nunca lo habría descubierto. Habría traído a Dimitri a casa.

Y Kira lo habría matado. Igual que planeó matar a mi esposa y a mi hija.

Me crujen los nudillos. Toda precaución se desvanece cuando doy un paso hacia Kira.

Ella se tambalea hacia atrás, pero no afloja su agarre.

—Dejemos algo claro —gruño—. *Nunca* me habría casado contigo. Aunque hubieras matado a toda la gente de esta casa, no habría aceptado casarme contigo. Ni en un millón de años.

Está mal decirlo, pero me importa un bledo. Porque también es correcto. Es la verdad. La única verdad que importa.

Amo a Sima. Pase lo que pase, siempre la amaré. Ella es mi alma.

Si no estoy casado con ella, entonces no quiero casarme en absoluto.

Kira tiembla de rabia. Sus nudillos se ponen blancos alrededor del mango del cuchillo.

Entonces, ella deja escapar un grito agudo y se abalanza sobre mí.

Levanto el brazo para bloquearla. Un dolor agudo me recorre los tendones, pero logro derribarla. La sangre gotea al suelo desde donde me atacó.

—¡Petyr! —grita Sima.

—¡Quédate atrás! —Abro los brazos y me pongo de nuevo en el camino—. ¡Corre! ¡Llama a los guardias!

Nos miramos fijamente por una fracción de segundo. Puedo ver que no quiere dejarme. Que haría cualquier otra cosa.

Pero entonces ella se pone a correr.

Kira intenta ir tras ella. La bloqueo de nuevo, pero es el mismo brazo, y esta vez, su cuchillo corta más profundo.

Mierda. Intento alcanzar mi arma, pero me tiembla el agarre. *No puedo disparar.*

—¡¿No me quieres?! —grita Kira, completamente trastornada—. ¡Bien! ¡Puedes ir con tu esposa al infierno!

Ella sostiene el cuchillo con ambas manos y se lanza hacia adelante.

Ya está, me doy cuenta. Si no puedo bloquearlo, quitarle el cuchillo, estaré acabado. Me lo clavará en las entrañas.

Me abalanzo sobre su muñeca, cuando…

¡CRASH!

Kira se tambalea. El cuchillo se le resbala de las manos. Mira fijamente al frente un segundo, luego dos, como si no pudiera entender lo que acaba de pasar.

Se toca la parte posterior de la cabeza y su mano queda manchada de sangre.

Ambos nos giramos. Detrás de ella, Sima jadea, de pie con un reloj antiguo en la mano. Pesado, de madera, con la vitrina rota.

Kira frunce el ceño por un segundo más y luego se desploma en el suelo.

No me detengo a comprobar si aún respira. Solo salto sobre ella y corro hacia Sima.

—Te dije que llamaras a los guardias —le digo.

—No podía dejarte —Su rostro está bañado en lágrimas. Suelta el reloj antiguo, y este también cae al suelo con un ruido metálico—. No podía perderte.

Debería estar enojado, pero lo entiendo. Joder, lo entiendo. Después de esta noche, pensé que también la iba a perder. Ahora sé cómo se siente.

Pero no quiero volver a sentirlo nunca más.

Sin pensarlo, la aprieto contra mis brazos. Sima solloza, hunde la cara en mi cuello, con las manos apretadas en mi camisa. Tiene sangre, pero no me importa.

—¿Estás herida? —susurro.

—No —niega con la cabeza—. Pero tu brazo…

—No es nada. Ya se curará.

—Necesitas un médico —Se aparta, con los ojos brillantes—. Por favor.

No vuelvo a protestar. Si Sima tampoco quiere volver a sentir que me va a perder, no puedo culparla. —De acuerdo. Llamaré a uno.

—Gracias.

—Pero primero… —Agarro el teléfono con la mano sana y llamo a Luka—. ¿Todo bien, jefe?

—Encontré a Kira —Mi mirada se posa en su cuerpo en el suelo. Inconsciente, o quizás muerto—. Ven a buscarla al vestíbulo. Y trae un médico.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y me vuelvo hacia Sima. Quiero subirla rápidamente y darle un buen baño, y luego arroparla en la cama. No perderla de vista nunca más.

Pero hay algún lugar en el que tenemos que estar antes de eso.

La acompaño a la guardería. Anya abre mucho los ojos cuando nos ve, pero Sima no la mira. No mira a ningún lado, solo a la cuna.

Ella levanta a Lilia y la abraza contra su pecho.

Las rodeo con mi brazo sano y observo a mi esposa y a mi hija hasta que los hombros de Sima dejan de temblar.

Y me doy cuenta, finalmente, de lo afortunado que soy.

64

SIMA

Los deditos de Lilia juguetean con la botella. Está más interesada en apartarla que en beberla.

La leche le gotea por la barbilla. Suspiro, la limpio con la punta del paño y lo intento de nuevo.

Hace un ruido entre hipo y risa. Sonrío a mi pesar.

Ha pasado una semana desde que Kira nos atacó. Una semana desde que Luka se la llevó a rastras, y Petyr regresó con trece puntos de sutura en el brazo. Dice que está bien, pero yo sé que no es así. Siempre lo dice, incluso cuando sangra.

Lilia se revuelve y se revuelve en mis brazos. La coloco en una mejor posición y la acuno más cerca. Finalmente se prende, y sus ojos se cierran mientras se acomoda.

Suelto un suspiro que no me di cuenta de que estaba conteniendo. Desde que el susto de aquella noche me hizo perder la leche, me aterra que Lilia rechace el biberón. Pero se ha portado bien, la mayor parte del tiempo. Un poco quisquillosa, quizá, pero no me importa. Cada segundo que paso con ella es un privilegio.

Ahora la guardería huele a fórmula. Mantengo las lámparas bajas, cálidas y suaves. Las sombras hacen que todo parezca más pequeño. Más seguro. Casi tranquilo.

Casi.

Petyr no ha hablado mucho de esa noche. De hecho, ha evitado cuidadosamente mencionarlo conmigo. Pero sé lo que pasó. Todos lo saben, aunque nadie lo diga en voz alta.

Kira está muerta.

No sé quién lo hizo. Si Luka terminó el trabajo, si Petyr lo manejó él mismo, o si realmente fui yo con ese reloj. Pero el resultado es el mismo. Se ha ido. Y debería sentir algo por eso, ¿no?

Culpa. Lástima. Cualquier cosa.

Pero no lo hago.

Lo único que siento es alivio.

Nunca volverá a acercarse a mí. Nunca más le levantará la mano a mi hija. Sin ella, Petyr no tendrá que dormir con un ojo abierto, esperando la próxima traición.

Es terrible, que darte cuenta de la muerte de alguien te haga sentir seguro. Pero es la verdad. Sin Kira, puedo respirar más tranquila.

Quizás eso es lo que pasa cuando vives en un mundo como este. Dejas de fingir que todo tiene que ser moral para ser correcto.

Lilia emite un suave sonido mientras duerme. Su pequeño puño se abre y se cierra. Le acaricio la mejilla con el pulgar, su curva perfecta. Su iris empieza a oscurecerse. Tendrá los ojos de Petyr. El mismo marrón dorado, el mismo fuego sereno.

No sé qué me asusta más: que ella crezca y sea como él, o que no.

La puerta cruje. Levanto la vista, sabiendo ya quién es antes de verlo.

Petyr está de pie en la puerta. Parece cansado pero firme, como si la rabia que lo atormentaba por fin se hubiera extinguido.

—¿No pudiste dormir? —pregunto en voz baja.

—No —niega con la cabeza—. ¿Tú?

—Igual —Miro a Lilia, que por fin se está quedando dormida—. No paraba de quejarse.

Petyr cruza la habitación y se detiene a mi lado. No me toca, pero su calor me llega de todos modos. Baja la mirada hacia la bebé, con algo indescifrable en sus ojos. Su mano se cierne cerca de ella un segundo y luego se posa suavemente sobre su espalda.

Ahora que por fin no queda nada por decir entre nosotros, el silencio se ha vuelto cómodo de nuevo. Acogedor, incluso.

—Ella es tu viva imagen —murmura.

Me río suavemente. —Tiene tus ojos. Pronto, al menos.

—La forma es toda tuya.

—Entonces supongo que estaremos igual.

Nos quedamos en silencio de nuevo. Solo el zumbido del monitor llena la habitación. Por un instante, parece que la paz realmente existe aquí, aunque frágil y fugaz.

Subo a Lilia a mi hombro y le doy una palmadita en la espalda. Emite un pequeño eructo que nos hace a ambos resoplar por lo bajo.

—Quería contarte algo —dice finalmente—. Sobre Dimitri.

Me enderezo. —¿Qué sobre él?

—He estado hablando con un nuevo equipo médico —explica Petyr —. Neurólogos, fisioterapeutas y especialistas en rehabilitación a

largo plazo. Son buenos. Mejores que los que le han estado dando en el hospital.

Eso me llama la atención. —¿Crees que puedan ayudarlo?

—Sí, lo creo —dice—. Pero tendrán que traerlo aquí.

Parpadeo. —¿Aquí? ¿A la casa?

Él asiente. —Es la opción más segura. Tendrán todo lo necesario instalado abajo. Supervisión constante, acceso total a su cuidado. Nunca más lo dejarán solo.

Por un momento, no digo nada. Me imagino a Dimitri tal como Petyr me contó que solía ser: sonriente, con un sarcasmo rápido, lleno de vida como su hermano menor rara vez se permitía.

Entonces, lo imagino como es ahora. Quieto, frágil, prueba viviente de lo cruel que puede ser este mundo.

Y luego pienso en Kira.

Después de todo lo que salió, es difícil no hacerlo. La forma en que les había estado mintiendo a todos. Cómo nos decía una y otra vez que estaba demasiado enfermo para mejorar. Resulta que ni siquiera lo había visitado en meses.

Ella podría haber entrado a esa habitación del hospital cualquier día y terminar el trabajo que comenzó.

Se me cierra la garganta. —Ha estado tan vulnerable todo este tiempo —susurro—. Si ella hubiera vuelto allí…

—No lo hizo —dice Petyr. Su tono se suaviza—. Tuvimos suerte.

Suerte. Esa palabra no me convence. No cuando la traición de Kira podría haber destruido la poca familia que nos queda. Dimitri puede no ser mi hermano, pero es de Petyr. Eso significa que él también es familia para mí.

Pero Petyr tiene razón. Es la verdad. *Tuvimos* suerte. Y no podemos arriesgarnos a depender de la suerte otra vez.

Miro a Lilia en mis brazos. Su respiración se mantiene suave y constante. —Si traerlo aquí lo mantiene a salvo —digo finalmente—, entonces es la decisión correcta.

Petyr exhala lentamente, como si hubiera estado esperando a que lo dijera. —Mañana desocuparé las habitaciones. Los médicos empezarán a traer el equipo a finales de semana.

Asiento. —Bien. Se merece algo mejor que lo que Kira le dio.

—Nos engañó a todos —dice Petyr—. Pero no tendrá otra oportunidad.

El silencio se extiende entre nosotros de nuevo. No es el incómodo silencio que solía persistir después de nuestras peleas. Este es más tranquilo, el que surge cuando dos personas entienden algo sin necesidad de decirlo.

Finalmente, lo miro de reojo. Una sonrisa se dibuja en mis labios. —Tengo muchas ganas de conocerlo.

Me mira a los ojos. —Es mi hermano —dice—. Debí haberlo hecho antes.

No discuto. Solo asiento y me acerco para apartar un mechón de pelo de la frente de Lilia.

La mezo en mis brazos hasta que suspira soñolientamente. El sonido es tan suave que me derrite. Ya se está quedando dormida, y sus pestañas se agitan al acurrucarse más cerca.

Le doy un beso en la cabeza, respiro ese aroma a bebé en polvo y, con cuidado, la bajo a la cuna.

Petyr mete la mano y le acaricia el pelo. Su tacto es tan suave que es irreal. Cada vez que los veo juntos así, siento una calidez densa y pegajosa.

Su papá la ama. Él la protegerá como el mío no lo hizo conmigo.

Él la mantendrá a salvo.

Veo que Petyr lleva un buen rato en silencio. —¿Todo bien? —pregunto.

Él asiente. —Mejor que bien.

Su voz es baja, insegura. Como si no supiera cómo abordar el tema. Pero entonces dice—: La encontré.

Parpadeo, sin estar segura de haber oído bien. —¿Tú…?

—A tu hermana. La encontré.

Se me corta la respiración. —¿Lara?

—Sí —asiente de nuevo—. Está viva.

Por un segundo, olvido cómo respirar. Mi mente lucha por recuperar el aliento, por creerle. Todos esos años de no saber, de preguntarme si ella seguía ahí fuera, o si se había ido como los demás.

Parece imposible que ella vuelva a ser real. Viva.

Me giro en sus brazos, mirándolo fijamente. —¿Dónde está?

—Sigue con Volkov —advierte Petyr—. Pero no por mucho tiempo —Su mirada se oscurece—. Tengo a alguien dentro. Si quiere liberarse de su matrimonio, le darán una salida. Estará a salvo.

No dice cómo, pero no tiene por qué hacerlo. Sé lo que significan sus palabras.

Liberarla de ese matrimonio es un código. De esos que no dejan testigos. Él le está dando esa opción. A ella y a mí.

¿Y honestamente? No me importa si está mal quererlo.

Timur Volkov siempre fue cruel. Se casó con mi hermana como si comprara ganado. Un hombre que le doblaba la edad, y aun así,

desvergonzado en su avaricia.

Si la gente de Petyr acaba con él, no será más que lo que se merece.

—Está realmente viva —susurro de nuevo, casi con miedo de que las palabras se rompan si las digo demasiado fuerte.

—Sí, lo está —dice Petyr—. Y, si quiere volver a casa, lo hará.

Me tapo la boca con las manos, contengo el sollozo que amenaza con salir. Me quedo sin aire de golpe.

He soñado con este momento tantas veces. Despertar en un mundo donde Lara no era solo un fantasma de un pasado que no podía enterrar. Un mundo donde podía volver a ser ella misma. Volver a estar viva.

Pero nunca pensé que viviría para verlo.

—Petyr —digo con voz ahogada—, ¿tú… tú hiciste esto?

—Claro —ladea la cabeza—. Tú me lo pediste.

Me duele el corazón de la mejor manera. Lo abrazo, mis dedos en su mandíbula, el borde de su barba. Mi mirada se posa en la larga cicatriz que le cruza el brazo. Esa por la que pensé que podría perderlo.

Él está aquí. Completo. Mío.

Y ahora me está devolviendo lo único que pensé que había perdido para siempre.

—Ni siquiera sé qué decir —susurro.

—Pues no lo hagas. —Me acerca de nuevo—. No tienes que decir nada.

Pero sí tengo que. Porque este hombre—este hombre imposible, complicado y exasperante—me ha dado todo lo que siempre quise.

Un hogar. Una familia. Y ahora, la esperanza de que mi hermana finalmente sea libre.

Mi corazón se siente demasiado lleno.

Así que me pongo de puntillas, presiono mis labios contra su mejilla y apoyo mi frente contra la suya. —Te amo —le digo suavemente—. Tanto. Lo sabes, ¿verdad?

Su mano se aprieta en mi cintura. —Sí, lo sé.

Y por una vez, me siento completamente segura.

Quizás no dure para siempre. La paz nunca dura en nuestro mundo.

Pero esta noche, me permito creerlo de todos modos.

EPÍLOGO: SIMA

DOS AÑOS DESPUÉS

El pequeño signo positivo me mira desde el mostrador.

Por un segundo, solo parpadeo. Espero a que mi cerebro se ponga al día con mis ojos, porque *¿qué?* No puede ser. Llevamos intentándolo como dos meses. Tres, máximo.

Pero la prueba no cambia.

Positivo.

Se me acelera el pulso. Suelto una risa temblorosa y me tapo la boca con ambas manos.

Cuando levanto la vista, mi reflejo en el espejo parece tan atónito como me siento: ojos abiertos, media sonrisa, el pelo revuelto. La imagen perfecta de la incredulidad.

Lo sabía. Es temprano, pero en el fondo, lo sabía. Llevo una semana sintiéndolo: las náuseas matutinas, el agotamiento repentino que me ataca y me lleva directamente a la siesta. Esa extraña sensación de opresión en el estómago que recuerdo tan bien.

Los mismos síntomas que tuve cuando estaba embarazada de Lilia.

Aún así, verlo escrito allí, claro como el día, lo hace real.

Estoy embarazada. Otra vez.

Me pongo una mano en el estómago, como si ya sintiera algo. Es demasiado pronto, claro. Mi futuro bebé aún es un pequeño grupo de células, del tamaño de una semilla de amapola como mucho. Pero aun así, mis dedos persisten.

Una parte de mí desearía que hubiéramos tenido más tiempo para intentarlo. No porque no quisiera esto. Después de dos años, me siento más que lista. Es solo que es, bueno… divertido. Intentarlo.

Pero aparentemente, cuando Petyr se propone algo, hasta la naturaleza lo escucha.

Me río de nuevo, más suave esta vez. Los nervios me arden bajo la piel, una mezcla de emoción y puro terror.

Luego tomo la prueba, la meto en la palma de mi mano y me dirijo a la puerta.

La casa está tranquila esta mañana. La luz del sol se cuela por las ventanas del recibidor. Oigo voces tenues abajo. Probablemente Petyr y Dimitri, además de la risa alegre de Lilia.

Los últimos dos años han sido muy amables con nosotros. Más amables de lo que jamás me habría atrevido a esperar.

Mientras bajo las escaleras, mi mirada se posa en un texto.

De Lara.

¿Aún tienes ganas de un brunch con los peques, Sisi?

Me siento reconfortada. Después de que Petyr se ofreciera a rescatar a Lara, todo se aceleró. No conozco los detalles, pero lo que sí sé es que, una noche, ella estaba en la puerta, con sus hijos a cuestas. Mi hermana. La que creía haber perdido para siempre.

Ahora está prosperando, y sus hijos también. Las ojeras desaparecieron, reemplazadas por una risa que no había oído desde que éramos niñas.

Nos visita a menudo, y Lilia adora a sus primos. Verlos jugar en el jardín, oír sus risas resonando en el patio… es la mejor sensación del mundo. Es como sanar.

Le respondo rápidamente: ***¡Claro que sí! Llevaré a Maks conmigo también.***

La alianza de Petyr con mi hermano ha sido buena hasta ahora. Rentable, estable. Entre ambos, han convertido lo que antes eran territorios rivales en una fortaleza.

Petyr ha aprendido a delegar más, a respirar. Yo he aprendido a dejar de esperar a que todo se derrumbe.

¿Y nosotros? De alguna manera, estamos mejor que nunca.

Petyr cumplió todas sus promesas. No más secretos entre nosotros. Juró que nuestra hija jamás sería un peón en ninguno de sus negocios, y lo decía en serio.

Por primera vez en mi vida, *sé* que estoy a salvo. Y que ella también.

Sigo el sonido de risas por el pasillo. No es frecuente oír ese tipo de ruido proveniente de la oficina de Petyr, pero últimamente, ha estado ocurriendo cada vez más. A Lilia le gusta bajar las escaleras ahora que por fin puede bajarlas como una niña grande, y siempre sabe cómo distraer a su papá de su importante trabajo.

Cuando llego a la puerta, me apoyo en el marco y reprimo una sonrisa.

Petyr no está en su escritorio. Está sentado con las piernas cruzadas en el suelo junto a Dimitri, rodeado de un mar de bloques de Lego de colores brillantes. Lilia está justo en medio de ellos, con el rostro desencajado por la concentración mientras balancea otra pieza en la cima de una torre ya enorme.

Está torcido. Se balancea peligrosamente hacia un lado. Pero Dimitri lo sostiene con firmeza, sonriendo mientras le ofrece otro trozo. —Toma —dice, con la voz aún áspera por los largos meses de desuso —. Prueba este.

Ella le sonríe radiante. —¡Gracias, tío Mitya!

Petyr se ríe entre dientes. —Esa cosa se va a derrumbar antes de que llegue a la mitad del camino.

—No si dejas de hablar y ayudas —digo.

Mira por encima del hombro y una enorme sonrisa se extiende lentamente por su rostro. —Nos pillaste.

Mi corazón se acelera al verlo. Incluso después de dos años, todavía no me he acostumbrado a la sonrisa desprevenida de Petyr.

—Para nada —Me acerco—. Estás construyendo un rascacielos en medio de la oficina. Podría haberte oído desde el jardín.

Lilia me mira y salta. —¡Mamá, estamos haciendo un castillo! —Sus rizos oscuros se mueven con el movimiento.

—Claro que sí —Me agacho a su lado—. Parece muy ambicioso desde el punto de vista estructural.

Petyr se ríe, coge otro bloque y lo añade a la cima. —¿Ves? Tan estable como siempre.

La torre se tambalea una vez. Dos veces.

Luego, de repente, se cae.

Los ladrillos se esparcen por el suelo. Lilia jadea, con las manos en las mejillas como un emoji de grito real. —*¡Papá!*

—No es mi culpa —dice, levantando las manos con fingida inocencia —. Tu madre lo ha gafado.

Su puchero es rápido, pero su risa es aún más rápida. La risa de Dimitri se une a la suya. Baja, genuina, suave en los bordes. Es un sonido que creo que ninguno de nosotros pensó que volveríamos a oír.

La recuperación de Dimitri ha sido un auténtico milagro. Le llevó meses de terapia, innumerables especialistas y una obstinada negativa a rendirse, pero lo logró. Ahora camina con solo una ligera cojera y habla lento, pero claramente. Y aunque nunca habla de Kira, tampoco parece extrañarla.

Parece estar en paz.

Mientras los veo a los tres retozando juntos en un mar de colores y risas, algo cálido me llena el pecho. Una sensación para la que creía no estar hecha.

La sensación de estar *en casa*.

Petyr vuelve a levantar la vista y capta mi expresión. —¿Qué?

—Nada —digo, con la sonrisa aún en la cara—. Solo estoy tomando una foto mental.

—¿De qué?

—Esto —digo en voz baja—. Todo.

Me observa durante un largo instante, con ojos oscuros y tiernos a la vez. Luego se levanta, pasa por encima de los restos de Lego y me abraza.

Lilia aplaude desde el suelo. —¡Mamá y Papá se están abrazando!

—Escandaloso —murmura Dimitri.

Petyr se ríe entre dientes y me da un beso en el pelo. —Ya oíste al crítico —dice—. Mejor no les des un espectáculo.

Le doy un golpe en el pecho, pero mi sonrisa es tan grande que me duele.

Entonces, recuerdo por qué vine aquí. —Petyr —le digo en voz baja —. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Frunce el ceño, ya en alerta máxima. —¿Todo bien?

—Todo perfecto —le aseguro—. Solo… ¿vienes conmigo?

Intercambia una mirada con Dimitri, que se encoge de hombros y sonríe. —Yo defenderé el fuerte. Lilia tiene grandes planes para la reconstrucción del castillo.

—No dejes que te convenza de hacer un foso —le aconseja Petyr desde la puerta.

—Demasiado tarde —responde Dimitri secamente.

Disimulo una sonrisa y llevo a Petyr al vestíbulo. Una vez que nos alejamos lo suficiente del ruido, me giro para mirarlo. De repente, siento las palmas de las manos húmedas y el corazón me late con fuerza.

—¿Sima? —Noto la preocupación en su voz—. ¿Qué sucede?

Doy un paso adelante, con el corazón acelerado, y le sostengo la prueba. —Vamos a tener otro bebé.

Petyr parpadea. No habla. No respira. Prácticamente detiene todas las funciones vitales de su cuerpo.

Joder. Debí haberlo ayudado a asimilarlo. Le hice un pastelito con el palito clavado como si fuera una vela. Darle tiempo para procesarlo.

Bueno. Apuntes para la próxima vez.

Ahora mismo, no deja de mirarme, tanto que empiezo a preguntarme si hice algo mal. Si tal vez cambió de opinión sobre tener un segundo hijo.

Entonces, sus ojos se abren de par en par, y la tensión en su rostro se transforma en una expresión de pura alegría. —¿En serio? ¿Ya?

Me invade el alivio. Asiento con lágrimas en los ojos. —Así es.

Al instante siguiente, sus brazos me rodean. Me derrito en él, con la risa y las lágrimas enredadas en mi garganta. Su boca encuentra la mía en un beso lleno de esa alegría que me duele el corazón.

Cuando por fin se aparta, su frente se apoya contra la mía. —*Blyat', lisichka.* Me haces el bastardo más feliz del mundo.

—Lo intento —me río.

—No, lo *haces* —Su voz se intensifica—. Lo eres todo, Sima.

Mi corazón da un vuelco y él me besa de nuevo. Dos años, diez años, mil, da igual. Nunca dejaré de derretirme en los besos de Petyr como si fuera la primera vez.

Cuando finalmente se aparta, no puedo evitar sonreír entre lágrimas.

Su mano se desliza hasta mi vientre, con la palma plana y cálida. Como aquella noche de hace dos años, cuando tomé su mano y le hice sentir a su hija moviéndose en mi vientre. Ahora, tiene la misma serena admiración en sus ojos.

—Es un niño —le digo con aire de suficiencia.

Inclina la cabeza, divertido. —¿Sí? ¿Y cómo lo sabes?

—Porque sí —Me encojo de hombros—. Supe enseguida que Lilia era una niña, y tenía razón. Simplemente… lo siento. Este es diferente.

La sonrisa de Petyr se suaviza. —Confiaré en tus instintos —Me roza la mejilla con el pulgar.

—¿Eso te hace feliz? —pregunto con el corazón en la garganta—. ¿Tener un niño?

—Sí, lo hace —dice—. Pero estaría igual de feliz con otra niña.

Se me hace un nudo en la garganta. —¿Lo dices en serio?

—Claro —Su voz es firme y segura—. Mientras te tengan como madre, cualquiera de los dos será perfecto.

Me inclino hacia él. Mi corazón rebosa. —Te amo —Me sale fácil—. Tanto.

Petyr me acurruca contra su pecho. Puedo oír el latido constante de su corazón, el fuerte *bum-bum-bum* que me ha estado acompañando durante dos años.

—Esa es mi frase —Me besa la cabeza—. Te amo, zorrita. Gracias por todo lo que me has dado.

Esa es mi *frase,* quiero decirlo, pero no lo hago. No hace falta. Ambos sabemos lo que sentimos el uno por el otro.

Nunca quise un esposo de la Bratva. Después de cómo me criaron, la sola idea me causaba una pesadilla.

Pero no puedo imaginar otra vida que me haga tan feliz.

Para mí, Petyr es el indicado.

Siempre lo ha sido.

Siempre lo será.

~

Epílogo Extra: Sima

Diez Años Después

¡Descarga el Epílogo Extra aquí!